

THOMAS  
MANN



JOSÉ  
Y SUS  
HERMANOS

LAS HISTORIAS DE JAACOB

Obra fundamental es la tetralogía *José y sus hermanos*. (1933-1943), una imaginativa versión de la historia bíblica de José, relatada en los capítulos 37 a 50 del Libro del Génesis. El primer volumen cuenta el establecimiento de la familia de Jaacob, el padre de José. El segundo relata la vida del joven José, que aún no ha recibido los grandes dotes que le esperan, y su enemistad con sus diez hermanos, los cuales acaban traicionándolo y vendiéndolo como esclavo a Egipto. En el tercer tomo José se convierte en mayordomo de Putifar, pero acaba encarcelado al rechazar las insinuaciones de la esposa de su benefactor. El último libro muestra al maduro José en el cargo de administrador de los graneros de Egipto. El hambre atrae a los hermanos de José a este país, y José organiza hábilmente una escena para darse a conocer a aquéllos. Al final, la reconciliación reúne de nuevo a toda la familia.

El autor de *La montaña mágica* levanta con esta tetralogía una catedral verbal donde tienen cabida la leyenda bíblica —la historia de José— y materiales eruditos, es decir, elementos de la arqueología, de la mitología, de la historia de las religiones, de la dialectología. Esta aventura narrativa constituye todo un acontecimiento en el panorama editorial hispanoamericano.



Thomas Mann

# Las historias de Jaacob

José y sus hermanos. I

ePub r1.0

IbnKhalidun 13.09.13

Título original: *Die Geschichten Jaakobs*

Thomas Mann, 1933

Traducción: José María Souviron

Editor digital: IbnKhaldun

ePub base r1.0



# Preludio

---

La bajada a los infiernos

**H**ondo es el pozo del pasado. ¿No sería mejor decir que es insondable? Esta frase se impone quizá con más fuerza cuando está en juego el pasado del hombre, esa esencia misteriosa que contiene nuestro propio existir; hecha de regocijos naturales y de miseria sobrenatural; su secreto está en el origen y en el término de nuestros pensamientos e interrogaciones y es él quien comunica a nuestros propósitos su fuego y su intensidad, y presta a todas las cuestiones que con él se relacionan su carácter de instancia.

Mientras más profundamente se escudriña, más se hunde uno a tientas en el mundo subterráneo del pasado y más indescifrables se revelan los orígenes del hombre, de su historia, de sus costumbres, que se van hundiendo en la sima sin fondo, esquivando nuestra sonda, aunque desenrollemos cada vez más la cuerda, cada vez más allá en el infinito de las edades. A propósito empleamos la frase «cada vez más allá», porque lo insondable hace burla de nuestras rebuscas. Les ofrece ilusorios puntos de apoyo; términos que, una vez alcanzados, nos descubren nuevas perspectivas al ayer, como acontece al paseante que va por pendientes, ya que, detrás de cada plano de dunas arenosas que se esfuerza en alcanzar, nuevas extensiones le atraen hacia nuevos promontorios.

Existen, pese a ello, comienzos relativos, que, prácticamente y de hecho, sirven de punto de partida inicial a las tradiciones particulares de una comunidad racial o religiosa determinada. Pero no concediendo a nuestras investigaciones el valor de un sondeo definitivo, es permisible al «recuerdo», en presencia de comienzos originales, adquirir confianza desde el punto de vista nacional y detenerse prontamente sobre un suelo histórico personal.

Así sucedía con el joven José, hijo de Jacob y de la deliciosa Raquel, la que partió demasiado temprano hacia el oeste. En aquellos tiempos residía en Babel, Kurigalzu, el Kasita, señor de cuatro regiones, rey de Sumeria y de Acad, muy querido de Bel-Maraduk, señor a la vez severo y lujoso, cuya barba en rizos artísticamente dispuestos, hacía pensar en una sección de portadores de escudos bien alineados. En Tebas, en el país del sur, que José tenía por costumbre llamar Mizraím, o también «Kom, el Negro», se adoraba a un dios bueno: su Santidad «Amón-está-satisfecho», tercero de este nombre, el propio hijo del Sol, que brillaba con vivo resplandor en el lejano horizonte de su palacio, para deslumbrar a sus súbditos, nacidos en el polvo; Asur prosperaba gracias al poder de sus dioses, y por el ancho camino que costeara el mar, de Gaza a la cumbre del Monte de los Cedros, pasaban caravanas reales, cargadas de regalos de cortesía, que consistían en lapislázuli o en oro forjado, los cuales intercambiaban la corte del faraón y la del País de los Ríos. En las ciudades de los amoritas, en Beth-San, Ajalon, Talanec, Urusalim, era reverenciada Astarté. En

Siquem y Beth-Lama resonaba, durante siete días, el lamento en honor del Hijo Auténtico, del Despedazado; Guebal, la ciudad del libro, adoraba a Él, que no se preocupaba de culto ni de templos. En aquel tiempo, pues, José habitaba el distrito de Kenana, cerca de Hebrón, en el país que en egipcio se llamaba «El Alto Retenu», en el campo familiar de su padre, sombreado por carrascas eternamente verdes y por terebintos. José era famoso por su atractivo, heredado de su madre, que había sido preciosa, bella como la luna llena y el planeta Ishtar, cuando flota suavemente por el éter puro. De su padre tenía las facultades espirituales y, en ciertos aspectos, las superaba. ¡José!... Nombrémosle con satisfacción, por cuarta o quinta vez. Su nombre despide un efluvio misterioso y, al conocerlo, nos parece que adquirimos el poder de resucitar al niño casi olvidado, otrora desbordante de locuaz vivacidad. Era en una ciudad babilonia meridional, a la que en su idioma llamaba Ur-Kachdim (Ur de Caldea), donde José ponía el origen de todas las cosas, es decir, de las que con él se relacionaban.

De esta ciudad, en tiempos muy remotos —José no supo nunca calcular exactamente la antigüedad de éstos—, un soñador roído de inquietud había partido con su mujer, a la que por ternura llamaba hermana, y con otros parientes, para errar, siguiendo el ejemplo de la Luna, diosa de Ur. Pensaba haber tomado el mejor partido, el que más convenía a su estado de insatisfacción, de duda y de angustia. Por añadidura, su partida revestía un carácter de revuelta y de protesta innegables, no sin dejar de tener relación con la construcción de ciertos edificios, cuya vista le había ofendido, edificios que Nemrod, el grande de la tierra, que reinaba allá lejos, había, si no edificado, a lo menos restaurado y aumentado excesivamente en altura. El hombre de Ur tenía la íntima convicción de que el potentado se preocupaba menos de honrar a las luminarias celestes a que estaban dedicados estos monumentos, que de alzar hasta el cielo testimonios de su soberano poder y, por este medio, impedir la disgregación de sus súbditos. Pero el hombre de Ur se había quitado de en medio, partiendo con los que le rodeaban hacia un término indeterminado. ¿Acaso fue la gran ciudadela de la Luna, en Ur, la que suscitó su descontento? ¿O el torreado templo del dios Sin, epónimo del país de Sinear, cuyo nombre figuraba también en los apelativos de lugares que le eran más familiares como Sinaí? ¿O la alta morada del Sol, el templo Esagil de Marduk, en Babel, cuyo nombre había hecho Nemrod alzar hasta las nubes y del que José sabía una descripción oral, precisa? Las tradiciones que José había recogido no estaban de acuerdo en este punto. Debieron existir otros motivos capaces de hacer partir al andariego, desde la tiranía de Nemrod hasta ciertos usos y costumbres que los otros consideraban como un legado inalienable y sacro del pasado pero cuya práctica turbaba más y más su espíritu. No siendo la vida sedentaria agradable al que duda, había partido.

Llegó a Carán, la ciudad lunar del norte, la «ciudad del camino», en el país de

Naharaím, y allí permaneció por varios años, se hizo de prosélitos, acogiendo en su estrecha familia espiritual; parentesco que simbolizaba la inquietud, y más que ninguna otra, la inquietud física. Ésta se traducía por una necesidad de agitación física que no tenía gran cosa en común con el gusto despreocupado por los viajes y las peregrinaciones aventureras. Era más bien el sufrimiento, la tribulación de un ser aislado cuya sangre acarrea, obscuramente, gérmenes con destinos llamados a florecer. Quizás su ansiedad y su tormento estaban en función exacta y secreta con la resonancia que habían de tener en lo futuro. He aquí por qué Carán, sometida también a Nemrod, no fue más que una ciudad de alto en el camino, que el hombre de la Luna abandonó luego con Sarai, su hermana-esposa, y con toda su gente, llevándose sus bienes y los de ellos, para continuar como guía y mahdi, su hégira hacia un fin no precisado.

Así llegó al país del oeste, entre los amorreos de Canaán, donde los khatti detentaban el poder. Por etapas, había atravesado el territorio. Se había dirigido hacia el sur, bajo otros soles, al país del fango, donde el agua corre en sentido contrario, diferente al agua de Naharina, y donde hay que bajar la corriente para subir hacia el norte. Un pueblo cuajado de vejez había instituido allí el culto de los muertos, y el hombre de Ur no había encontrado en él nada que le amenguara su pena. Había vuelto al occidente, al país mediterráneo situado entre el país del fango y el dominio de Nemrod. Había adoptado una especie de vida sedentaria en apariencia, al sur del territorio, no lejos del desierto, en una región montañosa y poco agrícola, pero rica en pastos para sus breves rebaños, y allí vivía en buena armonía con los habitantes.

Según la tradición, se dedicaba a definir la esencia de su dios, el más grande de todos y al que deseaba servir con exclusión de otro cualquiera, por orgullo y por amor: el dios de los eonios. Y buscándole nombres sin encontrarle ninguno apropiado, le atribuyó la pluralidad y le llamó Elohim, a guisa de ensayo. Esta misma tradición dice que Elohim le hizo grandes y muy preciosas promesas, para mucho tiempo adelante: el hombre de Ur advendría padre de un pueblo tan numeroso como los astros y las arenas de la mar, una bendición para todos los pueblos. Todos los puntos de la tierra donde viviera un extranjero y a donde Elohim le hubiera conducido después de su partida de la Caldea le pertenecerían para siempre, así como a su posteridad. Además, el dios de los dioses le había enumerado textualmente las pobladas y los detentares actuales del suelo, de los cuales su estirpe sería llamada a «poseer las puertas», o dicho de otra manera, este dios, por interés para él y para sus descendientes, había decidido someter aquellos pueblos a su servidumbre. Esto debe ser aceptado con circunspección o, por lo menos, definido claramente. Se trata, en este asunto, de interpolaciones tardías o tendenciosas, destinadas a encontrar en los más antiguos planes de Dios la justificación de ciertas relaciones políticas establecidas por la fuerza armada. En realidad, el viajero de la Luna no estaba hecho

para recibir promesas de orden político, ni tampoco para exigir las. Nada prueba que, al dejar su patria, eligiera el país de Amurru como el lugar donde se ejercería su futura actividad. Su tentativa de emigración al país de las tumbas y al de la virgen de cuerpo de león y nariz roma parece indicar más bien lo contrario. Si abandonó el estado de Nemrod y dejó, asimismo, el reino reputado de los monarcas del oasis y de la doble tiara, para retornar al oeste, en un país al que el despedazamiento de su vida nacional predestinaba fatalmente a la impotencia y a la dependencia políticas, hay que deducir que no tenía el gusto del imperialismo ni sueños de grandeza política. Era la inquietud espiritual, la busca angustiada de Dios, lo que le había empujado a los caminos; y si fue objeto de revelaciones (de esto no cabe duda), éstas se relacionan con su descubrimiento del Ser divino, al cual, desde el comienzo, se había preocupado de buscar adeptos y partidarios. Sufría, y cuando comparó su turbación interior con la de la gran mayoría de los hombres, dedujo que su mal sería provechoso para el porvenir. El Señor, otra vez entrevistado, le dijo un día: «Tu angustia y tu tormento no habrán sido en vano. Fecundarán numerosas almas, engendrarán prosélitos innumerables como las arenas de los mares; en la vida darán origen a ramificaciones que ya están guardadas en ellos, en germen. Tú serás una bendición». ¿Una bendición? Es poco probable que esta palabra deje bien claro el sentido de una visión, que, además, respondía a su estado de ánimo, a la conciencia que de sí mismo tenía. La palabra «bendición» implica una estimación de valores que no sabría ser aplicada a la esencia y a los actos de hombres de su especie, esos en quienes causa estragos una desazón interior; los errantes, en quienes la experiencia de lo divino, completamente original, está llamada a marcar el porvenir. Ésos que se hallan en los manantiales de una historia dispensan muy raramente (cuando no jamás) una bendición pura e indudable; no por esto deja de murmurarles su íntima conciencia: «Tú serás un destino»; tal es la más exacta interpretación de la promesa divina, cualquiera que fuese la lengua en que se formuló; en cuanto a saber si este destino será una bendición para otro, la cuestión es secundaria, tal y como resulta de la divergencia de respuestas que puede suscitar. La respuesta, naturalmente, fue afirmativa, cada vez que provino de esa comunidad en pleno desenvolvimiento físico y espiritual, cuyos adeptos reconocían el Dios que había conducido al hombre de Ur de Caldea, el Baal y el Addu verdadero. Entre aquéllos y su propio ser espiritual y carnal, José establecía una relación.

**A** veces, José consideraba al viajero de la Luna como antepasado suyo, hipótesis que debe ser enérgicamente descartada del ámbito de lo posible. Él mismo, por lo demás, sabía perfectamente a qué atenerse, a través de numerosas enseñanzas: el viajero había vivido en una época muy lejana, pero no tanto como para que el poderoso señor que el hombre de Ur había dejado tras sí, cercado por fronteras con los signos del zodiaco, pudiera ser confundido con el verdadero Nemrod, el primer rey del mundo, a quien engendró Bel de Sinear. Según las tablillas, el restaurador de aquellos templos dedicados al Sol y a la Luna fue Hamurabi, el Legislador. El joven José lo identificaba con el Nemrod prehistórico, por un juego de ideas que era una gracia de su espíritu, pero que no cuajaría en el nuestro. De aquí venía también la confusión que en ocasiones establecía entre el hombre de Ur y su antepasado paterno, que había llevado un nombre semejante o análogo. En realidad, por lo menos veinte generaciones separaban al joven José de la emigración de su chozno según la carne y el espíritu, si se atiende a la escala con que se medía en aquella época y civilización; en números redondos, seiscientos años babilonios bien contados, un período tan extenso como el que nos separa de la edad media gótica. Tan largo como aquél, y, empero, menos largo.

El procedimiento de división del tiempo matemático-astral nació en aquellos lugares y nos fue transmitido desde tan lejanas épocas sin cambio alguno. Es anterior al éxodo del hombre de Ur y estamos llamados a transmitirlo, tal como lo recibimos, a nuestros hijos. Sin embargo, la densidad, la significación y la plenitud del tiempo terrestre no son, ni mucho menos, idénticas y constantes en todas partes. A pesar de la objetividad caldea con que aquí se avalúa, el tiempo no tiene la misma duración en todas partes.

Bajo el sol de aquel entonces, seis siglos no representaban la misma suma que para nuestra civilización occidental. Era un período más tranquilo, más silencioso y más raso. El tiempo era menos agitado; su acción transformadora sobre las cosas y sobre el mundo era menor y más suave, aunque, en el transcurso de aquellas veinte generaciones, cambios y revoluciones importantes y trastornos naturales, modificaciones de la corteza terrestre, se hubieran producido en el restringido círculo de José. Lo sabemos nosotros y él no lo ignoraba. ¿Dónde estaban, en sus tiempos, Sodoma —la residencia de Lot de Carán, que había sido acogido en la familia espiritual del hombre de Ur— y Gomorra, las dos ciudades de la voluptuosidad? En el sitio donde otrora florecía su decadencia, extendía el mar Muerto sus aguas plomizas, como consecuencia de un trastorno de la región, bajo un diluvio de fuego, pez y azufre, tan espantoso y destructor en apariencia, que las hijas de Lot, que con él habían escapado (aquellas mismas que Lot había querido ofrecer a la concupiscencia

de los sodomitas, en cambio de algunos austeros visitantes), que aquellas muchachas, tomadas por el instinto femenino de asegurar la conservación de la especie y figurándose que no quedaría otro hombre sobre la tierra, se habían unido a su padre.

A través de las edades, transformaciones parecidas e igualmente visibles habíanse repetido. A períodos de bendición habían sucedido períodos malditos; alternativas de profusión y de escasez, guerras, cambios de señores y de dioses. Sin embargo, en su conjunto, el tiempo se había mostrado más conservador que en nuestros días. La manera de vivir de José, su modo de pensar y sus costumbres diferían mucho menos de las de sus antepasados que las nuestras difieren de las de tiempos de las Cruzadas. El recuerdo, transmitido oralmente, de generación en generación, era más directo y familiar, menos constreñido. Y teniendo más unidad el tiempo, se le abarcaba más fácilmente de una ojeada; en resumen, no hay que echarle en cara al joven José que abreviara quiméricamente la duración y que en momentos de menor lucidez, por la noche, a la claridad lunar, viera en el hombre de Ur al propio abuelo de su padre. Conviene saber que no era exclusivo en él este error: el hombre de Ur no era, probablemente, el mismo que había abandonado la ciudad en primer lugar. El joven José, en sus horas de clarividencia, lo dudaba. Quizás aquel abuelo no había visto la ciudadela lunar de Uru, y quizás el emigrante que partió hacia el norte, hacia Carán, del país de Naharaím, era el padre de aquél. De Carán, pues, había partido el hombre de Ur, inexactamente denominado así, ganando el país de los amoritas, guiado por el señor de los dioses, y acompañado por Lot, que más tarde se estableció en Sodoma; aquel Lot a quien la tradición honorífica de la comunidad designaba ilusoriamente como hijo del hermano del hombre de Ur, porque era hijo de Carán. Sin duda que Lot de Sodoma era hijo de Carán, puesto que de allí era originario. Pero el hecho de ver en Carán, ciudad del camino, un hermano de Ur, y en el discípulo de Lot, a uno de sus sobrinos, era pura quimera, una invención insostenible a la luz del día, pero capaz de explicar, no obstante, cómo el joven José podía cometer con facilidad ciertas confusiones.

Se dejaba guiar por éstas con la misma buena fe que demostraban los astrólatras y astrólogos de Sinear en sus predicciones. Basándose en un principio de intervención de las constelaciones, substituían un cuerpo celeste por otro. De este modo, cuando el sol se había puesto, lo reemplazaban por el planeta Ninurti, que regía los estados y comandaba las guerras. Otras veces confundían a Marduk con la constelación del Escorpión, dando a éste el nombre de Marduk, y llamando Sol al planeta Ninurti. José hacía lo mismo. Usaba de este cómodo sistema, pues su deseo de atribuir un comienzo al pasado con que se relacionaba él mismo, chocaba con las dificultades inherentes a semejantes tentativas. En efecto, cada uno de nosotros proviene de un padre y nada ha preexistido en sí. Toda cosa, por el contrario, deriva de otra, y nos lleva, así, cada vez más atrás, más lejos, hacia las causas primeras y el abismo de los

pozos del pasado. José sabía, por supuesto, que el padre del hombre de Ur, el verdadero hombre de Uru, había tenido a su vez un padre, con el que comienza su propia historia, y de generación en generación, llegaba a relacionarse, tal vez, con Abel, hijo de Adán y antepasado de los que viven bajo la choza y conducen sus rebaños. Pero el éxodo de Sinear constituía para él, precisamente, un punto de partida inicial, relativo y particular. Instruido por los cánticos y por las lecciones, sabía cómo remontar el curso de los años, cada vez más lejos, a través de numerosos episodios, hasta Adapa o Adama, el primer hombre. Según un relato apócrifo escrito en versos babilonios, del cual José sabía de memoria fragmentos, se le llamaba hijo de Ea, diosa de la sabiduría y de las profundidades acuáticas. Había sido panadero y copero de los dioses. José tenía, por cuenta suya, noticias más sagradas y más precisas, así como de la remota época del Jardín de Oriente, donde se alzaban los dos árboles: el de la madera de la vida y el impuro árbol de la muerte; y acerca de los orígenes, de la creación del mundo y de los cielos, arrancados al caos por el Verbo que flotaba por encima de las aguas primitivas, y que era Dios. Pero ¿no era necesario ver aquí también un comienzo relativo y completamente particular? Ya en aquellos tiempos, ciertos seres maravillados y sorprendidos habían contemplado cara a cara al Creador: eran sus hijos, los ángeles estelares, sobre los cuales José conocía historias singulares y, a ratos, hasta divertidas; y también los demonios rebeldes. Sin duda éstos habían salido de un antiguo Eón del Universo, transformado, al declinar, en la sustancia primitiva del Caos. Y aún éste, ¿había sido el primero de todos?

Al llegar aquí, un vértigo se adueñaba del joven José, igual al que nos sobrecoge a nosotros cuando nos tendemos sobre el brocal del pozo. Y a pesar de algunas inexactitudes que se permitía su bella cabeza, y que de nuestra parte serían menos veniales, nos sentimos cercanos a él, y, en cierto aspecto, contemporáneos suyos, ante el abismo del pasado que ya escrutaba este lejano contemplador. Nos parece un ser humano como nosotros y, a pesar de tan antiguo, matemáticamente a la misma distancia espantosa que nosotros de los comienzos de la humanidad; esto, sin hablar del origen de las cosas, perdidas en el fondo de las tinieblas abisales. Nuestras investigaciones se ven forzadas a detenerse, ya sea en los principios ilusorios, relativos (que nosotros confundimos con los orígenes verdaderos, igual que José confundía al viajero ancestral, a veces con el padre de éste y a veces con su propio abuelo), ya sea porque nos veamos arrastrados hacia un paisaje de dunas en pendiente, hacia la de más allá, hacia un pasado que retrocede más y más en lo inconmensurable.

**H**emos dicho que José se sabía de memoria unos hermosos versos babilonios, sacados de una gran colección escrita y llenos de dudosas verdades. Los sabía por unos viajeros relacionados con Hebrón, con los cuales buscaba conversar, dada su naturaleza sociable. También había sido instruido en dicho asunto por su maestro, el viejo Eliecer, que había sido liberto de su padre. Guardémonos de confundir a este Eliecer —como lo solía hacer José, no sin cierta complacencia del mismo anciano— con el otro Eliecer, el más viejo servidor del viajero ancestral, aquel que antaño había pedido en matrimonio, para Isaac, a la hija de Batuel, junto al pozo. Versos y leyendas han llegado hasta nosotros; poseemos textos grabados sobre tablillas, encontradas en Nínive, en el palacio de Asurbanipal, rey del universo, hijo de Assarhaddon, hijo de Senaquerib. Algunos nos ofrecen en graciosos caracteres cuneiformes, sobre arcilla de un gris amarillento, la relación primordial del Gran Diluvio, por medio del cual el Señor aniquiló a la humanidad primitiva, a causa de su corrupción. En las tradiciones personales de José, representaba aquella relación un papel importante. A decir verdad, «relación primordial» no es la expresión que mejor cuadra, por lo menos en cuanto al segundo vocablo, el más expresivo: estas tablillas deterioradas son copias que Asurbanipal, soberano muy aficionado a la escritura y al pensamiento fijo, el «Inteligentísimo», según la fórmula babilonia, gran coleccionador de tesoros del espíritu, había hecho grabar por esclavos instruidos, poco más o menos unos seiscientos años antes de nuestra era, tomándolas de un original, sin duda, anterior en mil años, y que databan, por consiguiente, del Legislador y del Viajero de la Luna. Para descifrar ese texto venerable, los escribas de Asurbanipal sufrieron, sin duda alguna, las mismas dificultades que nosotros tenemos para leer un manuscrito de tiempos de Carlomagno. Esa escritura hierática, suelta y poco desarrollada, era ya en aquella época de una lectura fastidiosa, y uno puede preguntarse si el sentido no fue alterado por los copistas.

Además, dicho original no era tampoco el auténtico, sino que reproducía un documento de muy lejanas edades. Se podría, empero, sin mucha certeza, atribuirle una fecha, considerarlo como un verdadero original, si los escribas no lo hubieran sobrecargado de glosas destinadas a aclarar el texto anterior —perdido en la noche de los tiempos—, glosas que no fueron, por otra parte, sino correcciones desgraciadas de su sabiduría. No sería posible continuar así, hasta el infinito, si no tuviéramos ya el derecho de esperar que nuestros lectores hayan comprendido la justeza de nuestro designio cada vez que hablamos de bastidores y decorados, de las dunas y del pozo abisal.

Los egipcios tenían para este caso un término que José conocía y empleaba

cuando quería. Porque aunque no fueron tolerados los hijos de Cam en el hogar de Jacob, por culpa del antepasado de aquéllos, el que insultó a su padre y que se había tornado completamente negro de piel; y aunque Jacob reprobara las costumbres de Mizraím desde un punto de vista religioso, el muchacho, de espíritu hurgador, frecuentaba a los egipcios en las ciudades, ya en Kirjath Seger, ya en Siquem. Había aprendido entonces algunas palabras del idioma que después había de dominar perfectamente. Pues bien, cuando un egipcio hablaba de algo que se remontara a una época indeterminada y muy antigua, de incalculable edad, decía: «Data del tiempo de Set», entendiendo por éste a uno de sus dioses, el pérfido hermano de su Marduk o Tammuz, o Tammuz, al que llamaban Osiris, es decir, el Mártir. Este sobrenombre le había sido puesto porque Set le había encerrado en un ataúd, echado al río y, por último, despedazado como a una bestia salvaje. En aquel entonces, cuando los egipcios citaban «el tiempo de Set», Osiris, la víctima, reinaba en los Infiernos, señor de los muertos y rey de la eternidad. «De tiempos de Set»... Las gentes de Mizraím empleaban esta frase a troche y moche. El origen de todo lo que les rodeaba era imposible de probar y se perdía en las tinieblas sin fondo.

Junto al desierto líbico, cerca de Menfis, se erigía, esculpido en plena roca, el coloso de cincuenta y tres metros de altura, el híbrido león y virgen a la par, con pechos de mujer, barba de hombre, con el ureus real manifiesto en su banda, sus garras gigantescas de felino extendidas ante su cuerpo y con su chata nariz roída por el tiempo. Estaba allí desde siempre, con su misma nariz achatada por los años, a la cual ninguna época recordaba haber visto entera, lo mismo que nadie se acordaba del tiempo en que la esfinge no existía. Como consecuencia de un mandato recibido en sueños antes de subir al trono, Tutmes IV, el Gavilán de Oro, el poderoso Toro, rey del Alto y del Bajo Egipto, caro a la diosa de la Verdad, salido de la misma dinastía decimoctava a la que perteneció Amón-está-contento, había mandado sacar de las arenas del desierto la inmensa estatua, hundida en parte. Ya, mil quinientos años atrás, el mismo Keops, de la dinastía IV, que se había hecho construir por sepultura la gran pirámide vecina y que ofrecía sacrificios a la esfinge, la había encontrado medio en ruinas. De tal modo nadie conocía una época que hubiese sucedido a la estatua ni que le hubiese visto una nariz intacta.

El animal prodigioso, en quien la posteridad veía la imagen del dios solar y al que llamaban «Horus-sobre-el-monte-de-la-luz», ¿fue esculpido sobre la roca viva por Set en persona? Igual que Osiris, Set no había sido siempre, probablemente, un dios, sino también, otrora, un hombre, un rey de Egipto. Algunos sostienen que un tal Menes, u Hor-Meni, fundó, unos seis mil años antes de nuestra era, la primera dinastía egipcia. La época que la precedió se llamó predinástica. Meni fue el primero, quizá, que reunió bajo su cetro el alto y el bajo territorio, el papiro y el lirio, la corona roja y la corona blanca, y que ejerció su soberanía sobre todo Egipto, cuya historia comienza

en su reino. Es probable que cada palabra de esta aserción sea falsa y que, para el investigador penetrante, Meni no sea más que un punto de referencia, un jalón en el tiempo. Algunos sacerdotes egipcios afirmaron a Herodoto que los anales escritos de su historia se remontaban a once mil trescientos cuarenta años, cifra que para nosotros corresponde a unos catorce milenios, poco más o menos. Basándonos en estos datos, el rey Meni parece menos fabulosamente alejado de nosotros. En la historia de Egipto, los períodos de debilidad y de división alternaron con eras de poderío y de brillo; las épocas de anarquía y de poliarquía, con otras en las que todo el poder estaba majestuosamente concentrado en manos de uno solo. Por tanto, y cada vez más, aparece claramente que los regímenes cambiaron con demasiada frecuencia para que el rey Meni pudiera ser el primer representante de la unidad.

La desmembración a que este rey puso remedio fue precedida por un período de unidad, que a su vez había sucedido a otra época de desintegración. ¿De qué manera establecer el número de veces que convendría repetir «anterior», «otra vez» y «más lejos»? Baste con decir que la unidad comenzó a existir bajo las dinastías de los dioses; es posible establecer la conjetura de que Set y Osiris eran hijos de aquéllos y que la historia de Osiris, la víctima, su asesinato, su descuartizamiento, deberán ser considerados como alusiones legendarias a las pérfidas y criminales competencias que alrededor del trono tuvieron lugar. Se trata de un pasado profundo hasta el punto de tornarse en un mito teológico, que revivía y se reencarnaba, objeto de piadosa veneración, en ciertos animales, halcones o chacales, que eran guardados con gran cuidado y esmero en las viejas capitales del país, Buto y Enchab, y que pasaban por ser los receptáculos misteriosos de las almas de aquellos personajes de la prehistoria.

n tiempos de Set»; esta expresión placía al joven José, y nosotros la aceptamos «E con gusto. Como los egipcios, la encontramos extraordinariamente justa y adecuada. A cualquier parte a donde miremos, en el dominio de lo humano, se nos impone esa expresión. Y, mirándola de cerca, el origen de todas las cosas se pierde en la noche de las edades, «en la época de Set».

En el momento en que nuestro relato comienza en el tiempo (momento escogido y harto arbitrariamente, pero es menester tomar un punto de partida y abandonar el resto, porque, si no, nos veríamos obligados nosotros mismos a empezar con «los tiempos de Set»), José era ya pastor, lo mismo que sus hermanos, aunque recibía ciertas consideraciones y miramientos: guardaba, con dichos hermanos, en las praderas de Hebrón, los corderos, cabras y bueyes de su padre, cuando quería dedicarse a ellos. ¿Cuál era la apariencia de esos animales, y en qué se diferenciaban de los de nuestros días? En nada. Eran las mismas criaturas dulces y amistosas, tan mansas como las de nuestro tiempo. La historia de la domesticación del toro, por ejemplo, que había perdido su forma de búfalo salvaje, era ya en la época del joven José tan antigua, que la frase «muchísimo tiempo» resultaría cómica aplicada a un lapso tan incalculable. En efecto, los toros estaban ya domesticados en los primeros días de la edad de piedra, anterior a la edad de hierro y del bronce. Y el niño de Amurru, José, de formación intelectual egipcio-babilonia, estaba casi tan alejado de dichas edades como nosotros mismos. La diferencia es mínima.

En cuanto a los borregos salvajes de que descenden nuestros rebaños de corderos y los de Jacob, se nos dice que su raza se extinguió. Desde «muchísimo tiempo atrás» no existe. Su domesticación se debió de llevar a cabo en la época de Set, así como la del asno, el caballo, la cabra y el cerdo, que comenzó por ser un jabalí salvaje —el que despedazó a Tammuz, el pastor—, hacia la misma fecha nebulosa. Nuestros anales históricos se remontan a unos siete mil años; durante todo este período no se oyó hablar de la doma de un animal salvaje. Se efectuó, sin duda, en una época que escapa al recuerdo.

Más o menos en la misma época hay que colocar el mejoramiento de las malas hierbas, que se cambiaron en trigo, generador del pan. Nuestra ciencia botánica se declara, con gran fastidio para ella, incapaz, de ascender hasta los prototipos originales y salvajes de nuestros cereales, de los cuales se alimentaba, asimismo, José: cebada, avena, maíz, trigo, centeno. Ningún pueblo puede enorgullecerse de haber sido el primero en cultivarlos y desarrollarlos en su suelo. Hemos oído decir que en la edad de piedra Europa conoció cinco variedades de trigo y tres especies diferentes de cebada. El cultivo de la viña fue un prodigio incomparable, como obra del hombre. El eco de las tradiciones que sube de la sima abisal lo atribuye a Noé, el

Justo, sobreviviente del Diluvio, aquel Noé a quien los babilonios llamaban Utnapichtim y también Atracarsis, el muy inteligente; el cual relató los acontecimientos primitivos a su nieto Gilgamesh, el héroe de las tablillas legendarias. Fue, pues, el primero que había plantado vides, y José se extrañaba. ¿Por qué no haber aclimatado, mejor, árboles útiles como la higuera o el olivo? Aquel Justo había carecido de justeza; había fabricado vino y, cuando estaba borracho, le habían hecho burla y lo habían castrado. José se imaginaba que aquella cosa prodigiosa y la transformación de la viña eran recientes, apenas anteriores a su «bisabuelo» en una docena de generaciones. Cometía un error quimérico, en su deseo piadoso de acercarse a un pasado primordial e inmemorial. Comprobemos, con estupor, que ese pasado, tan alejado de él, era ya bastante posterior a los orígenes de la especie humana para que pudiera producirse una inteligencia superior, capaz de una obra de civilización como el mejoramiento de la viña salvaje.

¿Dónde buscar los primeros cimientos de la civilización humana? ¿Qué edad tendrá? Proponemos esta pregunta pensando en el lejano José, llegado a un grado de evolución que apenas difiere del nuestro, fuera de pequeñas imprecisiones que nos hacen sonreír con indulgencia. Pero basta formularse tal pregunta para que se despliegue la decepcionante extensión de decoraciones y dunas. Entendemos generalmente por Antigüedad el mundo greco-romano, es decir, una época reciente. Ascendiendo hasta la población griega, considerada como primitiva, de los pelasgos, nos damos cuenta de que las islas, antes de caer bajo su yugo, estaban habitadas por una población auténticamente primitiva, una raza de hombres que precedió a los fenicios en el dominio de los mares. Descubrimos que estas gentes, como «primeros piratas», nos conducen a los planos de las dunas. Y esto no es todo. La ciencia se inclina más y más a creer que éstos eran colonos llegados de la Atlántida, el continente sumergido más allá de las Columnas de Hércules, que, en la noche de las edades, unía Europa con América. Saber si está Atlántida fue la primera región terrestre habitada es asunto de tal manera dudoso, que frisa con lo inverosímil. Parece más probable que la historia primera de la civilización, así como la de Noé, el Prudentísimo, se refiere a países infinitamente más antiguos y desaparecidos mucho antes que la Atlántida.

Son éstos promontorios por los cuales es menester no aventurarse y a los que conviene no hacer alusión sino empleando la vaga fórmula de los egipcios. Los pueblos orientales demostraban tanta cordura como piedad al pensar que eran acreedores a los dioses de los primeros elementos de su cultura. Los hombres bronceados de Mizraím veían en el mártir Osiris al bienhechor que les enseñó la agricultura y les dio las leyes. Osiris no fue interrumpido en su obra sino por la pérfida agresión de Set, que se comportó con él igual que un jabalí desencadenado. Los chinos reconocían como fundador de su imperio a un semidiós imperial, Fu-Hi,

que introdujo entre ellos el buey y les enseñó el arte precioso de la escritura. Pero en esa época —dos mil ochocientos cincuenta y dos años antes de nuestra era— aquel personaje no los había juzgado suficientemente maduros para que recibieran la enseñanza de la astronomía; según sus anales, esta ciencia no les fue revelada hasta unos trece siglos más tarde, por el gran emperador extranjero Tai-Ko-Fokee, mientras que los sacerdotes de Sinear descifraban los signos del zodiaco desde hacía varias centurias. Se cuenta también que un hombre que había ido a Babilonia en compañía de Alejandro el Macedonio transmitió a Aristóteles observaciones astronómicas hechas por los caldeos. Estos datos, grabados con buril sobre arcilla cocida, tendrían cuatro mil ciento sesenta años de antigüedad. Tal vez. Porque es probable que el estudio de los astros y del cielo, así como los cálculos relativos al calendario, se practicaran ya en la Atlántida, cuya inmersión tuvo lugar, según Solón, nueve mil años antes de la época en que él vivía. De aquí se deduce que, probablemente, el hombre cultivó tan noble ciencia por lo menos once mil quinientos años antes de nuestra era.

Y con toda evidencia, el arte de la escritura no es posterior, sino al contrario. Hablamos de esto porque José demostraba un gran interés por ello, al revés que sus hermanos. Pronto fue perito y, comenzando bajo la égida de Eliecer, luego se valió con igual maestría de la escritura fenicia y babilonia, como de la hitita. Tenía una predilección, una debilidad, por el dios, verdadero o falso, que en Oriente llamaban Nabu, pero que los historiógrafos, en Tiro y Sidón, llamaban Taut, a quien se creía inventor de los signos escritos y cronista de los comienzos primitivos. Era el mismo Tot egipcio de Hermópolis. Escribía los mensajes de los dioses, protegía las ciencias y su cometido era considerado como preponderante; dios verídico, moderado y cuidadoso, representado a veces por un mono de cabellos blancos y estatura graciosa, a veces por una cabeza de ibis, que mantenía con la Luna unas relaciones tiernas y solemnes, muy de acuerdo con los propios sentimientos de José. Éste se guardaba muy bien de revelar esta inclinación a Jacob, que reprobaba inflexiblemente la simpatía por semejantes ídolos, más severo en esto que ciertas potencias supremas a las que creía honrar por su rigor. La historia nos enseña que estas potencias no miraron mal, seriamente, al adolescente y sus pequeñas escapatorias, o que, a lo menos, no le guardaron un rencor prolongado.

En lo que se refiere al arte de la escritura, no se sabría definir de mejor manera su origen vago y lejano que diciendo, con una ligera deformación de la frase egipcia, que data de tiempos de Tot. La representación de un rodillo escrito se encuentra en los más antiguos monumentos egipcios. Conocemos el papiro que perteneció a Hor-Sendi, rey de la segunda dinastía, hace seis mil años. Ya en aquellos tiempos pasaba por ser tan antiguo, que se decía que Sendi lo había heredado de Set. Bajo los reinos de Esnufru y de Keops, hijo del Sol de la cuarta dinastía, cuando se construyeron las

pirámides de Gizeh, el conocimiento de la escritura estaba tan extendido entre el pueblo, que hoy día se estudian las ingenuas inscripciones de los albañiles en los bloques gigantescos. La difusión del saber en una época tan alejada de la nuestra no debe sorprendernos, si nos referimos a la antigüedad que los sacerdotes atribuían a los anales egipcios.

Si es imposible calcular exactamente la época en que se registraron los signos del lenguaje, ¿adonde habrá que ascender para encontrar el origen de la palabra? Se dice que el idioma más antiguo, la lengua madre, es el indogermánico, el indoeuropeo, el sánscrito. Pero es casi seguro que este origen ha sido establecido tan apresuradamente como tantos otros y que hubo una lengua madre más antigua todavía, de la que se derivaron el ario y los idiomas semítico y camita. Puede ser que la usaran en la Atlántida, última silueta que se nota, promontorio casi borrado en la imprecisión de las brumas lejanas, y que no es, seguramente, la primera patria del hombre dotado de palabra.

**B**asándose en ciertos descubrimientos, los geólogos estiman que la especie humana tiene quinientos mil años. Cálculo que no peca de exagerado si se miran las enseñanzas de la ciencia actual, según las cuales el hombre, considerado como animal, sería el más antiguo de todos los mamíferos. Ya en las épocas primitivas más cercanas a nosotros, antes que su cerebro se hubiera desarrollado, había existido bajo diversas formas zoológicas, anfibio o reptil. Igualmente conviene tener en cuenta el lapso inconmensurable de tiempo que fue necesario para que evolucionara el tipo de marsupial, el ser con los dedos contrahechos, el sonámbulo todavía medio curvado, atravesado por relámpagos de una especie de prerrazón, sin duda la encarnación del hombre antes de la aparición de Noé-Utnapichtim, el muy inteligente; suponer el tiempo que hubo de correr para que este ser se hiciera el inventor del arco y de las flechas, el utilizador del fuego, el forjador del hierro de los meteoros; el que cultivó el trigo y la viña y domesticó los animales. En una palabra, el ser ingenioso, precoz, ya moderno en sus grandes líneas, tal y como se nos aparece en los comienzos de la Historia. Un sabio del templo de Sais explicaba a Solón que el mito de Faetón, en la forma que le atribuía la tradición griega, era la visión humana de un fenómeno celeste: los cuerpos que gravitan en el espacio alrededor de la Tierra, saliéndose de sus órbitas, habían producido un incendio devastador sobre el globo terrestre. En efecto, se dice, con una seguridad que va creciendo cada vez más, que los recuerdos confusos del hombre, informes pero constantemente reformados por los relatos fabulosos, llegan hasta los cataclismos de edades inconmensurables. La tradición de estos cataclismos, alimentada por acontecimientos posteriores y de menor importancia, pero de idéntica naturaleza, se ha acreditado en diversos pueblos y constituye de este modo esa sucesión de planos y corredores que atraen y seducen al viajero errante a través del tiempo.

Los versos de las tablillas que habían sido citados a José, y que él había retenido tan excelentemente en su memoria, relataban, entre otros sucesos, la historia del gran Diluvio. José la hubiera sabido por otra parte, aunque no hubiese llegado a él más que verbalmente y en su versión babilonia. En su país occidental, y entre su gente en particular, dicha historia tenía una vida tenaz, aunque en una versión ligeramente distinta, en cuanto a la moraleja y a los detalles, de la tradición que era tenida por verdadera en Mesopotamia. En la época de su juventud, precisamente, esta versión estaba a punto de implantarse entre las gentes de José, en un relato que variaba del que estaba en uso entre los países del este. José conocía las menores peripecias. En aquellos tiempos, él no ignoraba que toda carne, incluso en las bestias, había corrompido su camino de una manera indescriptible, y la tierra misma se prostituía y

devolvía avena loca cuando la habían sembrado de trigo; y esto, en desmedro de los avisos de Noé. El Señor y Creador había visto a sus propios ángeles comprometidos en las abominaciones; habiendo tenido paciencia, una vez más por espacio de ciento veinticinco años, quiso sustraerse a una responsabilidad intolerable y dejó, con gran pena, que se cumpliera la sentencia de la inundación. A pesar de todo, usando una mansedumbre infinita que los ángeles no compartían en modo alguno, había concedido a la vida una puertecilla de escape, bajo la forma de un arca embadurnada de pez, donde Noé se embarcó con los animales. José sabía del momento preciso en que las criaturas se habían metido en el arca, el décimo día del mes de Cheshvan. Al día decimoséptimo el Diluvio se había desencadenado, cuando se fundían las nieves primaverales, en el punto en que la estrella Sirio aparecía en pleno mediodía y en que las aguas de los pozos empezaban a subir. Aquel día preciso fue. José sabía la fecha por el viejo Eliecer. Pero desde entonces, ¿cuántas veces esta hora fatídica había sonado otra vez? Ni José ni el viejo Eliecer se lo habían preguntado. Aquí comenzaron las fusiones, confusiones y espejismos de que está llena la tradición.

Dios sabe cuándo se produjo, por última vez, el desbordamiento devastador del Eufrates, siempre propicio a fogosas salidas de madre, o aquel avance del golfo Pérsico hacia las tierras, entre torbellinos tempestuosos y sacudidas sísmicas, fenómenos que, si no dieron origen a la tradición del Diluvio, la alimentaron y le confirmaron una espantosa apariencia de realidad, que las generaciones futuras tomaron por el Diluvio. ¿Quizás el postrer cataclismo de ese género no es realmente muy antiguo? Cuanto más reciente sea su fecha, más interesa saber cómo la generación contemporánea del acontecimiento pudo confundirlo con el otro, con aquel cuyo relato había transmitido la tradición, con el verdadero Diluvio. Esto fue, empero, lo que pasó. Guardémonos de despreciar su falta de juicio o de extrañarnos. La gran aventura no era tanto el que un hecho pasado se repitiera, sino que se tornara actual. Y el hecho de que esto aconteciera provenía de que las circunstancias que provocaron la catástrofe conservaron todo el tiempo su actualidad. Durante todos los tiempos la carne estuvo corrompida o en trance de estarlo, no obstante las intenciones piadosas. ¿Saben los hombres si sus actos son puros ante Dios y si lo que ellos consideran como loable no es para el Cielo piedra de escándalo? La débil humanidad no conoce con exactitud al Ser divino, ni las decisiones infernales. En cualquier momento puede suceder que la reserva de indulgencia de que ha gozado se agote y la sentencia sea aplicada. Y a pesar de todo no le ha faltado el anunciador, el sabio dotado de alta inteligencia, hábil para interpretar los signos. Sólo entre millares de hombres, por medidas anticipadas, escapa al aniquilamiento, no sin haber escondido de antemano, bajo el suelo, las tablas del conocimiento, semilla de la futura sabiduría, para que, al retirarse las aguas dicha semilla escrituraria germine de nuevo. En cualquier momento, ésta es la expresión del enigma. El enigma ignora al tiempo. Y el

no-tiempo adquiere la forma de lo presente y de lo actual.

El Diluvio se produjo por lo tanto a orillas del Eufrates, pero también en la China. Alrededor del año 1300 antes de nuestra era, hubo en este país una terrible crecida del Hoang-Ho, lo que motivó la canalización de su curso. Y este cataclismo era en sí la repetición de un gran desbordamiento, ocurrido unos mil cincuenta años antes, contemporáneo al reinado del quinto emperador, durante el cual Noé se llamaba Yaú, y que, por otra parte, no fue, cronológicamente —faltaba mucho para ello—, el Diluvio original, cuyo recuerdo es común a todos los pueblos. Así como el relato babilónico del Diluvio, conocido por José, no es sino una copia posterior de textos que se hunden en la antigüedad, así el acontecimiento en sí mismo debe ser trasladado hasta prototipos aún más alejados, y se imagina uno haber tocado fondo en la cuestión cuando se quiere ver allá, en los orígenes, la inmersión de la Atlántida en las olas. La espantosa noticia de este cataclismo se extendería en seguida por las demás regiones del mundo colonizadas por los atlantes, y su tradición, sujeta a variaciones, se fijaría para siempre en la memoria de los pueblos. Esto no es, sin embargo, más que un punto de mira ilusorio y provisional. Un cálculo caldeo permite establecer que treinta y nueve mil ochenta años se pasaron entre el Diluvio y la primera dinastía mesopotámica registrada en la historia. Por consiguiente, el hundimiento de la Atlántida no tuvo lugar sino nueve mil años antes de Solón y, considerado desde el punto de vista geológico, no representó, probablemente, más que una catástrofe próxima que no fue el Diluvio ni mucho menos."

No era, por añadidura, más que una repetición, la vuelta de un suceso hundido en el pasado, el espantoso despertar de un recuerdo, cuyo verdadero punto de partida histórico debe ascender hasta la época, imposible de fechar, en que la isla de Lemuria —viejo fragmento del antiguo continente de Godwana— se hundió en las ondas del océano Indico.

Lo que nos interesa no es el tiempo numerable, sino lo que del tiempo pueda ser abolido en el misterio de la permutación entre la tradición y la profecía, que cede a la palabra «otrora» su doble sentido de pretérito y de porvenir, cambiándola en un presente potencial. De aquí se deriva la idea de la reencarnación. Los reyes de Babel y de los dos Egiptos, aquel Kurigalzu de la barba de calamina, como a su vez el Horus del palacio de Tebas, a quien llamaban Amón-el-satisfecho, y también sus predecesores, encarnaron al dios solar. En otras palabras: Habiéndose el mito hecho misterio en ellos, no fue posible establecer distinción entre «ser» y «significar». Las controversias en torno a saber si la hostia es el «cuerpo» de la víctima, o solamente su símbolo, no debían surgir sino tres mil años más tarde. Pero estas discusiones no cambian en nada el misterio en su misma esencia, la cual permanece como un presente fuera del tiempo. Tal es el significado de ritos y fiestas. Cada noche de Navidad renace el Salvador del mundo, destinado a sufrir, morir y resucitar. Cuando

José, en Siquem o en Beth-Lama, a mediados del verano, en la fiesta de las Plañideras, de las Lámparas Encendidas o de Tammuz, asistía al asesinato de Osiris-Adonai, el hijo perdido, el dios adolescente, y a su resurrección entre los sollozos de las flautas y los gritos de alegría, era a merced de esa detención del tiempo disuelta en el misterio, que nos complace porque aparta todo carácter ilógico al modo de pensar en esa gente que, en cada inundación, reconoce pura y simplemente al Diluvio.

La historia de la Gran Torre era análoga a la del Diluvio, y, al igual que ésta, se había extendido por todas partes. Existió realmente en diferentes lugares y dio motivo a la formación de corredores y de decoraciones y a substituciones quiméricas. Es seguro, por ejemplo, que José —perdonemos su error— tomaba el Templo del Sol, en Babel, al que llamaban el Esagil o Morada del Levantamiento de Cabeza, por la Gran Torre misma. El viajero llegado de Ur la había tomado por tal, sin duda, a su vez. Esta ilusión la compartían no solamente los personajes que estaban cerca de José, sino todos los habitantes de Sinear. Para los caldeos, la vieja torre esmaltada, con sus siete pisos y terrazas, la gigantesca Esagil de la que José imaginaba el brillo magnífico y cambiante, era obra de Bel, el Creador, edificada con ayuda de los primeros hombres negros de la creación: restaurada y terminada por Hamurabi, el Legislador, constituía para los caldeos la representación visible y la forma actual de un concepto venido desde el fondo del pasado: la Torre, el edificio alzado hasta el cielo por la mano del hombre.

Entre los que rodeaban a José, el mito de la Torre se relacionaba con ideas de orden más general y que, hablando con propiedad, nada tenían que ver con aquél. El de la Dispersión, entre otros, se explica por el comportamiento del Hombre de la Luna, la cólera que el monumento le había inspirado y su éxodo; pues para las gentes de Sinear, los Migdal o torres encastilladas de su ciudad no evocaban nada semejante. Antes al contrario, Hamurabi, el Legislador, había hecho escribir, adrede, que las adornó con cúpulas y cúmulos de gran altura para reunir en su torno, bajo la dominación de Él, enviado del cielo, aquel pueblo vagabundo que tendía a dispersarse en todas direcciones. El Hombre de la Luna había visto en aquello un insulto a la divinidad, y con los suyos había emigrado, en contra del real deseo del potentado, que pretendía agrupar en su derredor a todos sus súbditos. Por este hecho, en el país de José, el pasado que permanecía presente bajo la forma de la Torre Esagil, prestaba ciertos elementos al porvenir y a la profecía.

En efecto, una sentencia pesaba sobre el monumento que la soberana insolencia de Nemrod alzara en reto hasta el cielo; no quedaría de él piedra sobre piedra, y sus constructores serían hundidos en el desorden y dispersados por el Dueño de los dioses. He aquí cómo el viejo Eliecer enseñó la historia al hijo de Jacob, confirmando así la doble significación de la palabra «otrora», la mezcla de fábula y de predicción que en ella se contenía y que iba a parar a un presente fuera del tiempo, la Torre de los caldeos.

Para José, la historia de la Gran Torre se aplicaba a la Esagil. Pero es evidente que para nosotros, la Esagil no es más que un simple decorado de dunas —uno entre tantos— encontrado en el curso de nuestro inconmensurable viaje en busca de la torre

auténtica. Los habitantes de Mizraím tenían también la suya, figurada por la desconcertante tumba elevada en el desierto por el rey Keops. Y en territorios de los cuales ni el viejo Eliecer ni José sospechaban la existencia; en el corazón de América, tenían las gentes también su *torre*, o su equivalente, la gran pirámide de Cholula, cuyas ruinas considerables hubieran excitado seguramente la envidia del rey Keops. Los autóctonos de Cholula han negado siempre que esta torre hubiese sido edificada por ellos. La atribuían a gigantes emigrados del este, pertenecientes, según afirmaban, a una raza superior, borracha con la nostalgia del sol, que, por acercarse al astro amado, habían construido, con la fuerza del entusiasmo, aquel monumento de arcilla y betún. Muchos indicios parecen confirmar que se trataba de colonizadores atlantes, llegados a un alto grado de perfección. Parece que a cualquier parte adonde fueron estos adoradores del Sol, astrónomos natos, no había nada más apresurado que hacer que elevar, ante las miradas pasmadas de los pobladores indígenas primitivos, imponentes observatorios según modelos de altas construcciones que ellos traían desde su país; en particular, según la imagen de la montaña de los dioses que en dicho país había, de la cual nos habla Platón. ¿Habría, quizás, que buscar en la Atlántida el prototipo de la Gran Torre? En todo caso, no es posible hacer llegar más allá su historia y terminamos aquí nuestro estudio sobre el singular argumento.

¿Dónde estuvo situado el Paraíso, jardín del Oriente, lugar de paz y de felicidad, patria del hombre, sitio donde gustó el árbol del bien y del mal y de donde fue expulsado, o mejor dicho, de donde él mismo se desterró? El joven José lo sabía tan bien como la historia del Diluvio y llevaba su conocimiento a las fuentes habituales. No disimulaba una sonrisa cuando los siriacos del desierto sostenían que el Paraíso no podía ser sino el gran oasis de Damasco, muellemente acostado entre colinas reales y océanos de praderas, en un bosque de árboles frutales, entre jardines deliciosamente regados, todo ello bullendo en gente y en tráfico; era imposible imaginarse nada más divino. Por cortesía, José no se encogía de hombros, aunque para sí lo hiciera, cuando la gente llegada de Mizraím explicaba que el jardín maravilloso estaba evidentemente situado en el país de Egipto, centro y ombligo del mundo. Pero los hombres de barba anillada de Sinear estimaban, por su parte, que la real ciudad —a la cual llamaban «Puerta de Dios» y «Lazo-que-ata-la-tierra-al-cielo»— Babel, en fin, era el centro sagrado del universo. El niño José repetía con frecuencia ante ellos y en su idioma la fórmula: «*Bab-ilon, markas same on irsitum*». Sobre esta cuestión del ombligo del universo, poseía, además, datos exactos, sacados de una fuente más cercana de la historia de la vida de su padre, el bueno, meditativo y solemne Jacob. Adolescente aún, habiendo dejado las Siete Fuentes donde los suyos vivían, para irse junto a su tío, en Carán, del lado de Naharaím, Jacob había caído por un inesperado azar en la verdadera puerta del cielo, en el auténtico ombligo del mundo, la colina de luz con su círculo de piedras consagradas a la que Beth-el había nombrado Morada de Dios. Allí fue donde, huyendo de la cólera de Esaú, había recibido en parte la terrorífica, la gran visión de su vida. El lugar donde había elevado el ara de piedra en monumento y rociado el altar con aceite se había tornado, para los próximos de José, en centro del universo, cordón umbilical que unía la tierra con el cielo. Pero no había que buscar allí tampoco el emplazamiento del Paraíso; estaba en otra parte, en el país donde todo comenzaba, la patria que el hombre de la ciudad de la Luna había dejado antaño. José tenía esta convicción pueril, generalmente extendida: estaba en el Sinear meridional, en algún sitio donde el río se dividía y donde, entre sus dos brazos, la tierra todavía llevaba abundancia de árboles y de frutas suaves.

Los teólogos han enseñado durante mucho tiempo que hay que buscar el Edén por el lado de Babilonia meridional y que el cuerpo de Adán fue elaborado con arcilla babilonia. Sin embargo, se trata otra vez del juego de decorados y corredores que ya nos es familiar, ese sistema de promontorios y retrocesos al pasado, de hogares locales, que hemos tenido tantas veces ocasión de comprobar. Pero estamos en presencia de prolongaciones sobrenaturales que, en el sentido literal de la palabra,

nos arrastran más allá del plano terrestre. Aquí el pozo abisal de la historia humana reveló toda su hondura, tan inconmensurable, que no se podrían ya aplicar las ideas de profundidad y de tinieblas, sino evocar, por el contrario, las cimas y la luz, la cima luminosa desde donde pudo producirse la caída que en nuestro espíritu ha conservado el recuerdo indisolublemente ligado al del Jardín de la Felicidad.

En ciertos aspectos, la descripción del Paraíso, tal y como nos fue transmitida, es exacta. Se ha dicho que un torrente brotado del Edén regaba el Jardín y se dividía para formar los cuatro ríos del mundo; el Fisón, el Gehón, el Eufrates y el Hiddekel. El Fisón, añade la exégesis, denominaría también al Ganges. Rodea la India inmensa y sus aguas acarrear el oro. El Gehón sería quizás el Nilo, el río más grande del universo, que corre en torno del país de los moros. En cuanto al Hiddekel, rápido como la flecha, es el Tigris, que corre a lo largo de Asiría. Este último punto no es objeto de ninguna controversia. En desquite, otras autoridades competentes rehúsan identificar el Fisón y el Gehón con el Ganges y el Nilo; más bien se trata, según ellas, del Arexes, que desemboca en el mar Caspio, y del Halys, que se lanza al mar Negro. El sitio donde estuvo el Paraíso sería en los alrededores de Babilonia, no de la Babilonia propiamente dicha; habría que situarlo mejor en los Alpes de Armenia, al norte de la llanura de Mesopotamia, en el sitio donde los dos ríos brotan, no lejos uno de otro.

Los espíritus sensatos aprueban esta aserción. Que si el «Frate» o Eufrates pasó al principio por el Paraíso, según los más respetables textos, no se sabría sostener, por otra parte, que el Edén se encontraba en su embocadura. Pero teniendo en cuenta este argumento y cediendo la palma al país de Armenia, apenas nos acercaríamos a la verdad que es consecuencia de aquélla: no hubiéramos descubierto más que un nuevo fondo movable, un nuevo espejismo. Ya el viejo Eliecer enseñaba a José que Dios dotó a la Tierra de cuatro costados: el oriente, el occidente, el sur y el norte, guardados, al pie del trono supremo, por cuatro animales sagrados y cuatro ángeles vigilantes con los ojos inmutablemente fijos en esa ordenación fundamental. Las cuatro caras de las pirámides del Bajo Egipto, revestidas de cemento brillante, ¿no estaban asimismo orientadas hacia los puntos cardinales? Siguiendo este mismo orden, corrían los ríos del Paraíso, semejantes en sus cursos a serpientes cuyas colas se juntan, pero cuyas cabezas se alejan unas de otras, de suerte que cada uno de ellos se dirige hacia un punto del horizonte. Esto forma, trasladado al Asia Menor, un sistema geográfico que nos es ya conocido: el de un continente desaparecido, la Atlántida, donde según los relatos de Platón, cuatro ríos brotados de la montaña de los dioses se lanzaban de idéntica manera, es decir, formando una cruz, hacia las cuatro direcciones del mundo. Las doctas controversias sobre el emplazamiento de los ríos principales, y aun del mismo jardín, parecían ociosas desde que volvíamos la vista al pasado. En efecto: surge de nuestras investigaciones la consecuencia de que

en la tradición de los pueblos fue donde se conservó la memoria del emplazamiento del Paraíso en un lugar determinado. Aquéllos recuerdan confusamente un país desaparecido, donde una humanidad sabia y civilizada vivió días felices, dentro de un orden tranquilo y sagrado. Es indudable que aquí la tradición del Paraíso propiamente dicho se confunde con la leyenda de una edad de oro de la Humanidad. Recuerdo que se relaciona, a justo título según parece, con el país de las Hespérides, donde, si los relatos no mienten, un gran pueblo llevó una existencia sabia y piadosa en condiciones particularmente favorables, que jamás vivieron a producirse. Pero que nunca fue, ni mucho menos, el Jardín Edénico, la Patria Primera, el Lugar de la Caída. En el curso de nuestro errante viaje por el espacio y el tiempo, en busca del Paraíso, esto nos ofrece un término puramente ilusorio. Los sabios curiosos de la cosmogonía buscan al hombre original, al Adamita, en épocas y lugares cuya desaparición es muy anterior a la de la Atlántida.

¡Mixtificación, seductor espejismo del viaje! Pues si fuera posible y excusable comparar, aun quiméricamente, el país de las manzanas de oro, por donde corrían los cuatro ríos, con el Paraíso, ¿cómo, aunque fuese con el deseo de ilusionarnos, pudiera nacer semejante error respecto del mundo lemúrico que representa la avanzada siguiente, la más lejana, aquella donde la larva atormentada del ser humano —en quien el bello y encantador José hubiera renunciado, con indignación comprensible, a reconocerse— se halló por primera vez frente al sueño voluptuoso y angustiado de la vida, en una lucha desesperada con montones de carne acorazada de escamas, de salamandras voraces y saurios alados? Aquello fue no el Jardín del Edén, sino el Gehena, o más bien la primera etapa maldita tras la caída. No fue allí, en el umbral del tiempo y el espacio, sino anteriormente, donde fue cogido y gustado el fruto de la voluptuosidad y de la muerte. Nuestra sonda ha tocado fondo en el pozo de los tiempos sin haber llegado al término final e inicial que nos proponíamos. La historia del hombre es más antigua que el mundo material, que es obra de su voluntad, más antigua que la vida que reposa sobre su voluntad.

**E**xiste una larga tradición espiritual basada en la más auténtica conciencia de sí mismo que haya tenido el hombre; nacida en la más alta antigüedad, transmitida hereditariamente, ha inspirado las religiones, profecías y doctrinas relativas al conocimiento que se han sucedido en oriente: el Avesta, el Islam, el maniqueísmo, el gnosticismo y el helenismo. Trata de la naturaleza del primer hombre, o del hombre perfecto, del *adam quodom* hebraico, el ser juvenil hecho de pura luz, creado antes del comienzo del mundo, prototipo y quintaesencia de la humanidad, al cual se refieren los relatos y doctrinas, que varían en detalles, pero que concuerdan con sus grandes líneas. Se dice que, al principio de todo, el primer hombre fue el luchador elegido por Dios, su campeón contra el mal que trataba de infiltrarse en su joven creación. Pero vencido, fue encadenado por los demonios, encerrado en la ganga de la materia y alejado de su lugar de origen; entonces, un segundo mensajero de la divinidad —que misteriosamente era ser en sí mismo, su propio doble, la parte más alta de su «yo»— vino a arrancarlo de las tinieblas de la vida terrestre y carnal, para llevárselo de nuevo al mundo de la Claridad; al subir debió dejar tras de sí un poco de su resplandor, que sirvió para formar un mundo material y los hombres de la tierra. Historias maravillosas donde un elemento de redención religiosa ya perceptible se disimulaba todavía detrás de las visiones cosmológicas: pues sabemos que el cuerpo luminoso del primitivo hijo de Dios llevaba en sí los siete metales correspondientes a los siete planetas de que se componía el mundo. Según otra versión, este ser humano hecho de luz, salido de la Causa Primera Paternal, hubo de venir a través de las siete esferas planetarias, tomando de cada uno de los soberanos de estas esferas un poco de su esencia. Y así, cuando, al bajar los ojos, vio su imagen reflejada en la materia, se prendó de ella, descendió a buscarla y cayó en las redes de la grosera naturaleza. De este modo se explicaría la dualidad del hombre, que porta a la vez la huella de un origen celeste, de la libertad esencial, y las marcas de su cautividad en el mundo inferior.

El sentido de la tradición comienza a tornarse más claro en este cuadro narcisista de una gracia trágica, desde el punto en que la bajada del hijo del cielo fuera de su universo luminoso hasta un mundo material deja de ser un acto de obediencia a una orden suprema, y, por lo tanto, inocente, para volverse un acto independiente y espontáneo del deseo y, por ende, delictuoso. Al mismo tiempo se revela la significación del «segundo mensajero», idéntico al ser luminoso, pero de un modelo más perfecto, y que se apresuró a librarlo de las tinieblas y llevárselo consigo. Se ha dicho que, en este momento, el mundo estaba dividido en tres elementos personales: materia, alma y espíritu, entre los cuales, conjuntamente con la divinidad, se desarrolla la novela cuyo verdadero protagonista es el alma venturosa y creadora en

la aventura. Esta alma, que constituye el tipo acabado del mito, uniendo el conocimiento del pasado inicial con el presentimiento del final de los Tiempos, nos documenta con precisión acerca del verdadero emplazamiento del Paraíso y sobre la historia de la Caída.

Dicho está que el ama, esto es, el principio humano primordial, fue, como la materia, uno de los primeros principios establecidos y que poseía la vida, pero no el saber. Ella, que habitaba en la vecindad del Señor, en el mundo sublime de la paz y de la felicidad, conoció la inquietud y la turbación, a causa de una inclinación —y esta palabra ha de tomarse en el sentido exacto de la dirección que implica— hacia la materia aún no precipitada. Le vinieron ganas de unirse a ella para tomar formas por medio de las cuales gustaría de las delicias carnales. Pero cuando se rebajó y abandonó su morada, su voluptuosidad y su trabajo no recibieron satisfacción alguna. Al contrario: sus tormentos crecieron por el hecho de que la informe materia se obstinaba en conservarse dentro de su informe inercia primitiva: no consentía en dejarse modelar para complacer al alma, y le oponía todos los obstáculos imaginables. El Señor intervino, estimando, sin duda, que no le quedaba más que inclinarse en socorro del alma, su compañera extraviada. Para ayudarla en su lucha voluptuosa contra la materia refractaria, creó el mundo: es decir, que, para ayudar al principio humano original, hizo surgir de la materia formas dotadas de longevidad, con el fin de que por medio de ellas el alma conociera los goces de la carne y concibiera hombres. Pero muy pronto, en virtud de una nueva consecuencia de un plan largamente madurado, sacó —el texto a que nos referimos es formal en este respecto— de su propia substancia divina el espíritu, y lo envió a los hombres con la misión de despertar en ellos el alma que dormitaba y de demostrarles, de parte de su Padre, que su lugar no estaba aquí abajo y que su apasionado intento de los sentidos había sido un pecado, del cual había resultado la creación del mundo. En verdad, el espíritu trata perpetuamente de explicar al alma, cautiva en su prisión de carne, que su insensata unión con la materia ha causado el nacimiento del universo de formas, el que, si ella se retirara, dejaría en seguida de existir. El espíritu, pues, tiene la misión de convencer al alma. Para ello usa todos sus esfuerzos, esperando que, una vez iluminada, esta apasionada reconocerá, por fin, el mundo superior, su patria de origen y, olvidada del mundo inferior, no aspirará sino a encontrar de nuevo la esfera de reposo y de felicidad; la suya. Inmediatamente después, el mundo inferior será suprimido; la materia, liberada del molde de la forma, tornará a su inercia obstinada, volviendo al estado amorfo de que gozaba en la eternidad primitiva, y así encontrará la felicidad, a su manera.

Tal es la doctrina, la novela del alma. Ninguna duda de que aquí se haya llegado al último retroceso, al más antiguo pasado de la humanidad: el Paraíso está definido, la historia del pecado original, del conocimiento de la muerte, llevada a su forma de

verdad más desnuda. El alma primitiva del hombre es lo más antiguo que hay, pues preexistió al Tiempo y a las formas, lo mismo que Dios y la materia. En cuanto al espíritu, en el cual reconocemos al «segundo mensajero», encargado de retraer consigo el alma extraviada, se emparenta misteriosamente con ella, pero sin identificarse con ella en modo alguno, que es la mayor. Dios lo ha enviado para iluminarla y liberarla y por este medio abolir al mundo de las apariencias. Ciertos términos de esta doctrina se aplican para demostrar la identidad del alma y del espíritu en el plano más elevado, procediendo por afirmación o alusiones alegóricas; esta concepción está fundamentada con más de un título y no solamente porque el alma fuese, al comienzo, el heraldo de Dios contra el mal que reinaba en el mundo y porque su cometido anticipe el del espíritu, enviado más tarde para libertarla; todo lo contrario: la doctrina se abstiene de dar explicaciones sobre este asunto, no llegando a revelar completamente el papel que representa el espíritu en la novela del alma; por lo tanto, se requiere un complemento de aclaraciones. En esta reunión nupcial del alma y de la materia, de la que salió el universo de las formas y de la muerte, la misión del espíritu no da lugar a equívoco; está claramente definida: su labor es la de suscitar en el alma, olvidadiza de sí misma, cautiva de la forma y de la muerte, el recuerdo de su origen celeste; debe convencerla de que ella cometió una falta al unirse a la materia, dando así nacimiento al mundo; en fin, él despertará en ella el recuerdo nostálgico de su patria, hasta el punto que, desprendiéndose un día del dolor y de la voluptuosidad, volverá a su hogar: así se realizará el fin del mundo, recordando la materia su vieja independencia y siendo arrojada la muerte del universo. Pero hay algo en el espíritu como en el embajador en un país hostil, que acaba por aclimatarse al cabo de cierto tiempo y por adoptar inconscientemente la manera de pensar y el punto de vista de la potencia extranjera ante la que está acreditado; perdiendo su carácter propio, se encuentra incapaz para defender los intereses de su patria, y se hace indispensable llamarlo a ésta. Así, mientras más se prolonga la misión del espíritu, más se ejerce su diplomacia aquí abajo y más su falseada actividad sufre los corruptores efectos de esta situación de embajador, efectos que sin duda alguna no escapan a la mirada de las esferas superiores y que hubieran producido la destitución del mensajero si la cuestión de su oportuna substitución fuera fácil de resolver.

Es indudable que, a la larga, su papel de destructor y de minador del mundo es una molestia para el espíritu. Bajo la influencia disolvente de su viaje, el ángulo bajo el cual considera a las cosas se modifica hasta tal punto, que él, a pesar de estar imbuido por el sentido de su encargo, enviado para expulsar a la muerte del universo, acaba por considerarse como el principio mortal llamado a producir la destrucción del mundo; aquí hay, seguramente, una cuestión de punto de vista y de apreciación personal; una y otra manera de ver son defendibles. Empero, bueno será saber de

antemano el partido que nuestros orígenes nos ordenan tomar para librarnos del fenómeno que objetivamente hemos llamado corrupción y que conduciría al abandono de los deberes naturales. Aquí, el espíritu demuestra cierta debilidad: impaciente por repudiar su renombre de principio mortífero destinado a la destrucción de las formas —renombre que él mismo se ha hecho por su propia iniciativa, por deseo de una sentencia que, a pesar de todo, le tocaba a él también—, hace cuestión de honor el deshacerse de esta reputación; no es que él haya traicionado expresamente su mandato; pero inconscientemente dominado por este impulso, y por un sentimiento que se podría calificar de amor ilícito por el alma y sus movimientos apasionados, falsea el sentido de las palabras para favorecerlas, a ella y a su empresa, y, por una especie de simpatía maliciosa que sale al encuentro de su pura misión, se manifiesta en favor de la vida y de las formas. ¿Esta actitud pérfida, o que al menos lo parece, puede quizás ser útil al espíritu? ¿Tal vez está fatalmente predestinado, en todos los casos y por estos mismos medios, a servir el final que le fue asignado, es decir, abolir el mundo material arrancándole el alma, y quizá obra con pleno conocimiento de causa, sabiendo que tiene licencia para hacerlo todo? El problema no está resuelto. De cualquier modo, en ese acuerdo sutil entre su voluntad y la del alma, que parece una renuncia de sí mismo, podemos ver la explicación del pasaje alegórico de la doctrina, según el cual el «segundo mensajero» es un doble del ser luminoso enviado para combatir el mal. En efecto: tal vez esta interpretación disimula una alusión profética a los decretos misteriosos de Dios, que el Canon juzgó demasiado sagrados e impenetrables para formularlos.

**S**i no se profesa una moral excesivamente quisquillosa, no se puede hablar de una caída culpable del alma o del ser de luz primitivo. Ciertamente, el alma ha pecado contra ella misma al renunciar a su estado de felicidad, pero no ha pecado contra Dios ni atraído, por su conducta apasionada, una interdicción divina. Tal interdicción no había sido jamás pronunciada, por lo menos según la doctrina a que nos referimos. Si, por el contrario, la tradición religiosa declara que el Señor prohibió a los primeros hombres gustar el árbol de la ciencia del bien y del mal, consideremos en primer lugar que se trata de un suceso secundario, y ya terrestre, y de humanos salidos de la materia y del alma con la asistencia creadora del mismo Dios. Por tanto, si Dios les sometió verdaderamente a esta prueba, no hay duda de que conoció de antemano su desenlace. Se ignora solamente por qué dictó una prohibición que estaba seguro de ver transgredida, excitando así la alegría maligna de los ángeles que le rodeaban, mal dispuestos para con la humanidad. En segundo lugar, la locución «el bien y el mal» constituye sin duda alguna una glosa o adjunción al texto auténtico; se trata aquí, en realidad, de un conocimiento del que resulta no la facultad de distinguir el bien del mal, sino la muerte. Se puede, pues, afirmar, que la relación que ha llegado a nosotros de una «prohibición» es una interpolación bien intencionada, pero sin base.

Todo viene en apoyo de nuestra argumentación, particularmente el hecho de que el Señor no se irritó por el deseo nostálgico ni por el comportamiento del alma; no la rechazó ni le infligió un castigo que sobrepasara la suma de sufrimientos a los cuales ella se había expuesto de grado; compensados, por otra parte, con los placeres terrestres. Al contrario, aparece claramente que el espectáculo de la pasión del alma le inspiró, si no benevolencia, al menos compasión; puesto que acudió espontáneamente en auxilio de ella, intervino en la lucha amorosa que ella llevaba para conocer la materia, y de esta lucha hizo brotar el mundo imperdurable de las formas, a fin de que el alma pudiera saciar su deseo. Esta disposición piadosa del Señor reviste tan a las claras la apariencia de la simpatía, que es difícil, si no imposible, establecer una distinción.

No se trataría aquí sino a medias de una cuestión de pecado, en el sentido de una ofensa hecha a Dios y a su voluntad formal, sobre todo si se considera la singular solicitud que manifiesta a la raza salida de la unión de la materia y del alma, a ese género humano que desde el principio excitó, y con razón, los celos angélicos. José se impresionaba profundamente cuando el viejo Eliecer le hablaba de estas relaciones; Eliecer, además, se expresaba en el mismo tono que los comentarios hebraicos de la historia primitiva que hasta hoy día leemos. Se dice que si Dios, con su sabiduría, no sospechó que entre los hombres nacerían no solamente justos sino también malos, el

«reino del rigor» no hubiera consentido jamás en su creación. Tales afirmaciones nos aclaran el camino. Nos enseñan, para empezar, que el rigor no es una de las características del Señor, sino de su corte, de la cual parece depender hasta cierto punto, quedándole la preeminencia naturalmente adquirida. Preocupado en evitar dificultades en este sentido, descuidó informar exactamente, a los que le rodeaban, de la obra en formación y no reveló sino una parte, guardando lo demás en secreto. ¿Pero no se dejará ver aquí, más aún, el indicio de que la creación del mundo le importaba más que la oposición de los ángeles? Se sigue de aquí, en todo caso, que el alma, aunque no hubiese sido estimulada y animada por él a su tentativa, no obró en contra de sus designios; contrarió solamente las voluntades de las milicias celestes, cuya malevolencia para con los hombres se manifestó desde el principio. La creación, por el Señor, de la vida buena o mala, y el interés que hacia ella demostró, les hicieron el efecto de un augusto capricho: se picaron por ello, creyendo ver en tal cosa, quizás con algo de razón, cierto cansancio respecto de su pureza, manifestada en cánticos. Interrogaciones de extrañeza, reproches se acumulaban en sus labios: «¿Qué es el hombre, Señor, para que tú pienses en él?». Dios les responde con cuidado, con bondad, a veces con evasivas; o a veces, irritado, de una manera humillante para ellos. La caída de Semaél, gran príncipe entre los ángeles, provisto de doce pares de alas, cuando los animales sagrados y los serafines no tenían más que seis, no es fácil de explicar, pero se relaciona directamente con estos conflictos, así como lo enseñaba Eliecer a José, quien la escuchaba con toda atención. Semaél había excitado siempre la susceptibilidad de los ángeles contra los hombres, o mejor dicho, contra el favor divino de que éstos gozaban. Un día, habiendo ordenado el Eterno a las santas legiones que se inclinaran delante de Adán, puesto que estaba dotado de razón y sabía llamar a las cosas por sus nombres, los ángeles obedecieron, cual disimulando una sonrisa, cual frunciendo el entrecejo. Semaél se negó. Explicó con una impetuosa franqueza que le parecía absurdo que seres de un destellante esplendor se inclinaran ante otros que estaban hechos de polvo y barro. Esta rebelión fue causa de su caída, de la cual decía Eliecer que, vista de lejos, había parecido la caída de una estrella. La lección no fue en vano. Los demás ángeles observaron de ahí en adelante una gran circunspección respecto a los hombres. Pero cada vez que el pecado dominó sobre la tierra, como en la época del Diluvio o cuando Sodoma y Gomorra, tomaron pretexto para triunfar, poniendo al Creador en apuros y forzándole a enconarse terriblemente contra la humanidad, menos de su propio grado que bajo la presión moral de los cielos. Establecidos estos hechos, ¿qué pensar de la misión del «segundo mensajero» del espíritu? ¿Es verdaderamente un delegado para abolir el mundo material y llevarse de nuevo el alma liberada a su patria primitiva?

Está permitido conjeturar que ése no es el designio de Dios y que el espíritu no ha sido enviado, como se suele decir, en secuencia del alma, para desempeñar el papel

de destructor de las formas que ella había creado con la benévola ayuda del Señor. El misterio reside quizás en otra parte: en la interpretación de la doctrina que identificaba al segundo mensajero con el Ser de luz enviado al principio contra el mal. Sabemos, desde hace mucho tiempo, que el misterio trata con harta libertad las modas del tiempo y que puede suceder que se exprese en pretérito cuando cree señalar el porvenir. Es posible que la aserción según la cual el alma y el espíritu no hacían sino una sola cosa no sea válida en definitiva, sino para el futuro, hipótesis que parece tanto más plausible cuanto que el espíritu constituye por esencia el principio del Porvenir, el «Será», «Es necesario que esto sea», mientras que el fervor del alma ligada a la forma se torna hacia el «Fue» sagrado. ¿A cuál lado está la vida y a cuál la muerte? El problema se presta a controversia. Pues el alma empotrada en la materia y el espíritu sobrenatural, el principio del pasado y el del porvenir, cada una de las dos partes, sostiene, colocándose en su particular punto de vista, que ella representa el torrente de la vida y acusa al adversario de servir los intereses de la muerte. Ambos tienen razón: la naturaleza sin el espíritu tanto como el espíritu sin la naturaleza no podrían ser llamados Vida. Pero quizás sea el misterio y la esperanza secreta de Dios el que se pueda obrar una unión y que el espíritu verdaderamente tengan entrada al mundo del alma.

Entonces se produciría una interpretación de los dos principios y la santificación del uno por el otro, formando el presente de una humanidad favorecida a la vez por la gracia que desciende de los cielos y por la bendición que sube de las profundidades subterráneas.

Tal sería, entonces, la secreta posibilidad y la deducción final que sacar de la doctrina. Queda por saber si la actitud del espíritu, herido por saberse constantemente reprochado de ser el principio de la muerte, esa actitud que le empuja a renegar de sí mismo por complacencia, es el mejor medio de realizar el designio de Dios. Aun si presta su astucia a la pasión secreta del alma y celebra las tumbas; si nombra al pasado como única fuente de vida y se reconoce y denuncia él mismo como el mal celador y la voluntad mortífera sojuzgadora de la vida, no deja de ser, cualquiera que sea su actitud, lo que es: el mensajero de la advertencia, el principio de la repugnancia, de la contradicción y de la peregrinación; en medio de lo mantenido, después en el corazón de un aislado la inquietud de una miseria sobrenatural, lo arroja de las puertas de lo Llevado a Cabo y de lo Acordado, para empujarle hacia la incierta aventura, y le transforma en algo parecido a la piedra que, al desprenderse, está destinada a rodar cada vez más lejos y a ejercer una acción que se va aumentando, engrandeciéndose, hasta el infinito.

**A** sí se forman los orígenes y las avanzadas del pasado, donde el recuerdo individual encuentra un punto de partida histórico convincente, como José cuando, pensaba en la ciudad de Ur y en la emigración del Antepasado. Sus venas llevaban una tradición de inquietud que había condicionado la vida de su padre, tan cercana a la suya; sus peregrinaciones, el mundo donde vivía, al que reconocía José cuando se recitaba los versos grabados en las tablillas: «¿Por qué has destinado a mi hijo Gilgamesh a la agitación sin tregua y le has dado un corazón que ignora el reposo?».

Ignorancia del reposo, preguntas, esperas atentas, rebuscas, aspiraciones hacia Dios, esfuerzos llenos de desaliento y de duda hacia lo Verdadero y lo Justo, los orígenes y los fines, la verdadera esencia, los verdaderos designios del Altísimo..., toda esta herencia legada por el viajero ancestral a través de las generaciones, estaba inscrita en el rostro del vejo Jacob, sobre su ancha frente, en la escrutadora mirada de sus ojos oscuros, y el sentimiento que tenía de la alta calidad de sus cuidados contribuía más aún a engrandecer el ascendiente que ejercía. ¡Cuánto amaba José esta conciencia que su padre poseía, de representar una nobleza y una dignidad superiores! Agitación y dignidad, tales son las características del espíritu. Con una simpatía pueril desprovista de temor, José reconocía la huella del pasado sobre la frente de su señor padre. Huella que él no había sufrido, pareciéndose más a su encantadora madre, ¡era más sereno, más despreocupado que Jacob, y su naturaleza fácil a la comunicación y cautivante, más propicia al diálogo! ¿Cómo hubiera temido a este padre meditativo, siempre preocupado por él, cuando se sabía de tal manera amado? La costumbre de sentirse amado y preferido influyó sobre su carácter y le dio su relieve; esa costumbre decidió también sus relaciones para con el Altísimo, al que se representaba según los rasgos de Jacob, ya que estaba permitido atribuirle una forma humana. Considerando al Señor como una réplica, más perfecta, de su padre, tenía la ingenua convicción de ser tan querido de Él como de Jacob. Por el momento y sin ahondar todavía en sus relaciones con el Adón celeste, las consideraremos algo así como unos esponsales; José había oído hablar de las mujeres babilonias, consagradas a Ishtar o a Mylitta, que, celibatarias y determinadas al piadoso sacrificio de ellas mismas, vivían en las celdas de los templos y recibían los nombres de «pura» y «esposa del Señor», *enitu*. Ante la vida, José experimentaba un poco los sentimientos de aquellas *enitu*, un poco de su austeridad y como una impresión de esponsales, que no excluía cierta fantasía, que no trataremos de explicar acto seguido, y que no era quizás sino el modo de expresión de ideas heredado del Espíritu.

Sin embargo, y a pesar de su devoción filial, él no comprendía o no aprobaba enteramente la forma bajo la cual aquel legado era visible en Jacob: un cuidado, una

preocupación, una agitación inquieta, que se manifestaban por una animadversión indomitable al arraigo y a la existencia estable y conforme a su dignidad. Siempre en lo provisional, en lo inquieto, casi sin hogar, así se comportaba Jacob en la vida. Sin embargo, igualmente querido, protegido y elegido por Él, José, objeto de la benevolencia divina, no dudaba de que debía agradecer este favor a su padre. En Mesopotamia, el dios Saddai le había colmado de ganado y de bienes; con numerosos hijos, muchas mujeres a la zaga, criados y pastores, hubiera podido ser príncipe entre los príncipes del país, y lo era, no solamente por su importancia exterior, sino por su espíritu, en cuanto «nabi», es decir, profeta, un sabio de gran cordura que tenía la experiencia de lo divino, uno de esos venerables guías a quienes había sido dudo el legado del Caldeo y en quienes a veces se veía asimismo a sus descendientes según la carne. Al dirigirse a él, durante algunas negociaciones o transacciones comerciales, no se usaban sino los términos más escogidos y más ceremoniosos, llamándole «señor», mientras que para designarse a sí mismo el que le hablaba empleaba los vocablos más humildes. ¿Por qué no llevaba, pues, en unión de los suyos, una vida de ciudadano propietario, en Hebrón, por ejemplo, o en Urusalim o en Siquem, en una casa sólida, construida de piedra y madera, bajo la cual hubiera podido enterrar a sus muertos? ¿Por qué acampaba a las puertas de la ciudad como un ismaelita o un beduino del desierto, en un campo desde el cual ni siquiera veía la fortaleza de Kirjath Arba, en la vecindad de los pozos, de las tumbas, de las cavernas, de encinas y de terebintos, bajo tiendas que podían ser plegadas en cualquier momento, como si no se le permitiese detenerse y echar raíces, a ejemplo de los demás, como si estuviera siempre dispuesto a recibir una orden que le haría deshacer cabañas y establos, reunir los tapices de fieltro y las pieles, cargarlas en camellos y volver a partir, cada vez más lejos? José sabía, naturalmente, por qué. Era menester que así fuese, porque se servía a un Dios que, por esencia, no era el Dios del reposo y del bienestar sedentario, sino el Dios de los planes para el porvenir. Grandes cosas todavía imprecisas, cuya trascendencia sería inmensa, estaban formándose en su voluntad. Él mismo, además, así como los proyectos universales que maduraba, estaba aún en el porvenir y era por eso mismo un dios de ansiedad, un dios de desasosiego, en busca del cual era menester ir, y por el cual había que conservarse siempre libre, fácil al traslado, dispuesto.

En una palabra: era el espíritu. El espíritu que dispensaba la dignidad y la retiraba, quien prohibía a Jacob llevar una existencia sedentaria y organizada. El pequeño José, que no estaba exento del gusto por la pompa y el fasto mundanos, lo lamentaba a veces. Aceptemos este rasgo de su carácter, que otros rasgos compensarán. Para nosotros, que tratamos de volver a narrar estos acontecimientos y que nos precipitamos —deliberadamente— a una aventura sin fin (usando la palabra precipitar en el sentido preciso de dirección que lleva consigo), no nos extrañaremos

ante la repugnancia inquieta que producía en el viejo toda idea de arraigo y de habitación estable. ¿No sentimos nosotros algo semejante? El astro del narrador es la Luna, maestra de la ruta, la errante que domina una etapa de su viaje para abandonarla en seguida. El narrador hace alto en el albergue de una aventura, pero no se detiene sino para acampar, en espera de nuevas indicaciones para proseguir su camino; y pronto siente palpitar su corazón, a la vez de alegría, de temor y de inquietud carnal: es la señal de que ha llegado la hora de partir hasta nuevas peripecias en las cuales vivirá hasta las menores particularidades imprevisibles, según la voluntad del espíritu agitado.

Caminamos desde hace largo tiempo y hemos dejado tras de nosotros la estación en que hicimos una breve parada; anudamos desde lejos relaciones con el mundo hacia el que van nuestras miradas y que nos ve acercarnos a él, para no ser, cuando a él lleguemos, unos extraños desorientados e indecisos. ¿Ha durado demasiado nuestro trayecto? ¡Nada de sorprendente, puesto que se trata de una bajada a los infiernos! Pálidos, nos vamos hundiendo cada vez más en el pozo abisal insondable del pasado.

¿Por qué palidecer? ¿Por qué nuestro corazón late a grandes golpes, no sólo desde la partida, sino desde el instante en que nos fue ordenada, y no sólo de alegría, sino de violenta angustia física? ¿No es el pasado el elemento y la atmósfera del narrador y el aspecto del tiempo que le es familiar y que le conviene como el agua al pez? Ciertamente. Pero ¿a qué vienen estas razones juiciosas que no tranquilizan nuestro corazón curioso y cobarde? Es que el elemento del pasado que generalmente nos lleva a lo lejos, cada vez más a lo lejos, no es el mismo, no es el mismo que este pasado hacia el cual nos dirigimos dominando nuestra repugnancia física, pasado de la vida, cuando que fue, mundo difunto, al cual nuestra propia vida, cuyos comienzos ya se pierden en cierta profundidad, se integrará un día, cada vez más profundamente. Morir es, en efecto, perder al tiempo, salir de él, pero también ganar la eternidad y la omnipotencia, y, por consiguiente, lograr la verdadera vida. Pues la esencia de la vida es el Presente, y sólo por una fabulación mítica su misterio se nos aparece en modo pasado o en modo futuro, manera popular que usa la vida para revelarse, mientras que el misterio no pertenece sino a los iniciados. ¡Que se enseñe al pueblo que el alma es errante! El sabio sabrá que la Doctrina no es sino la vestimenta que recubre el misterio de la omnipresencia del Alma, y que la vida entera le pertenece cuando la muerte ha destruido su prisión individual. Cuando, como narradores, nos aventuramos en el pasado, gustamos la muerte y el conocimiento de la muerte; de ahí nuestro placer y nuestra pálida angustia. Pero el placer gana la partida, y no negamos que viene de la carne y que su objeto representa la primera y última palabra de nuestros discursos, de nuestras preguntas y de nuestras afirmaciones, la esencia del hombre, que buscamos en los infiernos y en la muerte, como Ishtar buscó allí a Tammuz, e Isis a Osiris, para reconocerla en los sitios donde reside el pasado.

Porque lo que es, es para siempre, aunque la expresión corriente sea la de *fue*. Así se expresa el mito, que no es más que la vestidura del misterio. Pero la fiesta es su traje de lujo; vuelve periódicamente, ciñendo los modos del tiempo, y por ella el Pasado y el Porvenir se tornan en Presente para el espíritu popular. ¿Qué de milagroso si, en la Fiesta, el principio humano se exalta y degenera en licencia autorizada por la costumbre, puesto que allí la vida y la muerte se reconocen recíprocamente? ¡Fiesta de la narración, tú eres el traje de lujo del misterio vital, que para el entendimiento del pueblo tú representas el no-tiempo y evocas el mito, para que éste se desarrolle por entero en el presente!

¡Fiesta de la muerte, descenso a los infiernos, tú eres verdaderamente fiesta y voluptuosidad para el alma carnal que no en vano está ligada al pasado, a los sepulcros y a un piadoso «fue»! ¡Que el espíritu también te asista y te penetre, para que te favorezca la gracia que baja de los cielos y la bendición que asciende desde las profundidades subterráneas!

¡Bajemos intrépidamente! ¿Nos hundiremos sin término en el abismo insondable del pozo? No, no nos sumergiremos más que en una hondonada de tres mil años. ¿Qué es esto en comparación con lo Inconmensurable? Allí, las gentes no tienen ojos en mitad de la frente, ni un caparazón córneo, ni luchan contra saurios voladores; son hombres como nosotros, exceptuando una soñadora impresión, harto perdonable, en su pensamiento. Tales son, en vísperas de emprender un importante viaje, las exhortaciones que se prodiga el sedentario atormentado por los latidos y la fiebre de su corazón. ¿Iremos, entonces —se pregunta—, a los confines del mundo, fuera de todas las costumbres conocidas? De ningún modo; pero sí a un lugar determinado donde nos han precedido muchos viajeros, a un día o dos de donde vivimos. ¿Entonces, el país que nos espera, es el país de las quimeras, tan nuevo de aspecto, que uno se coge la cabeza entre las manos, desconcertado? No; es un territorio como tantos que hemos visto, una región mediterránea, que en verdad no nos es totalmente familiar. Un poco pedregosa y polvorienta, pero sin nada de extravagante y a la que iluminan los astros de nuestro cielo. Así se extiende en el pasado, semejante a las praderas de los cuentos de hadas, con sus montañas, sus valles, sus ciudades, sus calles, sus viñedos, su río que corre sombrío y tumultuoso entre los boscajes verdequeantes. Abrid los ojos si cerrasteis los párpados al partir. Henos aquí llegados. ¡Ved la noche de luna con sombras agudas sobre un tranquilo paisaje de colinas! ¡Sentid el dulce frescor de la noche primaveral, estrellada como un cielo de estío!

# Capítulo primero

---

Junto al pozo

## Ishtar

**E**ra más allá de las colinas al norte de Hebrón, un poco hacia el este del camino que venía de Urusalim, y durante el mes de Adar, una noche de primavera de tal modo bañada por la luna, que se hubiera podido leer un texto escrito. Un árbol de tronco un tanto achaparrado, pero de fuerte ramaje, un terebinto poderoso, cargado de años, se alzaba a un lado, con su follaje y sus florecillas en racimo tan minuciosamente cincelado por la luna, que parecía a la vez preciso y como envuelto en una redecilla tornasolada. El hermoso árbol era sagrado. A su sombra se podía ser instruido de diversas maneras: recibiendo la enseñanza que salía de una boca humana (pues cualquiera que se dedicara sabiamente a hablar de la divinidad atraía bajo las ramas aquellas un numeroso auditorio), o de otra más elevada manera: varias veces, personas que se habían quedado dormidas, apoyada en su tronco la cabeza, habían sido favorecidas con sueños de presagios o advertencias. Un altar de piedra ennegrecida, donde ardía una llamita, humeando ligeramente, atestiguaba el uso de holocaustos; en el curso de las edades, la dirección del humo, el vuelo significativo de los pájaros, ciertos signos celestes, habían demostrado varias veces que los sacrificios ofrecidos al pie del terebinto eran objeto de una atención especial.

En derredor se alzaban otros árboles, pero menos venerables que aquel que estaba aislado. Había algunos de la misma esencia, así como higueras de anchas hojas y carrascas cuyos troncos proyectaban lejos sus raíces aparentes sobre el terreno asolado; el eterno verdor de estos árboles, blancos bajo la luna, formaba espinosos abanicos, hechos mitad de punzones, mitad de hojas. Tras los árboles, orientados hacia el Mediodía, en dirección a la colina que ocultaba la ciudad, en parte acostados en sus faldas, se hallaban las habitaciones y los establos. A ratos, el mugido cavernoso de un buey, el gruñir de un camello o la queja penosamente exhalada de un asno, turbaban el silencio nocturno. A medianoche, el campo visual quedaba libre. Una muralla de musgosa cerca, compuesta de dos filas de piedra burdamente tallada, rodeaba el árbol-oráculo, y daba al lugar el aspecto de una terraza con un bajo parapeto; más allá la vista se extendía por la llanura, a la claridad del astro en sus tres cuartos de redondez, alto en el cielo, hasta las colinas de suaves ondulaciones que cerraban el horizonte: región plantada de olivos y de boscajes de tamarindos, cortada por senderos a través de los campos que, en la lejanía, se tornaban en pastizales donde se veían, acá y allá, algunas fogatas de pastores. La luna hacía palidecer los tonos rosas y lilas de los ciclámenes que florecían junto a la muralla; azafranes blancos y anémonas rojas esmaltaban el musgo y la hierba, al pie del terebinto. Un olor a flores, a plantas aromáticas, a árboles húmedos y a humo de madera quemada flotaba en el aire.

El cielo estaba espléndido. Un ancho círculo luminoso rodeaba a la luna. Su claridad era tan viva, no obstante su suavidad, que casi hacía daño mirarla; se antojaba que hubieran echado a manos llenas por el vasto firmamento, aquí con menos abundancia, allá con mayor profusión, semilla de estrellas aglomerada en recursos luminosos. Límpida, fuego viviente de un blanco azulado, gema temblorosa, Sirius-Ninurti destellaba en el suroeste y parecía formar un dibujo con Procyon del Perro Pequeño, por encima de él, hacia el Mediodía. Inmediatamente después de la puesta del sol, apareció Marduk, el rey, llamado a lucir toda la noche y que la hubiera igualado en magnificencia si la luna no hubiera borrado su brillantez. Allí estaba Nergal, no lejos del cenit, un poco más al sureste, el enemigo de siete nombres, el Elamita, que reparte la peste y la muerte, y al cual nosotros llamamos Marte; pero Saturno, el constante y el justo, le había precedido en el horizonte y resplandecía en el meridiano sur. Fastuoso, con su gran luz roja, se presentó Orión, imagen familiar, él también, de un cazador bien ceñido y armado, inclinado hacia el occidente. Más al sur volaba la Paloma. Régulo, de la constelación del León, hacía señas desde lo alto del cielo, adonde había llegado ya el tiro de bueyes del Carro, mientras que Arturo, rojo y amarillo, se hallaba todavía muy abajo, en el noroeste, y la luz dorada de la Cabra y la constelación del Cochero iban declinando hacia el oeste y el septentrión. Pero sobrepasándolos a todos en belleza, más ardiente que los que le habían precedido y que el ejército entero de los Kokabim, estaba allí Ishtar, hermana, esposa y madre, Astarté, la soberana, la seguidora del sol a las profundidades del occidente. Despidiendo una luz plateada, rayos fugitivos, proyectaba fuegos dentados, y en su cima una llama aguda se alzaba sobre las otras, como una punta de lanza.

## La gloria y el presente

**A**llí había ojos expertos en el arte de distinguir y contemplar con discernimiento, ojos sombríos, alzados al cielo y que reflejaban sus múltiples luminarias. Sus miradas erraban hasta las barreras del Zodíaco, la empalizada indestructible que ordena a las ondas del firmamento, donde velan Aquéllos que rigen el tiempo, hasta los signos sagrados que surgían en una sucesión rápida, después del breve crepúsculo de aquellas latitudes. Primero, el Toro, pues en la época en que aquellos ojos vivían, el sol, que al comenzar la primavera se encontraba en el signo de Aries, había arrastrado a esta constelación hacia los abismos. Aquellos ojos adivinadores sonreían a Géminis, que desde las alturas se inclinaba para el occidente. Con una mirada que escrutaba el oriente, descubrían la Espiga en la mano de Virgo y luego volvían al halo luminoso de la luna, a su escudo destellante, invenciblemente fascinados por su resplandor tierno y puro.

Eran las pupilas de un adolescente sentado en el brocal de un pozo rodeado por un muro y ornado por un arco de piedra, y cuya profundidad se ahondaba cerca del árbol sagrado. Sobre las gradas gastadas y circulares que hasta allí conducían, el muchacho había posado sus pies, tan mojados como los escalones que, por aquel lado, chorreaban de agua derramada. Había puesto al seco, junto a él, su vestidura de anchos dibujos, color de herrumbre sobre fondo pajizo, y sus sandalias de cuero de buey, que eran casi como zapatos, con sus rebordes blandos, entre los cuales los talones y los tobillos se hundían cómodamente. Había enrollado a su cintura las anchas mangas de su camisa de lino blanco, de un tejido rústico y grosero. La morena piel de su torso un poco pesado y formado en demasía para el aspecto pueril de su cabeza, brillaba con un resplandor aceitoso al claro de luna, y sus hombros altos y horizontales evocaban una silueta egipcia. El adolescente se había rociado con agua fría de la cisterna, usando para ello una cubeta y una escudilla. Luego, después de las abluciones que en aquella jornada tórrida habían sido a la vez un placer y el cumplimiento de un rito, sacó de un cuenco de vidrio opaco y escintilante, puesto a su vera, el aceite de oliva perfumado y se frotó los miembros; no se quitó la guirnalda de mirto descuidadamente trenzada que ceñía su frente, ni el amuleto que del cuello le colgaba sobre el pecho, un saquito en el que habían sido cosidas raíces benéficas.

Su actitud, en este momento, indicaba fervor: el rostro tendido hacia la luna que le iluminaba, los codos apretados contra sus flancos, los antebrazos alzados, las palmas de las manos abiertas y vueltas hacia afuera, sentado y balanceándose ligeramente, salmodiaba a media voz las palabras y las sílabas que se iban formando en sus labios. Su mano izquierda se adornaba con un anillo de porcelana azul y los dedos de sus manos y de sus pies dejaban ver la mancha de una tintura roja de ladrillo alheñado, puesta probablemente por coquetería de pequeño jefe, con motivo de la

reciente fiesta de la ciudad, para agradecer a las mujeres asomadas a las azoteas. Podía perfectamente haber pasado sin cosméticos y quedarse con el aspecto que Dios le había dado y que era realmente encantador, gracias a un óvalo infantil y pleno y, sobre todo, a la expresión langorosa de los ojos ligeramente oblicuos. Los que son hermosos se creen obligados a aumentar sus naturales ventajas «embelleciéndose», sin duda por sumisión al papel seductor que les está destinado. Dedicán a los dones que han recibido una especie de culto, que puede ser asimilado a un piadoso fervor — y por consiguiente, tolerable—; mientras que los artificios usados por los feos son insensatos y lamentables. La belleza, por otra parte, no es nunca perfecta, lo cual precisamente la incita a la coquetería; de todas maneras cae en un error al trazarse el deber de presentar el tipo acabado del ideal que sugiere, pues precisamente en lo que ofrece de imperfecto reside el secreto de su poder de atracción.

En torno a la cabeza del joven que vemos ante nosotros en su realidad, el renombre y la poesía han puesto tal nimbo de gloriosa belleza, que su presencia en carne y hueso nos desconcierta un poco, aunque la magia imprecisa del claro de luna le ceda su dulce desvanecimiento. A medida que se han multiplicado los días, la leyenda y los cantos, los relatos apócrifos y los epígrafes, han loado su físico con acentos que podrían hacernos sonreír, a nosotros que le vemos con nuestros propios ojos. Lo menos que se ha pretendido es que el resplandor de su rostro sobrepasaba al del sol y la luna. Se ha dicho, literalmente, que le fue menester velarse la frente y las mejillas, a fin de que, a la vista del mensajero de Dios, el corazón del pueblo se preservara de consumirse en llamas terrestres; y aquellos que le habían visto sin velos, hundido en inefables contemplaciones, no habían reconocido al adolescente. La tradición oriental no duda en declarar que la mitad de la belleza destinada a la tierra había sido cedida a este muchacho, siendo la otra mitad distribuida entre el resto de los humanos. Un cantor persa de gran autoridad lleva más lejos la comparación: Si toda la belleza, dice este poeta extático, estuviera circunscrita en una moneda de tres onzas, dos onzas y media hubieran sido atribuidas a él, el maravilloso, el incomparable.

Semejante gloria, orgullosa y desmesurada, porque piensa escapar a toda revisión, presenta un algo turbador que pone en peligro la imparcialidad del juicio. Se citan numerosos casos en los que una estimación exagerada ha ejercido sobre los hombres tal fuerza de sugestión, que éstos se cegaban voluntariamente con una especie de frenesí. Como veremos más adelante, alguien, unos veinte años antes de la época en que estamos contando, alguien que estaba relacionado con el adolescente, vendía en el país de Carán, en Mesopotamia, corderos cuidados por él: tan grande era el renombre de estos animales, que se pagaban por ellos precios desmesurados, aunque la gente pudiera asegurarse fácilmente de que no se trataba de corderos celestes, sino de animales como otros cualesquiera, por excelentes que fuesen. Tal es el poder de la

necesidad de sumisión propia de los humanos. Empero, resueltos a no dejarnos influir por una reputación póstuma, que estamos en situación de confrontar con la realidad misma, guardémonos del exceso contrario y no cedamos al espíritu de un denigrar exagerado. Un entusiasmo retrospectivo, como este que amenaza la rectitud de nuestro juicio, no puede estar desprovisto de todo fundamento. Hunde sus raíces en lo real y puede demostrarse que el objeto de este entusiasmo lo conoció en parte durante su propia vida. Para su total comprensión, debemos acomodarnos a cierto gusto árabe, obscuro, corriente en la época, el ángulo estático bajo el cual este muchacho aparecía tan seductor, que a primera vista fue tomado más de una vez por criatura semidivina.

Pesando, pues, nuestras palabras, y evitando tanto una dócil debilidad frente a la tradición cuanto una crítica excesiva, digamos que el rostro del adolescente extático ante la luna, junto al pozo, era amable a pesar de sus defectos. Su nariz era muy recta y bastante corta, con unas ventanillas poco anchas, pero a las que el respirar daba una vivacidad especial, que acentuaba un orgullo fugitivo, de acuerdo con la bondad de la mirada. No critiquemos la expresión de altiva sensualidad que sugerían los labios prominentes; esta expresión es a veces engañadora, y, en particular, cuando se trata de la contextura de la boca, debemos tener en cuenta el punto de vista étnico. En compensación, tendríamos motivo para encontrar demasiado saliente la parte comprendida entre la nariz y la boca, si no fuera de resultas de un modelado particularmente atrayente de las comisuras de los labios, que, por su sola manera de unirse y sin contracción alguna de los músculos, dibujaban una plácida sonrisa. La frente, pulida en su parte baja, encima de las cejas pobladas y de buen trazo, se inclinaba un poco más arriba. Una cinta de cuero claro y una guirnalda de mirto ceñían la espesa cabellera negra que, cayendo en bolsa sobre la nuca, de jaba fuera las orejas; la disposición de éstas hubiera sido armoniosa si sus lóbulos no fuesen un tanto carnosos y demasiado alargados, sin duda por el uso de grandes anillas de plata, desmesuradamente pesadas, que le habían pasado por aquéllos desde la infancia.

¿Oraba el adolescente? Su actitud era demasiado descuidada para la oración, que exigía estar de pie; su murmullo, esa cantinela a media voz, las manos alzadas, parecía mejor como una conversación en el olvido de sí mismo, como una charla murmurada con el astro al que se dirigía. Balanceándose, balbuceaba:

—Abu... Chammu... Aoth... Abaoth... Abram... Chaam... mi... ra... am...

Toda clase de prolongaciones, de asociaciones de ideas se hacían luz en esta improvisación, y entre los nombres cariñosos en babilonio que prodigaba al globo lunar, llamándolo Abu, Padre, Chammu, Tío, figuraba también el de Abram, antepasado verdadero o presunto, y por extensión, otro nombre consagrado por la tradición, el nombre legendario de Hamurabi, el Legislador, que significaba «mi divino y augusto tío». Seguían sílabas cargadas de sentido que, sobrepasando el culto

de los astros practicado en la patria oriental primitiva, más allá de los recuerdos familiares, se esforzaba, con tartamudeos, en ir hacia la nueva entidad todavía en el futuro, que sus prójimos veneraban, discutían e invocaban en pensamiento.

—Joa... Aoth... Abaoth... —balbuceaba—. Jahu... Jahu!... Ja... a... v... ve... illu... Ja... aum... illu. —Y mientras que esto decía, con las manos alzadas, con suaves balanceos, movimientos de cabeza y sonrisas amorosas dirigidas a la luna refulgente, el aspecto del solitario se iba tornando extraño, casi temible. Su recogimiento religioso, su efusión lírica, parecían soliviantarlo. El olvido total de sí mismo iba creciendo, le arrullaba, degeneraba en algo inquietante. No había dado mucha voz a su canto, y su voz, además, carecía en sí de fuerza. Era una voz frágil y aún no formada, esa voz todavía penetrante, medio pueril, de un timbre juvenil e insuficiente. De súbito, la voz le faltó y se rompió en un espasmo; su «Jahu, Jahu» no fue más que el susurro anhelante de un pulmón privado de aire, que él no se apresuraba en llenar de nuevo; y al mismo tiempo, su cuerpo se convulsionó, con el pecho ahuecado, los músculos del abdomen torcidos en un extraño movimiento giratorio, la nuca y los hombros crispados, las manos temblorosas, los músculos tensores del antebrazo tiesos como cuerdas; de pronto, el iris de los ojos se resolvió, la córnea brilló de manera siniestra, bajo el relumbrar de los rayos lunares.

Aquí es necesario decir que en la actitud del joven nada parecía haber presagiado semejante trastorno; este acceso hacía el efecto de una discordancia, de una sorpresa inquietante. Formaba un contraste inverosímil con la impresión de gentileza y gravedad que emanaba a primera vista de su persona graciosa y poco amanerada. ¿Hay que tomarla en serio, y preguntarse qué asumía el fondo de su alma? Es posible que ésta figurase entre las escogidas, pero en todo caso parecía estar en peligro. Y si no había allí más que juego y broma, la cosa no por ello dejaba de ser desconcertante; o la manera de comportarse en este punto del joven loco de la luna parecía justificar lo plausible de esta conjetura.

## El padre

**L**legando desde la colina y las habitaciones, resonó, por dos o tres veces, cada vez más cerca, la llamada de su nombre: «¡José! ¡José!». A la tercera vez, él la oyó; por lo menos hizo como que la oía entonces, y cambiando repentinamente su actitud, murmuró: «¡Aquí estoy!». Sus ojos volvieron a ser normales, dejó caer su brazo y se sonrió, confuso, con la cabeza inclinada sobre el pecho. Era la voz suave, siempre ligeramente quejumbrosa y vibrante de emoción, de su padre, que le llamaba. Ya la voz resonaba muy cerca de él. Aunque vio a su hijo junto al pozo, preguntó a José: «¿Dónde estás?».

Como llevaba largas vestiduras y el claro de luna, en la irrealidad de su precisión ficticia y la fantasmagoría de su brillar, es propicio a las imaginaciones exageradas, Jacob, o mejor dicho Jacob-ben-Yitzchak, que así escribía su nombre cuando firmaba, parecía de una estatura majestuosa y casi sobrenatural, tal como apareció, de pie, entre el pozo y el árbol de la sabiduría, más cerca de éste, cuyo follaje jaspeaba sus vestidos de sombras móviles. Su actitud, fuera consciente o no, acentuaba su aspecto impresionante. Se apoyaba en un largo bastón que sostenía por su cayada; la ancha manga de su manto de muselina de lana en pliegues amplios, a rayas apretadas y pálidas, caía hacia atrás del brazo ya envejecido, ornado de un círculo de cobre que elevaba por encima de su cabeza. El gemelo de Esaú, aquel que antaño había sido el predilecto, contaba en esta época sesenta y siete años. Su barba fina, pero larga y desplegada, se perdía en los cabellos de las sienes; encuadrando las mejillas con mechones leves, avanzaba hacia el pecho sin que su amplitud se redujera y crecía hasta allí libremente, sin corte ni cuidados, plateada por el claro de luna. Se podían distinguir los labios delgados y las profundas arrugas que partían desde las aletas de una nariz de fina arista hasta donde los pelos comenzaban. La frente se disimulaba a medias bajo el capuchón de pintas oscuras, una tela de fabricación cananea echada hacia el hombro, con pliegues que caían hasta el pecho. Los ojos, unos ojillos castaños, chispeantes, tenían bolsas bajo los flácidos párpados inferiores. Ya fatigados por la edad —su agudeza no era sino una función del espíritu— buscaban con ansiedad al muchacho cerca del pozo. El manto, que se cerraba y abría a cada movimiento del brazo, dejaba ver una túnica de color, en pelo de cabra, y cuya orla descendía hasta las puntas de las calzas de tejido; esta túnica formaba tantos biseles franjeados, que se hubiera creído que eran varias, superpuestas. Las vestiduras del viejo eran espesas y múltiples, de un gusto arbitrario y complicado, donde se combinaban elementos traídos del oriente con otros, que se acercaban más al mundo ismaelita-beduino del desierto.

José, con cordura, no respondió a la pregunta, puesto que al formularla su padre ya lo veía. Se contentó con dirigirle una sonrisa que, separando sus labios llenos, dejó

brillar sus dientes, no unidos, sino distantes unos de otros —el bronceado del rostro acentuó su blancura—, y la acompañó con los gestos usuales del saludo. Alzó las manos, como antes lo hiciera hacia la luna, inclinó la cabeza e hizo chasquear la lengua en señal de maravilla y admiración. Luego, pasándose la mano por la frente, con un movimiento fácil y elegante, la dejó resbalar, abierta, hacia el suelo: los párpados entornados, la cabeza encogida hacia el cuello, llevó a su pecho, juntas, las palmas de sus manos y las tendió varias veces hacia el viejo, tocándose cada vez el corazón como para rendirle homenaje. Sus dos índices dibujaron sus ojos, tocaron levemente sus rodillas, su frente, sus pies, y, echando hacia atrás la cabeza, volvió a hacer, con brazos y manos, el ademán de adoración: un juego expresivo, ejecutado según las reglas de la buena crianza, con ligereza y en las formas prescritas, pero que denotaban también un arte y una gracia personales, indicios de una naturaleza complaciente y gentil, nada desprovista de sensibilidad. Demostraba con gestos, endulzándolos con una sonrisa familiar, la sumisión ferviente al que le había engendrado, a su señor, jefe de la tribu, sintiendo una espontánea alegría por la ocasión que se le presentaba de manifestar su respeto. José, por supuesto, no ignoraba que la conducta de su padre no había sido siempre digna ni heroica, que su inclinación a lo sublime —manifestada por sus paramentos y sus frases— encuadraba mal con la temerosa debilidad que a veces visitaba su alma. Había tenido sus horas de humillación, de pánico, de pálida angustia; se había encontrado en situaciones que el objeto de su amor no gustaba de representarse, aunque hubieran estado iluminadas por la gracia. La sonrisa de José, que no estaba exenta de coquetería y de seguridad, podía provenir en gran parte del placer que le causaba el cuadro que su padre ofrecía, la gradación de la luz, la talla ventajosa y soberana del anciano del alto cayado; y en esta satisfacción, el amor propio filial respondía más al gusto del efecto puro, sin preocupación de causas profundas.

Jacob permanecía inmóvil en su sitio. Quizá percibía el placer de su hijo y deseaba prolongarlo. Su voz, que decimos impregnada de emoción, porque un trémolo traicionaba en ella la turbación secreta, resonó de nuevo. Afirmó, con un leve tono interrogativo:

—¿Está sentado mi niño al borde de las profundidades?

Extraña frase que parecía dudosa y como dicha en sueños. Se hubiera podido creer que el que la decía juzgaba sorprendente que se pudiera, a tan tierna edad, sentarse al borde de las profundidades, como si estas dos palabras, niño y profundidad, se excluyeran. En realidad, lo que se expresaba y trataba de abrirse camino a través de las palabras de Jacob era su solicitud de nutricio, el temor de que José, que aparecía ante sus ojos más joven e infantil de lo que era realmente, no cayera por descuido al pozo.

La sonrisa del adolescente se acentuó, descubriendo mayor número de dientes

separados; sin responder, inclinó la cabeza en señal de asenso. Pero la segunda frase de su padre, más severa, modificó prontamente su actitud; la voz ordenó:

—Cubre tu desnudez.

Con los brazos en alto y relajados, con un temor a medias simulado por juego, José bajó a sí mismo su mirada y, deshaciendo rápidamente las mangas anudadas de su camisa, subió la tela hasta sus hombros. Hubiérase dicho verdaderamente que el anciano se había mantenido a distancia porque su hijo estaba desnudo, y ahora se acercaba, apoyándose pesadamente sobre el largo bastón, levantándolo cada vez y posándolo de nuevo, para facilitar su paso claudicante. Hacía doce años que cojeaba de una cadera, desde cierta aventura de viaje que le había sucedido en circunstancias harto penosas, en una época de gran temor y angustia.

## Jebché

Poco tiempo había transcurrido desde que ambos se habían visto. Como de costumbre, José había comido bajo la tienda paternal, aromada con almizcle y mirra, acompañado de aquellos de sus hermanos, o mejor hermanastros, que estaban presentes en aquel momento; pues algunos de ellos permanecían en las tierras para guardar otros rebaños, hacia el septentrión, cerca de una plaza fuerte, lugar venerado en todo el valle, sobre el que daban los montes Ebal y Garizim, y a la que nombraban Siquem, Shekem, «La Nuca» y también Mabartha o «El Desfiladero». Jacob mantenía con los habitantes de Siquem relaciones basadas en la afinidad religiosa: la divinidad que allí adoraban era una de las formas del pastor sirio, del hermoso señor, aquel Adonis, aquel Tammuz, efebo en flor, que había sido destrozado por el jabalí y que, allá lejos, en los países del sur llamaban Osiris, la víctima; pero ya en tiempos anteriores, en tiempos de Abraham y de Melquisedec, el rey sacerdote de Siquem, esta divinidad había tenido un carácter particular, que le había hecho atribuir el nombre de El-Elyon, Baal-Berit, y, por lo tanto, el nombre de Altísimo, de Señor de la Alianza, creador y dueño del cielo y de la tierra. Jacob aprobaba esta concepción; se inclinaba a ver en el Hijo Despedazado de Siquem al Dios verdadero, supremo, al Dios de Abraham, y en los siquemitas, hermanos de creencias; tanto, que según una segura tradición transmitida de generación en generación, el mismo antiguo viajero de Ur, en una sabia controversia con el alcalde de Sodoma, había aplicado el nombre de El-Elyon al Dios que reconocía, asimilándolo así al Baal y al Adonis de Melquisedec. Jacob, heredero de estas creencias, a su regreso de Mesopotamia, muchos años antes, había hecho erigir un altar a este dios, cuando estableció su campamento en la ciudad de Siquem. Había, también, excavado un pozo y adquirido el derecho al pastoreo a cambio de una buena cantidad de siclos de plata.<sup>[1]</sup>

Más tarde se habían suscitado grandes diferencias entre los siquemitas y las gentes de Jacob, cuyas consecuencias habían sido terribles para la ciudad. Pero restablecida la paz y reanudadas las relaciones, una parte de los rebaños de Jacob pasó de nuevo a las dehesas de Shekem; algunos de sus hijos y de los pastores sometidos a su guardia estaban todavía lejos de él.

Además de José, dos hijos de Lía habían tomado parte en la comida. El huesudo Isacar y Zabulón, quien, despreciando la vida de pastor y cultivador, hubiera querido ser marino. Nada le parecía superior a esta carrera desde que había visto el mar en Ascalón. Por los relatos de sus aventuras desfilaban criaturas híbridas y monstruosas que habitaban al otro lado de las aguas en lugares que sólo podían reconocer los navegantes. Hombres con cabeza de toro o de león, o bicéfalos, con doble rostro, una de las caras a semejanza humana y otra de perro de pastor, de suerte que podían

alternativamente hablar o ladrar; seres con pies esponjosos y otras anomalías. También estaban presentes el hijo de Bala, el ágil Neftalí, y los dos hijos de Celfa: el honrado Gad y Aser, que como de costumbre había tratado de apoderarse de los mejores trozos de los manjares, y siempre en abundancia de ellos. En cuanto al verdadero hermano de José, el pequeño Benjamín, aún no se separaba de las mujeres, por ser demasiado joven para tomar parte en una comida de ceremonia como la de aquella noche.

El huésped extranjero, un tal Jebché, que se decía originario de la ciudad de Taanakh, había hablado, durante la comida, de las bandadas de palomas y de los estanques venenosos de su templo. Estaba en camino desde hacía varios días, portador de un ladrillo de arcilla sobre el cual el señor de Taanakh, Achirat-Yachur, llamado rey por hipérbole, había trazado un mensaje para su hermano, Riphaat-Baal, príncipe de Gaza.

Le deseaba a Riphaat-Baal que viviera dichoso y que los más poderosos dioses se interesasen por su prosperidad, la de su casa y su hijito. En cuanto a él, Achirat-Yachur, no podría enviarle la madera y la plata que, con razón o sin ella, le habían sido reclamadas; por una parte, no las tenía y, además, él mismo tenía necesidades inmediatas; le dirigía en compensación, por intermedio de Jebché, una estatuilla de arcilla dotada de un poder muy particular, una imagen de la diosa Ashera, que era su patrona y la de su ciudad, para que dispensara a Riphaat-Baal su bendición y le ayudara a curarse de su sed de oro y de maderas. De camino, este Jebché de la barba afilada, envuelto en lana de colorines desde el cuello hasta los tobillos, se había detenido en casa de Jacob para enterarse de sus opiniones, partir el pan con él y pasar la noche bajo su tienda, antes de proseguir su camino hacia el mar. Jacob había recibido cordialmente al mensajero, haciéndole entender, solamente, que era bueno no acercarse a la estatua de Astarté, aquella efigie femenina en pantalones, coronada y velada, que apretaba entre sus dos manos los menudos senos. Además, lo había recibido sin ideas preconcebidas, acordándose de una historia transmitida por la tradición, según la cual Abraham, habiendo echado al desierto, en un momento de cólera, a un idólatra anciano, fue reñido por el Señor a causa de su impaciencia y obligado a llamar de nuevo a su casa al ciego y viejo expulsado.

Servidos por el viejo Madai y el joven Mahalaleel, dos esclavos en túnicas de lino recién lavadas, los asistentes habían comido en torno a la estera, echados sobre cojines; Jacob heredó este hábito de sus padres y no quería oír hablar de sentarse en sillas, según la costumbre de honor entre los notables de las ciudades, que imitaban a los opulentos señores del oeste y del sur. La comida se compuso de aceitunas, de un cabrito asado acompañado de sabroso pan de Kemach y por último de una compota de ciruelas y uvas secas, presentada en tazas de cobre, y de vino de Siria en copas de color. El dueño de la casa y su huésped habían sostenido una conversación llena de

sagacidad, a la que José prestaba un oído atento. Charla de un carácter a la vez general y particular, que tenía por tema tan pronto cosas divinas como terrestres, como rumores políticos; los negocios de la familia de Jebché y sus funciones oficiales ante Achirat-Yachur, señor de la ciudad. Jebché narró su viaje por el camino que atravesaba la llanura de Jesreel y las mesetas: había pasado sobre un burro la línea de reparto de las aguas vadeables de la montaña, para bajar al país de los filisteos y se proponía continuar su camino sobre un camello que compraría en subasta, al día siguiente, en Hebrón. Hablaron de los precios del ganado y del trigo en su patria, del culto de la Estaca, en flor, consagrada a la diosa Ashera de Taanakh, y de su «dedo», entendiendo por esto su oráculo, por medio del cual ella había permitido que se mandara una de las estatuas, la de Ashera-del-camino, para animar el corazón de Riphaat-Baal de Gaza; de su fiesta, que la población había celebrado poco tiempo antes con danzas frenéticas y un desaforado consumo de pescado y donde hombres y mujeres habían cambiado sus vestidos para conmemorar la androginia de Ashera, su dualidad de sexo, enseñada por los sacerdotes. Aquí, Jacob, alisándose la barba, había preguntado cuestiones incidentales, particularmente sutiles: ¿Por quién estaba asegurada todo el tiempo la protección del lugar llamado Taanakh cuando viajaba la imagen de Ashera? ¿Qué relación establecía la razón entre aquella estatuilla vagabunda y la diosa local? ¿Ésta, después de la partida de un fragmento de su personalidad, no sufriría una sensible disminución de poder? A esto, Jebché había respondido que en ese caso el dedo de Ashera no se hubiera movido en favor del viaje y que, según las enseñanzas de los sacerdotes, las fuerzas de la divinidad eran igualmente activas y estaban con igual presencia en cada una de sus diferentes imágenes. Jacob había objetado suavemente que si Ashera era el esposo y la esposa, es decir, a la vez Baal y Baalat, madre de los dioses y rey del cielo, sería conveniente atribuirle el mismo rango que a Ishtar de Sinear, Isis, cuyo nombre había llegado desde el impuro país de Egipto, y a Shamash, Chalim, Addu, Adón, Lachama o Damu; en resumen, al dueño del universo, Dios Supremo; y se llegó a la conclusión de que, en definitiva, se trataba de El-Elyon, Dios de Abraham, Creador y Padre, a quien no se podía hacer viajar, porque reinaba por encima de todo, y al que no se veneraba comiendo pescado, sino caminando descalzo ante Él, y adorándolo con la frente contra la tierra.

Jebché no comprendió gran cosa de estas consideraciones. Objetó: el sol sale siempre a una señal determinada y presta su luz a los planetas, de manera que cada uno de ellos influye a su manera en los destinos de los hombres; así también el principio divino se subdivide y se transforma, en cada una de sus divinidades; entre éstas, Achirat, dueña y señora como se sabía, representaba la fuerza celeste que concedía fertilidad a los vegetales, y por la cual se cumplía la resurrección natural de entre los lazos del Infierno, puesto que la Estaca seca reverdecía todos los años; con

este motivo, los festines y las danzas desenfadadas, así como otras diversiones y festejos licenciosos, no venían mal para celebrar el reflorecimiento de la Estaca. La pureza era atributo exclusivo del sol y del principio divino primordial e indiviso, no de sus encarnaciones planetarias; ya la razón debía saber distinguir entre lo puro y lo sagrado, considerando que la santidad no tenía ninguna relación —por lo menos obligatoriamente— con la pureza. A esto, Jacob, con una gran sagacidad, respondió que por nada en el mundo quisiera lastimar a nadie y menos aún al huésped de su cabaña, al amigo del corazón y mensajero de un poderoso rey, atacando convicciones que tenía adquiridas de sus padres y de los redactores de las tablillas; sin embargo, el sol también había salido de las manos de El-Elyon, y, como tal, divino era, pero no dios, distinción que a la razón tocaba establecer. Era ir en contra de dicha razón, y provocar la irritación y los celos del Señor, dedicar la adoración a esta o aquella de sus obras, en lugar de consagrarla a él mismo, exclusivamente. El huésped Jebché había, con sus propios labios, calificado de ídolos a los dioses de su país, que por amistad o cortesía Jacob no trataba con los nombres que merecían. Pues si el creador del sol, de las constelaciones, de los astros errantes y de la Tierra, era el dios supremo, era, por consiguiente, el Único, y en este caso valía no hablar de los otros, por miedo a emplear aquel epíteto que Jacob se abstenía de pronunciar —la palabra y la expresión «dios supremo»— equivaliendo ante el entendimiento a «dios único»; sobre la cuestión de si había o no lugar a establecer una distinción entre dos conceptos, la divinidad suprema y la única, se suscitó una discusión. Jacob no cedía, y la disputa hubiera durado, por su gusto, toda la noche o una parte de la velada. Pero Jebché hizo cambiar el tema hacia los asuntos de los reinos de este mundo, las complicaciones y las intrigas, que en su calidad de amigo y pariente de un príncipe cananeo estaba más cerca de conocer que la generalidad de los hombres. En Chipre —que él llamaba Alakia— la peste dominaba y había matado a mucha gente, pero no a todos, como lo había escrito al faraón del sur, el jefe de aquella isla, para encontrar un pretexto y no pagar su tributo de cobre; el rey del país de Heta o Khatti, llamado Subbilulima, mandaba tan poderosos ejércitos, que amenazaba al rey Tuhratta de Mittani con arrebatarse a la fuerza sus dioses, aunque éste fuese aliado de la gran casa de Tebas; el Kasita que reinaba en Babel comenzaba a temblar ante el sacerdote-príncipe de Asur, que buscaba el medio de separarse del reino del legislador y formar un nuevo estado en las márgenes del Tigris. Con el dinero del tributo sirio el faraón había enriquecido prodigiosamente la casta sacerdotal de su dios Amón y construido un templo que contaba con miles de columnas y de puertas, gracias a aquellos mismos recursos que, ahora, iban a sufrir una disminución: pues, por una parte, los bandoleros beduinos saqueaban las ciudades del territorio y, por otra, el país de Khatti, al norte, se extendía y disputaba a los adoradores de Amón la tierra de Canaán, y un crecido número de príncipes amoritas se había coligado con esta

potencia extranjera y en contra de Amón. Al llegar aquí, Jebché había hecho un guiño, probablemente para insinuar entre amigos que Achirat-Yachur también iba por estos derroteros políticos. Pero habiendo decrecido considerablemente el interés que su huésped tomaba por la conversación, desde que no se trataba de Dios, la charla languidecía y todos habían dejado los cojines que les servían de sitio. Jebché, para ir a acostarse después de convencerse de que nada le había sucedido a Astarté; Jacob para ir, apoyado en su bastón, a dar una vuelta por el campo y ver cómo iban las mujeres y las bestias por los establos. José se había apartado de sus cinco hermanos a la puerta de la tienda, aunque había hecho al principio como que se quedaba con ellos. Pero el honrado Gad había dicho bruscamente:

—Vete a tomar viento, putilla. ¡No te necesitamos aquí!

Después de un instante de reflexión, durante el cual había meditado su respuesta, José contestó:

—Te pareces, Gad, a una viga de madera sobre la cual no ha pasado el cepillo, y al huraño macho cabrío de los rebaños. Si yo repitiera tus palabras a nuestro padre, te castigaría. Si las repito a Rubén, nuestro hermano, te castigaría también, porque es justiciero. Pero que sea como tú dices, y de todas maneras. Si os vais por la derecha, yo echaré por la izquierda, o al contrario. Pues si es cierto que os amo, por mi desgracia soy para vosotros un objeto de horror; y hoy día, sobre todo, ya que nuestro padre me ha servido el cabrito y me ha mirado con cariño. Por esto suscribo tu proposición, para que no haya escándalo y para que no caigáis, por descuido, en el pecado. Adiós.

Gad había escuchado este discurso con un aire desdeñoso e indiferente, aunque se preguntaba con curiosidad qué podría encontrar el mozalbete para contar y armar líos respecto a lo sucedido. Luego, con un gesto rudo, se alejó en compañía de sus hermanos, y José partió solo.

Había emprendido un corto paseo nocturno, por puro placer, si esto fuera posible dentro del abatimiento en que lo había sumido la grosería de Gad, mal compensada por la satisfacción de haber formulado bien su respuesta; había subido a la colina, con paso indolente, hasta el lugar donde se inclinaba hacia el este, y dominado la cresta desde donde la mirada se extendía hacia el sur; a su izquierda, la ciudad, blanca bajo la luna, reposaba en el fondo del valle, con su fuerte cintura de murallas que flanqueaban sus cuatro torres de ángulo, cuadradas, y sus puertas, el patio del palacio ornado de numerosas columnas y el macizo templo ceñido por una vasta terraza. Siempre sentía un placer al mirar una ciudad donde tantos hombres habitaban. Había logrado situar el emplazamiento de las tumbas de sus familiares, la doble caverna antaño comprada por Abraham al hitita, donde yacían los restos de sus antepasados, la abuela babilonia y los jefes de su rama, venidos después de aquéllos. Las molduras del portal de piedra de la doble tumba socavada en la roca se destacaban, a su

izquierda, sobre el muro de cierre; los sentimientos de piedad que suscita la idea de la muerte se habían mezclado en su corazón con la simpatía que le inspiraba el aspecto de la poblada ciudad. Había vuelto sobre sus pasos, en busca del pozo, se había refrescado, purificado, untado de aceite y había comenzado después a cortejar a la luna de aquella bizarra manera, interrumpida por la llegada de su padre, siempre inquieto en su busca.

## El delator

**E**n este punto, el viejo estaba de pie junto a él. Teniendo el cayado con la mano izquierda, posó la derecha en la cabeza de su hijo y hundió su mirada cansada, pero penetrante, en los hermosos ojos negros que el muchacho alzó primero hacia él, descubriendo a la vez sus dientes, apartados, de un esmalte resplandeciente, y que bajó en seguida; un poco por simple respeto, un poco también porque se sentía vagamente culpable desde que su padre le había ordenado cubrirse. En realidad, no era sólo por el placer de gustar la frescura de la noche por lo que había dejado de ceñirse la túnica, y suponía que su padre quizá le había sorprendido, y adivinado los móviles de las señales de deferencia que, medio desnudo, dirigía al cielo. Por su horóscopo y por toda clase de presentimientos y especulaciones, se sentía ligado al astro, y al dedicarle su joven desnudez, había experimentado un sentimiento de dulzura y esperanza, con la intención, en el fondo, de serle agradable; calculaba que así se captaba la benevolencia del astro, o la del Ser Supremo. La sensación de luz fría que había corrido por sus hombros con la brisa de la noche, se le aparecía como un resultado grato de su infantil empresa, que no podía ser calificada de impúdica, pues iba encaminada al sacrificio del pudor. No olvidemos que en la tribu y en los que rodeaban a José, la práctica de la circuncisión, importada del Egipto, tenía un significado místico; había sido impuesta por el Señor y representaba la unión del hombre y de la divinidad, realizada en aquella parte de la carne hacia la cual convergen las fuerzas vitales del ser y los deseos carnales: más de un hombre llevaba el nombre de Dios en su miembro viril o lo inscribía en él antes de haber poseído una mujer. La alianza con Dios tenía un carácter sexual y, estando establecida con un Señor y Creador exigente y exclusivo, el principio masculino recibía con ella una especie de honesta feminización. El rito sangriento de la circuncisión presenta, con la castración, un lazo más espiritual que físico: la santificación de la carne simbolizada a la vez en la castidad y en la ofrenda de la castidad, que parece revestir una significación femenina. Dicho está que José, como lo sabía él mismo y como todo el mundo lo decía, era hermoso y atrayente, estado que aparejaba una conciencia casi femenina de sus méritos. Era la palabra belleza la que más se empleaba al referirse a la luna, sobre todo cuando aparecía redonda, líquida y sin nubes; en suma, un vocablo lunar, apropiado especialmente para la celeste esfera y que, en el fondo, no se aplicaba a los hombres sino por metáfora. Las imágenes de «belleza» y «desnudez» casi se confundían para el adolescente y encontraba correcto y edificante responder a la belleza del astro presentándole desnuda la suya, para que la admiración y el placer fueran recíprocos.

No es de nuestro caso juzgar hasta qué punto la anomalía de su conducta se inspiraba en esta oscura concepción. De cualquier modo, se basaba en un culto ritual

de la desnudez, que hundía sus raíces en el pasado lejano y todavía válido a sus ojos. La reprimenda de su padre le había dado un vago sentimiento de su culpabilidad. Amaba y temía la espiritualidad del anciano, pero se daba cuenta de que Jacob reprobaba en gran parte un mundo de ideas en el cual él, José, se movía aún, aunque no fuese más que por juego; su padre las rechazaba por ser anteriores a Abraham y las recargaba con la más terrible censura, siempre dispuesta a brotar de sus labios la palabra «idólatra». Esperaba José una severa amonestación, formulada en términos precisos; pero Jacob, presa constantemente de mil inquietudes en cuanto a su hijo se refería, comenzó por expresar una preocupación diferente:

—En verdad, que mi niño ya debía estar dormido, después de haber hecho sus oraciones y al abrigo de la tienda. No me gusta verlo solo en la noche que avanza, bajo las estrellas que alumbran al bueno y al malo. ¿Por qué no se ha quedado con los hijos de Lía, o no ha seguido al de Bala?

—Bien sabía por qué José, una vez más, no había ido con sus hermanos, y tampoco José ignoraba que la preocupación de sus relaciones con los hermanos era lo que inspiraba esta pregunta en su padre. Respondió con un mohín:

—Mis hermanos y yo hemos discutido el asunto y decidido esto en perfecto acuerdo. Jacob continuó:

—A veces el león del desierto, o el otro, el que yerra entre cañas del río, allí donde se pierde en la mar salada, viene a estos parajes cuando tiene hambre y, ansioso de sangre, cae sobre los rebaños. Hace cinco días, Almodad, el pastor, se ha prosternado ante mí y me ha confesado que una bestia feroz había matado dos corderos la noche antes, y llevado uno de ellos para hartarse con él. Almodad es inocente y no le he pedido que preste juramento, porque me mostró al animal degollado, de donde se deduce claramente que el león fue el que se llevó al otro; el peso de esta pérdida cae, por lo tanto, sobre mí.

—Eso no es casi nada —dijo José, adulator—, y aún, relativamente, no es nada, junto a tanto como el Señor de mi señor le colmó de bienes, en Mesopotamia, para demostrarle su predilección.

Jacob inclinó la cabeza y la torció un poco, para indicar que no sentía orgullo por aquello, aunque la eficacia de dicha bendición debiera ser atribuida en parte a su sagacidad. Respondió:

—A quien mucho recibió, mucho puede serle quitado. El Señor que me hizo de plata, puede también tornarme en arcilla y volverme semejante a los tiestos que son arrojados a las inmundicias. Todopoderosa es su voluntad, y los caminos de su justicia son impenetrables. La plata no arroja más que un pálido brillo —continuó, evitando mirar a la luna, a la cual José había dirigido una rápida mirada—. La plata es nefasta y el más grande temor de un corazón temeroso le viene del atolondramiento de aquellos por quienes se preocupa.

El muchacho alzó una mirada de ruego, acompañada de un ademán de caricia confortante.

Jacob no le dejó terminar y dijo:

—Allá en los campos de pastoreo, a ciento o doscientos pasos de aquí, es donde el león se ocultó y donde mató los dos corderos a la vieja borrega. ¡Y encuentro a mi hijo sentado en la noche, junto al pozo, imprudente, desnudo, sin armas y olvidado de su padre! ¿Estás hecho para el peligro y armado para la lucha? ¿Eres tú como Simeón y Leví, tus hermanos —Dios los guarde— que cayeron con gritos sobre el enemigo, espada al puño, y que incendiaron las moradas de los amoritas? ¿O serás parecido a Esaú, tu tío, el de Seir, allá en el desolado Mediodía, cazador, un hombre de la estepa, de piel roja y rudo como un macho cabrío? No, tú eres piadoso, un hijo, de la cabaña, pues eres carne de mi carne; y cuando Esaú vino por el vado con sus cuatrocientos hombres y mi alma dudaba del resultado de este encuentro bajo la mirada del Señor, hice poner delante a las siervas con sus hijos, tus hermanos, luego a Lía con los suyos, y a ti te puse detrás de todos, junto a Raquel, tu madre...

Lágrimas llenaban sus ojos. No podía pronunciar sin llanto el nombre de la mujer amada por encima de todo, aunque ya habían pasado ocho años desde que Dios se la había arrebatado de un modo incomprensible; y su voz, habitualmente conmovida, se ahogó en un sollozo.

El adolescente le tendió los brazos y llevó sus manos a los labios.

—¡Cuánto —dijo con tierno reproche— el corazón de mi padrecito y querido señor se inquieta sin motivo, y cuán exagerados son sus temores! Cuando nuestro huésped nos deseó buenas noches, para ir a visitar su querida estatuita —sonrió burlón, para divertir a Jacob—, que me ha parecido tan pobre e insignificante como los jarros groseros del mercado...

—¿La has visto?... —interrumpió Jacob. Esto ya le desagradó y entristeció.

—Rogué a nuestro huésped que me la enseñara, antes de la comida —dijo José levantando los labios y encogiéndose de hombros—. Es un trabajo mediocre y su impotencia está marcada sobre su frente... Cuando tu conversación con él terminó, yo salí detrás de mis hermanos, pero uno de los hijos de la sirvienta de Lía, Gad me parece, que tiene maneras honestas y francas, me indicó que no les siguiera los pasos, y yo sentí un poco de tristeza en mi alma, porque no me llamó por mi nombre, sino con un nombre mentiroso, malo, que no quise entender...

Súbitamente, y contra sus intenciones, acababa de caer en la delación; aunque se conocía esta inclinación, que turbaba su contento de sí mismo, también se empeñaba en combatirla con toda sinceridad, y había tenido éxito hasta aquel momento, pero apenas podía refrenar su necesidad de comunicación expansiva. Su falta de entendimiento con sus hermanos le colocaba en un círculo vicioso, que le aislaba, le llevaba hacia su padre, le interponía entre aquéllos y éste; estimulaba las acusaciones

indirectas, dando un nuevo motivo de antagonismo, y así sucesivamente, de tal modo que era imposible decir que él había comenzado las hostilidades. Fuera como fuese, los hermanos mayores no podían ver al hijo de Raquel sin que se les descompusiese el rostro. Tal estado de cosas provenía, evidentemente, de la marcada preferencia de Jacob, comprobación efectiva que no podría ser echada en cara a un hombre sensible. Todo sentimiento tiende a la exageración y al enternecimiento en él. No trata de disimularse, de guardar silencio, tiende a confesarse, a proclamarse «ante el universo», como se suele decir, para suscitar la atención general. Tal es la falta de control del ser sensible. Y Jacob se sentía animado por la tradición corriente en su tribu, por el ímpetu y la augusta versatilidad que testimoniaban al Señor en materia de sentimiento y de preferencia. La dilección o predilección que demostraba El-Elyon para con algunas de sus criaturas, cuyos méritos justificaban poco o mal este favor, era soberana, inexplicable desde el punto de vista humano; carecía de equidad. Había que ver en ello una efusión sublime que escapaba a toda interpretación, y adorarle, en el temor y el éxtasis, la frente posada sobre el polvo. Aunque con angustia y humildad. Jacob se sabía objeto de una tal preferencia y se modelaba según el Señor, no refrenando su cariño para con su hijo.

José había heredado de su padre la ausencia de dominio de sí mismo que es propia de las naturalezas sensibles. Hablaremos más adelante de su incapacidad para contener su exuberancia y de su falta de tacto, que le expuso a graves peligros. A los nueve años, todavía muy niño, había denunciado ante su padre al fogoso pero bueno de Rubén: en efecto, después de la muerte de Raquel, Jacob no había vuelto a la madre de Rubén, que vegetaba bajo su tienda, desdeñada y con los ojos enrojecidos. Habíase ido en busca de Bala, elevada a favorita, y Rubén, furioso, había volcado y desgarrado el lecho paternal, profiriendo maldiciones. Acto inconsiderado y lamentado muy pronto, llevado a cabo por amor de Lía y por sentimientos de orgullo filial ofendido. El desorden del lecho se hubiera podido reparar sin que Jacob mismo lo hubiese advertido; pero José, testigo de la escena, se apresuró para llevar la noticia a su padre; desde aquella ocasión, Jacob, que no tenía el derecho de primogenitura por naturaleza, pero que se lo había hecho adjudicar legalmente, proyectó desposeer a Rubén del suyo, maldiciéndole. Y no pensaba ceder esta dignidad a Simeón, el hijo primogénito de Lía, sino al hijo mayor de Raquel, a José, por independencia arbitraria de su sentimiento.

Los hermanos calumniaban al adolescente, pretendiendo que por su habladuría había tratado de provocar esa decisión paternal. Sencillamente, no había podido callarse. Pero, sabedor de aquellos hechos y de estos reproches, era más inexcusable que no hubiera guardado silencio la vez siguiente; y de aquí dio un nuevo alimento a las sospechas de sus hermanos. Poco se sabe acerca de cómo Jacob supo que Rubén se la había jugado con Bala. Esta historia, harto más grave que la del lecho rasgado,

sucedió antes del alto en Hebrón, en una etapa entre este lugar y Beth-el. Rubén, que tenía entonces veintiún años y estaba en la exuberancia de sus fuerzas y sus apetitos, no había sabido apartarse de la mujer de su padre, de aquella misma Bala contra la cual alimentaba vivo resentimiento a causa del abandono de Lía. La había sorprendido en el baño, primero por casualidad; luego por el placer de humillarla a su antojo y, en fin, por apetito irresistible. Un deseo furioso y brutal de los encantos maduros pero artificiosamente bien mantenidos de Bala, de sus pechos todavía firmes, de su vientre gracioso, había inflamado al robusto adolescente y ninguna esclava, ninguna sirvienta dócil a sus fantasías, pudo apartarlo de su obsesión. Se deslizó hasta donde estaba la concubina de su padre, la actual favorita, y sin violentarla, sedujo por su ardor y su juventud a aquella mujer que temblaba delante de Jacob.

El niño José deambulaba por los alrededores, aunque sin idea preconcebida de espiar. Lo poco que vio de aquella escena de pasión, de pecado y de terror, le bastó para correr a contarle a su padre, con un celo ingenuo, como algo raro que valía la pena de ser contado, que Rubén había estado «retozando y riendo» con Bala. Las palabras que empleaba, tomadas en su sentido literal, querían decir menos de lo que él había comprendido; pero, según la significación que se les atribuía en aquellos lugares, querían decirlo todo. Jacob, lívido, se ahogaba de indignación. Pocos momentos después que el muchacho hubiera terminado su parloteo, Bala, gimiendo prosternada ante el jefe de la tribu, confesaba su falta, desgarrando con sus uñas los senos que habían enloquecido a Rubén, manchados para siempre, y los cuales su señor y dueño no volvería a tocar. Luego llegó la hora de comparecer el culpable; sencillamente ceñida su cintura por un saco, en señal de humildad y renunciación; las manos alzadas por encima de su cabeza cubierta de polvo, sufrió con una contrición perfecta a los trallazos majestuosos de la cólera paterna. Jacob le llamó Caín, ofensor de su padre, dragón vomitado por el caos, Behemoth, hipopótamo desvergonzado, inspirada esta última injuria en un rumor venido desde el Egipto, según el cual dicho animal impúdico acostumbraba matar a su padre para emparejarse con su madre. Como Bala había compartido su propio lecho, Jacob hablaba como si ella hubiera parido a Rubén. A través de sus discursos enardecidos se dejaba ver la antigua y oscura sospecha de que, acercándose a su madre, Rubén había querido, sin duda, afirmar su dominación sobre todo y sobre todos. Jacob le notificó que las cosas vendrían en otro sentido muy diferente; y extendiendo el brazo, arrancó a su hijo, que sordamente se quejaba, su derecho de primogenitura, limitándose a desposeerle de éste sin atribuírselo a ningún otro. Desde entonces se vivió en la incertidumbre respecto a este asunto y la tierna y soberana predilección manifestada a José hacía veces, por el momento, de investidura legítima.

Lo extraordinario era que Rubén no guardaba ningún rencor al muchacho; de

todos sus hermanos era el que más tolerante se mostraba con él. Con justicia, consideraba que José no había obrado por maldad, y en su fuero interno le reconocía el derecho de velar por el honor de un padre tan amante y de informarle sobre un incidente cuya infamia no negaba el propio Rubén. Consciente de su indignidad, se mostraba equitativo y bueno. Como todos los hijos de Lía, y a pesar de su fuerza física, era más bien feo. Tenía también de su madre los ojos delicados y untaba con bálsamo, aunque sin resultado satisfactorio, sus párpados propicios a la purulencia. Sabiéndose desmadejado, era más sensible que sus hermanos a la gracia universalmente reconocida de José. Tenía el sentimiento de que la herencia transmisible de los jefes de la tribu, de los grandes antepasados, la señal de los elegidos, la bendición divina, habían sido concedidas a este niño más que a ninguno de sus hermanos. Los planes y los deseos de su padre en lo referente al derecho de primogenitura, por duros que fueran para con él, le habían parecido siempre hartamente comprensibles.

José sabía lo que estaba haciendo cuando amenazaba con la justicia de Rubén al hijo de Celfa, quien, por cierto, y a pesar de toda su brusquedad, no era el peor de todos. Con frecuencia había Rubén intercedido ante sus hermanos, aunque fuera desdeñosamente en favor de José; le había protegido más de una vez contra los malos tratos de aquellos y les había regañado cuando, indignados por su delación, querían vengarse de él. El pequeño simplón no había sacado provecho del grave incidente, ni la magnanimidad de Rubén le había corregido. Mientras crecía, sus facultades de observación se iban agudizando; se había hecho más chismoso y más peligroso que en su infancia. Peligroso hasta para él mismo. La costumbre adquirida le alejaba de sus hermanos, perturbaba su bienestar y se sentía cargado con un odio que amargaba su naturaleza. Sabiendo que tenía que temer de sus hermanos, sucumbió a la tentación de atraerse la predilección de su padre, en detrimento de aquéllos; empero, se había prometido retener la lengua, para no envenenar las relaciones con los diez, de los cuales alguno no era completamente malo y hacia los cuales sentía que le ligaba un lazo sagrado, así como a su hermano pequeño; de tal modo que, reunidos, igualaban en número a los signos del zodiaco.

En vano. Cada vez que Simeón y Leví, tozudos y peleadores, buscaban gresca con los pastores extranjeros o aun con los habitantes de las ciudades, lo cual no sucedía sin producir cierto daño a la tribu; cada vez que Judá, un mozo presumido y enfermo, al que Ishtar atormentaba, y que no veía nada gracioso en lo que hacía reír a los otros, se encontraba metido en una intriga con las mujeres del país, con gran descontento de Jacob; cada vez que uno de los hermanos se hacía culpable ante los ojos del Único y del Altísimo, incensando secretamente un ídolo, lo cual comprometía la fecundidad de los rebaños y atraía sobre ellos la murria, el carbunclo o la modorra; cada vez, en fin, que los hijos, al realizarse la venta del ganado de

desecho en Hebrón o ante Siquem, trataban de sacar a costa del padre algún beneficio que se repartían a escondidas, Jacob recibía el aviso de su hijo preferido. A veces estas informaciones, eran inexactas, desprovistas de sentido común, pero los bellos ojos de José les cedían un aspecto de veracidad. Según él, algunos de sus hermanos —los hijos de las concubinas y particularmente Aser, que era glotón— habían, más de una vez, arrancado pedazos de carne a los borregos y los corderos vivos para comérselos. El apetito de Aser era el único hecho que apoyaba esta inverosimilitud, la cual jamás se había podido demostrar a los inculpados. A decir verdad, esto era pura calumnia, pero en la cabeza de José era, indudablemente, otra cosa. Tal vez se había imaginado esta historia; quizás, más exactamente, estando bajo los efectos de un apaleo, había descendido adrede por la pendiente de lo que imaginaba, para poder, al favor de su relato, invocar la protección de su padre contra los malos tratos con que sus hermanos le amenazaban; y había sido, en seguida, incapaz de establecer distinción entre lo verdadero y lo falso. Se concibe que esto diera libre curso a la irritación de los hermanos. Escudados en su inocencia, quizás tenían la mano un tanto dura, como si el recado de José no hubiera sido inventado en todas sus partes y hubiera un fondo de verdad en sus invenciones. Las acusaciones que más nos indignan son las que sólo son falsas a medias.

## El nombre

Jacob había estado a punto de irritarse al saber el nombre hiriente que Gad había dado a José, y que el viejo consideraba como una ofensa criminal a los más sagrados sentimientos. Pero José tuvo una tan deliciosa manera de desviar la conversación y, con aire sereno, seguir con palabras ágiles y calmadoras, que la irritación de Jacob cayó antes de haber llegado a manifestarse seriamente. Miraba todo el tiempo, sonriendo soñadoramente, los ojos negros, un poco inclinados, encogidos por una suave malicia, de su hijo.

La voz áspera y fluida que adoraba, porque en ella encontraba de nuevo entonaciones de Raquel, continuó:

—En el fondo no fue gran cosa. Le hice notar, francamente, su rudeza, y como tuvo en cuenta mi observación, a él corresponde el mérito de habernos separado en paz. Me fui a contemplar, desde lo alto de la colina, la ciudad y la doble morada de Efrón y luego me purifiqué por la oración y el agua. En cuanto al león con el que mi padrecito quería meterme miedo, ese libertino de la Gehena engendrado por una luna obscura, se ha quedado en las espesuras del Jarden (pronunciaba el nombre del río de una manera diferente a la nuestra, con otras vocales, una r paladial y la e muy abierta) y habrá encontrado qué comer en las gargantas del precipicio, pues los ojos del niño no lo han visto ni de lejos.

Decía «el niño» al hablar de sí, sabiendo que este nombre permanecía unido a él desde sus primeros años y que emocionaba particularmente a su padre.

Siguió:

—Y aun si hubiera venido, azotando el aire con su cola, y si el hambre hubiera hecho resonar su voz como la de los serafines que entonan los cánticos, su cólera no hubiera asustado mucho al niño, o quizás nada, pues suponiendo que Almodad no le hubiera puesto en fuga con grandes gritos o tizones encendidos, el bandido se habría echado de nuevo sobre el cordero y habría evitado prudentemente al hombre. ¿Ignora mi querido padre que las bestias temen al hombre? Se apartan de él porque Dios le concedió la inteligencia y le inspiró los órdenes y categorías en que entra cada uno de los diferentes seres. ¿No sabe que Semaél se puso a gritar cuando el hombre formado de arcilla supo dar un nombre a la creación como si fuera el dueño, el autor, y que todos los servidores luminosos se maravillaron y bajaron los ojos, pues si ellos sabían cantar a coro «¡Santo, Santo!», en cambio no entendían nada de los órdenes jerárquicos? Los animales sienten vergüenza y andan rabo entre piernas, porque nosotros los conocemos, mandamos en su nombre y, oponiéndonos a la presencia aterradora de uno de ellos, los reducimos a la impotencia, privándolos de sus caracteres de excepción. Si la bestia de jeta odiosa se me hubiera acercado con su paso furtivo, el terror que provoca no me hubiera privado de mi sangre fría y tampoco

habría yo palidecido ante el enigma que me propusiera: «¿Te llamas tú Sed-de-Sangre?», le habría preguntado, burlón: " ¿O te llamarás, por azar, Salto-Asesino?" Luego, levantándome, le gritaría: «¡León! ¡Mira, tú no eres más que un león de la especie y de la subespecie leonina, y tu secreto está al desnudo ante mí, para que yo lo proclame y lo suprima riendo!». Y el león, al oír su nombre, curvando su espalda, huiría ante el verbo, incapaz de responderme. Porque jamás ha recibido enseñanza e ignora el escritorio...

José se dedicaba con gusto a juegos de palabras, que siempre le divertían, pero en este momento recurría a ellos, lo mismo que a sus bravatas, para distraer a Jacob. Su nombre, efectivamente, recordaba el vocablo *séfer* —libro y escritorio— con gran satisfacción por su parte, pues, diferente en esto a sus hermanos, que ninguno sabía escribir, él gustaba de hacer uso del estilo y se mostraba tan hábil en ello, que hubiera llevado bien el empleo de escriba para la redacción de cartularios en Kirjath Séfer o Guebal, si se hubiera podido esperar el consentimiento de Jacob.

—Mi padrecito —continuó José— debía condescender en acercarse y sentarse muy a su gusto y cómodamente, junto a su hijo, al borde de las profundidades; por ejemplo, aquí, sobre el brocal; el niño, versado en el conocimiento de los libros, se retiraría un poco más abajo, sentándose a sus pies y sería un cuadro encantador. En seguida, divertiría a su señor, contándole una fabulilla que tiene que ver con un nombre; acaba de aprenderla y la recitaría convenientemente. Ésta es: en la época del Diluvio, el ángel Semhazai vio a Ischchara, una hija de la tierra, y loco por su belleza, le dijo: «¡Escúchame!», pero ella respondió: «No haré tal cosa si primero no me enseñas, sin disfrazarlo, el verdadero nombre de Dios, por la virtud del cual tú te elevas cuando lo pronuncias». Entonces el mensajero Semhazai, en su demencia y porque deseaba ardientemente hacerse oír, le enseñó ese nombre. Y en cuanto estuvo Ischchara en posesión del nombre, ¿sabe mi padrecito lo que hizo? ¿Qué jugarreta le hizo al importuno? Llego al punto culminante de mi relato, pero noto con tristeza que mi padrecito está distraído; sus pensamientos le taponan las orejas y está perdido en profundas reflexiones...

En efecto, la atención de Jacob estaba en otra parte. Soñaba. Pensaba. Era una meditación poderosamente expresiva, la esencia misma de la meditación, la meditación tipo, el supremo grado de ausencia con todo lo que ésta supone de absorción patética. Cuando se sumía en ella, era necesario que fuese perfecta y visible a cien pasos, magnífica y potente, para que no solamente todos se percataran de que Jacob estaba hundido en sus reflexiones, sino para que cada cual se diera cuenta exacta de lo que era una verdadera meditación y concibiera respeto por aquel estado y aquel espectáculo. El anciano, apoyado con sus dos manos en su báculo, la cabeza inclinada sobre el brazo, la amargura soñadora en los labios, entre las plateadas barbas, los oscuros ojos cansados, que escrutaban y escudriñaban los abismos del

recuerdo y del pensamiento, aquellos ojos fijos cuya mirada, llevada hacia dentro, subía desde tales profundidades, que se quedaba casi presa entre la espesura de las cejas... Los sensibles son demostrativos; sus efusiones derivan de la necesidad que todo sentimiento adquiere de ponerse en valor, de mostrarse libremente y sin rienda: resultado de una tierna grandeza de alma, en la cual blandura y atrevimiento, impudor y magnanimidad, naturalidad y afectación, se funden para producir el más respetable histrionismo e inspiran a los hombres una veneración no exenta de ironía. Jacob era muy expansivo, con gran alegría de José, pero con gran desesperación y terror de aquellos que tenían que ver con él, especialmente de sus otros hijos, los cuales en sus conflictos con el padre no temían nada tanto como, precisamente, esa facultad de expresión. Así le sucedió a Rubén cuando compareció ante el anciano con motivo de su lamentable aventura con Bala. Pues aunque la abundancia verbal inspirara en aquellos tiempos más terror y respeto que en nuestros días, el hombre medio a quien amenazaban tales explosiones experimentaba el trivial sentimiento de defensa que traduciríamos por: «¡Oh Dios mío, he aquí uno que promete!».

La potencia de expresión de Jacob, su voz emocionada y temblorosa, el estilo sostenido de sus discursos, en una palabra, toda la majestad de su persona, venían de una inclinación natural en él: su tendencia a asociar las ideas, que le daba con frecuencia aquel aspecto profundo y pintoresco de meditador. Dominaba su vida interior hasta el punto de modelarla. La mayor parte de sus pensamientos desembocaba fatalmente en este género de asociaciones. Su alma, herida, se escapaba y se perdía en el infinito, conmovida con acordes y correspondencias donde el pasado y el presentimiento del porvenir se confundían en el instante presente. Su mirada se tornaba vaga y se rompía como cuando se fatiga la imaginación. Sentía en ello casi un sufrimiento que, por otra parte, no le era exclusivo, siendo algo común aunque producido en grados diferentes; se podía, pues, decir que en el medio en que Jacob vivía, la dignidad espiritual y la «importancia» de cada cual, en el sentido más preciso de la palabra, eran función de la riqueza asociativa de las ideas míticas y de la fuerza con que éstas invadían el momento presente. ¡Cuán extrañas, elevadas y significativas habían parecido las palabras del anciano cuando expresaba con reticencias e insinuaciones su temor de que José cayera en la cisterna! Provenía esto de que no podía evocar la hondura del pozo sin que se le presentara la idea del mundo de las profundidades, del reino de los muertos, idea que prestaba a su pensamiento una significación más profunda y sagrada. No es que tuviera un lugar importante en sus creencias religiosas; pero, por sus raíces, se hundía en su espíritu y en su imaginación, mito antiguo, herencia de los pueblos remotos: era el mundo infernal donde reinaba Osiris, el Descuartizado; albergue de Namtar, dios de la peste, reino del Espanto, de donde habían salido todos los malos espíritus y todas las plagas; el universo en el cual se hundían las constelaciones al declinar, para surgir de nuevo, a

la hora fijada, cuando ningún mortal que hubiera recorrido el mismo camino había regresado; el mundo del fango y de los excrementos, pero también el del oro y la fortuna; seno en el cual era sembrado el grano que luego reaparecería bajo la forma de trigo nutritivo, país de la luna negra, del invierno, de los estíos calcinados, donde Tammuz, el pastor primaveral, se había hundido y se iba sumergiéndose más cada año, golpeado por el jabalí. La vida se agotaba y la tierra que él había llorado fue árida, hasta que Ishtar, la esposa y madre, descendió a los infiernos en su busca. Ella rompió los cerrojos mohosos de su cárcel y, sacando entre grandes risas al bello amado de su fosa y de su caverna, le llevó consigo, señor del renuevo y de los campos acabados de florecer.

¿Cómo hubiera podido la voz de Jacob no vibrar de emoción y cómo su pregunta no hubiera tenido una resonancia particularmente significativa, cuando según su intuición, si no a través de su razonamiento, el pozo conducía hasta el mundo infernal? Todos estos oleajes de palabras y muchos otros se agitaban en él ante la sola palabra «profundidad». Un tonto, un ignorante, un ser nulo, podía pronunciarla estúpidamente sin atrapar su trascendencia, sin pensar más que en su acepción familiar e inmediata. Pero a Jacob, por el contrario, le confería una dignidad y una solemnidad espiritual en su persona, exaltándole hasta el punto que causaba temor. Es imposible describir el calofrío que había recorrido hasta la médula al culpable Rubén cuando su padre le arrojó al rostro el nombre infamante de Cam. Jacob no era hombre que se sirviera de esta injuria a guisa de simple alusión; en su potente espíritu se operaba un temeroso volver del presente hacia el pasado, la entera repetición de lo que antaño había sucedido; porque él, Jacob, se asemejaba a Noé, el padre espiado, burlado y deshonrado por sus hijos; y Rubén también había previsto de antemano que la escena tendría lugar de aquella suerte, que sería prosternado real y verdaderamente, como Cam delante de Noé, y por esto había temido tanto hallarse en presencia de su padre.

En este punto, la meditación manifiesta del anciano se debía a los recuerdos que la charla de su hijo hacía surgir en su espíritu a propósito del «nombre»; reminiscencias cargadas de ensueños, sublimes y medrosas como una pesadilla de los días antiguos, cuando, con la gran ansiedad física de un inminente encuentro con su hermano del desierto, con aquel Esaú defraudado y sin duda sediento de venganza, había aspirado, con un apasionado fervor, al poder espiritual y luchado para arrancarle su nombre, con el ser singular que le había acometido. Sueño penoso, terrorífico, cargado de inefables delicias, de una dulzura desesperada; no una visión fugitiva de la que nada subsiste; al contrario, un sueño tan cálido del contacto de un cuerpo y tan denso de realidad, que había dejado tras él, en la vida —como un algo sobre la arena, después de la marea—, una doble huella: la dislocación de la cadera de Jacob, de aquella articulación que hacía desigual su andar, desde que el ser

singular se la había desencajado, en la lucha; y en segundo lugar, el Nombre: no el del desconocido, que lo había callado con obstinación, a pesar del ardor anhelante y de la violencia continua con que Jacob lo había exigido, hasta el alba, hasta el temido instante en que se había expuesto al riesgo de retrasarse. No; Jacob había recibido la revelación de su propio nombre, el segundo, el sobrenombre que el extranjero le había arrojado en pleno combate, con el fin de que Jacob le dejara partir antes de la salida del sol y le ahorrara el atroz retraso; el título honorífico que se le asignaba cuando se le quería complacer, verle sonreír: Israel, Dios de los combates. Volvía a ver el vado del Jabbok, los boscajes por donde se llegaba hasta el vado y donde había permanecido solitario, después de haber enviado ante Esaú a sus mujeres, sus once hijos y el ganado destinado a reconciliarle con su hermano; volvía a ver la noche tempestuosa, oscurecida de nubarrones, durante la cual, entre dos cabezadas de sueño turbado como el cielo, aún tembloroso por la separación del padre chasqueado de Raquel —que, gracias a Dios, había salido bien—, e inquieto por su encuentro con el otro de sus engañados, con qué fervor había invocado el apoyo de Elohím, reclamando su asistencia como una cosa debida. Bajo aquella pálida luna, surgida de pronto entre las nubes, veía de nuevo al hombre con quien había comenzado de improviso, Dios sabía cómo, una lucha a muerte, cuerpo a cuerpo, aquellos ojos bovinos, anchamente separados, que no parpadeaban, aquel rostro y aquellos hombros semejantes a la piedra pulimentada, y sentía de nuevo en su corazón un poco de la cruel alegría que sintió antaño, cuando en un murmullo doloroso le había requerido para que se nombrara... ¡Qué fuerza la suya! Una fuerza de sueño, desesperada, perseverante, sacada de las reservas insospechables del alma. Se había aguantado toda la noche, hasta el alba, hasta la hora en que se había dado cuenta de que el hombre temía retrasarse y le había dirigido un ruego titubeante: «¡Déjame partir!». Ninguno de los dos había vencido al otro. Sin embargo, ¿no podía Jacob considerarse como victorioso, él, que no era de esencia sobrenatural, sino un simple mortal de la raza humana? Le había parecido que el ser de los ojos grandes sentía dudas respecto a ello, y que había intentado asegurarse asestándole un golpe doloroso, apretándole por la cadera. ¿Quería comprobar si efectivamente tenía una articulación flexible y no inmóvil como sus semejantes, que no podían sentarse?... Hecha la prueba, el Hombre había maniobrado de manera para no revelar su nombre; pero, en desquite, había dado un nombre a Jacob. Éste creía entender aún, en su meditación, tan claramente como entonces, la voz alta y metálica que le decía: «De ahora en adelante te llamarás Israel». Y entonces había logrado destrenzar los brazos y arrojar de sí al poseedor de aquella voz particular, de modo que le era posible prejuizar que el ser enigmático había podido llegar a tiempo al lugar donde era esperado...

## Del simiesco país de Egipto

**L**a manera como se acabó la meditación del imponente anciano no fue menos expresiva que su modo de hundirse en ella. Con una grave dignidad, volvió de la prolongada ausencia, lanzó un gran suspiro, se incorporó, sacudió su ensueño y, con la cabeza alzada, paseó su mirada en torno de él, por el vacío; como un hombre que se despierta, ordenaba sus imaginaciones y tornaba a poner pie en el presente. Pareció no haber entendido la proposición que le hiciera José de sentarse junto a él. Su hijo debió reconocer, en su confusión, que el momento era poco propicio para contar agradables historietas. Jacob no había concluido de hablarle seriamente. Su inquietud a propósito del león no había sido la única: José le producía más de una preocupación y él no dejaba pasar por alto ninguna de ellas. Dijo:

—Allá, muy lejos, hacia el sur, hay un país, el de Agar, la sierva, al que llaman el país de Cam o el Negro, el simiesco país de Egipto. Las gentes tienen allí el alma negra, aunque su rostro sea cobrizo y son ya viejos al salir del vientre maternal; los recién nacidos parecen minúsculos ancianos y al cabo de una hora de vida hablan de muerte en sus vagidos. Pasean esas gentes, según he oído decir, la virilidad de su dios, de tres anas<sup>[2]</sup> de largo, por las calles, al son de tambores y de arpas; todos, sin excepción, son orgullosos, voluptuosos y tristes. Se visten conforme a la maldición que cayó sobre Cam, que debía ir completamente desnudo; un lino tenue como tela de araña es lo único que cubre su desnudez, sin taparla; se jactan de ir ataviados de tal guisa y dicen que llevan aire tejido; su carne no les causa vergüenza y no tienen, para designar el pecado, ni palabra ni entendimiento. Embalsaman con aromas a sus muertos y colocan, con razón, la imagen de un escarabajo en el sitio del corazón. Son ricos y obscenos, como lo eran los de Sodoma y Hamor. A su antojo, arreglan su lecho junto al del vecino y cambian sus esposas. Cuando una mujer atravesando el mercado, ve a un mozo que despierta su deseo, se ofrece a él. Semejantes a los animales, se prosternan ante animales, en lo más secreto de sus antiguos templos. Me han dicho que una muchacha, pura hasta ese día, había sido cubierta por un cabrón llamado Bindidi, en presencia del pueblo reunido. ¿Aprueban mis hijos tales costumbres?

José, viendo a lo que este discurso aludía, dejó caer la cabeza y alargó el labio inferior, como un niño reprendido. Pero su expresión de arrepentimiento, medio mohína, disimulaba mal una sonrisa. Sabía que esta descripción de las costumbres de Mizraím era exagerada, llena de generalizaciones, de parcialidad. Invitado a responder, guardó silencio por un instante, con aire contrito, alzando luego los suplicantes ojos, que buscaban en los de su padre el primer resplandor de perdón y prudentemente trataban de provocarlo, manifestando y ocultando, alternativamente, su alegría. Expresaban ya un deseo de conciliación antes de que José dijera:

—Si es así, querido señor, este imperfecto niño se guardará de aprobar semejantes costumbres en su corazón. Pero me parece que la levedad de los tejidos egipcios y su aérea finura demuestran la habilidad manual de esos viejos escarabajos, comprobación que más bien cedería en elogio de ellos. Y si su cuerpo ignora la vergüenza, se podría decir en su descargo, poniendo un poco de indulgencia, que son en su mayor parte flacos y mezquinos de carne y que la carne crasa tiene más motivos de sentirse avergonzada que la delgada, suponiendo que...

Ahora le tocó a Jacob ponerse serio. Respondió con voz en la que luchaban la impaciencia severa y la ternura:

—Hablas como niño que eres. Sabes agenciar tus palabras y tus discursos son cautivantes como los de un astuto mercader de camellos, cuando está regateando; pero son extremadamente pueriles. No quiero creer que te propones quitar importancia a la ansiedad que me hace temblar, a mi temor de que, incurriendo en la reprobación del Señor, nos atraigas su cólera sobre ti y sobre toda la estirpe de Abraham. Mis ojos te han visto sentado, desnudo bajo los rayos de la luna, como si el Todopoderoso no hubiera puesto en nuestro corazón el conocimiento del pecado, como si las noches primaverales no fueran demasiado frescas en estas alturas, tras el calor del día. ¿No podría caer sobre ti, durante la noche, una fluxión maligna, y la fiebre apartarte de tus pensamientos, antes de que haya cantado el gallo? Por eso te ordeno que te ciñas la vestidura encima de tu camisa, según la piadosa costumbre de los hijos de Sem. Tu vestidura es de lana y el viento sopla desde Galaad. Y quiero que me ahorres todo motivo de inquietud, pues he visto algo más y mucho me temo que mis ojos no te hayan sorprendido enviando besos a los astros...

—¡Nada de eso! —gritó José con un violento terror. Había saltado desde el brocal del pozo para revestirse la túnica castaña y amarilla que le llegaba hasta las rodillas y que su padre había tomado del suelo y le alargaba; pero este movimiento rápido y este salto para ponerse de pie parecían oponer al mismo tiempo un sobresalto de defensa a la sospecha del anciano, sospecha que se trataba de disipar a cualquier precio, de cualquier modo que fuese. Todo esto, démonos cuenta, era extraordinariamente significativo. El proceso del pensamiento de Jacob, integrado por varios planos superpuestos y que procedía por rebotes, se revelaba en su manera de unir, en un solo haz, tres reproches: José había arriesgado imprudentemente su salud, había faltado al pudor y, en fin, había cometido una herejía. Esta última acusación representaba el complejo de la inquietud llevado a los límites. José, con las dos mangas de su túnica a medio poner, no encontraba, en su agitación, el agujero para meter la cabeza; luchaba ostensiblemente con su vestidura para demostrar cuánto interés tenía en justificarse; pero, al mismo tiempo, se disculpaba con astucia—: ¡Jamás, nunca, jamás! De ninguna manera; no hubo tal cosa —afirmaba mientras su bella y maravillosa cabeza se abría paso a través del hueco de la túnica, y para

acentuar la fuerza persuasiva de su protesta con frases alambicadas y escogidas, continuó—: ¡Me permito asegurar a mi padrecito que el error oscurece su juicio de la más aflictiva manera!

Turbado, se aderezó la túnica con un movimiento de hombros y tiró de sus bordes hacia abajo. Tomando la guirnalda de mirto que ceñía su frente, alisó su revuelta cabellera y sin levantar los ojos comenzó a anudar los lazos que cerraban el descote.

—¿Besos? Imposible, completamente imposible. ¿Cómo sería yo capaz de cometer tan grave falta? Ojalá que mi buen señor quiera recapitularme mis fechorías y verá que no tienen importancia. Alzaba los ojos —es cierto— para ver brillar la luz que se movía maravillosamente en el cielo; el dulce resplandor de la imagen nocturna ha refrescado mis pupilas heridas por las flechas del sol. Pues ya se ha dicho en el canto que vuela por los labios de los hombres: «A ti, Sin, él te hizo brillar; para fijar el tiempo —en su curso cambiante—, te dio a la noche por esposa y coronó de grandeza tu feliz realización».

Dominaba al anciano en la altura de un escalón del pozo y salmodiaba, con las manos extendidas, escondiendo cada hemistiquio con una inclinación del busto, tan pronto a la derecha, tan pronto a la izquierda.

—*Shapattu* —añadió—. Es el día del feliz cumplimiento, el día de la belleza. Está muy cercano y llegará mañana o después de dos veces mañana. Pero ni aun el mismo día del sabbat pensaría yo en mandar el menor beso, aunque fuese a ocultas, al astro regulador del tiempo; porque está dicho que no brilla por sí mismo, sino que, al contrario, Él le ha hecho brillar y le ha conferido su corona...

—¿Quién? —preguntó Jacob en voz baja—. ¿Quién lo ha hecho brillar?

—Marduk-Bel —exclamó alegremente José, y sus palabras fueron inmediatamente seguidas de un «Eh...», prolongado, mientras él sacudía la cabeza en señal de negación, y continuaba—: según es llamado en los relatos. Mi padrecito no necesita enseñarlo a su criatura; es el dueño de los dioses, más poderoso que todos los Annunaki y los Baal de los pueblos, el Dios de Abraham que hizo caer al Dragón y creó el triple universo. Cuando se vuelve, irritado, no mira lo que deja atrás, y cuando se enfurece, ningún otro dios afronta su furor. Es el Magnánimo, el espíritu que todo lo engloba; el criminal y el pecador son hedor para sus narices; pero se inclinó hacia el que venía de Ur e hizo alianza con él, pues quería ser su dios y el dios de su posteridad. Y su bendición se extendió sobre Jacob, mi señor, que, nadie lo ignora, ha merecido el glorioso título de Israel, y, gran profeta lleno de inteligencia, se ha guardado de instruir a sus criaturas tan mal como para que arrojen besos a las constelaciones; éste es un homenaje que debe ser reservado para el Señor, suponiendo —hipótesis por cierto inadmisible— que fuera conveniente arrojárselos; además, la inconveniencia sería en este caso tan manifiesta, que más valiera echarle los besos a las estrellas escintilantes. De todas maneras y aunque tal aserción pudiera ser

sostenida, yo me abstendría de ello. Y si he llevado los dedos a mis labios con alguna intención de besar, que nunca más los pueda utilizar para sustentarme y así perezca de hambre. Porque prefiero no comer y morir de inanición si mi padrecito no está contento y si no se sienta junto a su hijo al borde del abismo. Hace tiempo que mi señor está de pie, sabiéndose que tiene esa santa enfermedad en la cadera; sabiéndose también de qué manera extraordinaria esa enfermedad le llegó y...

Se atrevió a inclinarse hacia el anciano y le pasó, con precaución, un brazo por encima del hombro, persuadido de haberle calmado y apaciguado con su flujo de palabras. Jacob jugaba con el pequeño sello que le pendía sobre el pecho y pensaba en el Señor. Cedió, suspirando, a la ligera presión, puso el pie sobre el escalón circular y se sentó al borde del pozo, apoyando el báculo contra sus brazos. Puesto en orden su vestido, volvió también su rostro hacia la luna, que iluminó totalmente su frágil majestad de anciano e hizo relampaguear sus ojos castaños, inteligentes y escrutadores. Sentóse José a sus pies, en la actitud que había propuesto y descrito de antemano. Y mientras con un ademán acariciador, tal vez inconsciente, la mano de Jacob peinaba sus cabellos, continuó, en voz más baja:

—Se está bien, ¿ves tú?, y quisiera estar así sentado toda la noche, como lo he deseado desde hace mucho tiempo. Mi señor alza los ojos hacia la faz de allí arriba y mi parte es igualmente bella, pues que tengo la extrema alegría de poder contemplar la suya, que se me aparece como la de un dios y refleja el brillo de la otra. Dime, el rostro de mi tío, el rudo Esaú, ¿no era semejante al rostro de la luna cuando él vino a encontrarte junto al vado, según tú nos contaste? Pero aquella dulzura no era sino un reflejo sobre la faz ardiente, un reflejo de la tuya, mi querido señor; tú recuerdas la imagen de la luna y del pastor Abel, cuyo sacrificio fue agradable al Todopoderoso, y no los de Caín y Esaú, semejantes a los campos agostados por el sol y a la tierra agrietada por la sequía. Sí, tú eres Abel, la luna y el pastor, y nosotros, todos los tuyos, somos zagales y pastores, no de esos que van a trabajar al sol, como los campesinos que sudan detrás de sus carretas y sus bueyes invocando a los Baal del país. Nosotros nos hemos vuelto hacia el Señor de la Ruta, el Astro Errante, que vemos subir allí arriba, resplandeciente en su blanca vestidura... Dime —continuó de un tirón, casi sin tomar aliento—, Abiram, nuestro padre, ¿no abandonó Ur de Caldea por despecho, y no abandonó, en su irritación, la ciudadela de la luna y los lugares que le eran familiares, porque el Legislador había elevado por encima de los otros a su dios Marduck, que allá lejos está asimilado al ardor del sol, y le había acordado la preeminencia sobre todos los dioses de Sinear, con gran descontento de las gentes de Sin? Y dime, además, los suyos, allá lejos, ¿no le dan también el nombre de Sem cuando quieren ensalzarlo; nombre que llevaba el hijo de Noé, cuyos hijos, negros pero amables como lo era Raquel, habitaban Elam, Asur, Arpachasad, Lud y Edom? Espera, escucha un poco lo que pasa por el espíritu de tu criatura: la esposa de

Abraham, ¿no se llamaba Sahar, como la luna?... Óyeme un poco más, que voy a hacer un breve cálculo. El ciclo de la revolución planetaria es de siete veces cincuenta días más cuatro. Hay tres días en el mes durante los cuales los hombres no ven la luna. Deduce ahora, te lo ruego, mi señor, de esos trescientos cincuenta y cuatro días, las tres veces doce y obtendrás trescientas dieciocho noches de luna visible. Mas ¿no eran también trescientos dieciocho los servidores de Abraham, nacidos en su casa, que le ayudaron a triunfar sobre los reyes del Oriente y arrojarlos más allá de Damasco, y libertar a Lot, su hermano, de las manos de Kedor-Laomer, el Elamita? Ya ves tú que Abiram, nuestro padre, amaba a la luna y con fervor tal que, cuando iba a batirse, tenía cuidado de que el número de sus servidores igualara exactamente al número de días que la luna es visible. Y suponiendo que yo le haya enviado, no digo uno, sino trescientos dieciocho besos —cuando en realidad no le envié ninguno—, dime: ¿será un mal tan grande?

## La prueba

—Eres sagaz —dijo Jacob, y su mano, que había estado posada en la cabeza de José durante todo el tiempo del cálculo, se movió con más vivacidad que antes—. Eres inteligente, Yachup, hijo mío. Tu cabeza es bella y encantadora exteriormente, como era la de Mami (usaba el nombre cariñoso que José, niño, daba a su madre, el nombre de origen babilonio, terrestre y familiar de Ishtar), y llena de sutileza y piedad en el interior. Yo también era alegre a tu edad, pero mi espíritu está un poco fatigado con todas estas historias, no solamente las nuevas, sino también las antiguas que han llegado hasta nosotros y que es conveniente recordar. Además, estoy preocupado por mil cosas y por la estirpe de Abraham, pues el Señor no se expresa con claridad. Si su rostro es semejante al rostro de la suavidad, a veces también es como el sol ardiente y la llama viva; ha destruido a Sodoma por medio del fuego, y el hombre, para purificarse, debe atravesar el brasero del Señor. Es el fuego devorador que consume la carne del primogénito, el día de la fiesta del equinoccio, allá, afuera, ante la tienda, cuando ha caído la obscuridad y, sentados en el interior, nos comemos el cordero cuya sangre tiñe los piquetes y tenemos miedo porque el Exterminador pasa...

Se interrumpió y sus dedos se retiraron de los cabellos de José; el muchacho, alzando los ojos, se percató de que el anciano temblaba, con el rostro oculto en las manos.

—¿Qué le sucede a mi señor? —gritó, descompuesto, levantándose de un salto, llevando las manos hasta las de su padre, pero sin atreverse a separarlas. Hubo de esperar e implorar de nuevo. Jacob no cambió de actitud sino titubeando. Sus rasgos, cuando los descubrió, dejaban ver una profunda pena, y por encima del muchacho sus miradas escrutaron el vacío.

—Pensaba con miedo en Dios —dijo, y sus labios se movían trabajosamente—. Me he figurado que mi mano era la mano de Abraham y que se posaba sobre la frente de Yitzchak<sup>[3]</sup>, y escuchaba su voz que me hablaba, y su mandato...

—¿Su mandato? —preguntó José, haciendo con la cabeza un ademán de pájaro, breve y provocante.

—El mandato y las instrucciones, tú las conoces, pues conoces los relatos —respondió Jacob con voz desfalleciente, sentado, inclinado hacia adelante, la frente apoyada contra sus dedos crispados sobre el báculo—: Yo los he oído. ¿Acaso es Él menos poderoso que Moloch, el rey-toro de los Baal, a quien, en la aflicción, los hombres le llevan sus primogénitos, y a quien, ciertas noches de fiesta secreta, le dejan los brazos cargados de niños recién nacidos? ¿No tiene Él derecho para reclamar a sus fieles lo que Moloch pide a los suyos? Él exigió y yo escuché su voz y respondí: «Aquí estoy». Y mi corazón cesó de latir y mi respiración se cortó. Y

enalbardé un asno al amanecer y te llevé conmigo. Pues tú eras Isaac, todo al mismo tiempo, el hijo de mi vejez y mi primogénito. El Señor nos había enviado un motivo de alegría cuando te anunció, y tú eras, para mí, mi único bien, y sobre tu cabeza reposaba el porvenir. Y he aquí que Él te reclamaba; Él tenía derecho para ello, aunque fuera contra el mismo porvenir. Entonces corté leña para el sacrificio, aparejé al asno y puse al niño encima. Partiendo de Beer-Sheba con mis servidores, bajé durante tres días en dirección a Edom y al país de Muzri, hacia Horeb, su montaña. Y cuando se me apareció a lo lejos la montaña del Señor, y la cumbre de la montaña, dejé atrás al asno y a los servidores, diciendo a éstos que me esperaran, y te hice cargar con la leña del sacrificio, tomé la brasa y un cuchillo y nos fuimos los dos solos. Y cuando tú me preguntaste: «¿Padre mío?», yo fui incapaz de decirte: «Aquí estoy», pues un gemido involuntario se escapaba de mi garganta. Y cuando tu voz me dijo: «Tenemos leña y fuego, pero ¿dónde está el cordero del sacrificio?», no pude responderte, como hubiera debido, que el Señor proveería por sí mismo. Me sentía tan mal, era tan desgraciado, que hubiera deseado que mi vida se derramara con mis lágrimas, y gemía tan fuerte que tú me mirabas de reojo, y cuando llegamos al lugar indicado, alcé con piedras la mesa del sacrificio, puse encima la leña, lié con cuerdas a mi niño y lo coloqué sobre la leña. Y tomé mi cuchillo y con la mano izquierda te cubrí los ojos. Y cuando elevaba el cuchillo y dirigía el filo contra tu cuello, me faltó el corazón ante el Señor, mi brazo cayó, el cuchillo escapó de mi mano y me caí al suelo, la cara contra la tierra; y mordí a tierra y la hierba de la tierra, golpeándola con el puño y el pie y gritando: «Sé Tú quien lo inmoles, Tú, Señor Exterminador, pues él es mi único bien, mi todo, y yo no soy Abraham y mi alma desfallece ante Ti». Y mientras me retorcía y gritaba, el trueno retumbó por los cielos y fue a perderse a lo lejos. Y el hijo quedaba conmigo; pero yo no había complacido al Señor, porque no había podido... —gimió Jacob, golpeándose la frente contra la mano que sostenía el bastón.

—Entonces —preguntó José, arrugando el entrecejo—, ¿en el último momento te faltó valor? Porque, al fin y al cabo —continuó, viendo que el anciano volvía a otro lado la cabeza—, un momento después hubiera sonado la Voz que te gritara: «No pongas la mano sobre este muchacho, no le hagas daño», y hubieras visto al carnero en el matorral.

—Yo no sabía nada, pues yo era como Abraham, y la historia no había sucedido aún.

—¡Oh! Pero dices que habías gritado: «Yo no soy Abraham» —replicó José sonriendo—. Luego si no eras él, es que eras Jacob, padrecito, y aquello era una historia antigua de la que tú conocías el desenlace. No era el niño Yitzchak el que tú habías amarrado y querías inmolar —añadió con un gracioso movimiento de cabeza—. Precisamente, la ventaja de las épocas posteriores es que conocemos los ciclos de

la Tierra y los acontecimientos que se han sucedido, así como las historias relacionadas con ellos, que nuestros padres establecieron antes que nosotros. Tú debiste esperar con confianza la Voz y el carnero.

—Tus argumentos son sutiles, pero no tienen justeza —dijo el viejo, a quien la discusión le había hecho olvidar su dolor—. En primer lugar, si yo era Jacob y no Abraham, nada probaba que las cosas hubieran ido como la otra vez, y yo ignoraba si el Señor quería dejar terminarse lo que otrora había impedido. Y después, dime, ¿qué hubiera pesado mi fuerza, ante Él, si yo hubiese contado con el ángel y el carnero y no me hubiera sido inspirada por la obediencia y mi creencia de que Dios puede hacer sufrir al Porvenir la prueba del fuego, sin que aquél sufra, ya que a su orden saltan los cerrojos de la muerte y es el dueño de la Resurrección? Y en fin, ¿me había enviado Dios la prueba? No; la había enviado a Abraham, que pudo soportarla. Yo me infligí a mí mismo la prueba de Abraham, y mi alma desfalleció porque mi cariño pudo más que mi fe, y no pude... —gimió de nuevo, inclinando una vez más la frente sobre el cayado. Después de haber presentado argumentos en favor de su juicio, el sentimiento volvía por sus fueros.

—He debido, seguramente, decir una tontería —dijo José con aire contrito—; mi estupidez sobrepasa, sin duda, la de la mayor parte de los borregos, y el discernimiento de un camello podría sostener mejor la comparación con el de Noé, el Inteligentísimo, que el del niño aturdido que soy. Tu advertencia me llena de confusión y mi respuesta no será mucho más luminosa, pero se le antoja a este niño ingenuo que, mientras tú sufrías la tortura, tú no eras ni Abraham ni Jacob. Tiemblo al decírtelo: tú eras el Señor, que probaba a Jacob de la misma manera que a Abraham; poseías la sabiduría del Señor y previas a qué género de prueba quería Él someter a Jacob, es decir, la que no había hecho sufrir hasta el final a Abraham. Pues a él le había dicho: «Yo soy Moloch, el rey-toro de los Baal; tráeme a tu primogénito». Pero cuando Abraham se puso en el deber de ofrecérselo, el Señor le dijo: «¿Soy yo Moloch, el rey-toro de los Baal? No; yo soy el dios de Abraham, cuyo rostro no es semejante al campo agostado por el sol, sino más bien al rostro de la luna, y no te he dado esta orden para que la ejecutes, pues esto es sencillamente, ante mis ojos, una abominación; y aquí tienes un carnero para ti». Mi padrecito se ha divertido, sin duda, en preguntarse si osaría llevar a cabo lo que el Señor le impidió a Abraham, y se entristece de haber descubierto que no se atrevió ni se atrevería jamás a ello.

—Como un ángel —dijo Jacob, levantándose y moviendo la cabeza enternecido—: Tú hablas como un ángel cercano al Trono, Jehosef, hijo que Dios me ha dado. Ojalá que tu madre hubiera podido oírte. Habría batido palmas de alborozo y sus ojos, que son también los tuyos, habrían brillado de risueña alegría. Pero si tus palabras contienen una mitad de verdad, la otra mitad no deja de subsistir en las mías,

pues me faltó la confianza. Pero tú has acomodado tu parte de verdad con tanta gracia y la has sazonado con la sal del espíritu de tal suerte, que fue un regalo para mi entendimiento y un bálsamo para mi corazón. ¿De dónde viene esto de que las frases de mi hijo son tan sutiles que chocan, alegremente encrespadas, contra las rocas de la verdad y caen haciéndose espumas, en un corazón que salta de gozo?

## Aceite, higos y vino

—Eso se debe —respondió José— a que el espíritu es como el mensajero que va y viene, como el mediador entre la luna y el sol, entre Shamash y Sin, cuyo poder se ejerce sobre el cuerpo y las facultades sensitivas del hombre. Así me lo dijo Eliecer, tu prudente servidor, cuando me enseñó la ciencia de los astros y me habló de sus encuentros, de su influencia sobre las horas, según sus recíprocas relaciones; y estableció el tema de mi natividad en Carán de Mesopotamia, en el mes de Tammuz, al mediodía, cuando Shamash estaba en el cenit y en el signo de Géminis y subía por oriente el signo de la Virgen.

Elevó la mirada y señalando con el dedo las constelaciones, una de las cuales declinaba hacia el oeste y la otra comenzaba, entonces, como otrora, su ascensión hacia el este, continuó:

—Es un signo de Nabu, mi padrecito debe saberlo, un signo de Tot el Escriba, a quien se deben las tablillas; dios ligero, ágil, que sirve de conciliador y favorece los cambios. También el sol se hallaba en el signo de Nabu, señor de la hora, que realizaba su conjunción con el astro lunar; encuentro beneficioso para él, si creemos a los sacerdotes y los astrólogos, pues su malicia se disminuyó y su corazón fue enternecido. Pero Nabu, el mediador, se encontró en oposición con Nergal, el zorro, fomentador de la desdicha, que lo marcó fuertemente con su huella e imprimió su soberanía con el sello del destino. Y lo mismo con Ishtar; en ella se reparten la medida y la gracia, el amor y la clemencia; llegaba ella al cenit a esa misma hora, y cambiaba miradas amistosas con Sin y Nabu. También ella se hallaba en el signo del Toro, y la experiencia nos enseña que de ahí viene la moderación, un valor perseverante y un espíritu jovial. Pero asimismo, nos cuenta Eliecer, estaba en trígono con Nergal en el Capricornio. Y Eliecer se alegraba porque su suavidad no fue maltratada, sino que, al contrario, tomó de miel virgen, impregnada del olor de las praderas. La luna estaba en el signo de Cáncer, el suyo, y todos los intérpretes también estaban, si no en su propia casa, a lo menos en otra, en la de un amigo. Que venga Nabu, el Prudente, a encontrar a la luna, y el mundo verá cumplirse grandes cosas. Y si el sol, como en aquella hora, está en trígono con Ninurti, el Guerrero y el Cazador, es indicio de una futura participación en los acontecimientos de la tierra, un anuncio de que se obtendrá una parcela de soberanía. El horóscopo rectamente interpretado no hubiera sido, pues, desfavorable, si la tontería de este niño desairado no hubiera venido a echarlo todo a perder.

—Hem —murmuró el viejo, pasando con cuidado la mano por la cabellera de José y mirando de reojo—. Eso depende del Señor, que dirige los astros. Pero los presagios que por medio de ellos envía no tienen siempre el mismo sentido. Si tú hubieras sido el hijo de algún grande y poderoso de la tierra, quizá te hubieran

inducido a que tomases parte en el gobierno y en la administración de los estados. Pero tú no eres más que un pastor, hijo de pastor, y claro está que la interpretación ha de ser diferente y llevada a menor escala. Mas ¿qué decías a propósito del mensajero semejante al espíritu que va y viene?

—En eso estoy —respondió José— y hacia eso se encamina mi discurso. La bendición de mi padre era el sol que, cuando yo nací, se hallaba en el cenit y con sus rayos dirigidos hacia Marduck en la Balanza y Ninurti en el undécimo signo. Además, estuvieron allí los rayos que intercambiaban esos dos paternos intérpretes, el rey y el guerrero armado. ¡Poderosa bendición! Pero que mi señor se digne considerar cuán potente era también la que me vino de mi madre y de la luna, que ocupaba las fuertes posiciones de Sin y de Ishtar. Entonces fue, sin duda, cuando se engendró mi buen humor, en la oposición entre Nabu y Nergal, entre el Escriba predominante y la cruda luz del bribón que retrocedía hacia Capricornio. Fue creado para servir de intermediario entre la fuerza solar y la fuerza lunar y de conciliar alegremente las bendiciones del día y de la noche...

Se interrumpió, en una sonrisa un tanto crispada; Jacob, situado un poco más arriba y más atrás que él, no lo veía, y dijo:

—El anciano Eliecer está lleno de experiencia y considerablemente instruido en múltiples conocimientos; puede, por decirlo así, descifrar las piedras de la época del Diluvio; te ha enseñado también numerosas verdades respetables sobre los comienzos, los orígenes y otras nociones útiles que es necesario conocer en este mundo. Pero hay ciertas cosas de las cuales no se sabría decir con precisión si deben figurar entre los conocimientos útiles y verdaderos; mi corazón titubea y me pregunto si hizo bien al instruirte en el arte de los astrólogos y los magos de Sinear. Creo que la cabeza de mi hijo es digna de contener todo el saber humano; pero, por mi parte, ignoraba que nuestros padres hubieran leído jamás en los astros, ni que Dios hubiera ordenado a Adán hacerlo. Y estoy lleno de angustia y de duda, preguntándome si no hay debajo de eso un culto rendido a las estrellas, tal vez una abominación a los ojos del Señor, algo diabólico, a medio camino entre la piedad y la idolatría.

Triste, sacudió la cabeza, vuelto a dominar por su más íntima preocupación del bien y de la impenetrabilidad de los designios del Señor.

—Muchas cosas se prestan a duda —respondió José (si lo que enunció puede ser tomado por respuesta)— Por ejemplo, ¿es la noche la que oculta al día o es el día el que abraza a la noche? Sería importante determinarlo. He reflexionado sobre esto con frecuencia, en los campos o en la cabaña, y cuando llegaba a la certidumbre, sacaba de ella deducciones sobre las virtudes de la bendición solar y la bendición lunar, así como acerca de la belleza de las herencias paterna y materna. Pues mi madrecita, cuyas mejillas tenían el perfume de los pétalos de rosa, descendió en la noche en el momento que nacía mi hermano, el que aún está bajo la tienda, con las mujeres; ella

quiso, al morir, llamarle Benoni, porque ya se sabe que Osiris, el hijo preferido del Sol, rey del mundo infernal, eligió su domicilio en On, del país del Egipto. Pero tú nombraste al chicuelo Benjamín, para proclamar que era hijo de la Recta y de la Mejor-Amada, y también es ése un hermoso nombre. Yo no te obedezco siempre, y a veces llamo Benoni a mi hermano, y él oye a gusto este nombre, porque sabe que Mami, cuando desapareció, quería que así se le nombrase. Ahora ella está en la noche, nos ama desde el fondo de la noche, al pequeño y a mí, y su bendición nos la transmiten la luna y las profundidades. ¿No ha oído hablar, mi señor, de los dos árboles del Jardín del Mundo? Uno de ellos produce el aceite con el cual son untados los reyes de la tierra, a fin de que vivan; el otro da el higo verde y rosado, lleno de dulces granillos, y el que come de él debe morir. Adán y Eva se ciñeron con sus anchas hojas las cinturas, para ocultar su vergüenza. Habían adquirido el conocimiento durante la luna llena del solsticio de verano, cuando ya no le quedaba más que declinar y desaparecer. El aceite y el vino son sagrados para el sol. ¡Dichosos aquellos cuyas frentes chorrean aceite y cuyos ojos brillan, ebrios de vino bermejo! Porque sus límpidas palabras serán para los pueblos una risa y un consuelo y les será dado un carnero en el zarzal para inmolarlo al Señor, en vez del primogénito, y así se curarán de la angustia y el tormento. Pero el dulce fruto de la higuera es sagrado para la luna; feliz el que, desde el fondo de la noche, es nutrido por mi madrecita con su propia carne, pues él crecerá como al borde de un manantial y su alma hundirá sus raíces hasta el sitio donde las fuentes manan, su palabra será viva y gozosa como el seno de la tierra, y el espíritu de profecía habitará en él.

¿Hablabas? Más bien cuchicheabas; era un espectáculo conmovedor, como un poco antes que su padre se le acercara. Sus hombros se convulsionaban y temblaban sus manos apoyadas en sus rodillas; aunque sonreía, sus pupilas vueltas no dejaban ver más que el blanco de los ojos. Jacob no advertía esto; pero le escuchaba. Inclinandose hacia él, con un circunspecto ademán de protección, mantuvo sus manos en el aire, encima de la cabeza del mozo, luego puso la izquierda sobre su cabellera, lo que produjo un descanso en el estado de José; y mientras que su mano derecha buscaba la mano derecha del muchacho apoyado en sus rodillas, dijo con una confianza reticente:

—Escucha, Yachup, hijo mío, lo que voy a preguntarte; mi corazón está preocupado por los ganados y la prosperidad de los rebaños. Las primeras lluvias han sido agradables y aun han caído antes del invierno. No fue un desgarrarse de nubes inundando los campos y llenando solamente los pozos de los nómadas, sino una suave y fina lluvia, beneficiosa para las praderas. Sin embargo, el invierno ha sido seco y el mar se ha negado a enviarnos la dulzura de su hálito. Soplaron los vientos de la estepa y del desierto y el cielo estaba claro, una alegría para los ojos y un cuidado para el corazón. Desdicha será si las lluvias del otoño no caen tampoco, pues

se perderán las semillas del labrador y las mieses del campesino; la yerba se secará antes de tiempo, los ganados no hallarán dónde pacer y las tetas de las hembras penderán flácidas. Dígame, mi niño, lo que piensa del viento, y sus previsiones respecto al tiempo; qué opina sobre esto: ¿caerán las postreras lluvias antes que sea demasiado tarde?

Se inclinó más hacia José, volvió el rostro y puso la oreja junto a la joven cabeza.

—Escuchas mis palabras, inclinado sobre mí —dijo José, aunque no lo miraba—; pero el niño escucha de más lejos, lo que pasa afuera y dentro, para recibir y transmitirte las informaciones y las noticias. Mi oído percibe el temblor de una gota que cae de las ramas y una lluvia fina sobre las vastas extensiones, aunque la luna sea de una claridad absoluta y el viento sople desde Galaad. No obstante, esa lluvia no es para el momento actual, sino para un instante que se acerca; y mi nariz la husmea con certidumbre: antes que la luna de Nisán haya decrecido en un cuarto, la tierra será fecundada por las aguas viriles del cielo; exhalará humos y vapores de alegría, lo presiento, y los pastizales estarán cuajados de corderos y los campos apretados de espigas, y habrá júbilo y canciones. Me han dicho y ensañado que, en los orígenes, la tierra estaba regada por el torrente Tavi, que partiendo de Babel la regaba una vez cada cuarenta años. Pero el Señor decidió después que la tierra fuera saciada en su sed por el cielo, por cuatro motivos, y uno de ellos es que así todos los ojos estarían obligados a elevarse. Dirigimos, pues, las miradas de gratitud hacia el cielo del Trono, donde se elabora el tiempo y donde están las cavernas de los tiburones y las tempestades, tales como las vi ayer en sueños, mientras dormitaba bajo el árbol del conocimiento. Un querubín llamado Jofiel me condujo de la mano por aquellas alturas, para que mirara en torno mío y tuviera una noción de los lugares. Y he visto los antros llenos de vapores, con sus puertas de fuego, y oí a obreros afanados decirse entre ellos: «Hemos recibido una orden respecto a la fiesta del cielo y de las nubes: Mirad, la aridez reina en el país del oeste y la sequía sobre la llanura y los pastos de la meseta. Hay que tomar medidas para que llueva lo antes posible sobre el país de los amoritas, de los amonitas y de los fereceos, de los madianitas, hevianos y jebuseos y, en particular, sobre la región de Hebrón, a la altura de la línea del reparto de aguas, en el mismo lugar donde mi hijo Jacob, que lleva el título de Israel, apacienta sus rebaños innumerables». Soñé todo esto con una claridad que no admite chanzas, y como sucedió bajo el árbol, mi señor puede estar seguro en lo referente al refrigerio del suelo.

—Alabados sean los Elohím —dijo el anciano—. Habrá que escoger nuevas reses para el sacrificio y celebraremos un banquete ante ellos; quemaremos las entrañas con incienso y miel para que se verifiquen tus palabras. Pues temeré que los ciudadanos y los campesinos lo echen todo a perder con uno de esos sacrificios a su manera; querrán organizar una orgía para honrar a los Baal, y una fiesta de

emparejamiento, al son de címbalos y con grandes gritos en honor de la fecundidad. Hermoso es que mi muchacho sea favorecido con sueños; esto sucede porque es el primer hijo que tuve de la Recta y de la Mejor-Amada. A mí también, en mi juventud, me fue concedida la gracia de grandes revelaciones, y cuando partí contra mi voluntad de Beer-Sheba y, mal de mi grado, fui empujado hacia los lugares y los contornos fatídicos, lo que vi iguala a lo que te ha sido descubierto. Te amo, porque me has reconfortado en lo referente a la sequía; pero no digas a nadie que los sueños te visitan bajo el árbol; no lo digas a los hijos de Lía, como tampoco se lo dirías a los hijos de las sirvientas, pues podrían encelarse por este don especial.

—Pongo la mano bajo tu muslo... —respondió José—. Tu orden me sella los labios. Ya me doy cuenta de que soy charlatán; pero, cuando la razón lo exige, puedo dominarme; me costará tanto menos trabajo cuanto que mis visioncillas no merecen ser comparadas con aquella con que fue recompensado mi señor en el lugar que llaman Luz, cuando los mensajeros subían y bajaban de la tierra a las puertas del cielo, cuando Elohím se reveló a él...

## Canto alterno

—Ah, padre mío y amado señor —dijo volviéndose, con una sonrisa de felicidad, mientras enlazaba con un brazo a su padre, que se sintió no poco satisfecho—. ¡Qué cosa estupenda ser agradables al Señor, ver que nos ama y que deja subir hasta sus narices el humo de nuestros sacrificios! Pues aunque Abel no tuvo tiempo de engendrar hijos, ya que fue muerto a golpes en su campiña por Caín, a causa de su hermana Noema, nosotros somos, sin embargo, de la raza de Abel, que habitaba bajo la tienda, y de la raza de Isaac, el más joven, que fue bendecido. He aquí por qué gozamos a la par de inteligencia y de ensoñación, y ambas cosas son un gran manantial de alegría. Es algo admirable poseer la sabiduría y el lenguaje, poder hablar y responder y saber nombrarlo todo. Igualmente admirable es un ser loco ante el Señor y, sin dudar de ello, llegar al sitio que une el cielo con la tierra, ser informado, durmiendo, de los designios de arriba y, por medio de la interpretación de los sueños y de las visiones, prever lo que ha de suceder de luna a luna. Así aconteció con Noé, el primero entre los sabios, a quien el Señor predijo el Diluvio para que pudiera escapar. Lo mismo pasó con Henoc, hijo de Jared, porque iba por el camino derecho y se purificaba en aguas vivas. ¿Conoces tú la historia de Henoc? La conozco exactamente como todo lo que a él se refiere; la ternura de Dios por Abel y Yitzchak era tibia en comparación con la que a él le dedicaba: Henoc era tan sagaz, tan piadoso y versado en las tablas del misterio, que se apartó de los hombres, y el Señor le llamó así y nunca más se le volvió a ver. Hizo de él uno de los ángeles admitidos a contemplar su Rostro y fue Metatrón, gran escriba y príncipe del mundo...

Se calló, palideciendo. Había pronunciado estas palabras con la respiración entrecortada: ahora se interrumpía y ocultaba el rostro en el pecho de su padre. Jacob gustaba mucho de sentirle contra él. Por encima de José, con una voz que ascendía por el aire plateado, dijo:

—Conozco bien la historia de Henoc; pertenecía a la primera progenie humana, hijo de Jared, hijo de Malaleel, hijo de Cainán, hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán. Ésta es la genealogía de Henoc, subiendo hasta el principio. Y el hijo del hijo de su hijo fue Noé, el segundo Adán, que engendró a Sem, cuyos hijos son negros, pero encantadores, y de él salió Heber, en la cuarta generación, de suerte que Henoc es el padre de todos los hijos de Heber y de todos los hebreos, y el nuestro...

No contaba en esto sino cosas conocidas. Todos los de la tribu y parentela sabían de memoria, desde niños, el encadenamiento de las generaciones sucesivas; el anciano aprovechaba la ocasión para enumerarlas al hablar con su hijo, atestiguándolas. José comprendió que la conversación iba a volverse preciosa, tornarse en «hermosa charla»; no trataría de ir a un intercambio de conocimientos

útiles, a un acuerdo sobre problemas de orden práctico o espiritual, sino a la simple nomenclatura de acontecimientos, que ninguno de los dos ignoraba, temas de reminiscencias y edificantes confirmaciones, diálogo, canto alternado como el de los pastores, durante la noche, junto a las fogatas, cuando comenzaban: «¿Sabes tú eso? Yo lo sé muy bien». Se enderezó y dijo, interrumpiendo:

—Y verás: de Heber nació Faleg, que engendró a Sarug, cuyo hijo fue Nacor, padre de Tare, ¡oh alegría! Éste engendró a Abraham, en Ur de Caldea, y partió con Abraham, su hijo, y con la mujer de su hijo, que se llamaba Sahar, como la luna, y que era estéril; y con Lot, el hijo del hermano de su hijo. Los sacó de Ur y murió en Carán. Entonces Dios mandó a Abraham que continuara su viaje con las almas que había ganado para el Señor, por el otro lado de la llanura y el río Eufrates, a lo largo del camino que une Sinear con el país de Amurru.

—Muy bien sé yo todo eso —dijo Jacob, que volvió a tomar la palabra—. Era el país que el Señor quería asignarle. Pues Abraham era amigo del Señor y su espíritu penetrante había determinado entre los dioses al Maestro Supremo de la verdad. Tornó hacia Damasco y engendró allí a Eliecer, de una sierva. Luego atravesó el territorio con su pueblo, que era el pueblo de Dios, y santificó nuevamente, en el espíritu que le animaba, los lugares consagrados de las gentes del país, los altares y los círculos de piedra, enseñando bajo los árboles y anunciando la era de prosperidad; así se hizo de adeptos en la región y la sierva egipcia Agar, la madre de Ismael, vino hacia él. Y él se fue hacia el lado de Shekem.

—Eso lo sé yo tan bien como tú —salmodió José—; el padre subió desde el valle hacia el famoso lugar que volvió a encontrar Jacob y allí elevó a Jahú, el Todopoderoso, un altar de sacrificio entre Beth-el y el refugio de Hai. Y se dirigió hacia el mediodía, al país de Negueb, aquí mismo, en el sitio donde la montaña se inclina hacia Edom. Después descendió todavía más y entró en Egipto, en el país fangoso del rey Amenemhet, donde fue cubierto de plata y de oro y se hizo poseedor de numerosos rebaños y tesoros. Y de nuevo se fue hacia el Negueb, donde se separó de Lot.

—¿Y sabes tú por qué? —preguntó Jacob, por pura fórmula—. Pues porque Lot era tan rico en borregos, bueyes y cabañas, que el país se hacía chico para ellos dos. Y mira cuán lleno de mansedumbre era nuestro padre: cuando sus pastores se disputaban los pastizales, y esto no sucedía como entre los bandidos del desierto, que vienen a degollar a la gente de quienes apetece las dehesas y los pozos, se limitó a decir a Lot, el hijo de su hermano: «Evitemos la disputa entre los tuyos y los míos. El territorio es vasto, nos separaremos y cada uno de nosotros se irá en dirección opuesta, sin resentimientos». Entonces Lot se fue hacia el oriente y eligió la llanura del Jordán.

—Así sucedió en verdad —continuó José—. Y Abraham permaneció en Hebrón,

la Ciudad de los Cuatro; santificó el árbol que nos concede sombra y ensueños, y fue refugio del errante y albergue del que no tenía dónde guarecerse. Daba de beber a los sedientos, ponía en el buen camino al viajero extraviado y mantenía en jaque a los bandoleros. No aceptaba ni agradecimientos ni recompensa, pero enseñaba el culto de su Dios, El-Elyon, Señor de la morada, padre de los misericordiosos.

—Exacto es eso —confirmó Jacob, canturreando—. Y sucedió que el Señor hizo alianza con Abraham, que ofrecía un sacrificio al ponerse el sol. Había cogido una ternera, un cabrito y un carnero, todos de tres años de edad y luego una tórtola y un palomo joven. Dividió en dos partes a los cuadrúpedos, separó las mitades, puso un pájaro a cada lado y dejó un camino libre entre las diversas partes y después miró a las águilas que se lanzaban sobre los pedazos. Entonces cayó en un sueño que no se parecía a ningún otro y fue presa del terror y las tinieblas, porque, mientras dormía, el Señor le habló y le reveló los remotos horizontes del mundo y un reino que echaba raíces en las semillas de su espíritu y que se extendía, salido de la inquietud y de la verdad de su espíritu. Le enseñó grandes cosas, en las que no estaban instruidos los príncipes de la tierra ni los reyes de Babel, de Asur, de Elam, de Khatti y del país de Egipto. Y, llama ardiente, pasó en la noche, por el camino del pacto, entre los pedazos preparados para el sacrificio.

—Tú lo sabes perfectamente —se alzaba de nuevo la voz de José—; pero lo que sigue me es igualmente conocido. La herencia de Abraham, la promesa y la alianza, fue transmitida a Isaac y a Jacob, mi señor; y esto, hay que hacerlo notar, no fue concedido a todos los hijos de Heber, amonitas, moabitas e idumeos, sino solamente a la tribu elegida por el Señor: y fijó su elección, no sobre los primogénitos según la carne y el cuerpo material, sino según el espíritu. Y escogió a los dulces y los prudentes.

—Sí, sí, es como tú lo dices —siguió diciendo Jacob—. Lo que sucedió cuando Abraham y Lot se separaron, volvió a suceder, y los pueblos se separaron. En las praderas de Lot, los que él había engendrado de su propia carne, Moab y Amón, no quedaron juntos; este último se dedicó al desierto y a la vida del desierto. Esaú tampoco se quedó en las dehesas de Isaac; tomó sus mujeres, sus hijos, sus hijas y toda su prole y su casa, así como sus bienes y rebaños, y se fue a otro país; y éste fue, con el tiempo, Edom, sobre la montaña de Seír. Y lo que no fue Edom, fue Israel, un pueblo particular, diferente de los nómadas del país de Sinaí y de los bandoleros andrajosos del país de Arabia, e igualmente distinto de las gentes de Canaán, de los campesinos de la gleba y de los ciudadanos, un pueblo de amos y pastores, que conducen sus rebaños, vigilan sus pozos y piensan en el Señor.

—Y el Señor piensa en nosotros y en nuestra singularidad —exclamó José, echando atrás la cabeza y abriendo sus brazos entre los de su padre—. He aquí por qué el corazón del niño está lleno de alegría en los brazos de su padre: se siente

transportado por un relato que conoce a maravilla y embriagado por el cambio de palabras edificantes. ¿Conoces tú el más dulce de los sueños, que yo he tenido millares de veces? Es el de la preeminencia y la filiación: pues mucho será concedido a la criatura de Dios, todo lo que emprenda le dará buen resultado, hallará misericordia en todos los ojos y los reyes le prodigarán sus alabanzas. En verdad, siento deseos de cantar en honra del Señor de los ejércitos, con una lengua ágil, tan ágil como el estilo del escriba. Me han perseguido con su odio, colocado trampas a mi paso, abierto una fosa a mis pies y me han empujado para que las tinieblas fueran mi morada. Pero yo grité su nombre en las tinieblas de la fosa y él me vendó y me arrancó de la gehena. Él me hizo grande entre los extranjeros, y un pueblo al que yo no conocía me sirve, con la frente en el polvo. Los hijos de esos extranjeros me colman de lisonjas, y sin mí desfallecerían...

Hinchó con fuerza su pecho. Jacob le miraba, engurruñando los ojos.

—¿Qué estás viendo, José? —preguntó, inquieto—. Las palabras de mi niño, aunque impresionantes, no son conformes a la razón. ¿Qué quiere decir al hablar de que el extranjero le servirá con la frente por tierra?

—No eran más que bellas frases —respondió José— para hacer un gran discurso a mi señor; la luna perturba un poco mi imaginación.

—Vigila tu corazón y tu entendimiento y sé prudente —dijo con ternura Jacob—. Entonces estarás satisfecho y leerás la satisfacción en todas las miradas. Tengo la intención de hacerte un regalo para alegrar tu corazón y adornarte. Porque Dios ha extendido su gracia sobre tus labios y le ruego que te santifique para siempre, cordero mío.

Mientras hablaban, la luna, esplendorosa, con una luz pura que la inmaterializaba, había proseguido su ascensión, y los astros se habían desplazado silenciosamente, según las leyes de la hora. En la vasta extensión, la noche tejía la paz, el misterio y el porvenir. El anciano permaneció todavía unos momentos sentado en el brocal del pozo, con el hijo de Raquel. Le llamó Damu, «niñito», y Dumuzi, «hijo auténtico». También le nombró Nezer —palabra cananea que significaba «retoño» y «brote florecido»—, y le acarició. Al volver a sus habitaciones, le recomendó que se guardara toda jactancia ante sus hermanos, que no dijera a los hijos de Lía y a los de las siervas que su padre se había quedado con él largo tiempo y que habían cambiado pláticas confidenciales; José prometió hacerlo así; pero, a pesar de ello, al día siguiente no sólo repetía a todos lo que había pasado, sino que, charlatán e irreflexivo, les hablaba de su sueño a propósito del tiempo que haría. La desazón de los otros aumentó tanto más cuanto que el sueño se realizó; las lluvias tardías fueron abundantes y agradables.

## Capítulo segundo

---

Jacob y Esaú

## Gramática lunar

**D**urante la «bella conversación» que hemos tenido ocasión de sorprender —ese canto alterno vespéral entre Jacob y su querido y olvidadizo hijo, junto al pozo—, Jacob había mencionado, incidentalmente, el nombre de Eliecer, un hijo que el antepasado había tenido de una esclava, cuando moraba con su séquito en Damchki. Por cierto que no pensaba en hablar del otro Eliecer —sabio anciano, también liberto, hijo de una esclava y quizás hasta el propio hermanastro de Jacob— que vivía con él, así como sus dos hijos: Damasec y Elinos; aquel que, bajo el árbol de la sabiduría, había guiado a José por la vía de los conocimientos útiles y supraútiles. Está claro como la luz del día que el Eliecer a quien aludía Jacob era aquel al cual Abraham, el viajero de Ur o de Carán, había considerado por mucho tiempo como primogénito y heredero suyo, hasta que vinieron al mundo, primero Ismael, y después el hijo auténtico, Yitzchak o Isaac, lo que fue motivo de gozo, pues Sarai no estaba sometida desde hacía tiempo a la ley de la mujer, y el viejo Abraham era casi centenario. Pero la claridad del día difiere de la claridad lunar que había brillado sobre la charla extraordinariamente útil. Ésta modifica el aspecto de las cosas, y en aquella época y en aquellos medios ¿no representaría quizás la claridad verdadera? Reconozcamos entre nosotros que Jacob designaba como Eliecer a su intendente y primer servidor; al menos, pensaba designarlo también; es decir, que evocaba simultáneamente a los dos Eliecer; y no solamente a esos dos, sino a la entidad llamada Eliecer, en general; pues desde el primer titular de dicho nombre había existido más de una vez entre los jefes de la tribu un Eliecer liberto, cuyos hijos se habían llamado frecuentemente Damasec y Elinos.

Esta concepción de Jacob era —el viejo no dudaba de ello— compartida por José, harto alejado de establecer una distinción entre Eliecer, el servidor ancestral, y su viejo maestro actual. Había, por otra parte, tanto menos lugar de diferenciarlos, cuanto este último se abstenía de tal cosa, y al hablar de sí hacía alusión, hasta cierto punto, a «Eliecer, servidor de Abraham». De este modo contó muchas veces a José, cómo él, Eliecer, antaño en Mesopotamia, había pedido en matrimonio, para Isaac, a la hija de Batuel y hermana de Labán: Rebeca. Describía minuciosamente, como si fuera su propia historia y sus recuerdos personales, hasta las pequeñas lunas y lúnulas que pendían de los cuellos de sus diez dromedarios, hasta el valor preciso, en siclos, de los anillos de nariz, brazaletes, vestidos de fiesta y perfumes que representaban la dote y el precio de compra de la virgen Rebeca. No se cansaba de ensalzar la exquisita dulzura de la muchacha, ante la ciudad de Nacor, cierta noche que, cerca del pozo, ella había bajado su jarra desde su cabeza y la había inclinado sobre la mano de él para saciar su sed, llamándole «señor», de lo cual él hacía gran mérito. Volvía a trazar su actitud modesta, la manera como había saltado de su camello y se había

cubierto con el velo al ver por primera vez a Isaac, que, de luto por su madre, muerta poco tiempo hacía, había ido a lamentarse a los campos.

José le escuchaba maravillado, pero sin desconcertarse por la forma gramatical que el anciano empleaba; no se extrañaba ante el «yo» de Eliecer, ni de que este «yo» estuviera desprovisto de contorno preciso y tuviera una puerta de escape hacia el pasado. Desbordando su propia personalidad, este «yo» se anejaba sucesos remotos que, evocados y repetidos a la clara luz del día, hubieran requerido en definitiva más la tercera que la primera persona. ¿Y qué significa «en definitiva»? ¿Está el «yo» del hombre estrechamente circunscrito y herméticamente encerrado en los límites carnales y efímeros? ¿No pertenecen muchos de los elementos que lo componen al universo exterior y anterior a aquél, y el concepto según el cual cada uno tiene una identidad propia y no es persona fuera de ella, no fue creado por nuestras necesidades de orden y nuestra comodidad, dejando en olvido, y adrede, todos los matices por los que la conciencia del individuo se enlaza con lo universal? El sentimiento de la individualidad es del mismo orden que el de la unidad, de la totalidad, de la generalidad, del todo. La distinción entre el espíritu en general y el espíritu individual no se imponía entonces a las almas con la misma fuerza que hoy, este hoy del que nos hemos evadido para evocar otro, cuya manera de expresarse revelaba claramente su perspicacia, cuando para representar la idea de «personalidad» y de «individualidad» no conocía sino términos objetivos, tales como «religión» y «profesión de fe».

## Quién era Jacob

**A** propósito de esto, vamos a contar cómo se formó la fortuna de Abraham, quien, a su llegada al Bajo Egipto (hacia los tiempos de la XII dinastía), estaba lejos de poseer tantos bienes como en la época en que se separó de Lot. Veamos de qué manera adquirió tan extraordinarias riquezas. Sentía, por anticipado, la más profunda desconfianza respecto a las costumbres de ese pueblo, las que se figuraba, con razón o sin ella, tan fangosas como una de las desembocaduras del Nilo. Sarai, su esposa, le acompañaba; era muy bella y él temía el ardor sensual de las gentes de aquella tierra, que no dejarían de desearla inmediatamente y lo matarían para apoderarse de ella. La tradición dice que, cuidadoso de asegurarla, habló a Sarai desde que estuvieron en el país y le ordenó, para no suscitar la envidia odiosa de una población impúdica, que se dijera hermana de él, y no esposa, lo que propiamente hablando no era una mentira: en el país de Egipto, particularmente, se daba este nombre a la amada, frecuentemente; y en segundo lugar, Sarai era la hermana de Lot, a quien Abraham consideraba como sobrino y a quien se había acostumbrado a llamar hermano; de suerte que podía ver en ella una sobrina y, por extensión, llamarla su hermana. Se aprovechó de esto para inducir a las gentes a error, por instinto de preservación. Los acontecimientos sobrepasaron sus previsiones. La enigmática belleza de Sarai despierta la atención general: su reputación llega hasta el trono del monarca, y la asiática de ojos de brasa es arrebatada a su «hermano», no por la violencia, al modo de los bandidos, sino mediante un elevadísimo precio; en pocas palabras, se la compra, por haberla encontrado digna de enriquecer el escogido gineceo del faraón. Se la llevan, y su «hermano», al que no creen herir en modo alguno con estas disposiciones y que, según la opinión unánime, debe considerarse dichoso por esto, es autorizado a vivir junto a ella. Además, es incesantemente colmado de bondades, regalos y compensaciones, que él acepta intrépidamente. Helo aquí muy pronto enriquecido en carneros, bueyes, asnos, esclavos de ambos sexos, pollinas y camellos. Pero, entretanto, se produce en la corte un lamentable incidente, que es cuidadosamente ocultado al pueblo. Amenemhet, o Senwosret (es imposible determinar con precisión qué conquistador de Nubia dispensaba en aquel momento a los dos países la gracia de su soberanía), ya hecho Majestad, divinidad en la flor de la vida, resulta atacado de impotencia en el momento mismo en que se disponía a gustar la nueva beldad, y esto no una sola vez, sino en varios intentos. Se reconoce al mismo tiempo, con reticencias, que su séquito, los más altos personajes y dignatarios del reino, están heridos del mismo mal mortificante, que, desde el punto de vista cósmico superior de la procreación, constituye un temible peligro. Es evidente que una falta ha sido cometida, que actúa un sortilegio y que la oposición de las alturas se manifiesta. El hebreo es llamado a comparecer ante el trono: interrogado, abrumado a preguntas,

confiesa la verdad. Su Majestad Sagrada se muestra sublime de dignidad y de nobleza. «¿Por qué —pregunta— me has hecho esto? ¿Por qué exponerme a este desagrado con discursos de doble sentido?». Y sin pensar en quitarle a Abraham uno solo de los presentes que tan generosamente le prodigó, el monarca le restituye su esposa, le invita en nombre de los dioses a continuar su camino y, por añadidura, le hace acompañar por una buena escolta hasta la frontera. El antepasado, que no solamente ha recuperado una Sarai intacta, sino que ha incrementado considerablemente sus riquezas, está en su derecho para alegrarse de la buena jugada que ha llevado a cabo. Nos está permitido suponer que había dado por descontado que el Señor, de una manera u otra, preservaría a Sarai de toda mancha y que no había aceptado los presentes sino en esta seguridad, persuadido de haber empleado el medio más eficaz para engañar el deseo del egipcio. Mirados así, el reniego de su estado de esposo y el sacrificio de Sarai, para asegurar su propia preservación, se nos aparecen bajo su verdadera luz; es decir, como extremadamente cuerdos y juiciosos.

Tal es la historia de la cual la tradición confirma y subraya la autenticidad, tanto más cuanto que la relata por segunda vez, con la sola diferencia de que el incidente no sucede en Egipto, sino en Guerara, capital de los filisteos, en la corte del rey Abimelec, adonde el caldeo había llegado desde Hebrón con Sarai, y donde todo tuvo lugar, punto por punto, como la otra vez, desde el ruego de Abraham a su mujer, hasta el feliz desenlace. Aunque el caso sea poco frecuente, la repetición de un relato con el propósito de reforzar su veracidad, no es sorprendente en demasía. Pero hay un hecho más singular: según la tradición, cuya relación escrita data de una época posterior, pero que subsistía como tradición desde siempre y a la que hay que hacer subir hasta los testimonios y relatos de los antepasados, esta misma aventura, contada por tercera vez, es atribuida a Isaac, que la ha transmitido a la memoria de los hombres como suya o casi suya. Pues Isaac también, poco tiempo después del nacimiento de sus gemelos, vino durante una época de escasez a la corte de Guerara, del país de los filisteos, en compañía de su bella y prudente esposa; él también, por los mismos motivos que Abraham, hizo pasar a Rebeca por su hermana, no sin cierto fundamento, puesto que ella era hija de su primo Batuel, pero, en su caso particular, la versión difiere ligeramente: el rey Abimelec vio «por la ventana», estando en acecho, a Isaac que «gozaba» con Rebeca; esta visión le sumió en la consternación que de un enamorado se adueña cuando se da cuenta de que el objeto de sus deseos, al que creía libre, se halla en otras manos. Sus palabras le traicionan. Yitzchak, obligado a explicarse, confesó la verdad, y el filisteo le gritó, con reproche: «Extranjero, ¡a qué peligro nos exponías! ¡Poco ha faltado para que alguno de los de mi pueblo abusara de tu mujer; y qué falta hubiera pesado sobre nosotros!». Es imposible pasar por alto esta frase: «alguno de los de mi pueblo». El desenlace de la historia fue que el rey, piadoso aunque sensual, tomó bajo su protección particular y

personal a los esposos. Gracias a él, Isaac se engrandeció en el país de los filisteos, como antaño Abraham en este mismo lugar o en Egipto, y adquirió tanto en rebaños y servidores, que los mismos filisteos se cansaron de él y le invitaron con indirectas a que se fuera de allí.

Admitiendo que la aventura de Abraham se desarrollara en Guerara, es poco creíble que el rey Abimelec, con el que tuvo relación Yitzchak, fue aquel a quien se había evitado atentar contra la pureza conyugal de Sarai. Sus caracteres se diferencian; mientras el principesco enamorado de Sarai la instalaba sin ceremonias en su harén, el Abimelec de Isaac se condujo con mucha más timidez y pudor; lo más que se pudiera argüir para la hipótesis de que ambos eran una misma persona, es que la conducta del rey respecto a Rebeca provenía de que él había envejecido mucho desde la época de Sarai y, además, que el episodio de otrora le había puesto en guardia. Por añadidura, no se trataba aquí de la persona de Abimelec, sino de Isaac, del problema de la relación que existía entre él y esta historia; pero aun esta historia no nos preocupa más que incidentalmente al lado de otra mucho más esencial: ¿Quién era Jacob, este Jacob a quien hemos sorprendido conversando con su joven hijo José, Yachup o Jehosef, al claro de luna?

Reflexionemos sobre probabilidades. Es posible que en Guerara hubiera Yitzchak vuelto a vivir, con ligeras diferencias, la misma aventura que vivió antaño su padre en aquel mismo lugar o en Egipto. En este caso, nos hallaremos ante un fenómeno que nos veríamos tentados a calificar de imitación o de sucesión, una concepción de la vida según la cual el papel de cada uno consiste en resucitar ciertas formas dadas, ciertos esquemas míticos establecidos por los antepasados y permitirle reencarnarse. Así puede ser que el esposo de Rebeca no viviera dicha aventura él mismo, en los estrechos límites de su yo carnal, pero que la considerara, sin embargo, como formando parte de la historia de su vida, y así la transmitiera a la posteridad, porque él no distinguía el «yo» del no-yo con la precisión que nosotros llevamos al asunto (con razón o sin razón, como hemos anotado más arriba), o a lo menos con la precisión que a ello llevamos hasta el momento en que se inicia este relato. Para Yitzchak, la vida de un individuo se diferenciaba poca cosa de la vida de su tribu; el nacimiento y la muerte constituían una conmoción del ser menos grande que para nosotros, como se deduce de la historia del Eliecer posterior, que contaba en primera persona las aventuras del Eliecer ancestral a José. En una palabra, era un fenómeno de identidad no circunscrita, que combinándose con la imitación y la sucesión determinaba la conciencia de la personalidad.

No nos disimulamos la dificultad que hay en hablar de gentes que no saben muy bien quiénes son; pero creemos necesario tener en cuenta esta concepción flotante de la personalidad. El hecho de que el Isaac que había revivido la aventura egipcia de Abraham se identificara con el Isaac que el viajero ancestral había querido inmolar,

no prueba irrefutablemente, para nosotros, que estuviera en lo cierto, a menos que la prueba del sacrificio no formara parte del esquema y se hubiera renovado. El emigrante venido de Caldea era el padre de un Isaac que él había querido santificar; pero es tan imposible que ese Isaac fuera el abuelo del joven que hemos visto junto al pozo, como es posible que el Isaac que imitó la buena jugada llevada a cabo por Abraham, o que se la atribuyó como propia, se tomara a sí mismo, por lo menos en una cierta medida, por el otro Isaac, por aquel que había estado a punto de ser inmolado, aunque fuera en realidad un Isaac muy posterior y separado del antiguo Abiram por numerosas generaciones. Es indudable —este punto necesita esclarecimiento, pero no pruebas— que la historia de los antepasados de José, tal y como nos la muestra la tradición, representa un piadoso resumen de acontecimientos verdaderos y de una serie de generaciones que llenan los siglos, entre este José que acabamos de ver y su antecesor, Abiram. Eliecer, hijo natural e intendente del abuelo Abiram, había revivido varias veces en carne y hueso, desde la época en que había pedido a Rebeca en matrimonio para su amo; con frecuencia le había sido necesario atravesar el Eufrates para obtener una Rebeca y, en el presente, aún gozaba de la luz del día bajo los rasgos de maestro de José; asimismo, más de un Abraham, de un Isaac y de un Jacob había visto, desde aquella época, surgir el alba del fondo de la noche, sin que ninguno de ellos, aisladamente, hubiera tenido conciencia exacta del tiempo y de su propia existencia física, ni establecido una clara distinción entre su presencia actual y su presencia de otrora, ni contrapuesto con nitidez los límites de su «individualidad» con los de la individualidad de los Abraham, Isaac y Jacob anteriores.

Estos nombres eran hereditarios en su raza, si es que la palabra hereditario es exacta y puede convenir a la colectividad en que los apelativos reaparecían; pues dicha colectividad no se desenvolvía al modo de una tribu familiar: era un haz de familias que en todos los tiempos se habían reunido por el proselitismo y la conquista de las almas. Al decir que el antiguo Abraham, emigrante de Ur, era el antepasado, hay que atribuir a este parentesco una significación simbólica, y es dudoso que José y su padre estuvieran realmente emparentados con él por la sangre o en la línea directa en que se decía.

Por otra parte, ni ellos mismos tenían tal certidumbre; la penumbra en que se bañaba su conciencia individual y la creencia general a este respecto, les permitían dejar subsistir un equívoco vago y edificante, tomar las palabras por realidad y la realidad casi por palabra y designar, sin precisión, a Abraham, el caldeo, como un abuelo y antepasado, con la misma imagen que éste usaba para considerar a Lot de Carán como su «hermano» y a Sarai como su «hermana», calificación a la vez verdadera y falsa. Los adeptos de El-Elyon no podían, ni en sueños, atribuir a su conglomerado una unidad ni una pureza de sangre determinada. Allí había una

mezcla babilonio-sumeria (por consiguiente, no absolutamente semita) penetrada con aportes árabes venidos del desierto; otros elementos sacados de Guerara, del país de Muzri, Egipto, como por ejemplo la esclava Agar, a la que el gran jefe había juzgado digna de compartir su lecho y cuyo hijo se había casado, a su vez, con una egipcia. Se sabe el fastidio que causaron a Rebeca las esposas hititas de su hijo Esaú, salidas de una raza que tampoco podía gloriarse de Sem como antepasado y que, inmigrada no se sabía bien cuándo del Asia Menor, de una región uraloaltaica, había avanzado hacia Siria; aquel fastidio es demasiado conocido para que sea menester hablar de ello. Algunas yemas o vástagos habían sido muy pronto eliminados. Se sabe que el antiguo Abraham engendró hijos después de la muerte de Sarai y en particular con Cetura, una cananea, mientras prohibía a su Yitzchak tomar mujer en el país de Canaán. Uno de los hijos de Cetura fue Madián, cuya posteridad se estableció al sur del país de Edom-Seír, dominio de Esaú al borde del desierto árabe, lo mismo que los hijos de Ismael en las lindes de Egipto. Yitzchak, el hijo auténtico, había sido el único heredero, mientras que los hijos de las concubinas, colmados de presentes y empujados hacia el oriente, perdieron todo contacto con El-Elyon, si es que alguna vez le conocieron, y sirvieron a sus propios dioses. El trabajo hereditario en torno a la idea de lo divino era un lazo que, a pesar de la variedad de la sangre, mantenía la unión espiritual de un grupo que, entre los otros hebreos, los hijos de Moab, de Amón y de Edom, se atribuía el nombre de tribu, tomado en una acepción particular y más restringida: en el momento en que estamos se comenzaba a ligar a este vocablo el de Israel y el uno hacía las veces del otro.

El singular adversario de Jacob no había inventado el nombre ni el título que éste se había conquistado antaño. «El que lucha contra Dios»; así se había calificado siempre una raza del desierto, saqueadora y guerrera, de muy primitivas costumbres y en la que algunos grupos aislados, cuando se cambiaban las mestas, conducían a veces, a través de la estepa, su ganado menor hasta las regiones fértiles; habían trocado su vida nómada por un estado sedentario de bastantes intermitencias; sus aspiraciones y común acuerdo habían concluido por atraerlos a la creencia de Abraham. Allá lejos, donde vivían, en las arenosas extensiones, su dios había sido un guerrero rabioso, fomentador de tempestades, llamado Jahú, un kobold intratable, de rasgos más diabólicos que divinos, un tirano cazarro y poco de fiar. Su bronceado pueblo, que se gloriaba, por cierto, de serlo, vivía en el temor y la angustia, dedicándose, por medio de ritos sangrientos o mágicos, a esquivar la incoherente impetuosa del demonio y a canalizarla hacia fines útiles. A veces, Jahú caía en la noche, sin motivo determinado, sobre un hombre en el que todo daba ocasión de pensar que hubiera merecido su buena voluntad, con intención de estrangularle; para conjurar su siniestro designio era menester que la mujer del infortunado, circuncidando prontamente a su hijo por medio de un cuchillo de piedra, desflorara

junto con el prepucio el sexo del demonio, murmurando una fórmula mística cuyo sentido se presta a dificultades de traducción todavía insuperables en nuestro idioma. Calmado, el estrangulador emprendía la huida. Así era Jahú. Esta sombría divinidad, desconocida del mundo civilizado, estuvo llamada, sin embargo, a llenar una importante carrera teológica, desde el punto en que una parte de sus adeptos se plegó a la concepción religiosa de Abraham. Estas familias de pastores, atraídas y guiadas a la corriente espiritual creada por el ancestral viajero, reforzaron con su carne y su sangre los cimientos humanos que sostenían las tradiciones legadas por el caldeo. Y, al mismo tiempo, algunas partículas de la entidad de su dios desértico se agregaron a la esencia divina que se esforzaba por tomar cuerpo en el espíritu de los hombres, esencia a la cual el Osiris del este, Tammuz, así como Adonai, el Hijo Despedazado, el Pastor de Melquisedec y de sus siquemitas, habían aportado ya un elemento espiritual de cierto relieve. ¿No hemos oído su nombre, que antaño fue grito de guerra, murmurado con lirismo por los bellos y deliciosos labios de un adolescente? Bajo la forma que aportaron los tostados hijos del desierto, y también por las abreviaturas y modificaciones que lo ligaban con ciertos antecedentes de la vida popular cananea, ese nombre contenía las sílabas por medio de las cuales se trataba de expresar lo inexpresable. Desde muy largo tiempo había existido en el país un lugar llamado «Be-Ti-Ja», «Morada de Ja», que equivalía a «Beth-el», «Morada de Dios», y está probado que ya antes de la época del Legislador, gentes de Amurru, llegadas a Sinear, llevaban nombres en los cuales entraba el vocablo divino de «Ja've». Ya el Abraham de Ur había llamado al árbol cercano a las Siete Fuentes «Jahvé el olam», «Jahvé es el dios de todos los tiempos». En cuanto al nombre que se habían atribuido los guerreros beduinos de Jahú, estaba destinado a tornarse con el tiempo en signo distintivo de un hebraísmo más depurado y más alto, a caracterizar la simiente espiritual de Abraham, porque Jacob se lo había hecho otorgar en la noche trágica de Jabbok.

## Elifas

**P**ara Simeón y Leví, los vigorosos hijos de Lía, el hecho de que su padre hubiera conquistado precisamente este nombre audaz, este nombre combativo, y lo hubiera en cierto modo arrancado al cielo, se prestaba a que sonrieran a escondidas; porque Jacob no tenía nada de belicoso. No era hombre que imitara al Abraham ancestral; tiempo atrás, los mercenarios del este, los ejércitos de Elam, de Sinear, de Larsa y del otro lado del Tigris, habían invadido el país del Jordán, a causa de un tributo cuyo pago se retardaba; saquearon las ciudades y se llevaron en cautividad a Lot de Sodoma. Audaz, fiel y resuelto, Abraham había reunido unos centenares de servidores nacidos en su dominio y hermanos en creencias que vivían por los alrededores, adeptos al Todopoderoso, El-Berit; partiendo con ellos desde Hebrón y a marchas forzadas, alcanzó a los elamitas y yogim que se retiraban, y produjo tal desorden en su retaguardia, que logró libertar a numerosos prisioneros y traerse consigo a Lot y una gran parte del botín robado.

Jacob habría sido incapaz de semejante hazaña; él, en tal caso, se hubiera quitado de en medio, como le había confesado a José, muy en voz baja, cuando el mozo le había venido a hablar de aquella vieja historia evocada adrede. No hubiera «tenido aquel valor», igual que, según su propia confesión, no lo había tenido para inmolar a su hijo como el Señor se lo exigía. Para libertar a Lot, se habría valido de Simeón y Leví, y si éstos, después de haber lanzado su terrible atrujo, de rigor en tales casos, hubieran ahogado en un lago de sangre a los adoradores de la luna, él se hubiera velado la faz, diciendo: «Que mi alma no entre en el consejo de ellos». Aquella alma era timorata y blanda, tenía horror de un acto de violencia y temblaba a la sola idea de sufrirlo. No había olvidado varias circunstancias en que le había faltado el valor viril; recuerdos que no producían, empero, ningún menoscabo en su dignidad, en su solemnidad, porque cada vez que había sufrido una humillación física, aquella había sido tocada por un rayo y un refluir del Espíritu: una nueva revelación de la gracia, potente y consoladora, le había iluminado, por lo cual podía legítimamente realizarse, puesto que esa gracia ella misma la había, en cierto modo, criado y traído desde sus íntimas profundidades invioladas.

¿Qué había pasado con Elifas, el soberbio hijo de Esaú? Elifas había nacido de Esaú y de una de las esposas hititas-cananeas, adoradoras de Baal, esposas que había llevado consigo Esaú, hacía mucho tiempo, a Beer-Sheba y de las cuales tenía costumbre de decir Rebeca, la hija de Batuel: «Estoy harta de la vida por culpa de las hijas de Het». El mismo Jacob no sabía muy bien cuál de aquellas tres mujeres era la que Elifas llamaba madre; probablemente Ada, hija de Elón. El nieto de Isaac, muy desarrollado para sus trece años, era un adolescente de un poder de seducción poco común; de un espíritu sencillo, pero valeroso, franco, animado de nobles ideas,

derecho de cuerpo y de alma, sentía una orgullosa ternura para con su engañado padre. Su vida era difícil en más de un aspecto, no solo a causa de las complicaciones familiares, sino también por cuestiones religiosas. No eran menos de tres las confesiones que se disputaban su alma: el El-Elyon de sus abuelos, el Baalim del parentesco maternal y Kuzhak, una tempestuosa divinidad, hábil en el manejo del arco, reverenciada por los montañeses del sur, los seirim o habitantes de Edom, con los que Esaú había iniciado muy temprano relaciones y de los que acabó por adoptar las creencias. El infinito dolor y la imponente rabia que había sentido este hombre rudo, después de los decisivos sucesos que antaño tuvieron lugar, a instigación de Rebeca, bajo la sombría tienda del abuelo de los ojos enfermos, esos sucesos que como consecuencia obligaron a Jacob a abandonar su hogar para emigrar al extranjero, habían afectado terriblemente a Elifas. Su odio contra el joven tío, bendito por engaño, le consumía hasta el punto de poner su vida en peligro. Era esa vida demasiado pesada para una todavía tan tierna edad. En su morada, bajo la vigilante mirada de Rebeca, era imposible intentar nada en contra del ladrón. Pero cuando se descubrió que Jacob había huido, Elifas se precipitó en busca de Esaú, estimulándole con aladas palabras, incitándole a perseguir al traidor y darle muerte.

Esaú, refugiado en el desierto, estaba demasiado abatido, demasiado debilitado por las amargas lágrimas que vertía sobre su maldecida suerte, para dejarse convencer. Lloraba, porque esto era conveniente y formaba parte de su cometido. El juicio que formaba sobre los acontecimientos y acerca de él mismo estaba condicionado y determinado por ideas prescritas, congénitas, que le ataban, a él como a los otros, y a las que ciertas señales del ciclo cósmico habían marcado con su influencia: en virtud de la bendición de su padre, Jacob se había tornado en el hombre de la luna radiosa, Esaú en el de la luna negra y por consiguiente en el hombre solar, el hombre del mundo infernal donde se vertían lágrimas, aunque allí fuese posible, también, proporcionarse grandes tesoros. Más tarde, cuando se alió con las gentes del macizo montañoso meridional y con el dios de éstas, juzgó que tomaba el partido más conveniente, ya que el sur representaba, para el espíritu, el mundo de abajo, igual que el desierto adonde se fue a buscar refugio Ismael, el hermanastro de Isaac. Mucho tiempo antes de que fuera maldito en Beer-Sheba, Esaú había trabado relaciones con las gentes de Seir. Esto prueba que la bendición y la maldición no hacían sino confirmar sucesos previstos y que su carácter, es decir, el papel que había de desempeñar en la tierra, estaba preestablecido desde mucho tiempo atrás. Él mismo había tenido siempre plena conciencia de esto. Se había hecho el cazador, el andarín errante por la rasa campiña, por oposición a Jacob, pastor de la luna, que vivía bajo la tienda. Se había dado a la caza por disposición natural, evidentemente, en razón de su físico potente y viril, pero nos engañaríamos y desconoceríamos la formación mítico-esquemática de su espíritu al pensar que era a su profesión de cazador a lo que debía

el sentimiento y la revelación de sí mismo, de su papel de hijo del mundo infernal, consumado por el sol. Antes, al contrario, fue por formación mítica y docilidad al esquema preestablecido por lo que hizo elección de aquel oficio: se sabía señalado para ejercerlo. Si se consideran sus relaciones con Jacob desde un punto de vista iluminado —pues, a despecho de su rudeza, Esaú era capaz de darse a conocer claramente—, aquello era el regreso, la reiniciación, la perennidad fuera del tiempo, de las relaciones entre Caín y Abel. Esaú reiniciaba a Caín; tenía para sí el nuevo derecho que pertenecía a los primogénitos, pero sabía y presentía que, transmitida por la Madre de las madres, una profunda predilección inclinaba a la humanidad hacia el segundón o el más joven de los hijos. Si cierta historia de un plato de lentejas debe ser tomada como verídica, y no como interpolada por la posteridad con el fin de legitimar la impostura de la bendición (que Jacob había podido tener por verdadera), puede explicarse la aparente despreocupación de Esaú: cediendo tan barato el derecho de primogenitura a su hermano, esperaba, por lo menos, conciliarse las simpatías que, tradicionalmente, iban hacia el más joven.

En resumen, Esaú, el Rojo, el velludo, lloró y se mostró resueltamente hostil a toda tentativa de persecución y de venganza. No tenía la menor gana de matar a su hermano Abel y de continuar, hasta el fin, un paralelo que los padres parecían haber instituido desde los orígenes. Pero cuando Elifas se ofreció, o mejor dicho, pidió, enfurecido, ir en persona a buscar al retoño bendito y darle muerte, Esaú, no pudiendo inspirarse en ningún recuerdo relacionado con el caso presente, hizo una seña de aquiescencia en medio de sus lágrimas. Un sobrino que mataba a su tío era para él una reconfortante modificación llevada al fatal esquema, una novedad histórica que más tarde, a su vez, serviría de modelo a los futuros Elifas, pero que le descargaría, finalmente, de su papel de Caín.

Entonces Elifas reunió cinco o seis hombres afectos a su padre y que de costumbre le acompañaban en sus excursiones al país de Edom; les armó con grandes lanzas de junco, encontradas en las plantaciones, cuyas puntas se afilaban en un largo y dañino punzón envuelto en un penacho multicolor; sacó, antes del alba, dos camellos de los establos de Yitzchak, y al caer la tarde, Jacob, que gracias a la solicitud de Rebeca había podido hacerse acompañar de dos esclavos montados también en sendos camellos, con provisiones de boca y hermosos objetos para trueque, vio venir a la partida vengadora que le seguía a toda carrera.

En toda su vida no pudo Jacob olvidar el terror que le invadió cuando se dio cuenta del motivo de esta persecución. Al principio, cuando fue visible la breve tropa, se complació en la idea de que Yitzchak, habiendo descubierto demasiado pronto su evasión, mandaba en su busca; pero, al reconocer al hijo de Esaú, se le apareció toda la gravedad de su situación y perdió el valor. Una carrera desenfundada, donde era cuestión de vida o muerte, comenzó en aquel punto, al galope de los dromedarios

excitados, que gruñían, con el largo cuello horizontalmente estirado, en un revuelo de hopalandas y lúnulas. Pero Elifas y los suyos llevaban menos pesada carga que Jacob, y éste veía por instantes disminuir las probabilidades de que su existencia dependía; y de este modo, cuando llegaron hasta él los primeros dardos, hizo señas de que se rendía, descabalgó junto con sus servidores y, prosternándose con las manos en alto, esperó.

Entonces se produjo la más lamentable situación, la más degradante que Jacob había de sufrir en su vida entera y que, en otra persona, hubiera bastado para destruir para siempre el sentimiento de la dignidad. Si quería vivir —y quería vivir a toda costa, no por simple cobardía, como es necesario repetir con insistencia, sino porque estaba bendito y la promesa de Abraham pesaba sobre él—, era menester calmar la cólera ardiente de aquel mozo, su sobrino, mucho menor que él y su inferior jerárquico, quien ya en más de una ocasión había alzado la espada sobre su cabeza; era menester tratar de enternecerlo por medio de súplicas, bajezas, lágrimas, alabanzas, quejumbrosas apelaciones a su magnanimidad, mil excusas; y, para colmo, demostrarle que no valía la pena, verdaderamente, que hundiera la hoja de su cuchillo en aquel amasijo de carne miserable. Hizo todo esto. Como enloquecido, besaba los pies del muchacho, lanzaba por alto puñados de tierra que le caían sobre la cabeza y su lengua no descansaba, conjurado, abjurando, con una velocidad que la angustia llevaba al extremo, que dejaba al extrañado adolescente sorprendido, a pesar suyo, por tal flujo de palabras, por semejante agilidad verbal destinada a elevar un acto de violencia, lo cual fue conseguido.

¿Había deseado la impostura? ¿La había impulsado? ¿La inventó él quizás? ¿Que arrojaran sus entrañas a las bestias si tal cosa había sucedido! Solamente la madre, la abuela, lo había imaginado y dirigido todo, por un cariño excesivo y no merecido hacia él: él, Jacob, había tratado, por todos los medios, de insistir a su plan, había expuesto el grande, el terrible peligro que se correría en el caso de que Yitzchak descubriera el fraude; y que no solamente había en aquello riesgo de maldición para él mismo, sino también para ella, la demasiado ingeniosa Rebeca. No había que olvidar con qué desesperada insistencia él había hecho ver a Rebeca cuán embarazosa sería su actitud, si el proyecto salía bien, cuando estuviera frente a la faz augusta de su hermano mayor. No había sido de buena gana, ni alegremente, ni con audacia, ¡oh, no!, como había él entrado al cuarto del padre, del abuelo querido, vestido con los trajes de fiesta de Esaú, con la piel velluda enrollada a su cuello y su muñeca, con el plato de cabrito y el vino. De tanta inquietud y espanto como sintió, el sudor le corría hasta los muslos, su voz se le ahogaba en el reseco gaznate, cuando Isaac le pidió que dijera su nombre, y le palpó y olió; pero Rebeca no había descuidado tampoco de perfumarle con el olor de Esaú, con aquel olor a flores silvestres. ¿Un impostor, él? ¡Mejor una víctima de la engañifa femenina, como Adán sobornado por Eva, la amiga

de la serpiente! ¡Ah, que toda su vida —aunque durara cien años y más— el niño Elifas desconfiara de los consejos de la mujer y supiera evitar con sagacidad las trampas tendidas por su malicia! Jacob había caído, se la habían jugado. ¿Bendito, él? Pero para empezar, ¿qué significación podía tener una bendición paterna dada de aquel modo, atrapada como por sorpresa, contra la voluntad del que había sido objeto de ella? ¿Tenía algún valor, algún peso? ¿Era eficaz? (Él sabía muy bien que una bendición es una bendición y que la suya era plenamente válida, pero decía aquello para turbar a Elifas). Y en segundo lugar, él, Jacob, ¿había aceptado aprovecharse de la confusión, instalarse en la casa y quitarle el puesto a Esaú, su dueño? ¡Ah, jamás, jamás, antes al contrario! ¡Cedía libremente el puesto a su hermano; la arrepentida Rebeca, ella misma, le había expulsado, y él partía para no volver nunca, hacia un territorio extraño y salvaje, hacia el destierro, derecho hacia el mundo infernal, y su plan sería verter lágrimas eternas! ¿Y era aquel a quien Elifas quería herir con el filo de su cuchilla, Elifas, el pichoncillo de claro vuelo, el joven toro de la montaña en pleno vigor, el espléndido antílope macho? El Señor había hecho ver a Noé que pediría cuenta de la sangre humana derramada, y las cosas no sucedían en el presente como en los tiempos de Caín y Abel; había en el país ciertas leyes cuya transgresión podía tornarse muy dañina para la joven y noble persona de Elifas. ¡Ah, él no sufría cuidados por él solo, el tío ya bastante humillado, que partiría, anulado y privado de sus bienes, para un país donde no sería más que un extranjero, un criado; mientras Elifas crecería bajo el signo de la felicidad y su madre sería bendita entre las hijas de Het, porque la mano del muchacho se había resistido a verter la sangre y su alma se había apartado de un acto criminal! ...

Así se apresuraban tumultuosamente las palabras volubles y suplicantes de Jacob, ceñido por el miedo. Elifas estaba maravillado y la cabeza le daba vueltas. Había esperado encontrarse con un bandolero gruñón y se hallaba ante un miserable, cuyo rebajamiento le parecía suficiente para constituir una reparación de la dignidad de Esaú. El mozo Elifas era bonachón, como lo era, en el fondo, su padre. Un sentimiento ardiente reemplazó al otro en su alma, la magnanimidad substituyó a la cólera y gritó que perdonaría a su tío. Jacob, llorando lágrimas de gozo, le cubría de besos la orla de su vestido, sus manos y sus pies. Elifas se sintió enfadado con esto; experimentaba cierta repulsión por haber carecido de firmeza y exigió con brusquedad que se le entregara el cargamento que llevaba el fugitivo, dado que todo lo que Rebeca hizo llevarse a Jacob, secretamente, pertenecía a Esaú, el ofendido. El tío trató de modificar esta determinación por un nuevo torrente de palabras, pero Elifas le apostrofó desdeñosamente y le despojó de tal guisa, que no le dio, en verdad, más que la vida. Los vasos de oro y de plata, las jarras de fino aceite y de vino, los collares y los brazaletes de malaquita y cornerina, el incienso, los bombones de miel y todo lo que su madre le había hecho llevar, las estofas tejidas o hiladas, todo fue

puesto en manos de Elifas; los dos siervos, que se habían alejado y uno de los cuales tenía el hombro ensangrentado por un lanzazo, hubieron de volver camino con sus bestias y reunirse con sus perseguidores, cuando Jacob recibió autorización para continuar su ruta hacia oriente, completamente solo, Dios sabe en qué estado de ánimo, sin llevar más que unas cuantas alcarrazas llenas de agua, colgadas de su montura.

## La elevación del jefe

**H**abía salvado su vida, su preciosa vida predestinada para Dios y para el porvenir; ¿qué valían, en cambio, el oro y la cornerina? Se trataba de la vida en aquel encuentro y, en el fondo, el joven Elifas había sido burlado de un modo más extraordinario que su padre, pero ¡a qué precio! Más que de su equipo de viajero, Jacob había sido despojado de su dignidad de hombre. Nadie podía estar más cargado de oprobio que él; se había prosternado, gimiendo, ante un adolescente al que apenas le apuntaba el bozo. Las lágrimas descomponían su rostro, sucio de tierra.

Empero, muy pronto después de tal humillación, o unas horas más tarde, por la noche, había llegado, bajo el brillar de las estrellas, a la ciudad de Luz, la cual no conocía, como tampoco el resto de aquel territorio. Este lugar estaba situado sobre una de las colinas, hecha por bancales en su mayor parte, plantados éstos de viñas y formando un paisaje ondulado. Las pocas casas del pueblo se apretaban en cubos, al flanco de la vertiente atravesada de senderos. Una voz interior aconsejó al miserable viajero que pasara allí la noche; hizo subir la cuesta a su camello, jadeante y todavía desasosegado por el cercano y deplorable incidente.

Jacob se sentía un tanto confuso ante su animal; le hizo abreviar en la fuente que se hallaba en el exterior de la muralla de arcilla y borró de su propio rostro las trazas que revelaban su vergüenza, lo que le dio cierto alivio. Sin embargo, se abstuvo de pedir a los habitantes de Luz permiso para entrar, él mismo se hacía el efecto de un mendigo; mas, tomando por la rienda al animal que entonces representaba su única fortuna, lo condujo más arriba, hasta la cumbre achatada de la colina. Lo que allí vio le hizo lamentar no haberse hallado antes en aquel lugar: un círculo de piedra sagrada, un gilgal, lo señalaba como sitio de asilo, y el joven Elifas, el salteador, no hubiera podido nada contra el que allí pusiera los pies.

En el centro del altar se alzaba una piedra singular, de un negro de carbón y en forma de cono, manifiestamente caída del cielo, y en la cual dormitaban las fuerzas astrales. Recordaba el miembro viril, y Jacob, levantando con fervor los ojos y las manos, se sintió fortificado. Decidió permanecer en aquel lugar hasta que el día absorbiera de nuevo a la noche. Escogió por cabecera uno de los bloques del círculo. «Ven —le dijo—, piedra consoladora, y sostén por esta noche la cabeza del que no tiene paz». La recubrió con el paño que le servía de turbante, se tendió contra el monolito fálico caído del cielo, miró un rato las estrellas, entornando los ojos, y se durmió.

Y entonces se levantó. La cosa sucedió, en verdad, en la noche cerrada, después de varias horas de profundo sueño. Alzada la cabeza, libre ya de toda vergüenza, Jacob se volvió hacia la más augusta de las visiones, aquella en que se concentraban

todas las imágenes que simbolizan para él la idea de la soberanía y la divinidad, aquellas imágenes que su alma humillada, sonriente en el secreto de su humillación, construía para reafirmarse y reconfortarse en el cuadro del ensueño... No soñó que estaba en otra parte. En sueños, también estaba tendido, con la cabeza apoyada y dormitando. Pero sus párpados dejaban filtrarse un esplendor infinito; veía a través de ellos: veía a Babel, veía el cordón umbilical que unía la tierra con el cielo, la escala que conducía al palacio más alto, con sus gradas de fuego, anchas e innumerables; un vigilante astral se mantenía en pie en cada escalón, y la rampa desmesurada ascendía hasta el templo supremo, el solio del Maestro. No eran aquellos escalones de piedra ni de madera, ni de alguna otra materia terrestre; parecían de metal incandescente y contruidos con el fuego de las estrellas; su brillo estelar se perdía sobre las tierras en inmensos manteles y llegaba hasta alturas y lejanías deslumbradoras, imposibles de ser contempladas con los ojos abiertos y que no se podían mirar sino a través del velo de los párpados cerrados; bestias humanas con plumas, querubes, vacas coronadas, con rostro de vírgenes y con alas, miraban, inmóviles, formando una valla, y el espacio entre sus piernas inclinadas oblicuamente hacia atrás y adelante estaba saturado de una superficie de metal sobre la que destellaban fórmulas sagradas. Dioses-toros, con las frentes ceñidas por diademas de perlas, llevaban en las orejas rizos tan largos como la barba franjeada, en rollos, que les pendía de las mejillas, y volvían la cabeza hacia el exterior mirando al durmiente con sus plácidos ojos de largas pestañas; alternaban con leones sentados sobre sus colas, cuyo pecho arqueado desaparecía bajo los tufos de fuego. Bramidos que parecían escaparse de sus bocazas abiertas y cuadradas hacían erizarse los pelos de sus bigotes, bajo los hocicos engurruñados. Entre las bestias, la escala ardía en servidores y mensajeros que subían y bajaban siguiendo un ritmo de danza, inspirado en las felices leyes que rigen los astros. Vestiduras cubiertas de signos escritos, puntiagudos, disimulaban la parte baja de sus cuerpos, y sus senos parecían demasiado tiernos para ser senos de efebos y demasiado planos para ser de mujeres. Sus brazos alzados mantenían copas sobre sus cabezas o, plegados, llevaban una mesa que sus propios dedos señalaban. Muchos tocaban el arpa, la flauta, el laúd, o golpeaban timbales. Tras ellos, de pie, cantores que hacían resonar el espacio con sus voces metálicas, mientras llevaban la cadencia con las manos. Así bullía, en plena efervescencia, la escala del Mundo, bajo un torrente de sonos armoniosos que bajaban y subían hacia la luz de las luces, donde se encontraba la estrecha arca de fuego con la puerta del Palacio, sus pilares y sus altos rebordes. Los pilares eran de ladrillos de oro, y entre ellos pasaban animales escamosos, que tenían por delante patas de leopardo y, por detrás, patas de águila; a los dos lados de la puerta de fuego se alzaban unos atlantes; tenían patas de oro, la cabeza ornada con una cuádruple tiara de cuernos, ojos de gemas preciosas y barbas anilladas, tupidas. Ante ellos estaba el lugar del Soberano y el escabel de oro donde

ponía los pies. Detrás, un hombre con arco y carcaj alzaba, por encima de la mitra coronada, el *flabellum*, insignia del poder. La vestidura del Señor estaba tejida de rayos de luna y con franja de pequeñas llamaradas. Una extraordinaria fuerza corría por su brazo nervioso; una de las manos apretaba el emblema de la vida, y la otra una copa. Hilos de bronce anudaban su azul barba y bajo las altas cejas arqueadas su amenazante faz expresaba una bondad feroz. Un personaje que parecía un visir y el más próximo servidor del trono estaba ante él, la cabeza ceñida por ancha cinta. Contemplaba a la Potencia cara a cara y su mano abierta le señalaba a Jacob, que dormía sobre la tierra. Entonces el Señor hizo una señal de asentimiento, se apoyó sobre el nervioso pie y el jefe de los servidores se inclinó rápidamente para retirar el escabel y así el Dueño pudiera levantarse. Al dejar su trono, Dios extendió hacia Jacob el emblema de la vida y aspiró tan profundamente, que su pecho se hinchó. Y su voz magnífica, resonando sobre los salmos y la música estelar de las legiones que subían y bajaban, se unió a todas en una armonía poderosa, llena de dulzura. Y dijo: «¡Yo soy! ¡Yo soy el Señor de Abiram y de Yitzchak, y el tuyo! Mi mirada cae sobre ti, Jacob, con un favor que se extenderá al porvenir, y haré tu posteridad innumerable como el polvo de la tierra; serás bendito entre todos los hombres y poseerás las puertas de tus enemigos. Te protegeré y te cuidaré doquiera que vayas, y te haré volver rico, sobre el suelo donde *duermes*, y jamás te abandonaré. Yo soy y Yo quiero». Así resonó armoniosamente la voz del Soberano Dueño. Y Jacob se despertó.

¡Qué sueño y qué ascunción! Jacob lloraba de felicidad y se reía de Elifas. Volviéndose bajo las estrellas, entre el círculo de piedras, miraba la que había sostenido su cabeza durante la visión. «¿Cuál es este lugar —pensaba— adonde el azar me ha conducido?». Helado por el fresco de la noche y por su profunda emoción, tiritaba. «¡Justo es —decía—, justo es que tiemble! ¡Las gentes de Luz no saben bien lo que este sitio tiene de particular; han hecho de él un lugar de asilo, es cierto, y edificado un altar, pero poco se han de sospechar, como yo hace un rato, que éste es el lugar de la Presencia, la Puerta del Esplendor, el Lazo que une la tierra con el cielo!». Allí durmió unas cuantas horas más, con un sueño profundo, lleno de satisfacción y de secreto gozo; a la hora del alba se levantó, bajó hacia Luz y llegó ante las tiendecillas de la ciudad. Disimulaba, en un pliegue de su cinturón, un sello montado en anillo y ornado de un lapislázuli grabado, azul oscuro, que los servidores de Elifas no habían podido descubrir. Lo vendió por menos de su valor para comprarse algo que comer y dos jarrillos de aceite, para llevar a cabo lo que consideraba un deber. Antes de seguir su ruta hacia el este y el río Naharina, subió una vez más al lugar de su visión, alzó en monumento la piedra sobre la que había dormido, roció el aceite en abundancia y dijo: «Beth-el, este sitio deberá llamarse en adelante Beth-el y no Luz, pues ésta es la morada de la Presencia, donde el Dios

Soberano se ha revelado al que fue humillado y le fortificó el corazón sobremanera. Pues lo que Él dijo al son de las arpas, a saber, que mi posteridad será innumerable como el polvo de la tierra y que mi nombre triunfará entre los honores, era seguramente exagerado. Pero si me protege como me ha prometido, y si guía mis pasos por suelo extranjero y me da un pan y un vestido para cubrir mi cuerpo y me permite volver sano y salvo a la morada de Yitzchak, a Él reconoceré por mi Dios y a ningún otro, y guardaré para Él un diezmo de cuanto me conceda. Y si, además, se realiza la promesa con la que me ha fortificado el corazón sobremanera, esta piedra será consagrada para que sin cesar le sean traídas ofrendas y para que un perpetuo incienso suba hacia Su nariz. Esto es un voto, y una promesa, en cambio de la que yo he recibido. Y ahora, que el Soberano Señor haga lo que Él juzgue más conforme con sus intereses».

## Esaú

**H**e aquí cómo le habían ido los asuntos al magnífico Elifas, ruin personaje comparado con la víctima aplastada por su soberbia; pero Jacob disponía de reservas físicas insospechadas por su sobrino, y había triunfado, a su modo, de las humillaciones que un niño le hacía sufrir. Para él, la revelación se manifestaba siempre con brillo, precisamente en las situaciones más deplorables. ¿Le había ido de diferente manera con el padre de Elifas que con el hijo? Queremos hablar del encuentro con Esaú, al cual aludió Jacob durante el diálogo que hemos sorprendido. Aquella voz había tenido, por anticipado, su hora de elevación y de confortamiento, durante la noche de angustia en que había conquistado el nombre que hacía sonreír a Simeón y Leví. En posesión de este nombre, que era una garantía de victoria, había comparecido ante su hermano, armado contra la inevitable humillación, armado también contra su propia indignidad, el miedo de un encuentro donde el carácter de los dos gemelos estaba llamado a afirmarse una vez más.

Ignoraba las disposiciones de Esaú, pero, juzgando que una explicación ante él se hacía indispensable, le había enviado emisarios. Sabía por éstos que su hermano avanzaba a la cabeza de cuatrocientos hombres, lo cual podía ser considerado como un homenaje en respuesta a los humildes cumplidos que le había hecho dirigir, pero también como un gran peligro.

Tomó sus medidas; ocultó lo que más caro le era, Raquel y su hijo de cinco años, al fondo, junto a las bestias, y disimuló, para hacerla pasar por muerta, a su hija Dina, nacida de Lía, dentro de un cofre donde estuvo a punto de asfixiarse; los otros hijos le siguieron con sus madres, yendo delante las concubinas y sus retoños. Escalonó el ganado que deseaba ofrecer a su hermano; los gañanes pusieron ante él doscientas cabras y machos, carneros y borregos en igual número, treinta camellas de leche, cuarenta vacas con diez becerros y veinte burras con sus pollinos. Hizo separar las manadas en grupos aislados, para que Esaú, cada vez que se encontrara con uno de estos grupos, supiera que ellos eran presentes que le enviaba su servidor Jacob, a él, el amo. Y así sucedió. Y si al partir del monte de Seir, las disposiciones de Esaú para con el viajero que volvía a su hogar eran hartamente inciertas, equívocas y hasta oscuras, se hallaba del mejor humor del mundo cuando, por vez primera después de veinticinco años, vio a Jacob en persona.

Esta jovialidad impresionó desagradablemente a Jacob, aunque hizo todo lo que pudo para provocarla; apenas había comprendido que nada tenía que temer —a lo menos por el momento—, ya sentía ganas de no seguir disimulando el alejamiento que le inspiraba la cordialidad de aquel deschavetado de Esaú. Jamás olvidó este encuentro... En aquella época, los gemelos de Rebeca, «la hierba perfumada» y «la planta espinosa», como ya se les llamaba desde su infancia, en la región entre Hebrón

y Beer-Sheba, contaban cincuenta y cinco años. Diciendo verdad, la «hierba perfumada», aquel Jacob de la piel lisa, siempre bajo la tienda, piadoso, meditativo y tímido desde la infancia, no había tenido nunca juventud. Pero había vivido sucesos importantes. Era, en el presente, Jacob, un hombre en la plenitud de la edad madura, que se había hecho venerable por sus historias, cargado de preocupaciones espirituales y con bienes que aumentaban sin cesar. Por el contrario, Esaú, aunque empezaba a encanecer como su hermano, parecía seguir siendo el mozo rudo, insignificante y alocado, que pasaba de las lamentaciones a una despreocupación animal; su rostro tampoco se había modificado, como sucede, por otra parte, con la mayoría de nuestros compañeros de juventud; la madurez de su fisonomía se manifestaba en la barba o en algunas arrugas sobre el rostro de adolescente, que se torna así un rostro de adolescente barbudo sin adquirir un nuevo carácter.

Lo primero que oyó Jacob al acercarse Esaú fue el son antaño familiar de su flauta; eran modulaciones cavernosas o agudas, sobre un haz de pipas de diferentes largos, mantenido por unos lazos transversales, un instrumento muy querido por los montañeses de Seir, tal vez inventado por ellos, que Esaú muy pronto aprendió a tocar, gustando mucho de oírse él mismo. Jacob había detestado siempre el bucolismo inocente y salvaje de aquella música, el insano tu-tu-tu aclimatado del país del sur, del país infernal, y una onda de desprecio le invadió al escucharla de nuevo resonando en sus orejas.

Para colmo, Esaú danzaba, con el arco a la espalda y los caramillos entre los dientes. Un pedazo de piel de cabra se enrollaba a su cintura, siendo superflua cualquier otra vestimenta, ya que una pelambre tupida le caía de los hombros, en tufos de un gris rojizo. Con sus orejas puntiagudas y su nariz achatada contra su labio superior sin pelos, danzaba y bailoteaba en plena campiña, ante sus hombres. Avanzó al encuentro de su hermano, soplando, multiplicando las señas, riendo, llorando; y Jacob, sintiendo a la vez desdén, vergüenza, lástima y repulsión, pensaba para sus adentros algo que podría traducirse por «¡Válgame Dios!».

Descabalgó, tan aprisa como se lo permitió su cadera hinchada, recogiendo las vestiduras y se dirigió hacia él; de camino, le dirigía todas las señas de deferencia y de sumisión que de antemano estaban prescritas. Podía prodigarlas, ahora, que su victoria nocturna ponía su amor propio al abrigo de toda rozadura. Se prosternó siete veces, a pesar de sus dolores, alzó las manos por encima de su cabeza inclinada y se echó a los pies de Esaú y apoyó en éstos la frente, mientras sus manos palpaban las rodillas de su hermano, erizadas de vello, y su boca repetía sin descanso las palabras que debían indicar que no había ya más bendición ni maldición y que sus relaciones futuras dependían de la bondad de Esaú; para desarmarlo y conciliárselo le decía: «¡Dueño mío! ¡Tu servidor!». Y Esaú no solamente se mostró presto a la reconciliación, sino que él le demostró un cariño que sobrepasó lo que todos

esperaban, incluso él mismo. La noticia del regreso de su hermano le había sumido en un estado de agitación general y confusa, que pocos instantes antes del encuentro se hubiera podido manifestar lo mismo en cólera que en enternecimiento. Alzó apresuradamente a Jacob, prosternado sobre el polvo, le estrechó contra su pecho, en medio de estrepitosos sollozos, y le aplicó, sobre las mejillas y la boca, sonoros besos, de los que el objeto de estos transportes se cansó muy pronto. No obstante, también Jacob vertió lágrimas, ya fuese porque un descanso del espíritu sucediera a la angustia y el miedo, ya por sensibilidad nerviosa y porque estaba emocionado de una manera general, pensando en el tiempo, en la vida, en el destino de los hombres. «¡Hermano de mi corazón! ¡Hermano de mi corazón!», tartamudeaba Esaú entre sus besos. «¡Todo está olvidado! ¡Olvidemos las bellaquerías!». Magnanimidad que se manifestaba de tan molesta guisa, que parecía mejor condicionada para reprimir el llanto de Jacob que para hacerle verter más lágrimas; luego le agobió a preguntas, evitando hacer la que más le interesaba y que se refería al envío de los ganados de Jacob. Con las cejas arqueadas, comenzó por informarse acerca de las mujeres y los niños montados en los camellos, que estaban detrás de Jacob. Descabalgaron y se sucedieron las presentaciones; ante el hombre de los mechones velludos, las concubinas se inclinaron las primeras, con sus cuatro hijos; después Lía y los seis suyos, y por último Raquel, la de los dulces ojos, y José, a quien mandaron buscar atrás, donde le habían puesto. Esaú saludaba a cada nombre que se le decía, haciendo resbalar sus gruesos labios sobre los caramillos, alabando la bella prestancia de los niños y los pechos de las mujeres. Comentó en voz alta y con aspecto sorprendido la debilidad visual de Lía y le ofreció un bálsamo idumeo, compuesto de plantas medicinales, para calmar sus ojos inflamados, por lo cual ella le dio las gracias, con el corazón lleno de rabia, besándole las puntas de los dedos del pie.

Los hermanos sentían dificultad en comprenderse. Ambos trataban de usar las palabras de su infancia y las encontraban a duras penas. Esaú empleaba generalmente un rudo dialecto de las gentes de Seír, que se diferenciaba del usado en el país natal por una mezcla de madianita y de sinaíta traída del desierto, mientras que Jacob había aprendido en el país de Naharaím a expresarse comúnmente en acadio. Trataron de entenderse con gran derroche de gestos; pero Esaú, abordando la cuestión de los hermosos y rollizos rebaños, supo expresar muy claramente su curiosidad e hizo mohines que indicaban cierto tacto o habilidad, antes de aceptar los generosos regalos, gracias a los cuales le dijo Jacob que esperaba obtener su perdón.

Sus morisquetas afectaban una despreocupada desenvoltura ante los bienes materiales y otras cargas semejantes: «Ah, hermano de mi corazón, ¡no!, ¡esto es absurdo! —gritaba—. ¡Vuélvelos a tomar, consévalos, guárdalos, te los devuelvo, no tengo necesidad de esto para olvidar y para consolarme de tu pasada infamia! ¡Ésta se ha borrado, no pienso más en ella y estoy resignado y contento con mi suerte! ¿Te

imaginas tú que nosotros, las gentes del país de allá abajo, pasamos taciturnos todo el día santo? ¡Tatarata! ¡Cuán errónea suposición! ¡No es que andemos presumiendo con nuestra bendición en nimbo alrededor de la cabeza y dándole, vueltas a los ojos, pero también sabemos vivir nosotros a nuestra manera, que es bastante alegre, créemelo! ¡Nosotros también encontramos bueno acostarnos con una mujer y queremos a nuestra pollada! ¿Crees tú que esta maldición que te debo, tramposo querido, me ha transformado en un mendigo tiñoso, en un muerto de hambre, allá en Edom? ¡Ni por asomo! Allí soy un señor, un grande entre los hijos de Seír. Poseo más vino que agua, miel en abundancia, y copiosos frutos, y aceite, y centeno y más quesos de los que puedo consumir. Mis súbditos me ceban y me mandan pan todos los días, y carne y caza, todo preparado, y tengo por míos los animales que yo mato y los que matan para mí en el desierto, cazándolos con perros; y lacticinios suficientes para hacerme regoldar durante media noche. ¿Regalos a mí? ¿Rebaños de bueyes en expiación de la vieja y mala pasada que me jugasteis, tú y esa mujer? ¡Permíteme que me sonría! ¡Tu-lu-lu-ri-ti! —y sus labios corrían por el instrumento musical—. ¿Regalos de ti para mí? Aquí se trata corazón, y el mío ha perdonado y olvidado tu infamia, que ya ha prescrito. ¡Y cómo imitaste mi pelambre, delante del viejo, enrollándote una piel de cabrito a los brazos, so bufón! Ahora, en mis viejos días, me río de todo eso, aunque entonces lloré lágrimas de sangre y mandé en tu busca a Elifas, ¡oh, tú, de quien se ríen las mujeres!».

Y de nuevo estrechó a su hermano e hizo estallar besos sobre su rostro; Jacob aguantaba penosamente estos transportes sin corresponderlos. Las frases de Esaú le descorazonaban; las hallaba lamentables, insanas y desordenadas, y no pensaba sino en librarse lo más pronto posible de aquel pariente extranjero, no sin hacerse antes perdonar una vez más y de haberle vuelto a comprar su derecho de primogenitura haciéndole aceptar un tributo.

Esaú, por su parte, no pedía más que dejarse convencer.

De aquí salieron nuevos cumplidos, demostraciones de humildad, ofertas presionantes, y cuando Esaú acabó por aceptar con gusto el presente que le venía de su hermano, el diablo de hombre sentía el verdadero cariño por el Bendito y tomaba la reconciliación mucho más en serio que Jacob.

«¡Ah, querido hermano —gritó—, en lo sucesivo, ni una palabra sobre la vieja fechoría! ¿No hemos salido los dos del mismo vientre maternal, uno tras otro, simultáneamente, por decirlo así? Tú te habías pegado a mis talones, como sabes, y siendo yo el más vigoroso, fui quien tiró de ti hacia la luz. Habíamos chocado ya en el vientre y después chocamos afuera. Pero ni una palabra más. Viviremos en adelante fraternalmente, como mellizos, ante el Señor; meteremos las manos en el mismo plato y no nos separaremos más en la vida. Y ahora, partamos: nos dirigiremos hacia Seír y viviremos juntos».

«¡Lo único que faltaba! —pensó Jacob—. ¿Será necesario que yo también me vuelva un macho cabrío flautista, en Edom, y que viva eternamente junto a ti, pesado? Dios no piensa lo mismo y mi alma tampoco. Tus frases suenan lamentablemente en mis oídos y carecen de sentido, pues lo que pasó entre nosotros no puede borrarse. Tú mismo me lo recuerdas cada vez que mueves la lengua, ¿y te figuras, en tu estupidez, que podrías olvidar y perdonar?». «Las palabras de mi señor —dijo en voz alta— me maravillan y cada una de las que pronuncia responde a los más secretos deseos de su servidor. Pero mi señor puede ver que conduzco conmigo a niños aún jóvenes, a otros muy pequeños, como éste, llamado Jehosef, que no tiene más que cinco años y al que le cansan los caminos; además, Dios me ha enviado una prueba: voy transportando en un ataúd a una niña muerta, y carecería yo de sentimientos si tuviera que dejarla en los bordes del camino, durante una marcha precipitada; sin hablar de los corderos recentales y de los becerros. Todo perecería si yo no tomara mis cuidados. Éstas son las razones por las que pido a mi señor que él se vaya delante y yo le seguiré lentamente, arreglándomelas con las fuerzas de los ganados y de los niños, hasta que consiga yo mismo llegar un poco más tarde a Seir, donde viviremos siempre en la mayor intimidad».

Esto era una negativa, formulada con rodeos. Esaú, que lo comprendió así, abrió desmesuradamente los ojos. Hizo una postrer tentativa proponiendo a su hermano que le dejaría unos cuantos de sus hombres para que le sirvieran de escolta y de protección. Pero Jacob respondió que aquello sería inútil, desde el punto en que él había podido hallar gracia ante su señor, expresión de cortesía que denotaba a las claras que su adhesión no había sido más que pura fórmula. Esaú, alzando sus velludos hombros, volvió las espaldas al hermano sutil y falso y con su ganado y su séquito se volvió a sus montañas.

Detrás de él, Jacob titubeó un instante y luego, cambiando de dirección a la primera ocasión que se le presentaba, se fue por otro camino.

## Capítulo tercero

---

### Historia de Dina

## La jovencita

Como por aquel tiempo llegó a Siquem, es ocasión de contar ahora las peripecias y pesadas tribulaciones de aquella estancia, tales como realmente sucedieron y rectificando ciertos pequeños suavizamientos llevados a la verdad más tarde, cuando se creyó conveniente adornar las «bellas conversaciones» y se preguntaron unos a otros: «¿Conoces tú esta historia?». «La conozco exactamente». La aventura de Dina ha entrado en las tradiciones de la tribu y del mundo ligeramente deformada. Los —acontecimientos desagradables y sangrientos de esta época, señalados en los rasgos seniles y cansinos de Jacob, al lado de las trazas dejadas por otras pruebas, constituían el fardo venerable de sus recuerdos. Como corolario de nuestras consideraciones sobre su estado de ánimo y en función de éste, nos proponemos volver a trazar estos acontecimientos; y porque nada mejor que su actitud de entonces podría hacernos comprender el motivo de que Simeón y Leví se dieran furtivos codazos cuando su padre usaba el honorífico título que de Dios recibiera.

La dolorosa heroína del incidente de Shekem fue Dina, hija única de Jacob, nacida de Lía al comienzo de su segundo periodo de fecundidad: al comienzo y no al fin, ni después de Isacar y Zabulón, según el orden establecido mucho más tarde en los anales escritos, arreglo posterior que es inadmisibile; pues, si se le tuviera por verídico, Dina, en la época de su desgracia, no hubiera sido más que una niña, todavía no formada físicamente, cuando en realidad tenía cuatro años más que José. A la llegada de la tribu de Jacob ante Siquem, Dina contaba nueve años, y trece en el momento de la catástrofe. Tenía dos buenos años más de los que cuenta la cronología tradicional. Durante este lapso la niña se desarrolló, se hizo mujer, tan seductora como podía serlo una hija de Lía y mucho más de lo que podía esperarse de la yema de una raza vigorosa, pero desprovista de belleza; verdadera hija de la estepa mesopotámica, donde la primavera precoz y rica en flores lujuriantes no va seguida de ningún vivaz estío, porque en el mes de mayo un sol implacable ha calcinado y reducido a cenizas su encantado esplendor; así pasó con el físico de Dina; además, las circunstancias contribuyeron a hacer de ella, antes de tiempo, una mujercita cansada y marchita. En cuanto al lugar que le está designado en la posteridad de Jacob, no cuenta para nada el que le han atribuido los escribas. En la serie de los hijos de Lía, aquéllas han mencionado el nombre de la muchacha en último lugar, en vez de inscribirlo en su verdadero rango, porque la indiferencia y la distracción guiaban su estilo y también para no interrumpir la sucesión de muchachos por una fruslería tan insignificante, tan molesta, como un nombre femenino. ¿Quién miraría aquello con interés tratándose de una hija? Que naciera o que su madre permaneciera estéril, era cuestión de poco más o menos. La aparición de Dina, si se la sitúa en su fecha exacta,

forma en cierto aspecto el lazo de unión entre el breve período de esterilidad de Lía y un nuevo abandono de su cuerpo, que no fructificó seriamente sino con la venida al mundo de Isacar. El más pequeño escolar sabe hoy día que Jacob tuvo doce hijos y conoce de memoria sus nombres, al paso que mucha gente apenas sospecha la existencia de la infortunada pequeña Dina y se muestra sorprendida al oírla mencionar. Jacob, que la amaba tanto como podía querer a un hijo que no fuera de Raquel, la escondió en un sarcófago para que Esaú no la viera, y, llegada la hora, sufrió profundamente en su corazón por causa de ella.

## Beset

**A** sí, pues, Israel, el bendito del Eterno, con su séquito y sus bienes, con sus manadas donde las ovejas solamente contaban cinco mil quinientas cabezas, sus mujeres y su prole, sus esclavos, servidores, conductores, gañanes, cabras, asnos, camellos de silla y de carga, Jacob, el Padre, viniendo de Jabbok después de su encuentro con Esaú, vadeó el Jordán. Contento por haberse puesto al abrigo del excesivo calor que se desprendía del valle fluvial, de los jabalíes y leopardos agazapados en las espesuras de sauces y álamos, se hallaba en un país de mediana altitud, lleno de flores y de frutos, atravesado de frescos arroyos y donde la cebada crecía apretadamente. Al pasar por un valle, llegó al lugar llamado Shekem, una aglomeración secular que prosperaba a la sombra del peñasco de Garizim. Un ancho murallón hecho con bloques de piedra sin cemento rodeaba una ciudad baja al sudeste y una ciudad alta al nordeste; la alta se denominaba así por estar situada sobre un terraplén artificial de diez anas de alto y también por metáfora respetuosa, pues estaba casi totalmente compuesta por los palacios de Hemor, príncipe de la ciudad, y por el macizo rectangular del templo de Baal-Berit. Estos dos imponentes monumentos fueron los primeros que aparecieron a la vista de la tribu de Jacob cuando, entrando al valle, se acercaba a la puerta oriental de la ciudad. Shekem contaba con quinientos habitantes, sin hablar de la guarnición egipcia, compuesta por unos veinte hombres: su jefe, un oficial muy joven, originario del Delta, había sido destinado a dicho lugar sólo con el fin de obtener todos los años, directamente de Hemor o indirectamente de los principales mercaderes de la ciudad baja, unos cuantos lingotes de oro en forma de anillos. Estas riquezas estaban destinadas a seguir el camino de la ciudad de Amón, y si esto hubiera dejado de suceder, el joven Vesper-ke-Bastet (éste era el nombre del comandante) se hubiera expuesto a graves molestias personales.

Podemos imaginarnos fácilmente la perplejidad de los habitantes de Shekem cuando los centinelas de las murallas o unos cuantos ciudadanos que volvían de las afueras les anunciaron la proximidad de la tribu errante. ¿Cuáles eran las intenciones de aquellos nómadas: buenas o malas? Les bastaría con tener cierta experiencia de la guerra y del saqueo para poner a Shekem en muy crítica situación, a pesar del espesor de las murallas. El espíritu belicoso faltaba por allí; las gentes se inclinaban más a la práctica del comercio y amaban sus comodidades y la paz; el príncipe Hemor era un viejo taciturno que sufría de nudosidades en las articulaciones. Su hijo, el joven Sichem, un niño mimado, poseía su harén particular; pasaba su vida tendido sobre tapices, atiborrándose de dulces, en una elegante holgazanería. En razón de las circunstancias, los habitantes no hubieran pedido nada mejor que respaldarse en las virtudes guerreras de la guarnición, si hubiese habido la menor posibilidad de tal

cosa. Esta tropa, agrupada bajo un estandarte adornado con plumas de pavo real, se calificaba de «División-brillante-como-el-disco-solar», pero no inspiraba ninguna confianza en caso de serio peligro, empezando por su comandante, Vesper-ke-Bastet, quien, hablando sin rodeos, no tenía nada de soldado. Muy amigo de Sichem, el joven hijo de su papá, tenía dos pasiones llevadas hasta la locura: las flores y los gatos. Era originario de la ciudad de Per-bastet, en el Bajo Egipto, a la que una deformación de lenguaje hacía que en Shekem la llamaran «Pi-Beset» y ésta era la razón por la que los siquemitas le llamaban, a secas, «Beset». Como la divinidad local de su ciudad era Bastet, una diosa con cabeza de gato, su pasión gatófila no conocía límites. Se rodeaba de estos animales doquiera que fuese. Los había junto a él de toda edad y pelaje y no solamente vivos, sino hasta muertos; en efecto, numerosas momias de gatos envueltas en vendas estaban colocadas contra las paredes de su habitación y él les ofrecía, llorando, sacrificios de ratones y libaciones de leche. Su amor por las flores, que estaba de acuerdo con esta debilidad, hubiera formado un rasgo encantador, como complemento de un carácter macho y en oposición con éste, pero la ausencia de virilidad lo tornaba en algo degradante. «Beset» se exhibía por doquier con un ancho collar de flores frescas, y el menor objeto de que se sirviera tenía que estar rodeado de una guirnalda. Era para reírse. Se vestía de paisano: una túnica de batista blanca, a través de la cual se notaba su taparrabo; los brazos y el busto ceñidos por cintas; en vez de armas o de coraza, no se le había visto, nunca, más que una varita o junquillo. «Beset» no debía, por otra parte, el desempeño de su función de oficial sino a cierta habilidad en el arte de escribir.

Sus soldados, de los que él no se ocupaba, hacían mucho ruido en torno a las hazañas de un antiguo rey de su país, Tutmosis III, y del ejército egipcio que, bajo sus órdenes, había conquistado en diecisiete campañas la región que se extiende hasta el río Eufrates; pero se dedicaban principalmente a zamparse asados de ganso y a trasegar gran cantidad de cerveza. En determinadas circunstancias, como por ejemplo un incendio una incursión de beduinos que invadió las localidades situadas en el perímetro de la ciudad, habían dado pruebas de una extremada cobardía, especialmente los nacidos en Egipto, pues había también entre ellos algunos libios de color de tierra, y hasta negros de Nubia. Cuando desfilaban con sus escudos de madera, sus lanzas, sus hoces, los triángulos de cuero que recubrían sus cinturas, pasando curvados y a paso de carrera, como si fueran huyendo, por las calles tortuosas de Shekem, a través de la muchedumbre de arrieros y camelleros, de vendedores de agua y melones, de gente que regateaba ante las tiendas, los habitantes, con una mímica despectiva, se decían medias palabras por encima del hombro. El resto del tiempo, los soldados del faraón se divertían en jugar al «adivina quién te pegó» y a «cuántos dedos tengo encima». En los intervalos cantaban lamentos sobre la penosa suerte del soldado y en particular de aquel que estaba

destinado a desperdiciar su vida en el miserable país de Amu, en lugar de gozarla en las riberas, cuajadas de embarcaciones, del Dispensador de la Vida, o bajo las policromas columnas de «No», la ciudad incomparable. No Amón, la ciudad del dios. Era evidente que la suerte y la protección de Shekem les importaban un rábano.

## La amonestación

**L**a inquietud de los siquemitas hubiera sido mayor todavía si hubiesen podido sorprender las frases cambiadas por los hijos mayores del jefe de la tribu que se iba acercando. Estos jóvenes de arrogantes miradas, cubiertos con el polvo de los caminos, tramaban entre ellos y a media voz, antes de someterlos a su padre —que los rechazó enérgicamente—, proyectos referentes a Shekem. Rubén, o mejor dicho, Re’uben, que así llamaban en realidad al hijo mayor, tenía diecisiete años en aquella época. Simeón y Leví contaban, respectivamente, dieciséis y quince; el Dan de Bala, astuto y solapado, tenía quince años también, y el ágil y pronto Neftalí tenía catorce años de edad, así como el robusto pero sombrío Judá. Éstos eran los hijos de Jacob que tomaban parte en el conciliábulo. Aunque vigorosos ya, y de una gran madurez de inteligencia para sus once y doce años, Gad y Aser habían sido excluidos, sin hablar de los tres más jóvenes.

¿De qué se trataba? Precisamente de lo que causaba las preocupaciones de Shekem. Aquellos muchachos, allá lejos, con las cabezas juntas, aquellos mocetones bronceados por el sol de Naharina, con sus túnicas de hopalanda, sus cinturones, sus cabelleras untadas de grasa, eran los hijos de la estepa, pastores que usaban a menudo el arco y el cuchillo, crecidos un tanto salvajemente, habituados a medir sus fuerzas con los toros bravos y los leones, acostumbrados a arriesgarse para sacar algún provecho, a propósito de una dehesa, frente a los guardias extranjeros. Poco les había transmitido Jacob de su dulzura y de su meditativo fervor para con lo divino; tenían un espíritu esencialmente práctico, una obstinación juvenil, un orgullo de clan siempre husmeando la ofensa, un pretexto para batirse, y reclamaban una nobleza espiritual, para la cual, personalmente, no tenían ningún título. Sin techo desde tiempo atrás, erraban por los caminos; comparándose con los habitantes del fértil país donde penetraban, se sentían verdaderos nómadas, a los que su libertad y su bravura ponían por encima de los sedentarios; no soñaban más que en el pillaje. Dan, el primero, había propuesto entrar a Shekem por sorpresa y saquearla. Rubén, leal, pero sujeto siempre a bruscos impulsos, fue prontamente seducido por la idea. Simeón y Leví, pendencieros de nacimiento, bailaron dando gritos de alegría y de entusiasmo agresivo; el orgullo de participar en una hazaña arrastró la adhesión de los otros. La empresa que meditaban no tenía nada de extraordinario. No era cosa de todos los días, pero sí, con cierta frecuencia, sucedía que una ciudad del país fuese atacada por intrusos del desierto, llenos de codicia, originarios del sur o del este, shabiros o beduinos, que iban de paso. Sin embargo, la tradición no se ha inspirado en las crónicas de los habitantes: ha buscado su fuente en los shabiros o ibrim y, en el estricto significado de la palabra, en los «bene-Israel». Persuadida de que esta atenuación épica de la verdad es lícita, pasa en silencio y con la mejor fe del mundo

el que fuese en el mismo campamento de Jacob donde se pensó en arreglar por las armas las relaciones con Shekem y que sólo la resistencia del jefe de la tribu retrasó por varios años la ejecución de este propósito, hasta que tuvo lugar el triste episodio de Dina.

La oposición de Jacob revistió, por otra parte, un carácter majestuoso e irreductible. En esa época de su vida sentíase con disposiciones morales particularmente elevadas, gracias a su saber, a la calidad de su alma, quizá también por su inclinación a las asociaciones de ideas. En la solemnidad de sus meditaciones, su vida se le aparecía, en el curso de los últimos veinticinco años, a la luz de las correspondencias cósmicas, como presentando un paralelismo con la revolución de los astros. Asunción, bajada a los infiernos y resurrección se sucedían; era la realización del esquema mítico del Desarrollo. De Beer-Sheba había venido hasta Beth-el, el lugar donde había tenido su gran visión de la escala, y esto era la ascensión; luego, en la etapa infernal, necesitó servir, sudar y tiritar durante dos veces siete años, tras lo cual se había hecho muy rico, burlándose del demonio, a la par tonto y astuto, llamado Labán. No podía por menos, como hombre instruido que era, de ver en su suegro de Mesopotamia un diablo nacido bajo el signo de la luna negra, un dragón funesto, un impostor a quien a su vez había engañado y despojado, después de lo cual, con el botín que robó, y, en particular, con su Ishtar libertada, su Raquel, la de tan dulces ojos, había roto los cerrojos del infierno y, con el corazón lleno de alegría y de terror, había salido de allí para llegar finalmente a Siquem. Los recuerdos de Abraham, que evocaban aquellos lugares, hubieran inundado su corazón de ternura y respeto para con el antepasado, aunque el valle de Siquem no hubiera sido tal y como se le ofreció a primera vista, tan florido, que su espíritu ingenioso había reconocido en él el punto primaveral, la etapa del ciclo que marcaba el comienzo de una nueva era. Si su descendencia soñaba con las proezas guerreras de Abraham, con su audaz agresión a los ejércitos de oriente y cómo había limado los dientes a los adoradores de los astros, Jacob, en desquite, se acordaba de la amistad que había unido al antecesor con Melquisedec, sumo sacerdote de Siquem, la bendición que allí había recibido y el tributo de simpatía y de reconocimiento que había ofrecido a su divinidad. De este modo, acogió sumamente mal a sus hijos mayores cuando éstos le dejaron entrever, con precauciones, en términos casi poéticos, su brutal propósito.

—¡Largo de aquí, inmediatamente! —gritó—. ¡Hijos de Lía y de Bala, debierais sentir vergüenza! ¿Somos acaso bandoleros del desierto, esos que caen sobre un país como langostas, azote de Dios, para devorar la cosecha del labrador? ¿Somos la canalla, los sin nombre, los hijos de nadie, para no tener más extremos que escoger sino la mendicidad y el robo? ¿No fue Abraham príncipe entre los príncipes del país y hermano de los poderosos? ¿O quizá pretendéis, con la espada chorreante, erigiros en dueños de las ciudades y vivir en la guerra y el terror? ¿Cómo llevaréis a pacer

nuestros corderos en los pastos que nos serán hostiles y a nuestras cabras por los montes que resonarán con ecos de odio? ¡Fuera de mi vista, imbéciles! ¡Guardaos de tal audacia! Más os vale ir a ver, como se debe, si los corderillos de tres semanas aceptan la comida, para que se pueda ahorrar la leche de las ovejas. Id y traed los pelos de los camellos, pues tenemos que vestir a los servidores y pastores y ésta es la época en que las bestias mudan; id, os digo, y ved si están bien las cuerdas de las tiendas y revisad los agujeros de los techos; ved si no hay nada podrido, para evitar que se produzca una desgracia y que la mansión se derrumbe sobre Israel. Por mi parte, voy a ceñir mi cintura y a dirigirme a la puerta de la ciudad, para hablar pacíficamente y con toda cordura con los ciudadanos y con Hemor, su pastor, y establecer una alianza verbal y escrita, con vistas a adquirir tierras y traficar con ellos, para nuestro bien y sin que resulte daño para ellos.

## El pacto

**A** sí fue. Jacob estableció su campamento no lejos de la ciudad, junto a un macizo de moreras viejas y de terebintos que se le antojaron consagrados, en una ondulada extensión de praderas y labrantíos desde donde se veían a lo lejos los contrafuertes pelados del monte Ebal, y cerca de éste, el Garizim, rocoso en su cumbre y fértil en sus laderas. Desde allí envió tres hombres a Shekem, cargados de bellos presentes para Hemor, el pastor: palomas enlazadas en bandas, panes hechos de fruta seca, una lámpara en forma de pato y varias jarras preciosas, donde había pintados peces y pájaros. Le ordenó decir que Jacob, el gran viajero, quería tratar con los jefes de la ciudad, bajo los soportales, y fijar las condiciones de su estancia. En Shekem se mostraron aliviados y contentos. Fue decidida la hora de la entrevista, y cuando hubo llegado, Hemor, el gotoso, salió por la puerta del este con su séquito palatino y su hijo Sichem, vivaracho mancebo; Vesper-ke-Bastet se unió a ellos para curiosear, ornado de su collar de flores y seguido de unos cuantos gatos. Al otro lado se presentó Jacob-ben-Yitzchak, lleno de dignidad, seguido de Eliecer, el más viejo de sus servidores, rodeado de sus hijos mayores, a los que había recomendado la mayor cortesía. Con este aparato se encontraron, y la reunión tuvo lugar ante la puerta, pesada construcción con cuerpos de piedra sobresaliendo al exterior y al interior, donde se hallaban la plaza del mercado y el tribunal. Una muchedumbre numerosa se apretujaba en torno a los grandes, para asistir a las deliberaciones y debates, que no fueron abordados sino después de todas las ceremonias impuestas por la preocupación de las buenas maneras; tanta lentitud se puso en esto, que la entrevista duró seis horas, lo que permitió a los comerciantes del mercado realizar espléndidos negocios. Cambiadas las primeras reverencias, ambas partes se sentaron, una frente a otra, en asientos plegables, sobre manteles y tapices; se sirvieron refrescos y vinos aromáticos, leche coagulada y miel; por largo rato no se trató más que de la salud de los jefes y de los que les eran amados; después se pasó a las peripecias del viaje, a los dos lados de la vía de paso, y se habló de asuntos que nada tenían que ver con el objeto de la cita, hasta que se llegó a éste; pero parecía que no se entraba en él sino a desgana, alzándose de hombros, apartándose de ello varias veces, como si se propusieran no hablar de tal cosa. Por lo mismo que llenaba los espíritus, se afectaba tratar de aquello desdeñosamente, en nombre de una moral superior; en efecto, la aparente preeminencia concedida a las bellas maneras, así como el generoso malgasto de tiempo que supone, son un lujo sobre el que se funda la dignidad humana: obligan a la naturaleza a ceñirse a las leyes de la urbanidad, a no sobrepasarse.

Jacob produjo la mejor impresión en los habitantes. Si no a primera vista, por lo menos después de unas cuantas palabras pronunciadas por una y otra parte,

comprendieron con quién trataban: con un señor, con un príncipe de Dios, notable por sus dones espirituales, que se manifestaban igualmente en sus relaciones humanas. Su prestigio provenía de aquella nobleza que, a los ojos del pueblo, había sido siempre el distintivo de los sucesores de Abraham o de aquellos que lo reencarnaban. Estas señales, independientes del nacimiento, que no reposaban sino sobre el espíritu y la forma, habían asegurado siempre a ese tipo de hombre el rango de los guías espirituales.

La conmovedora dulzura y la profundidad de la mirada de Jacob, su correcta actitud, lo cuidado de sus gestos, el trémolo de su voz, sus discursos sabios y floridos, ahítos de tesis y de antítesis, de sentencias rimadas y de alusiones a los mitos, sedujeron particularmente al gotoso Hemor, que, levantándose, fuese abrazar al jeque entre las aclamaciones del pueblo. En cuanto a la petición del extranjero, conocida de antemano y referente al derecho de establecimiento, causaba no poco embarazo al jefe de la ciudad. Una denuncia ante las alturas, revelando que él, Hemor, dejaba libre a los shabiros el territorio, podía producirle molestias en su vejez. Pero pronto se aseguró, después de unas silenciosas miradas que cambió con el comandante de la guarnición, subyugado como él. Inició, pues, las negociaciones y, con un gran saludo, rogó a Jacob que aceptara tomo presente, sin rodeos, el suelo y los privilegios. Después de lo cual formuló el precio exorbitante de cien sidos de plata por una tierra de labor de doce arpentas y media. Previendo un apretado regateo, añadió que aquello era poca cosa para ser discutida entre tal comprador y él. Jacob no trató de rebajar nada. Estaba conmovido y exaltado; su pensamiento le sugería un nuevo retorno, un modelo que imitar, un pasado que resucitaba: él era Abraham, venido del oriente, que compraba a Efrón su campo, el doble sepulcro. ¿Acaso había discutido el Fundador con el jefe de Hebrón y los hijos de Het? Los siglos se anulaban; lo que había sido, volvía a ser. Como el opulento Abraham, Jacob, el rico venido desde el este, aceptó con dignidad y sin añadir palabra. Los esclavos caldeos trajeron la báscula y las pesas de piedra. Eliecer, el primero de los servidores, se acercó con un cuerno de arcilla lleno de anillos de plata; los escribas de Hemor se apresuraron, agrupándose para redactar el contrato de paz y de comercio, según la equidad de la ley. La indemnidad para los campos y las praderas fue sopesada, la convención concluida, certificada como válida y consagrada: ¡maldito el que la atacara! Las gentes de Jacob se tornaban siquemitas, ciudadanos legítimos. Se les permitía entrar y salir a su gusto por la puerta de la ciudad. Podían recorrer el país dedicándose al tráfico. Los hijos de Siquem tomarían a sus hijas por esposas y las hijas de Siquem se casarían con los hijos de las gentes de Jacob. Por la ley, cualquiera que a esto se opusiera perdería la honra para siempre. Los árboles del campo comprado se hacían, igualmente, propiedad de Jacob; sería enemigo de la ley quienquiera que violara el pacto. Vesper-ke-Bastet, en calidad de testigo, apoyó en la arcilla el escarabajo de su

anillo. Hemor selló con su piedra el documento y Jacob apoyó en éste el sello cilíndrico que colgaba de su cuello. El negocio estaba listo. Hubo abrazos, besos y zalemas. Así se estableció Jacob en Shekem, en el país de Canaán.

## Jacob ante Shekem

«¿Conoces tú esta historia?». «Exactamente la conozco». No, los pastores de Jacob no la conocían de ningún modo exactamente cuando más tarde, en torno al fuego, hicieron de tal historia motivo para las «bellas conversaciones». Con la mejor fe del mundo, deformaron algunos hechos y se callaron otros, para conservar en su pureza el relato. Pasaban en silencio que los hijos de Jacob, especialmente Leví y Simeón, habían acogido con descontento el tratado de paz; pretendían que el pacto había sido terminado después de principiar la aventura de Dina con Sichem, el hijo de Hemor, aventura que, por otra parte, se desarrolló de manera distinta a como ellos la «sabían». Oyéndoles, se hubiera dicho que en el documento de fraternización hubo cierta condición impuesta a Sichem y que se refería a sus relaciones con la hija de Jacob; esta condición, empero, fue algo diferente, y enunciada en otra época, y no en la que pretendían conocer «exactamente» los pastores. Vamos a demostrar el orden sucesivo de los acontecimientos. El pacto se verificó en primer lugar: sin él, la colonia de Jacob no habría podido establecerse en aquellos lugares y los episodios que siguen no hubieran podido suceder. La tribu de Jacob acampaba desde hacía cuatro años ante Shekem, a la entrada del valle, cuando surgieron las dificultades. Cultivaba el trigo en el campo y la cebada en el suelo arable, recolectaba el aceite de los árboles y hacía pasar sus rebaños y traficaba con ellos por el país. En el sitio donde se había establecido se, cavo un pozo de catorce anas de hondura, muy ancho, hecho en su interior de albañilería, el pozo de Jacob. ¿Un pozo tan ancho y tan profundo, de qué utilidad les era a los hijos de Israel, cuando los habitantes de la ciudad ya tenían uno a sus puertas y el valle abundaba en manantiales? Veamos. La necesidad no se hizo sentir inmediatamente: no fue abierto aquel pozo en seguida de que fueron plantadas las tiendas, sino un poco más tarde, cuando los ibrim se dieron cuenta de la necesidad vital que tenían de ser independientes en lo que al agua se refería y de tener abundante reserva de ella en suelo propio, una reserva inagotable aun en tiempos de sequía. El pacto de fraternidad estaba consagrado. ¡Malhaya quien lo viole! ¡Que sus entrañas sean dejadas a las bestias! Pero este acuerdo había sido concluido por los jefes, aunque con las aclamaciones del pueblo: para los siquemitas, los secuaces de Jacob seguían siendo unos extranjeros, unos inmigrantes, no muy cómodos ni tampoco inofensivos; más bien pedantes y llenos de suficiencia y que se creían de una superioridad espiritual sobre el resto del mundo; además, en el comercio de ganado y lana, defendían sus intereses de tal manera que el amor propio de los indígenas se sintió maltrecho. En una palabra, la confraternidad no se manifestaba con gran brillo y sufría ciertas derogaciones. Así, al cabo de algún tiempo, el uso de los manantiales y estanques disponibles —de los cuales, por cierto, no se hacía

mención en el tratado— fue prohibido a los hebreos, con el fin de limitar sus privilegios. De aquí salió la excavación del gran pozo de Jacob, prueba de que ya existían entre la tribu de Israel y las gentes de Siquem las graves diferencias que separaban, en general, a las tribus de los shabiros emigrados de los antiguos y legítimos habitantes del país, diferencias que no debían haberse producido después del acuerdo firmado bajo la puerta de la ciudad.

Jacob lo sabía y lo ignoraba a la vez; miraba a otra parte y su espíritu de dulzura se inclinaba hacia los asuntos familiares y espirituales. Por esta época vivía todavía su Raquel de los dulces ojos, su Raquel difícilmente obtenida, a la que había raptado a costa de grandes peligros para conducirla al país de los antepasados, la Derecha y la Mejor-Amada, alegría de sus pupilas, ardor de su corazón y satisfacción de sus sentidos. José, su retoño, el hijo auténtico, crecía: iba saliendo de la infancia —¡oh dulce época!— y se hacía tan hermoso, tan zalamero y seductor, tenía tanta gracia, que el alma de Jacob se desbordaba a su vista; y ya los mayores comentaban, cambiando miradas, la locura que empujaba al anciano hacia el mozuelo de la lengua afuera. Por otra parte, Jacob, a veces con rodeos, se abstenía de la explotación del dominio. Había trabado relaciones con sus hermanos en creencia, los de la ciudad o el campo, visitaba los lugares consagrados al Dios de Abraham, en las cumbres y en los valles, y, en sus conversaciones, se dedicaba a profundizar en la esencia del Único y del Supremo. Es cierto que se dirigió hacia el sur, principalmente para besar a su padre después de una separación que duraba ya tanto como la edad de una generación. Quería dejarse ver en pleno apogeo y hacerse confirmar una bendición de la que se había mostrado tan claramente digno. Yitzchak vivía aún en aquella época, anciano decrepito y ciego desde mucho tiempo hacía, mientras que Rebeca había descendido al reino de los muertos muchos años antes. Ésta fue la razón por la cual Yitzchak había trasladado el altar de los sacrificios desde el árbol «Yahve-el-Olam», cerca de Beer-Sheba, al terebinto-oráculo de Hebrón; dicho de otro modo, muy cerca de la doble caverna donde la hija de su primo, su hermana-esposa, reposaba bajo sus cuidados y donde muy pronto él también, Yitzchak, la víctima ahorrada otrora, sería piadosamente tendido tras una larga existencia cuajada de acontecimientos, llorado por Jacob y Esaú, sus hijos. Y esto sucedió después de la muerte de Raquel, cuando Jacob, agobiado, llegó de Beth-el con el pequeño asesino, el recién nacido Ben-Oni, Benjamín...

## La vendimia

**P**or cuatro veces habían verdecido y amarilleado el trigo y la cebada en los campos de Shekem, y las anémonas del valle florecieron y se marchitaron y las gentes de Jacob procedieron por ocho veces a la esquila de las ovejas. El pelambre de los corderos tachonados de Jacob crecía en menos que canta un gallo y le producían lana en abundancia, tanto en el mes de Sivan como en el otoñal mes de Tchiri. Sucedió entonces que los habitantes de Siquem hicieron la vendimia y quisieron celebrarla con una fiesta en la ciudad y en las pendientes de Garizim, la noche de luna llena del equinoccio de otoño, en el momento del año nuevo. Por toda la ciudad y el valle no hubo sino júbilo, cortejos y acciones de gracias en honra de la recolección. Entre canciones, los hombres habían recogido los racimos de uva, y con sus pies desnudos los habían aplastado en los pisaderos de las rocas. Sus piernas se teñían de púrpura hasta los muslos y la dulce sangre se derramaba por un vertedero a la cuba: los vendimiadores, arrodillados, llenaban riendo las jarras y las vasijas donde debía fermentar. Luego, cuando el vino levaduraba, conmemoraban la fiesta de los Siete Días, reservando, con vistas al sacrificio, el diezmo de los primogénitos bovinos y vacunos, así como el correspondiente de trigo, mosto y aceite; se hartaron de beber, llevaron ante Adonai, el gran Baal, otros dioses menores para que le rindieran homenaje en su morada, y le pasearon, en su nave, llevándolo a hombros procesionalmente a través del país, a los sones de tambores y címbalos, para que bendijera de nuevo el monte y la campiña. En medio de la fiesta, al tercer día, anunciaron que músicas y danzas se celebrarían ante la ciudad, en presencia de los señores del castillo, y convidaron a ellas a cuanta gente quisiera venir, inclusive mujeres y niños. El viejo Hemor salió llevado en andas, con el joven Sichem de punta en blanco, llevado en un sitial también y seguido de las mujeres de su casa y de los eunucos, así como de funcionarios, mercaderes y pueblo; Jacob llegó de su campamento, escoltado por sus esposas, sus hijos y servidores. Todos se reunieron en el lugar donde resonaba la música y donde las danzas se preparaban. Se situaron bajo los olivos, allá donde el valle se ensanchaba, donde se alzaba el monte de la Bendición, rocoso en su cima y florido en su ladera. En los barrancos del monte de la Maldición triscaban unas cabras buscando yerbas secas. La tarde calurosa y azul y la luz declinante ornaban con su resplandor a los hombres y a las cosas y doraban las formas de las danzarinas. Bailaban éstas ante los músicos moviendo el vientre, e inclinaban la cabeza a un lado para evitar los tamboriles. Cintas bordadas se enrollaban a sus cabellos y sus caderas; un polvillo metálico hacía compactas sus pestañas y la pintura alargaba sus ojos. Los músicos, en cuclillas, golpeaban sus liras y laúdes y las jingrinas exhalaban lamentos agudos. Detrás de los que tocaban estos instrumentos, otros hombres se limitaban a llevar el compás con las manos, otros

cantaban, golpeándose con los dedos el gáznate, para producir trémulos acentos. Algunos hombres entraron a la danza; barbudos y en cueros, se habían colgado colas de animales y saltaban como machos cabríos para atrapar, al paso, a las muchachas que escapaban haciendo quites con el cuerpo. Se jugó a la pelota. Las muchachas se complacían en lanzar varias a la vez, muy alto, mientras la jugadora se cruzaba de brazos o se apoyaba en el talle de una compañera. El jolgorio era general; a Jacob no le gustaba el ruido. Aquel batiburrillo le aturdió y le impedía recogerse en el pensamiento de Dios; pero, cortés, puso buena cara a todos, y a veces llevaba el compás haciendo palmas él también.

Fue entonces cuando Sichem, el hijo del castillo, vio a Dina, la hija del ibrim, que tenía trece años, y concibió por ella un tan violento deseo, que jamás pudo curarse de él. Estaba sentada sobre una manta, junto a Lía, su madre, y muy cerca de los músicos, de cara al sitial de Sichem, y éste no dejaba de contemplarla, con ojos enardecidos. Igual que los demás hijos de Lía. Dina no era bella, pero en aquella época emanaba de su juventud un encanto dulce, tenaz, parecido a los melosos filamentos del dátil. Al verla, Sichem quedó como una mosca ante un tarro de melaza. Atrapado, tiraba de sus patitas para librarse, no lográndolo, ni teniendo la menor gana de arrancarse, por el dulzor que gustaba, pero mortalmente espantado al darse cuenta de que no le sería posible salir de allí. El mozo temblaba bajo su manto y cambiaba de color a cada instante. Ella, bajo el velo que le cubría la cabeza, dejaba ver un semblante moreno, con una banda de cabellos negros que le caía sobre la frente; grandes ojos suaves y sombríos, de un negro de pez, que bizqueaban de vez en cuando bajo las miradas del suspirante doncel; una nariz de anchas ventanillas, en la que se balanceaba un anillo de oro; una boca igualmente ancha, pintada de rojo, con un pliegue doloroso; apenas tenía mentón. Su desanudada túnica, de lana roja y azul, no cubría más que un hombro, y el otro aparecía desnudo, delicioso en su delgadez; era la seducción misma. Alzó ella el brazo para echarse la túnica sobre la cabeza, lo cual no hizo más que agravar la situación, pues al favor de este movimiento Sichem pudo ver los temblorcillos húmedos de las axilas y los senos graciosos y duros que apuntaban a través de la camisa y de la vestidura de encima. La visión de los piececitos bronceados, con los tobillos ceñidos de cobre y los dedos ornados de anillos de oro flexible —con excepción del dedo gordo—, acabó por turbarlo. Pero lo peor fueron las manos pequeñas, de un moreno dorado, con las uñas pintadas; cargadas de sortijas a la vez pueriles y discretas, jugaban contra su pecho; Sichem imaginaba las caricias con que le cubrirían esas manos la noche de bodas, y el tumulto de sus sentidos le cortaba el aliento.

Esta idea de las bodas le vino en seguida y le obsesionó. Los usos y costumbres prohibían que le hablase a Dina y que le hiciera la corte de otra manera que por medio de miradas; pero apenas volvían camino, ensordeció a su padre declarándole

que la vida le sería imposible y que acabaría por perecer si no le daban a la muchacha shabira. Apresuraba al viejo Hemor que fuese a comprarla, para hacer de ella su mujer y para que compartiera con él su lecho; si no, él se consumiría inmediatamente. ¿Qué partido podía tomar Hemor el gotoso? Se hizo llevar por dos hombres a la tienda, hecha de pelo de camello, donde moraba Jacob, ante el que se inclinó llamándole su hermano, y luego, tras unos cuantos rodeos, le habló de la violenta inclinación de su hijo y ofreció una rica dote en el caso de que el padre de Dina consintiera en una alianza. Jacob se vio sorprendido y turbado. La proposición de Hemor despertaba en él sentimientos contradictorios y le embarazaba. Vista desde fuera, era honrosa y tendía a establecer, entre su casa y una casa principesca del territorio, relaciones de parentesco de las que podrían salir ventajas para él y para su tribu. También recordaba con emoción aquellos días lejanos cuando había pedido en matrimonio ante Labán, el demonio, a Raquel; y cómo aquél le había colmado de promesas, engañándole y tomándole el pelo. Y ahora él mismo se veía en el papel de Labán y era su hija la que un muchacho pretendía y de ninguna manera hubiera querido obrar como lo hizo el padre de Raquel. Por otra parte, grandes dudas le asaltaban desde el punto de vista moral en cuanto a la oportunidad de esta unión. El maravilloso José embargaba por entero su corazón. Jamás se había ocupado de Dina, aquella chicuela, y jamás había recibido del cielo la menor advertencia respecto a ella. Pero, después de todo, era su hija única. La petición del hijo del príncipe realzaba su valor y pensaba que, delante de Dios, no tenía derecho a disponer a la ligera de aquel bien, hasta entonces considerado como sin importancia. ¿No había pedido Abraham a Eliecer que le prometiera, con una mano sobre el muslo, que impediría a Yitzchak, el hijo auténtico, tomar mujer en el país de Canaán, donde vivía? ¿No le había instado a que fuese a buscarle una mujer a su patria de oriente y entre las de su parentesco? ¿No le había transmitido Yitzchak, a él, a Jacob, el legítimo, esa misma interdicción al decirle: «No tomes mujer entre las hijas de Canaán»? Dina no era más que una doncella, y, además, nacida de la esposa no preferida; su matrimonio no presentaba la misma importancia que cuando se trataba del portador de la bendición; pero, en fin, convenía no despreciarse a los ojos del Señor.

## La condición

Jacob llamó, para consultar con ellos, a sus diez hijos, hasta Zabulón inclusive. Todos ellos se sentaron ante Hemor con las manos alzadas y balanceando la cabeza. Los mayores, que daban el tono, no eran hombres que mostraran transportes de alegría como si no se hubiera podido soñar nada mejor. Sin haberlo convenido de antemano, estuvieron de acuerdo en decir que no había que decidirse sino después de madura reflexión. ¿Dina? ¿Su hermana? ¿La hija de Lía, la encantadora, la inestimable Dina, apenas núbil? ¿Para Sichem, el hijo de Hemor? He aquí que tal cosa había de ser largamente sopesada. Pidieron tiempo para deliberar, por espíritu de lucro. Simeón y Leví tenían, además, una idea secreta y esperanzas aún imprecisas. No habían renunciado a su antiguo plan, y la disputa que no habían podido desencadenar en el momento en que les había sido rechazado el uso de los pozos, esperaban hacerla nacer a favor de los deseos y la proposición de Sichem. Se convino, pues, en tomarse tres días para reflexionar. Hemor, un poco ofendido, se hizo transportar a su casa. Al expirar el plazo, Sichem, montado en un asno blanco, vino al campamento a defender su propia causa. Su padre, que no quería asumir esta misión otra vez, se había descargado sobre e\*; y él encontraba esta misión dulce y natural a su impaciencia. No trató de conducirse como mercader, ni de dar cambio por sus sentimientos y no ocultó que un fuego devorante le consumía por la joven Dina. «Vayamos al asunto sin rodeos —dijo Sichem—; ¡pedid lo que queráis sin avergonzaros: presentes, una viudedad!... Soy Sichem, el hijo del palacio, suntuosamente mantenido en la morada de mi padre, y, por Baal, concederé cuanto me pidáis». Entonces ellos le notificaron la condición establecida de común acuerdo y pidieron que ésta fuera ejecutada antes de continuar las negociaciones.

Hay que tener muy exacta cuenta del orden de sucesión de los acontecimientos, bien diferente de la manera que más tarde, y en el curso de las «bellas conversaciones», los ordenaron y transmitieron los pastores. Según ellos, Sichem había perpetrado, espontánea e inmediatamente, su mala acción, y provocado de este modo capciosas represalias. Empero, en realidad, el joven no se decidió a cumplir su propósito, sino cuando los ibrim se cerraron en su actitud equivocada, y cuando él se vio postergado, si no engañado también. Le dijeron aquéllos que, antes de todo, era necesario que se circuncidara, que esto era inevitable; pues tales como eran y según sus creencias, cometerían una escandalosa abominación dando su hija y hermana a un hombre no circunciso. Los hermanos habían sometido estas estipulaciones a Jacob, y éste, contento de hallar un pretexto que le hiciera ganar tiempo, no había podido, en principio, denegar su adhesión, aunque la súbita piedad de sus hijos le extrañara grandemente.

Sichem se echó a reír; para excusarse, se cubría la boca con las manos. «¿Nada

más que eso?», exclamó. ¿Era eso todo lo que ellos pedían? Ah, mis queridos señores... Él, dispuesto a dar un ojo de la cara, o la mano derecha por la posesión de Dina, ¡con cuánto más agrado sacrificaría una parte tan indiferente como su prepucio! ¡Por vida de Sutech, no, aquello no supondría la menor dificultad! Su amigo «Beset» también estaba circuncidado y jamás había concedido a ello la menor importancia. Esta supresión no inspiraría ninguna repugnancia a las hermanitas de Sichem, en la mansión de juegos y placeres. Era cosa hecha, por decirlo así. Se pondría en manos de un sacerdote experto en el conocimiento del cuerpo humano, agregado al templo del dios todopoderoso. Y en cuanto estuviera curado, volvería. Y salió corriendo, haciendo señas a los esclavos para que le trajeran el burro blanco.

Cuando siete días más tarde, apenas restablecido, se presentó de nuevo, todavía un poco dolorido como consecuencia de su sacrificio, pero destellando confianza, el jefe de la familia había partido para un viaje a caballo. Jacob se quitaba de en medio. Dejaba hacer a sus hijos. He aquí que se encontraba haciendo el mismo papel que aquel demonio de Labán y que prefería llenarlo ausentándose. En efecto, ¿qué respondieron sus hijos al pobre Sichem, cuando éste anunció con orgullo que la condición estaba cumplida, y que no era, por cierto, la bagatela que se había figurado, sino una operación harto penosa; pero que, sin embargo, estaba cumplida y esperaba ahora la más dulce de las recompensas? Cumplida, efectivamente, le contestaron los hermanos. Cumplida, era posible, ellos querían creerlo; pero no con el espíritu que convenía. Había sido ejecutada superficialmente, sin que Sichem se diera cuenta de su alcance y de la razón superior. ¿Cumplida? Quizás, pero únicamente con vistas a un matrimonio con Dina, una mujer, y no místicamente, en el sentido de la unión con «Él». Además, hecha probablemente con un cuchillo de metal, y no de piedra lo cual dejaba la cosa muy problemática, si no nula e invalidada. Y además, Sichem, el hijo del castillo, tenía ya una hermana-esposa en título, la principal y la legítima. Rehuma, una heviana. Dina, la hija de Jacob, no sería, pues, más que una concubina y no había que pensar en eso, ni mucho menos.

Sichem se agitaba. ¿Cómo podían saber ellos —exclamaba— en qué estado de espíritu se había sometido él a aquella contrariedad? ¿Cómo podían invocar, después de hecho, lo del cuchillo de piedra? ¿No era su deber haberle instruido desde el principio? ¿Concubina? Pero si el mismo rey de Mittani había dado por esposa su hija Gulichipa al faraón. La había enviado con gran pompa, no en calidad de reina de aquellos países, puesto que la diosa Teyé reinaba ya en ellos, sino como segunda esposa; y desde el punto en que el mismísimo rey Chutarna...

Es posible —dijeron los hermanos—; pero no se trata aquí de Chutarna ni de Gulichipa; aquí la persona en cuestión era Dina, hija de Jacob, príncipe de Dios, de la posteridad de Abraham; la razón de Sichem le demostraría que ella no podía ser una más entre sus concubinas, en el castillo de Shekem.

¿Era ésta la última palabra de ellos?

Se encogieron de hombros y extendieron las manos. ¿Podrían complacerle ofreciéndole algún regalo, por ejemplo, dos o tres carneros?

Sichem estaba en el colmo de su impaciencia. Su deseo le había costado hasta el momento gran número de contrariedades y cuidados. El sacerdote del templo no se había mostrado tan experto, como él había creído, en el conocimiento del cuerpo humano, y no había sabido evitar al hijo de Hemor una inflamación, la fiebre y violentos dolores. ¿Y esto era lo que obtenía en cambio? Lanzó una maldición para que los hijos de Jacob se volvieran tan imponderables como el aire y la luz — maldición que ellos se esforzaron en conjurar por medio de gestos rápidos y ágiles— y se alejó precipitadamente. Cuatro días más tarde, Dina había desaparecido.

## El rapto

«¿Sabes tú esta historia?» Observemos rigurosamente la cronología de los sucesos. Sichem no era más que un haragán desmadejado, ávido, al que su educación preparaba poco para la mortificación de los sentidos. Pero no hay, por esto, que tomar al pie de la letra ciertos cuentos de pastores tendenciosos, que le son deliberadamente desfavorables. Si esta aventura trazó profundos surcos en el rostro de Jacob, fue precisamente porque él mismo —aunque lo hubiera contado al principio a su modo, aun creyendo que decía la verdad, mientras hacía su relato— sabía, en su fuero interno, que había tramado en primer lugar proyectos de rapiña y violencia y que había preparado el incidente. Él no ignoraba que, antes de raptar a Dina, el hijo de Hemor había hecho proposiciones honradas y sinceras. Vejado, se había creído en el derecho de asegurar su felicidad. ¡Dina había partido, había sido raptada, robada! En pleno día, en pleno campo, ante los ojos de los suyos, los hombres de palacio se la habían llevado, cuando ella jugaba con los corderos. La habían amordazado, echándola sobre un camello y habían huido en dirección a la ciudad, con una gran delantera sobre Israel, que no había tenido ni aun el tiempo de ensillar las bestias para lanzarse a la persecución de los raptos. Encerrada en la mansión de juegos y placeres de Sichem, estaba rodeada de toda clase de atractivos corrientes en las ciudades, que ella no había sospechado hasta aquel día. Sichem se apresuró a consumir las deseadas bodas sin que ella elevara grandes objeciones. Era una criatura bastante nula y dócil, desprovista de juicio, incapaz de resistir. En la vida, encontraba natural e ineluctable todo lo que le sucedía, por más que el suceso fuera rudo y brutal. Sichem no le hacía daño, nada de eso, y sus otras hermanitas, sin exceptuar a Rehuma, la primera y la legítima, se mostraban llenas de atenciones.

El furor de sus hermanos, de Simeón y Leví, en particular, conocía límites. Trastornado y agobiado, Jacob tuvo que soportar las peores manifestaciones. ¡La hermana, la tortolita negra de sus hermanos, la sola, la única, la simiente de Abraham, deshonrada, violada, traidoramente envilecida por un miserable! Rompieron en pedazos los ornamentos de sus torsos, desgarraron sus vestidos y se cubrieron con sacos; entre aullidos se arrancaron los cabellos y las barbas y se hicieron en el rostro y el cuerpo largos tajos que les daban un aspecto repugnante. Con el vientre sobre el suelo, golpeaban a puñetazos la tierra y juraban que ni comerían ni llevarían a cabo sus otras necesidades antes de haber libertado a Dina de la concupiscencia de los sodomitas y transformado en desierto el lugar que presenció su deshonra. ¡Venganza! ¡Venganza! Agresión, asesinato, sangre, martirio; no tenían más palabras que éstas a flor de labios. Jacob, trastornado, profundamente conmovido, presa de dolorosas turbaciones, tenía, empero, la seguridad de haberse comportado igual que Labán. Sabía que los hermanos llegaban, por fin, al término otrora soñado, pero ¿cómo

refrenarlos sin incurrir en el reproche de forzar el honor y el sentimiento paternal? Se asoció, hasta cierto punto, a las manifestaciones de su desconsolado furor, se vistió también con una sucia túnica y desordenó sus cabellos. Sin embargo, les hizo ver la despreciable ventaja que se sacaría de rescatar por la fuerza a Dina, acto enérgico que no era una solución. Había que decidir primero lo que se haría de la muchacha ultrajada y manchada. Ya que Sichem la había tenido en sus brazos, su retorno, en suma, no era deseable, y la cordura les ordenaba dominar su dolor y observar una situación expectante. Creía él haber descifrado este prudente consejo en el hígado un cordero inmolido con aquel motivo. En resumen, como todo dependía del pacto terminado entre la ciudad y la tribu, Sichem no tardaría mucho en dar noticias de sí, haciendo algún ofrecimiento y prestando a su culpable acción una apariencia, si no bella, al menos satisfactoria.

Con gran extrañeza de Jacob, los hijos aceptaron esperar la llegada de un emisario de la corte. Esta docilidad le inquietó casi tanto como su rabia; ¿qué se ocultaba debajo de aquello? Los examinaba con aire preocupado, sin tomar parte en sus deliberaciones, y tuvo conocimiento de su decisión pocos momentos antes de la llegada de los emisarios que, como había previsto, se presentaron de parte de Sichem. Eran portadores de un mensaje escrito en babilonio sobre varios pedazos de arcilla y concebido en términos muy deferentes y en un sentido de obsequiosa cordialidad:

A Jacob, hijo de Yitzchak, príncipe de Dios, padre y señor mío, al que amo, y a cuyo amor concedo una extrema importancia. Así habla Sichem, hijo de Hemor, tu yerno que te quiere, el heredero del palacio, a quien el pueblo aclama. Mi salud es buena. ¡Ojalá lo sea igualmente la tuya! ¡Ojalá que tus mujeres, tus hijos, tus servidores, tus bueyes y tus corderos gocen, asimismo, de una perfecta salud! He aquí que Hemor, mi padre, ha sellado contigo, mi otro padre, un pacto de amistad. Durante cuatro años, una estrecha amistad ha existido entre nosotros y vosotros, y yo no he dejado por un momento de pensar: Quieran los dioses llevar el curso de los acontecimientos de tal manera, y no de otra suerte, para que, por la voluntad de mi dios Baal-Berit y de tu dios El-Elyon, que casi son la misma divinidad y difieren solamente en puntos secundarios, nuestra amistad dure para siempre como en este momento y conozca innumerables años de alegría.

Cuando mis ojos vieron a tu hija Dina, la hija de Lía, hija de Labán el caldeo, deseé apasionadamente que esta amistad, sin perjuicio de su eterna duración, aumentara en calor todavía en un millón de grados. Porque tu hija es semejante a la joven palmera al borde del agua y a la flor del granado en un jardín. Ella ha hecho que mi corazón se estremezca de deseo y me he dado cuenta de que sin ella la vida no me significaba nada. Entonces fue cuando

Hemor, príncipe de la ciudad, a quien el pueblo aclama, fue, como tú sabes, a tu casa para conversar con su hermano y deliberar con mis hermanos, tus hijos, y volvió trayendo vuestra promesa. Y cuando yo mismo vine a pedir a Dina, tu hija, y a rogaros que me concedierais el aliento necesario a mi nariz, vosotros me dijisteis esto: «Amigo, es menester que seas circuncidado en tu carne antes de que Dina te pertenezca, pues si no eso sería una abominación ante nuestro Señor». Y he aquí que no queriendo yo afligir el corazón de mi padre y mis hermanos, respondí amistosamente: «Lo haré como me lo decís». Mi alegría no tenía límites y le pedí a Jarach, que ha escrito el libro del dios, que me hiciera lo que vosotros me habíais dicho. Por el amor de Dina he sufrido entre sus manos y también después, tanto que mis ojos se llenaron de lágrimas. Pero cuando me presenté de nuevo, declarasteis que mi acto carecía de valor. Entonces Dina, tu hija, vino hacia mí porque la condición se había cumplido y le demostré mi amor sobre mi lecho, para mi más grande placer y para el suyo, que no fue menor, que así lo supe de sus propios labios. Pero con el fin de que sea evitado todo motivo de discordia en lo que a esto se refiere entre mi dios y el tuyo, ojalá que mi padre me indique, lo antes posible, el precio y las condiciones que pone a mi matrimonio con Dina, dulce a mi corazón, para que sea preparada una gran fiesta en el castillo de Shekem y sean celebradas las bodas con risas y canciones. Hemor, mi padre, dará la orden para acuñar cien escarabajos con mi nombre y el de Dina, mi esposa, en memoria de este día y de la amistad entre Shekem e Israel. Dado en palacio, al vigésimo quinto día del mes de la recolección. ¡Paz y prosperidad al destinatario!

## Imitación

Tales eran los términos del mensaje. Jacob y sus hijos lo estudiaron, apartándose de los emisarios del castillo, y como Jacob mirara a los jóvenes, éstos le dijeron cuál partido habían decidido tomar en previsión del presente caso. Se sorprendió grandemente; pero, en principio, no pudo hacer más que aprobarlo. La nueva condición que los hermanos ponían constituía un triunfo considerable en el orden espiritual y, además, llevaba anejas una satisfacción y una expiación a la fechoría llevada a cabo. De este modo, cuando se sentaron de nuevo junto a los portadores del mensaje, dejó la palabra a los ofendidos hermanos de Dina. Dan notificó a los enviados la decisión tomada. Ellos eran ricos por la gracia de Dios, y no concedían ninguna importancia a la cantidad con que entendían pagarles a su hermana Dina, la que Sichem comparaba muy justamente con una palmera y con una flor perfumada de granado. Hemor y Sichem tomarían en este respecto las decisiones que más dignas les parecieran. Pero Dina «no había ido hacia Sichem», como éste se complacía en decir. Había sido raptada, creándose por esto una nueva situación, que sus hermanos no estaban dispuestos a aceptar sin protesta. Y así ponían ellos una condición para su consentimiento: siguiendo el ejemplo de Sichem, que loablemente se había hecho circuncidar, los machos de Shekem —ancianos, adultos o niños— deberían imitarle, el tercer día a partir del presente, y solamente se usarían para ello cuchillos de piedra. Una vez cumplido el rito, se celebrarían las verdaderas bodas y una gran fiesta en Shekem, con risas y gritos.

La condición pareció excesiva, pero al mismo tiempo de una ejecución fácil, y los mensajeros expresaron la certidumbre de que su señor, Hemor, no dejaría de aceptarla. Apenas habían partido los enviados, cuando Jacob tuvo el horrible presentimiento del motivo y del significado de esta estipulación, que parecía dictada por un sentimiento de piedad. Conmovido hasta sus entrañas, quiso llamar a los emisarios. Dudaba de que los hermanos hubieran olvidado sus antiguas apetencias y que hubieran renunciado a vengarse del rapto y del deshonor de Dina. Pensando en su inesperada y reciente docilidad y en la exigencia que acababan de formular, tornó a ver la expresión de sus rostros lacerados en señal de duelo, cuando el que llevaba la palabra había hecho alusión a las bodas y a los clamores de la fiesta que se celebraría en Shekem. Su lentitud de comprensión le dejaba extrañado. ¿Cómo no había discernido más pronto, al escucharles, su siniestra segunda intención?

La alegría de imitar a Abraham, de continuarlo, le había cegado. Había pensado en el abuelo que, por orden del Señor y en señal de alianza con él, se había hecho circuncidar un día, así como toda su casa, Ismael, los servidores nacidos en sus tierras o comprados a los extranjeros y cuanto pertenecía al sexo macho; seguramente, también sus hijos se habían referido a este episodio al expresar su exigencia; sí,

indudablemente, la idea primera les había venido de aquello; pero ¿cómo se disponían a realizarla? Se repetía a sí mismo lo que había oído contar: que al tercer día el Señor había visitado a Abraham enfermo, para saber de él. Se había mantenido ante la cabaña, invisible a los ojos de Eliecer; pero, habiéndolo visto, Abraham le instó para que entrara. Entonces el Señor vio cómo él vendaba y desvendaba su llaga y le dijo: «No es conveniente que yo permanezca aquí». El sufrimiento sagrado y púdico le había inspirado aquel delicado escrúpulo: ¿con qué delicadeza contaban para usar de ella los hijos de Jacob, al tercer día, respecto a los habitantes de la ciudad, que sufrían en sus carnes? El padre temblaba al pensar en una parodia de la visita divina. La expresión de los rostros de sus hijos lo descompuso cuando llegó desde palacio la noticia de que la condición había sido aceptada, aun sin tomarse tiempo para reflexionar; puntualmente, al tercer día, contado desde la víspera, el sacrificio general sería consumado. En más de una ocasión, tuvo ganas de alzar sus manos suplicantes; pero tenía miedo de la tiranía del orgullo fraternal excitado y de su legítima sed de venganza. El designio que antes le habían dado a conocer con una solemne vehemencia se encontraba ahora justificado por las circunstancias. Quizás, en su fuero interno, agradecía a sus hijos que le tuvieran aparte de sus maquinaciones, preservándole, por esto, de toda herida, de tal modo que, si quisiera, le fuese excusable no saber nada, no presentir nada y dejar que lo inevitable se cumpliera. ¿No había exclamado el Soberano Dueño, en Beth-el, al son de las arpas, que Jacob ocuparía las puertas, las puertas de sus enemigos? ¿No significaba esto que, a despecho de su amor a la paz, su horóscopo había previsto conquistas, hazañas guerreras y la embriaguez del saqueo? El viril valor y la astucia de sus hijos le inspiraban espanto, preocupación y, en lo más hondo de sí mismo, una secreta satisfacción: perdía por esto el sueño. No pegó un ojo durante la noche terrible, la tercera, después de la expiración del plazo, cuando, acostado bajo su tienda, enrollado en su manta, escuchó en torno de él, con aterrorizados oídos, el sordo ruido de los hombres que partían...

## La matanza

**A**quí se acaba nuestra descripción verídica del intermedio de Shekem, que sirvió más tarde para numerosos cantos y leyendas llenos de paliativos en favor de Israel, a lo menos en cuanto al orden sucesivo de los hechos que condujeron al peor de los desastres y no a propósito del desastre mismo, imposible de atenuar, y cuyo carácter de horror singular se afirmó con brillo y ostentación en las «bellas conversaciones». Gracias a su infame artificio, la gente de Jacob, unos cincuenta hombres —por lo tanto, un número muy inferior al de los habitantes de Shekem—, se las compusieron la mar de bien en la ciudad. Se apoderaron de las murallas casi desguarnecidas, las escalaron en silencio, por medio de escalas y, repudiando todo disimulo, hicieron brusca irrupción en el interior de la ciudad, donde armaron un desconcierto infernal. Los habitantes no estaban preparados para una agresión. En Siquem, jóvenes y viejos, todo el elemento macho, sufría, «vendaba y desvendaba su herida», sin exceptuar la mayor parte de la guarnición militar. Por contra, los ibrim, sanos de cuerpo, unidos por la misma idea, se excitaban al grito unificador de «¡Dina!», que no dejaron de lanzar durante todo el tiempo que duró su sangriento menester. Rugían como leones, parecían estar en todas partes a la vez. Los siquemitas tuvieron la impresión de que una prueba ineluctable caía sobre ellos y apenas opusieron resistencia. Por medio de clamores —un experto mugir de toro que conmovía hasta las entrañas—, Simeón y Leví, los directores del asunto, inspiraban especialmente ese sagrado espanto que hace que las víctimas vean su salvación en un «¡Sálvese quien pueda!» frenético y no en el combate. Gritaban: «¡Desgraciados de nosotros! ¡No son hombres los que vienen! ¡Sutech está entre nosotros! ¡El glorioso Baal está con ellos!». Y en plena fuga pánica caían muertos, desnudos, a garrotazo limpio. Los hebreos lo pasaron todo a sangre y fuego. Ciudad, castillo y templo ardían, calles y casas nadaban en sangre. No se dio cuartel sino a la gente joven y de buen físico, que a los demás se les degolló. Pero hay que tener en cuenta que los asesinos estaban tan obsesionados como sus infortunadas víctimas por alucinaciones poéticas. Asimilaban su cometido a un combate de dragones, a la victoria de Marduk sobre Tiamat, el Gusano del Caos, y prestaban su símbolo mítico a las mutilaciones que les infligían, a la ablación de los miembros que cortaban con miras a una «exposición». Así, al terminar aquella matanza expiatoria, cuya duración no excedió de dos horas. Sichem, el hijo del castillo, yacía ignominiosamente maltratado en el desagüe de las letrinas de su sala de baño. El cadáver de Vesper-ke-Bastet se bañaba en su propia sangre, junto a una esquina, con su collar de flores destrozado; había sido mutilado a ras, lo cual, dadas sus creencias hereditarias, era una injuria afrentosa. El anciano Hemor había muerto sencillamente de miedo. Dina, causa inocente y fútil de tantas miserias, había sido reconquistada por los suyos. El saqueo de la ciudad se

prolongó por largo tiempo; el viejo deseo de los hermanos estaba realizado; podían, por fin, saciarse de rapiña. Un botín espléndido de apreciables riquezas caía en manos de los vencedores. Su retorno, después de la última guardia nocturna, fue un verdadero triunfo. A más de los cautivos, a los que conducían con cordeles, traían gran cantidad de copas de oro y de ánforas, sacos llenos de sortijas, de anillos, de collares, zarcillos y cinturones, preciosos objetos caseros, de plata, ámbar, porcelana, alabastro, marfil y cornerina, sin mencionar los frutos y mercancías, tales como cáñamo, aceite, trigo candeal, vino.

Jacob, a la llegada de ellos, no salió de su tienda. Para engañar su agitación había pasado parte de la noche bajo los árboles sagrados, cerca del campamento, ofreciendo un sacrificio expiatorio al dios que no tenía imagen, dejando correr sobre la piedra la sangre de un cordero lechal y quemando su grasa mezclada con aromas y especias; cuando sus hijos, sobreexcitados, hinchados de orgullo, volvieron con aquella Dina por tan espantosos medios recuperada, Jacob yacía en el suelo, con el rostro escondido, y permaneció así por largo rato, antes de lanzar una mirada sobre la desgraciada y los forajidos que la acompañaban. «¡Fuera de aquí!», dijo con un ademán. «¡Dementes malditos!».

Pero ellos no se conmovieron, obstinados, con los labios henchidos.

—¿Era necesario dejar tratar a nuestra hermana como una prostituta? ¡Ya está limpio nuestro corazón de la mancha que cayó sobre ella! ¡He aquí a la hija de Lía, vengada setenta veces siete! —Y como él se callara, con el rostro aún oculto—: Tenga nuestro señor a bien examinar las riquezas que están afuera. Otras más se añadirán a éstas, porque hemos dejado atrás unos cuantos hombres para que reúnan los rebaños de los ciudadanos, que están diseminados por los campos, y los traigan hasta las tiendas de Israel.

Saltó Jacob, y alzando sus puños crispados, que les hicieron retroceder:

—¡Maldita sea vuestra cólera, tan violenta —gritó con todas sus fuerzas—, y maldita sea vuestra devastadora rabia! ¡Miserables; por culpa de lo que habéis hecho, los habitantes de la región me mirarán como a una carroña hirviendo de moscas! ¿Qué sucedería si se coligaran para vengarse de nosotros? ¡No somos más que un puñado de gentes! Ellos nos exterminarán, a mí, y a mi casa, y conmigo a la bendición de Abraham, que vosotros tenéis la misión de transmitir a los tiempos venideros, y lo que se ha edificado será destruido. ¡Insensatos, que vais a estrangular a los heridos, que sois una carga en el presente y que sois demasiado pobres de espíritu para pensar en el porvenir, en la Alianza y en la Promesa! Ellos pusieron jeta de fastidio. No hacían más que repetir:

—¿Era menester dejar que nuestra hermana fuera tratada como una prostituta?

—¡Si! —exclamó Jacob, fuera de sí. Y ellos se espantaron—. ¡Eso antes que poner en peligro la Promesa y la Vida! ¿Estás encinta? —añadió, dirigiéndose a Dina,

postrada, acurrucada en el suelo.

—¿Cómo puedo saberlo todavía? —gimió ella.

—El niño no debe vivir —cortó él, lo cual arrancó una nueva queja a su hija. Un poco calmado, decidió—: Israel partirá con todo lo que le pertenece y se irá con los ganados y los bienes de que os habéis apoderado por la espada, a causa de Dina. No es bueno que permanezca en el lugar de esta carnicería. Esta noche, el Señor se me ha aparecido y me ha dicho en el sueño: «Levántate y ve hacia Beth-el». Que sean plegadas las tiendas. Partamos.

Era cierto que había tenido una visión y oído una orden, cuando caído sobre su lecho, tras el holocausto nocturno, había cedido a un dormivela, mientras que sus hijos se dedicaban al pillaje. Visión prudente y según su corazón, pues Luz, el lugar del asilo, que conocía muy bien, le atraía grandemente en las presentes circunstancias; al dirigirse allá, le parecía que se refugiaba a los pies de Dios, su soberano. Algunos tráfugas de Shekem, escapados de las bodas sangrientas, ganaban ya, por distintos Caminos, las ciudades de los alrededores, para contar los tormentos que los suyos habían sufrido. Alrededor de esta misma época, cartas que provenían de jefes y pastores de las ciudades de Canaán y de Emor, llegaron a la ciudad de Amu y debieron, desgraciadamente, ser puestas ante los ojos de Horo, Su Majestad Sagrada Amenhotep III, en su palacio. Pero este dios se encontraba en estado de depresión nerviosa causado por un absceso en las encías, que le hacía sufrir con frecuencia; además, muy absorbido por la construcción de su propio monumento funerario, allá lejos en el oeste, no pudo dedicar la menor atención a las desagradables noticias llegadas desde el miserable país de Amu, relatando que «las ciudades de los reyes estaban perdidas» y las tierras del faraón «en manos de los shabiros que saqueaban y destrozaban sus dominios». Tales eran los términos que empleaban los jefes y pastores en sus mensajes. Estos documentos, cuya relación en un babilonio algo defectuoso había hecho sonreír a algunos miembros de la corte, fueron echados a los archivos sin que siquiera el faraón hubiera dicho algo sobre las medidas que habían de ser tomadas contra los bandidos. Las gentes de Jacob podían vanagloriarse de haber escapado con suerte. Las ciudades vecinas, a las que aterrorizaba su extraordinario salvajismo, no emprendieron ninguna acción contra ellos. De este modo, Jacob, el Padre, después de haber ordenado una purificación general, y enterrado con sus propias manos, al pie de los árboles sagrados, los numerosos ídolos que, durante los cuatro años de su estancia habían penetrado en su campamento, pudo ponerse en camino sin ser inquietado. Se alejó de Shekem, lugar de horror, por encima del cual los buitres hacían sus ronzas, y, más rico que en el pasado, se fue hacia Beth-el.

Dina y Lía, su madre, iban las dos sobre el mismo camello, vigoroso e inteligente, suspendidas una a cada lado de la joroba, en serones preciosamente adornadas, con

un paño extendido sobre tallos de cañaveras que les evitaba el sol. Dina tiraba constantemente de este paño hacia ella, para permanecer a la sombra. Sus entrañas llevaban un fruto. Cuando su hora hubo llegado, parió un hijo, que los hombres decidieron abandonar. Consumida de cuidados y preocupaciones, se marchitó temprano. A los quince años, con su rostro pequeño y triste, tenía el aspecto de una vieja.

## Capítulo cuarto

---

### La huida

## Balido primordial

¡Terribles historias!... Jacob, el Padre, llevaba el peso de ellas y de su dignidad — igual que llevaba el peso de sus riquezas—, de las recientes como de las antiguas perdidas en la noche de los tiempos; el fardo de las historias y de la Historia.

La Historia se compone de acontecimientos llevados a cabo y de aquellos que no cesan de desarrollarse en el tiempo. Pero está hecha también de capas estratificadas superpuestas, incluida la que está bajo el suelo que pisamos; y cuanto más se hunden las raíces de nuestro ser en las capas insondables, en lo que reside afuera y por debajo de los límites físicos de nuestro yo, pero que a la vez lo determina y alimenta (de suerte que en nuestras horas de menor lucidez podemos hablar en primera persona, como si eso fuera parte integrante de nuestra carne), más cargada de significación está nuestra vida y más se acrece la dignidad del alma cautiva en nuestro cuerpo.

Entonces, Jacob, de regreso a Hebrón, a la que llamaban también Ciudad de los Cuatro, llegó bajo el árbol de la Sabiduría, plantado y consagrado por Abraham — aquel Abiram u otro, no se sabe cuál—, y volvió a la cabaña de su padre, después de un episodio aún más doloroso, del que se hablará a su tiempo. Isaac languideció y murió ciego y cargado de años, anciano que llevaba el nombre hereditario de Yitzchak, hijo de Abraham. A la hora sagrada de la muerte, en presencia de Jacob y de otros asistentes, en términos a la vez proféticos y confusos, con una voz alta e impresionante, habló de «sí» como de la víctima ahorrada por el cielo y de la sangre que debía ser considerada como la suya, la sangre del hijo auténtico, derramada para la redención de los pecados de todos. Poco tiempo antes de su fin, trató, y lo consiguió singularmente, de balar como un carnero. Su rostro exangüe ofreció con la fisonomía de dicho animal un parecido sorprendente, y, de pronto, los demás se dieron cuenta de que esta semejanza había existido siempre. Los asistentes quedaron asustados por esto y se prosternaron tan pronto como pudieron, para no ver al hijo transformarse en carnero; pero, comenzando a hablar de nuevo, Isaac le nombraba padre y dios. «Es necesario que un dios sea inmolado», balucía, usando una antigua expresión poética; y con la cabeza echada atrás, los grandes ojos abiertos y vacíos, los dedos separados, murmuró que todos debían celebrar un festín con la carne y la sangre del carnero inmolado, igual que antaño lo habían hecho Abraham el padre y él, su hijo, por el cual se había substituido el animal divino y paternal. «Ved, ha sido inmolado —hipaba en su delirio profético, sin que nadie osara mirarle—; el padre y la bestia en lugar del hombre y del hijo, y nosotros lo comimos. Pero en verdad os digo que él será sacrificado, el hombre y el hijo en lugar de la bestia, y en el puesto de Dios, y vosotros comeréis también». Baló una vez más, con mucha naturalidad, y expiró.

Todos permanecieron con la frente contra el suelo largo tiempo después que se hubo callado, dudando de si estaba verdaderamente muerto o si no iba a continuar con sus balidos y sus predicciones. Cada uno creía que sus entrañas se revolvían y que su corazón se soliviantaba; tanto las palabras y la actitud del agonizante dejaban impresión de algo originalmente impuro, de terriblemente antiguo, una santidad anterior a la santidad, algo que está hundido más abajo de los estratos civilizados, en las más olvidadas profundidades extrapersonales del alma, ésas en las que se abstenían de penetrar y que la muerte de Isaac ponía en la superficie, para el mayor malestar de los espectadores. Fantasmas y hedor del animal prehistórico que había sido su dios, del carnero, antepasado divino, tótem del clan del cual ellos habían salido. Otrora, en los tiempos impuros, habían derramado y bebido su sangre divina para fortificar el lazo que les unía con el animal-dios. Esto sucedió antes que llegara desde muy lejos Elohím, el Dios del más allá y de lo alto, el Dios del desierto y del apogeo lunar; habiéndoles elegido, Él había roto el nudo que los amarraba a su original naturaleza, se había unido a ellos por el anillo de la circuncisión y había creado en el tiempo una nueva era divina. He aquí por qué sentían náuseas ante el rostro de carnero de Isaac muriente y su balido. Jacob también sentía malestar; pero su alma estaba exaltada por la solemnidad del momento, mientras que, descalzo, cubierto de cenizas, pelado, presidía el entierro, cuidando de que todo se hiciera conforme a las costumbres, los llorones, los platos del sacrificio para los alimentos del muerto. Esaú le ayudaba, el macho flautista que había bajado desde su monte de las cabras para enterrar al padre, en la doble caravana; y en su modo pueril y desordenado, con la barba chorreando lágrimas, ululaba con los cantores y las cantoras: «¡Hoiadón!». Juntos, cosieron a Isaac en una piel de carnero, doblándole las rodillas, y así lo dieron en pasto al Tiempo, que devora a sus hijos para que éstos no se alcen por encima de él; no obstante, se ve obligado a vomitarlos para que revivan, como aquellos mismos niños en las mismas viejas historias. (Pues el Gigante que va a tentones no se da cuenta de que la madre, lista, no le ha dejado más que una especie de piedra envuelta en una piel de animal y no el hijo). «Lloremos a nuestro Señor». Este grito había resonado más de una vez sobre Isaac, la víctima ahorrada, y él mismo había revivido numerosas veces sus historias; tenía derecho, al narrarlas, a usar la forma personal; eran suyas, en parte, porque su ser retrocedía y se perdía en el pasado primordial, en parte porque el pasado se había reencarnado en él, haciéndose presente, y se repetía conforme al plan establecido. Así habían comprendido Jacob y todos los asistentes su pensamiento, cuando al morir, se había señalado otra vez como la víctima ahorrada: lo habían oído con las dos orejas, pero de una vez, lo mismo que nosotros escuchamos un discurso con las dos orejas y percibimos un objeto con los dos ojos; pero nuestra concepción del discurso y nuestra visión del objeto es una. Yitzchak, el anciano cargado de años, hablaba de un muchachuelo que había estado a

punto de ser inmolado; pero en cuanto a saber si se trataba de él o de un Yitzchak anterior, este punto importaba poco al pensamiento y al conocimiento; de cualquier modo, el niño destinado al sacrificio, aunque fuera Extraño a él, no podía ser extraño a su vejez, más alejado de él que el niño que antaño él había sido.

## El Rojo

**E**l alma de Jacob estaba, pues, soñadora y exaltada el día que su hermano y él enterraron a su padre; todas las historias de otrora se alzaban ante él y se hacían presentes en su espíritu, tales y como habían sido antaño un presente en carne y hueso, siguiendo un prototipo; le parecía ir errante sobre un suelo diáfano, hecho de innumerables capas de cristal, que descendía hasta el camino de lo insondable y entre cuyas capas ardían lámparas. Él se movía en la superficie, entre historias que su carne había conocido, el actual Jacob, y veía a Esaú, maldito por engaño, caminar de nuevo a su vera, como él conforme al tipo preestablecido, y era Edom, el Rojo.

Aquí está su personalidad netamente fijada, sin error; decimos «netamente» y «sin error», con reservas, pues la exactitud de nuestra definición es tan imprecisa, como la claridad lunar, dispensadora de espejismos. No estaría bien en nosotros, como tampoco en los personajes de esta historia, errar bajo su equívoco resplandor con aquel ingenuo aspecto al cual una soñadora expresión presta una apariencia de profundidad. Hemos contado cómo Esaú, el de la roja pelambre, había trabado en Beer-Sheba, desde su joven edad, relaciones con el país de Edom, la gente de la montaña de las cabras y del monte boscoso de Seír, y cómo más tarde, con sus hijos y su familia, con sus esposas cananeas: Ada, Ahalibama y Basnat, sus hijos y sus hijas, se había apegado completamente a ellos y convirtiéndose a su dios Kuzack. Este pueblo caprino existía, por tanto, no se sabía desde cuánto tiempo atrás, cuando Esaú, el tío de José, se alió con él. La tradición, y en particular la que recoge tardíamente la crónica, permanece en una impresión lunar, mágica y ambigua; no cesa, en el curso de las «bellas conversaciones» compuestas por las generaciones sucesivas, de llamarle. «Padre de los idumeos» y, por consiguiente, padre de la tribu de éstos, el macho cabrío ancestral de los hombres-cabras. Empero, Esaú no era ése ni aquél, no lo era personalmente; aunque la «bella conversación» lo considerase como tal y aunque, hasta cierto punto, él mismo compartiera esta creencia. El pueblo idumeo era mucho más antiguo que el tío de José, al que constantemente designamos así, porque es más prudente determinar su identidad refiriéndose a sus descendientes que a sus ascendientes. Los datos que poseemos sobre los orígenes de Bela, hijo de Beor, al que las tablas llaman el primer rey de Edom, no son más precisos que los referentes al antiguo reinado de Meni, en el país de Egipto, retroacción manifiesta en el tiempo. El Esaú actual no era el padre de la tribu de Edom, en el exacto sentido de la palabra; y si en los cantos se repite con insistencia, a propósito de él: «Él es Edom» y no «Él fue Edom», no es por apresuramiento por lo que esa afirmación se denuncia en presente, sino porque, por encima del individuo, engloba, fuera del Tiempo, todas las manifestaciones del tipo Esaú. Tanto desde el punto de vista histórico como

individual, el cabrón ancestral del pueblo caprino fue un Esaú infinitamente más antiguo, sobre los pasos del cual ponía el actual sus pasos, y aun las huellas dejadas por el primero habían sido repetidas veces pisadas de nuevo, de suerte que ni aun eran las mismas trazas de aquel de quien los relatos podrían haber afirmado con justeza: «Él fue Edom».

Aquí caemos en pleno misterio y perdemos pie; el misterio, o dicho de otro modo, el infinito del pasado, donde cada punto de partida se muestra ilusorio, término eternamente retrocediendo, cuya naturaleza misteriosa proviene del hecho de que su esencia no procede de la idea de extensión, sino de la esfera. En efecto, la extensión no es misteriosa; el misterio está en la esfera. Pero ésta se compone de complementos y correspondencias, al estar constituida de una doble mitad, un hemisferio superior y un hemisferio inferior —el celeste y el terrestre—, que acaban por formar un todo, de suerte que lo que está en lo alto está también abajo y lo que se lleva a cabo en la parte terrestre se cumple también en la parte celeste, por encontrarse ésta en aquélla. La correspondencia de estas dos mitades que yuxtapuestas forman un todo y se unen para formar una bola, equivale a un verdadero cambio, es decir, a un movimiento de rotación. La esfera da vueltas, fenómeno inherente a su naturaleza de esfera. Lo de arriba se pone abajo, y viceversa, tanto que se puede hablar de una ocurrencia de alto y bajo. No solamente el elemento terrestre y el elemento celeste se reconocen uno en otro, sino que, gracias al movimiento giratorio de la esfera, lo celeste se transforma en terrestre, y al revés, de donde resulta esa verdad de que los dioses pueden hacerse hombres, y los hombres dioses, a su vez...

Esto es tan cierto, que Osiris, el mártir, el despedazado, comenzó por ser un hombre, un rey de Egipto, antes de ser un dios; con una perpetua tendencia a ser hombre de nuevo. Todos los reyes de Egipto eran divinidades que habían tomado la forma humana; pero en cuanto a lo de saber si Osiris, al comienzo, fue dios u hombre, la cuestión es insoluble: para la esfera que da vueltas no hay comienzo.

No sucedió de otra manera con su hermano Set, que, como sabemos, fue su asesino y le hizo pedazos; se nos cuenta que este malvado tenía cabeza de asno e instintos belicosos; era cazador y enseñó el tiro de arco a los reyes de Egipto, en Karnak, cerca de la ciudad de Amón. Otros le llamaban Tifón, y desde hacía mucho tiempo le atribuían el hamsín, el viento quemador del desierto, el ardor del sol, hasta el mismo fuego, de suerte que se hizo después Baal-Amón, dios del calor solar incandescente; los fenicios y los hebreos le llamaban Moloch o Melech, rey-toro de los Baal, de quien la devorante llama consumía los hijos primogénitos de los animales y a quien Abraham estuvo a punto de sacrificarle a Isaac. ¿Quién podría sostener que Set-Tifón, el cazador rojo, no fue, en el origen y en el fin, un signo celeste, ni más ni menos que Nergal, el enemigo de los siete nombres, Marte el Rojo, el planeta de fuego?

Se podría afirmar con igual verosimilitud que, en el origen y en el final, fue un hombre, Set, el hermano del rey Osiris, a quien arrojó del trono y asesinó, después de lo cual se tornó dios y astro, y por cierto dispuesto siempre a retornarse hombre, según el ritmo de la esfera. Era las dos cosas a la vez y ninguna en primer lugar; hombre y astro divino, alternativamente, en un solo ser. He aquí por qué ninguna variedad del tiempo le convendría más que un presente fuera de los tiempos, en el que sería incluido el movimiento esférico. Por eso, con justicia, se dice de él siempre: 'Es el Rojo.'

Luego, si el arquero Set, desde el punto de vista celeste y terrestre, es intercambiable con Nergal-Marte, el planeta de fuego, es evidente que existen análogas correspondencias entre Osiris el Asesinado y el real planeta Marduk, aquel mismo a quien los ojos negros habían saludado al borde del pozo y que, bajo su forma divina, es llamado también Júpiter-Zeus. Se dice que su padre, Cronos, el gigante divino, devoraba a sus hijos y que Zeus debió a la astucia de su madre escapar a este destino; con su hoz castró a Cronos, le echó del solio y ocupó su puesto. He aquí un indicio para los que no gustan de pararse a medio camino en el descubrimiento de la verdad. Revela claramente que Set o Tifón no fue el primero que mató a un rey; que el mismo Osiris debía su soberanía a un asesinato y que, hecho rey a su vez, sufrió la suerte que él había infligido al otro cuando era Tifón. Porque —y en esto reside en parte el misterio de la esfera— la unidad del individuo puede, gracias al movimiento giratorio, ir a la par con la alternación de los papeles y los caracteres. Se es Tifón durante todo el tiempo que se vive a la espera, rumiando proyectos de muerte; pero, llevado a cabo el acto, se es rey, en la clara majestad del triunfo; y la fisonomía y el papel de Tifón pasan a otro. Mucha gente sostiene que fue Tifón el Rojo y no Zeus el que derribó y mutiló a Cronos; la discusión es ociosa, pues desde el punto de vista giratorio todo vuelve a lo mismo: Zeus es Tifón antes de su victoria. Pero igualmente sujeto a rotación perpetua está el cambio de relaciones entre padre e hijo. No es siempre el hijo el que sacrifica a su padre. Por inversión, el papel de víctima puede ser de su incumbencia en cualquier momento y sucederle que sea matado por su padre. Así con Tifón-Set bajo los golpes de Cronos. El Abram primordial lo sabía, pues se preparaba a inmolar su primogénito al rojo Moloch; había adquirido la melancólica certidumbre de que le era necesario conformarse con esa historia y ese esquema. Empero, Dios lo impidió. Hubo un tiempo en que Esaú, el tío de José, iba a visitar asiduamente a su propio tío, Ismael, el hermanastro despreciado de Isaac; iba a visitarle con frecuencia a su infierno del desierto, y ambos forjaban atroces planes, de los que se hablará más adelante. Aquella atracción recíproca no era efecto del azar, y ya que hablamos del Rojo, conviene también mencionar a este otro. Su madre se llamaba Agar, que significaba la errante, y cualquiera hubiérase tentado de mandarla al desierto, nada más que por justificar su nombre; pero el verdadero

pretexto del destierro fue Ismael. Sus inclinaciones malditas se manifestaron en todo tiempo y demasiado claramente para que se pensara en guardarle siempre bajo la luz de lo alto, reservada a los que son agradables al Señor. Escrito estaba que era «burlón». No en el sentido de que fuese mal hablado, motivo que no hubiera sido suficiente para hacerle indigno de habitar la esfera superior. «Burlón», en este caso, puede ser interpretado como «jocoso». Sucedió que Abraham, mirando «por la ventana», sorprendió a Ismael que se dedicaba a juegos infernales con Isaac, su joven hermanastro, y esto no dejaba de ser peligroso para Isaac, el hijo auténtico, pues Ismael era bello como la puesta del sol en el desierto. De este modo, el futuro padre de numerosa posteridad halló el medio de tomar una determinación. Las relaciones entre Sara y Agar habían sido siempre malas. Ésta había hecho gala y lucido su maternidad ante la esposa entonces estéril, y ya una vez se había visto obligada a huir ante los irritados celos de Sara, que constantemente trataba de hacer expulsar a la egipcia y su retoño, basándose en que el orden de sucesión no había sido establecido todavía entre el mayor, hijo de la concubina, y el pequeño, salido de la familia legítima. También había posibilidad de que Ismael heredara junto con Isaac, o que le suplantara, idea insoportable para el amor maternal de Sara, siempre alerta, y desagradable para Abraham; el espectáculo que acababa de ver le decidió. Mandó a la arrogante Agar que partiera acompañada de su hijo, le dio un poco de pan y agua para que saliera por esos mundos, sin pensamiento de retornar. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? ¿Era menester que Isaac, la víctima salvada, acabara siendo víctima del ardiente Tifón?

Comprendamos el sentido de nuestra interrogación: suena como ofensiva para Ismael, pero con motivos. El príncipe del mal estaba en él y hay necesidad de aclarar algo: en el camino que seguía, huellas de pasos anteriores se marcaban, medrosas. Un ligero cambio en la primera sílaba de su nombre bastaría para poner en claro su orgullosa significación. El hecho de que en el desierto llegara a ser un espléndido tirador de flechas no ha dejado de impresionar a los doctores, que le han comparado con un onagro, el animal de Set-Tifón, el asesino, el mal hermano de Osiris. Sí: es el Malvado, el Rojo, y Abraham lo echó para alejar a su hijo bendito de los arranques ardientes y perversos del expulsado; pero cuando Isaac fecundó el seno de una mujer, el Rojo volvió para revivir su historia a la vera de Jacob, el Agradable. En efecto, Rebeca puso en el mundo un par de mellizos, «la hierba perfumada y la planta espinosa», ésta, Esaú, el de la roja pelambreira, sobre quien sabios y doctores han arrojado las más violentas invectivas, merecidas por su personalidad adocenada y burguesa. Le han llamado serpiente, Satán, puerco, y jabalí, aludiendo al verraco que desgarró las carnes del pastor y dueño, en los barrancos del Líbano. La docta irritación le califica claramente de «dios extraño», con el fin de que, a pesar de lo bonachón de su persona campechana, nadie dude del papel que le está atribuido en el

movimiento giratorio de la esfera.

La esfera da vueltas. Sucede que, a veces, dos seres absolutamente distintos, el Rojo y el Bendito, son padre e hijo; y que el hijo mutila a su padre o el padre sacrifica a su hijo. Pero también sucede con frecuencia el hecho de que sean hermanos —y nadie sabe lo que éstos fueron en el principio—, hermanos como Set y Osiris, Caín y Abel, Sem y Cam; asimismo, puede acontecer que formen, de a tres, dos parejas: la del padre y el hijo por una parte, y la de los dos hermanos por otra. Pues Ismael, el asno salvaje, está situado entre Abraham e Isaac. Para el primero es el hijo de la hoz, y para el segundo, el hermano rojo. ¿Quería Ismael mutilar a Abraham? Seguramente, ya que arrastraba a Isaac hacia un amor infernal; y si Isaac no hubiera fecundado el seno de una mujer, ni Jacob ni sus doce hijos hubieran nacido, ¿qué se habría hecho de la promesa de una innumerable posteridad y del nombre de Abraham que significa: «Padre de mucha gente»? Así caminaban de nuevo, en su actual envoltura de carne, como Jacob y Esaú. Y si Esaú, el tardo de inteligencia, no dejaba de conocer el cometido para que estaba señalado, ¿cómo no lo sabría Jacob, instruido y razonador como era?

## La ceguera de Yitzchak

La mirada oscura e inteligente de Jacob, ya un tanto fatigada, se posaba turbada y débil sobre el cazador, su mellizo, mientras le ayudaba a enterrar al padre; las pasadas historias renacían en él, haciéndose presentes y cargadas de ensueños. Volvía a ver su infancia y cómo la decisión, por largo tiempo no tomada, había concluido por una bendición y una maldición y todo lo que a éstas había seguido. Sus ojos permanecían secos mientras rememoraba: de vez en cuando su pecho temblaba, cansado por el peso angustioso de la vida, y un suspiro débil salía de él. Esaú lloriqueaba y gemía, no porque tuviera mucho que agradecer al viejo, a quien estaba cosiendo dentro del sudario, puesto que no le debía más que la maldición que le había arrojado al desierto, único lugar donde permaneció. Empero, el padre había sufrido una gran tristeza por todo aquello; así se lo figuraba, a lo menos, Esaú, y esta convicción le era tan necesaria como la vida. Sentía necesidad de oírsele decir, aunque fuera él mismo con su propia boca, y diez veces, mientras cumplía su deber, dando sorbetones y limpiándose las narices, intercalaba reflexiones entre sus gemidos:

—A ti, Jekev, era la mujer la que te quería; a mí, quien me quería era el padre; comía con gusto de lo que yo cazaba, no hay que dudarlo. Decía: «¡Mi primogénito del pelo erizado, lo que tú has matado y puesto al fuego para mí, es lo más sabroso! ¡Sí, me como con gusto lo que tú me traes, pelirrojo mío, y gracias por tu atención incansable! Tú has sido siempre mi hijo mayor y yo te lo pagaré». Esto era lo que decía, y no otra cosa, centenares y miles de veces. Pero a ti, la mujer te prefería y te decía: «¡Mi pequeño Jekev, mi elegido!». Y los dioses no ignoraban que el amor de una madre es más dulce almohada que el amor de un padre; ¡yo sé algo de eso!

Jacob callaba. Pero Esaú seguía profiriendo, entre sollozos, las palabras que su alma estaba sedienta de escuchar:

—¡Ay! ¡Ay! ¡El susto que pasó el viejo cuando llegué yo, después de ti, a llevarle la comida que le había preparado para fortificarle y que me diera la bendición, y se dio cuenta de su chasco! Su terror no tuvo límites y repetía: «¿Pero quién era entonces ese cazador, quién era? ¡Quedaría bendecido para siempre, pues utilicé todas mis fuerzas para darle la bendición! Esaú, Esaú, ¿qué vamos a hacer ahora?».

Jacob seguía callado.

—¡Habla, piel lisa! —gritó Esaú—. ¡No guardes ese silencio egoísta y no aparentes, con tu mutismo, una delicadeza que no tienes! ¡Me pones fuera de mí! Eh, ¿no es cierto que el viejo me amaba y que su terror no tuvo límites?

—Tú lo has dicho —contestó, y Esaú tuvo que contentarse con esa respuesta. Pero el asunto no se hacía más claro con esto, ni perdía complejidad. Quedaba exacto a medias, equívoco. Si Jacob tan pronto se callaba como respondía con monosílabos,

no era por falta de franqueza ni por malicia de su parte; esquivaba complicaciones difíciles de resolver por medio de palabras agresivas y de sensiblerías, esas sensiblerías propias del carácter de Esaú, que trataba de ilusionarse, como sobreviviente, de haber mantenido las mejores relaciones con el fallecido. Posible era que Isaac se hubiese aterrorizado cuando llegó Esaú y que pensara, temeroso, que un extranjero cualquiera se hubiese puesto ante él a favor de la obscuridad, un impostor con el que no tenía él nada en común, y le hubiera arrancado la bendición, desgracia sin duda considerable. Pero ¿habría sido su temor tan sincero y vivo de haber sabido que Jacob era quien había precedido a Esaú y recibido la bendición? Arduo problema cuya solución no dependía exclusivamente de las necesidades afectivas de Esaú, y que puede ser mirado desde el mismo punto de vista que este otro: ¿Estaba repartido el amor de los padres tan simplemente como lo quería ver Esaú: mi pequeño Jekev, por un lado, y mi peludo rojizo, por otro? Jacob tenía motivos para dudarle, aunque no le cayera en ganas deshacerse en lágrimas delante de Esaú.

Más de una vez, cuando estaba acurrucado junto a su madre, el más joven la oía contar cuánto le había pesado, durante el mes que precedió a su nacimiento, el fardo de los dos gemelos; cómo, con el cuerpo deformado, apenas podía mantenerse de pie y casi se arrastraba, jadeando, sufriendo los cuerpos de los mellizos en su vientre, mientras ellos luchaban a ver quién salía primero. Ella aseguraba que el Dios de Isaac tenía intención de que él, Jacob, naciera antes; pero que Esaú se las había compuesto de tal modo que Jacob había quedado en segundo término, por gentileza y civilidad, tal vez convencido de que, entre mellizos, una leve diferencia de edad no tenía importancia y que sólo contaría la preeminencia moral, demostrada, por ejemplo, en cuál de los dos vería el humo de su sacrificio elevarse recto hasta el Señor, cosa que no podía ser hasta que hubieran nacido. El relato de Rebeca parecía probable. Seguramente Jacob podía haberse conducido de esa manera y hasta él creía recordar que así había sucedido. Mas las palabras de la madre revelaban, además, que los padres jamás habían considerado como decisiva la breve anticipación de Esaú, debida a su obstinación al nacer. Los jóvenes tuvieron que esperar hasta la edad viril, hasta el día fatídico en que la bendición fue otorgada, pues hasta aquel momento permaneció todo en el aire. La querrela de Esaú tenía fundamento cuando se dirigía contra una decisión tomada en contra suya, pero no considerada como una arbitraria injusticia.

Durante largo tiempo, por lo menos a ojos de su padre, el derecho de primogenitura efectivo había inclinado la balanza hacia él, lo bastante para compensar la antipatía que su carácter inspiraba —y hay que entender por carácter, en este caso, tanto sus particularidades espirituales como físicas—, hasta el día en que esto se acabó. Su cuerpo, desde el nacimiento, estaba completamente cubierto de pelo rojo, como un cabrito de Persia, y su mandíbula provista de una dentición completa, señales inquietantes, de las que Isaac se esforzaba en sacar un presagio glorioso. Éste

tomaba con frecuencia el partido del mayor y contribuyó a conservar durante años en la mente de Esaú la creencia, dulce para él, de que era su propio hijo, al paso que Jacob era el predilecto de la madre. Decía que el desdentado de pellejo suave, de aspecto enfermizo, hacía cifrar pocas esperanzas, mientras que el brutal anunciaba disposiciones heroicas, propicias para hacerse señalar ante el Señor. Pero Isaac se esforzaba en pensar esto, por decirlo así. Una especial suavidad emanaba del hijo menor que sonreía, pacífico y tranquilo, mientras el mayor se despepitaba en rabietas insoportables, con las cejas terriblemente enarcadas. Pero el padre repetía día por día, maquinalmente, tales afirmaciones sentenciosas, incluso cuando su voz temblaba de ira contenida, al ver a Esaú que con sus odiosos dientes precoces hería cruelmente los pechos de Rebeca, cuyas dos puntas no tardaron en transformarse en llagas inflamadas; lo cual hizo necesario que Jacob fuera también criado con leche de cabra, diluida en agua.

—Será un héroe —decía Isaac, entonces— mi hijo mayor. Pero el tuyo, el de la piel lisa, hija de Batuel, ¡corazón de mi corazón!

Al decirle corazón de mi corazón, rendía homenaje al hijo encantador y guardaba al rudo para sí. ¿Hacia cuál de los dos iban, pues, sus preferencias? A Esaú. Lo han afirmado después los pastores en sus cantos, y ya en su tiempo el país entero estaba persuadido de ello: Yitzchak ama a Esaú y Rebeca a Jacob. Tal era la opinión general que Isaac había creado y que mantenía por medio de sus discursos: un pequeño mito en el centro de otro mito mayor y más importante, pero, en el fondo, de tal oposición con el mito más grande, que la ceguera de Yitzchak se produjo.

Todo esto nos lo podemos explicar dándonos cuenta de que la interpenetración del alma y del cuerpo es más honda, el alma más carnal y la influencia del alma sobre lo físico más extensa de lo que se ha creído durante mucho tiempo. Cuando Isaac murió, estaba ciego, o tanto como ciego, esto es indudable. Pero durante la infancia de los gemelos no se habían alterado hasta un grado tal las facultades visuales del padre, y si, cuando los niños se hicieron mozos, su enfermedad se agravó considerablemente, el motivo fue que durante largos años no se había cuidado de estas facultades y no las ejercitaba, ahorrándolas demasiado, tapando sus ojos con una venda, con el pretexto de una predisposición a la conjuntivitis y las cataratas, muy frecuentes en aquellos lugares (Lía y muchos de sus hijos sufrieron de eso durante toda su vida); pero, en realidad, por disgusto. ¿Es posible que un hombre pierda la vista o ande tan ciego como Isaac durante su vejez, porque no le guste ver, porque ver sea para él un sufrimiento, porque se encuentre mejor en una obscuridad propicia al cumplimiento de ciertas cosas llamadas a cumplirse? Sin afirmar que tales causas produzcan tales ciertos, nos limitamos a señalar dichas causas.

Esaú era de una precocidad animal. Casi niño, casó varias veces con hijas de Canaán, con mujeres hititas o hevianas, como se sabe; primero Judit y Ada, y después

Ahalibama y Basnat. Instaló a estas mujeres bajo las tiendas de su padre, las fecundó y las dejó practicar libremente el culto de sus ídolos y de la naturaleza, ante los propios ojos de sus parientes, con tanta más indiferencia cuanto que él mismo no se daba cuenta del noble legado cedido por Abraham. Manteniendo relaciones de caza y de creencias con los seirim del sur, se prosternaba ostensiblemente ante Kuzack tonante; hechos todos éstos que, según los cantos y la tradición, fueron para Isaac y Rebeca un gran «tormento del corazón». Para ambos lo era, pero más para Isaac, forzosamente, que lo sintió más que su hermana-esposa, aunque ésta expresara en voz alta su reprobación, mientras Isaac se callaba. Y cuando hablaba, era para decir: «El Rojo es mío. Mi afecto va hacia el mayor». Empero, Isaac, el portador de la bendición, encargado de guardar aquel conocimiento de Dios que era la conquista de Abraham; Isaac, en quien su familia espiritual saludaba al hijo del Caldeo y su reencarnación, sufría cruelmente con lo que veía, o cerraba los ojos para no ver; sufría por su debilidad, que le impedía poner fin a este desorden, arrojando a Esaú al desierto, como se había hecho antaño con Ismael, el tío de salvaje belleza. Le detenía el pequeño mito, la indiscutible mayoría de Esaú; y la indecisión de no saber cuál de los dos gemelos sería el llamado, el elegido, hacía que la balanza se inclinara en favor de Esaú. Por esto se quejaba Isaac de sus ojos, de su hinchazón, de la quemazón de sus párpados, de que su vista estaba oscurecida como la luna al ocaso; he aquí por qué decía que la luz le hería y buscaba la obscuridad. ¿Vamos a pretender que Isaac «se hizo ciego» para no ver el culto que sus nueras rendían a los ídolos? Ah, no era ese espectáculo el que más ofuscaba sus ojos y le hacía desear una ceguera, por la cual solamente se podría cumplir lo que había de cumplirse.

Cuanto más crecían los muchachos, más claramente se dibujaban las líneas del «gran» mito, a la vera del cual el «pequeño» mito, a pesar de todos los argumentos paternales en favor del mayor de los hijos, tomaba cierto aspecto forzado, de algo inadmisibile; y más claramente se afirmaban las personalidades de los dos hermanos, las trazas que seguían y las historias que continuaban, el rojo y el pulido, el cazador y el sedentario. El mismo Isaac había formado con Ismael, el onagro, una pareja fraternal, pero no había sido Caín, sino Abel; no Cam, sino Sem, Osiris y no Set; Yitzchak, el hijo auténtico, y no Ismael; ¿cómo, en estas condiciones, hubiera podido, viendo con sus dos ojos, sostener que prefería a Esaú, como lo quería el rumor público? He aquí por qué su vista se debilitaba como la luna en su ocaso y por qué se mantenía en la obscuridad, para ser burlado lo mismo que Esaú, su hijo mayor.

## La gran farsa

**E**n realidad, nadie fue burlado; ni aun Esaú. Pues aunque es harto escabroso hablar de gentes que no sabían a ciencia cierta quiénes eran, y aunque el mismo Esaú no lo concebía muy exactamente y, tomándose a veces por el macho cabrío ancestral de la gente de Seír, hablaba de él en primera persona, esta confusión ocasional no se aplicaba más que a lo individual y transitorio; y provenía de que todo el mundo, incluso Esaú, de quien se ha dicho adrede que era, a su manera, tan piadoso como Jacob, conocía la identidad de cada cual en cuanto mito y tipo, fuera del tiempo. Esaú lloró y rabió después de la «tomadura de pelo», tramó contra su bendito hermano maquinaciones aún más negras que las de Ismael, otrora, contra el suyo; no hay duda de que conspiró con Ismael para atacar contra la vida de Isaac, como contra la de Jacob; pero esto caía dentro del carácter de su cometido, de su papel por desempeñar. Sabedor de que todo acontecimiento es, a la vez, una realización, un término, comprendía que todo lo que había pasado estaba de acuerdo con un plan preestablecido desde siempre y que no se producía por vez primera, sino de una manera ritual, según un modelo dado de antemano, y retornaba a ser presente como cuando se celebra una fiesta, con la periodicidad de una fiesta. Pues Esaú, el tío de José, no era ni mucho menos el antepasado de Edom.

Cuando la hora llegó y los hermanos se acercaban a la treintena, Yitzchak, desde la noche de su tienda, despachó en busca de Esaú a su servidor, un joven esclavo a quien le faltaba una oreja que le habían arrancado como castigo de numerosas indiscreciones —castigo que había contribuido, por cierto, a corregirle notablemente—. El mensajero llegó ante el hijo mayor, que trabajaba en los campos con sus servidores, y cruzando sus brazos ante su moreno pecho le dijo: «El amo pide que vaya, mi señor». Esaú se quedó como si hubiera echado raíces y su rojo semblante palideció bajo el sudor que le cubría. Murmuró la fórmula de obediencia: «Heme aquí», pero en el fondo de su alma pensó: «Ya llegó la hora», y esa alma se desbordaba de orgullo, de terror, de un solemne tormento.

Abandonando los asoleados trabajos de los campos, se fue hacia su padre, a quien halló tendido en la obscuridad, con dos compresas húmedas sobre los párpados. Se inclinó y dijo:

—¡Mi señor, me ha llamado! Isaac respondió con tono doliente:

—Es la voz de mi hijo Esaú. ¿Eres tú, Esaú? Sí, te hice llamar, pues ha llegado el momento. Acércate, hijo mío, el mayor, que quiero asegurarme de que eres tú.

Esaú se arrodilló sobre su delantal de cuero de cabrito, junto al lecho, y sus ojos se clavaron sobre las compresas como si hubiera querido ver, a través de ellas, los ojos de su padre. Isaac le palpó los hombros, los brazos y el pecho, y luego dijo:

—Sí, éstos son los tufos y la pelambreira roja de Esaú. Lo veo con mis manos que

han aprendido, mal que bien, a reemplazar a mis debilitados ojos. Escúchame, hijo mío, y aguza el oído para recoger la palabra de tu padre ciego, pues la hora ha llegado. Ya ves cómo estoy cargado de días y de años, hasta el punto de que pronto caeré bajo su peso; y así como ha declinado mi vista, es seguro que iré declinando todo entero y desapareceré en lo negro, ya que mi vida es noche y nada puedo ver. Así, para no morir antes de haber dado mi bendición y transmitido mi fuerza y mi herencia, se hará como se solía hacer. Ve, hijo mío, toma tu arco, que con tanto vigor has manejado ante el Señor, y por valles y estepas busca algo que cazar. Con lo que hayas cazado hazme uno de esos platos que tanto me gustan, cocido en leche agria sobre fuego vivo y finamente sazonado, y tráemelo, para que coma y beba y se fortifique el alma de mi cuerpo y yo te bendiga con manos que vean. Ésta es mi voluntad. ¡Ve!

—Ya está hecho —murmuró Esaú, por decir algo. Permaneció de hinojos e inclinó muy baja su frente, mientras que los ciegos ojos contemplaban fijamente el vacío por encima de su cabeza.

—¿Estás ahí todavía? —preguntó Isaac—. Por un momento creí que te habías ido, cosa que no me hubiera extrañado; pues tu padre está acostumbrado a que cada cual se precipite, por cariño o por temor, a ejecutar sus órdenes.

—Ya está hecho —repitió Esaú. Y se fue.

Pero después de haber alzado la piel de animal que cerraba la salida de la tienda, la dejó caer, volvió sus pasos, se arrodilló de nuevo junto al lecho y dijo con voz temblorosa:

—¡Padre mío!

—Cómo, ¿todavía estás ahí? —preguntó Isaac, y sus cejas se alzaron mucho sobre las compresas—. Bueno —continuó—, ve, hijo mío, que la hora es importante para ti, importante para todos nosotros. Vete a cazar y tráeme la caza, para que yo te bendiga.

Salió Esaú, arrogante, lleno de orgullo que le producía aquella hora, y a todos cuantos podían oírle hacía saber, en voz alta, el honor que ahora le conferían. Porque las historias no se crean de golpe y porrazo, sino que se tejen hilo a hilo y se desarrollan por capas, y sería un error creerlas lamentables de un extremo al otro, con el pretexto de que han terminado mal. Historias que han terminado mal han tenido también su minuto de gloria y no hay que considerarlas solamente desde el punto de vista del desenlace, sino bañadas en la luz que les conviene; sus instantes sucesivos no tienen menor importancia que su epílogo. He aquí por qué Esaú estaba satisfecho, en aquella hora que era la suya, y gritaba con voz retumbante:

—¡Oíd, gente de la casa, hijos de Abram y turiferarios de Ja; escuchad, vosotras también, adoradoras de Baal, esposas de Esaú, así como vuestra prole, fruto de mis fuerzas! ¡Es la hora de Esaú! ¡Hoy mismo el amo bendecirá a su hijo! Isaac me envía

por valle y llanura, para que mi arco y mis flechas le procuren un alimento que le dará fuerza para mi mayor bien. ¡Prosternaos!

Y mientras los más cercanos, que le oían bien, caían con el rostro en tierra, Esaú vio a una sirvienta corriendo tan aprisa, que sus pechos daban saltos.

Desalentada, la mujer iba a anunciar a Rebeca las jactancias de Esaú. Después, aún más sofocada por sus carreras sucesivas, fuese a buscar a Jacob, que guardaba sus corderos en compañía de un perro de puntiagudas orejas, llamado «Tam». Apoyado en su alto cayado curvo, estaba sumido en Dios. Con la frente sobre la hierba, la sirvienta dijo anhelante: «Nuestra dueña...». Jacob la miró y después de un largo silencio respondió: «Heme aquí». Pero durante aquella pausa pensaba en su alma: «¡Llegó la hora!». Y el alma se desbordaba de orgullo, de terror y de solemnidad.

Dejó su cayado a «Tam» y fuese a buscar a Rebeca, que le esperaba con impaciencia.

Rebeca había sucedido a Sara. Era una matrona con largos zarcillos de oro, de estatura imponente y fuertemente constituida; sus grandes rasgos guardaban aún las trazas de una belleza que antaño puso en peligro a Abimelec de Guerara. Entre sus cejas, muy arqueadas alargadas por un toque de lápiz de plomo, dos arrugas enérgicas se marcaban; la mirada de los ojos negros era despierta y firme; su nariz vigorosa y viril, de anchas ventanillas, dibujaba una atrevida curva; su voz era profunda y llena y un oscuro y ligero bozo sombreaba su labio superior. Sus cabellos, separados en mitad por una raya, formaban espesos racimos de rizos negros y plateados, sobre su frente recubierta por un ancho velo castaño que le caía por la espalda; sus hombros ambarados, en los que la edad había respetado la redondez, igual que en los brazos de noble forma, emergían desnudos de la túnica de lana rameada, sin cinturón, que le bajaba hasta los tobillos. Con un ademán de rápido reproche, sus manos pequeñas, de venas muy señaladas, se habían mezclado a las manos de las mujeres, agrupadas en torno del telar clavado en tierra; con los dedos y la lanzadera, entrecruzaban los hilos de lino transversales con los hilos longitudinales; pero Rebeca, interrumpiendo el trabajo, echó fuera a las servidoras y esperó a su hijo en el interior de su tienda, tapizada con tejidos en pelo de animal y con el suelo cubierto de tapetes.

Se dirigió hacia Jacob, que entraba respetuosamente:

—Jekev, hijo mío —le dijo con voz baja y profunda, apoyando contra su pecho las manos alzadas de su hijo—, la hora ha llegado; el Amo quiere bendecirte.

—¿Bendecirme a mí? —preguntó, palideciendo, Jacob—. ¿A mí, y no a Esaú?

—A ti en él —dijo Rebeca con impaciencia—. No es tiempo de andarse en rodeos. No hables, no razones y haz lo que yo te diga para evitar todo error y prevenir cualquier desgracia.

—¿Qué es lo que manda mi madrecita, para la que yo vivo como cuando estaba

en su seno? —interrogó Jacob.

—Escucha —dijo ella—. Él le ha ordenado que vaya a buscar caza para prepararle un manjar a su gusto, que le dará fuerzas para la bendición. Tú podrás hacerlo mejor y más aprisa. Corre hasta los rebaños, coge dos cabritos, mátalos y tráemelos. Con el mejor de los dos, aderezaré al padre un plato del que no dejará ni pizca. ¡Anda!

Jacob temblaba y no dejó de temblar hasta el fin. Sólo en algunos momentos, a duras penas evitaba el castañeteo de sus dientes. Dijo:

—¡Misericordiosa madre de los hombres! Cada una de tus palabras es para mí como la palabra de una divinidad. ¡Pero lo que estás diciendo es terriblemente peligroso! Esaú es completamente velludo y tu hijo tiene la piel lisa, poco más o menos. Si al señor se le ocurriera tocarme y sintiera mi piel lisa, ¿qué actitud tomaría yo ante él? ¡Sería exactamente como si hubiera querido engañarlo y atraería sobre mí su maldición, en vez de su bendición, antes de haber tenido tiempo para reflexionar!

¡Ya empiezas a entrar en sutilidades! —dijo ella imperiosamente—. Que la maldición caiga sobre mi cabeza. Yo tendré cuidado. Anda y tráeme los cabritos; un error es posible...

Ya corría Jacob y a toda prisa, ganaba la cuesta no lejos del campamento por donde pasaban las cabras, y tomó dos cabritos nacidos en la primavera, que saltaban en torno a su madre, y los degolló, diciendo a los guardianes que eran para el ama. Dejó que la sangre subiera en humo hacia Dios, se los cargó a cuestras atándolos por las patas de atrás y volvióse con el corazón palpitante. Colgaban a mitad de su espalda, encima de su camisa, con sus cabecillas todavía infantiles, sus anillados cuernecillos, abiertos los hocicos, vidriados los ojos, prematuramente sacrificados a un gran destino. Rebeca esperaba de pie, haciendo señas.

—Pronto —dijo—. Todo está preparado.

Bajo su tienda, en el hogar de piedra, ardía ya el fuego, debajo de una marmita de bronce, y allí estaba todo lo que era menester para la cocina y el aderezo. Tomó la madre los cabritos y comenzó en seguida a despellejarlos y despedazarlos; se afanaba ante el ara inflamada, con un tenedor en la mano, removiendo, sazonando, y el silencio había caído sobre ellos durante estos preparativos. Mientras que los manjares se cocían, Jacob la vio sacar de su cofre unos vestidos plegados, una camisa y una túnica, los trajes de fiesta de Esaú, los cuales reconoció Jacob, palideciendo de nuevo. Rebeca tajó en pedazos, con un cuchillo, las pieles de los cabritos, aún húmedas y sangrientas en el interior. Él tembló al ver esto, pero ella le mandó que se quitara su amplia camisa de medias mangas, la que llevaba todos los días en aquella estación, y colocó sobre sus pulidos y temblorosos miembros la corta camisa de su hermano, luego la fina vestidura de lana azul y roja que no tapaba más que un hombro y dejaba los brazos al descubierto. Y dijo en seguida: «Listo; ven por acá». Sus labios se

movían para murmurar palabras ininteligibles y sus arrugas enérgicas se acentuaban entre sus cejas. En cualquier parte donde él tuviera la piel sin vello, en torno al cuello, en los brazos, en las piernas, en el envés de la mano, enrolló bandas de piel de cabrito, sujetándolas con hilo, aunque sin necesidad de éste ya se adherían de una desagradable manera. Y murmuró: «Envuelvo a mi hijo, envuelvo a mi chiquillo, cambiado sea mi hijo, transformado mi niño, por la virtud del pellejo»; y añadió, murmurando también: «Envuelvo a mi niño, envuelvo al señor, que el señor lo palpe, que el padre coma, eres tú a quien habrán de servir los hermanos del abismo».

Con sus propias manos le lavó los pies, como lo hacía cuando era pequeño, y después, con un óleo, que embalsamaba con el olor de los campos y de las flores de los campos, y que era el que usaba Esaú, ungió su cabeza y los pies recién lavados, diciendo entre dientes:

—Unjo a mi hijo, unto la piedra; ojalá que el ciego coma y, a tus pies, a tus pies caerán los hermanos del abismo.

Y dijo también: «Ya está hecho», y mientras que él se levantaba con torpeza, extraño bajo la envoltura de animal, con los brazos y las piernas separados, castañeteando los dientes, ella dispuso la carne especiada en la escudilla, le añadió pan de centeno y aceite claro como el oro, para mojar el pan en él, un jarro de vino, y lo puso todo en las manos y brazos de Jacob, diciéndole: «Y ahora, emprende tu camino».

Jacob se encaminó, todo cargado, temblando de que no fueran las malditas pieles a desprenderse de los hilos que las sostenían. Su corazón latía fuertemente, sus facciones se crispaban, bajaba los ojos. Muchos servidores que le vieron atravesar el patio, saludaron alzando una mano y haciendo chasquear la lengua; luego besándose las puntas de los dedos, decían: «Ahí va el amo». Llegó ante la tienda de su padre, y poniendo la boca contra la cortina, dijo:

—Soy yo, padre mío. ¿Das permiso a tu criado para que pise el suelo de tu tienda?

Desde el fondo de la habitación, se dejó oír la voz doliente de Isaac:

—¿Quién eres tú? ¿No serás un bandolero, hijo de bandolero, para presentarte ante mi cabaña diciendo «yo» cuando hablas de ti? No importa quién puede decir «yo»; la cuestión es saber quién lo dice.

Jacob respondió, apretando los dientes para impedir que entrechocaran:

—Es tu hijo el que dice «yo». Y te trae el producto de la caza que ha conseguido.

—Eso ya es diferente —replicó Isaac, desde el interior—. En ese caso, entra.

Jacob penetró a la semiobscuridad de la tienda; al fondo, sobre un poyo de arcilla alzado y recubierto, Isaac yacía, envuelto en su manta; paños húmedos cubrían sus ojos y una almohada provista de un semicírculo de bronce sostenía su cabeza. Volvió a preguntar:

—¿Quién eres, entonces, tú?

Con voz desfalleciente, Jacob respondió:

—Soy Esaú, el hirsuto, tu hijo mayor; hice lo que me ordenaste. Siéntate, padre mío, y fortifica tu alma; te traigo de comer.

Pero Isaac no se sentó todavía. Preguntó:

—Cómo, ¿tan pronto has hallado caza? ¿Se han precipitado los animales ante tu arco?

—El Señor, tu Dios, me ha concedido una caza feliz —respondió Jacob. No conseguía articular más que unas cuantas sílabas. Lo demás se perdía en un murmullo. Sin embargo, dijo «tu Dios», pensando en Esaú, puesto que el dios de éste no era el mismo de Isaac.

—¿Qué me sucede? —interrogó Isaac—. Tu voz es incierta, Esaú, hijo mío, y suena como la voz de Jacob.

De puro espanto, Jacob no halló qué responder; temblaba. Pero Isaac dijo con bondad:

—Las voces de los hermanos son, sin duda, parecidas y las palabras que salen de sus bocas tienen algo de semejanza y similar entonación. Ven, que yo te toque y mire con mis manos que ven, si eres tú Esaú, mi hijo mayor, o no lo eres.

Jacob obedeció. Puso en el suelo cuanto su madre le dio para que llevara, se acercó y se presentó para ser palpado. Y ya de cerca, observó que su padre había sujetado sólidamente los pequeños trapos que le cubrían los ojos, para impedirles caer cuando se sentara, exactamente como acababa Rebeca de sujetar las desagradables pieles.

Las manos de Isaac, con sus falanges afiladas, buscaron por el aire antes de encontrar a Jacob. Cuando los delgados y pálidos dedos dieron con él, se pasearon a tentones por todos los lugares que las vestiduras no disimulaban, por el cuello, los brazos, las manos, y descendieron a lo largo de las piernas, encontrando por todas partes la piel velluda del cabrito.

—Sí —dijo—. Evidente, esto me persuade de que ésta es la pelambre, los tufos rojos de Esaú, lo veo con mis manos que ven. La voz es la voz de Jacob, pero estos pelos pertenecen a Esaú y no hay más que hablar. ¿Eres, pues, Esaú?

Jacob contestó:

—Tú lo has dicho y lo ves.

—Entonces, dame de comer —replicó Isaac, sentándose. La manta le colgaba de las rodillas. Jacob, en cuclillas a los pies de su padre, le tendió la escudilla; pero Isaac se inclinó otra vez por encima del manjar ofrecido, sus manos palparon los dos lados de las manos de Jacob. Olió la comida—. Oh, muy bien —dijo—. Está muy bien preparada, hijo mío. Has puesto crema agria, según mis recomendaciones, y cardamono y tomillo, y su poquito de comino. —Y nombró los demás ingredientes

empleados que su olfato percibía aisladamente. Aprobando con un gesto, alargó la mano y comió.

Se lo comió todo y empleó en ello largo rato.

—¿Traes pan también, Esaú, hijo mío? —preguntó mientras mascaba.

—Por supuesto. De trigo candeal. Y aceite.

Partiendo el pan, lo mojó en el aceite y lo acercó a la boca del padre, que mascaba, volvía a tomar carne, se acariciaba las barbas y hacía gestos de aprobación, mientras Jacob, con los ojos clavados en el rostro del viejo, lo examinaba.

Era tan desmedrado y diáfano aquel rostro, con las hondonadas de las mejillas, tan delicadas, donde crecían unos pelos grises diseminados, la gran nariz temblorosa, de ventanillas anchas y finas, nariz cuyo caballete arqueado recordaba el filo de un cuchillo; aparecía tan venerable y espiritualizado, a pesar de los paños que lo disimulaban, que la acción de mascar y de comer no parecía compatible con él. Casi se sentía vergüenza de mirar al anciano cumpliendo con esta función, y se tenía la sensación de que él mismo se sentía azorado; pero quizás las compresas protectoras le ponían al abrigo de este malestar; de todas maneras, masticaba sin esfuerzo, con su frágil maxilar inferior removiéndose sobre su extraña barba; y como el contenido de la escudilla era excelente, no dejó ni las rebañaduras.

—Ahora, ¡a beber! —dijo después.

Jacob se apresuró a pasarle el jarrillo de vino y a inclinarlo sobre los sedientos labios, mientras los dedos del padre se posaban sobre las pieles que recubrían las manos de Jacob. Y como el joven estaba muy cerca del anciano, éste con sus largas y finas narices, olió el perfume de nardo que despedían sus cabellos y el olor a flores silvestres de sus vestidos, interrumpiéndose para decir:

—En verdad, que es para equivocarse. ¡Cuán bien huelen los vestidos de mi hijo! Exactamente como los campos y los prados al principio del año, cuando el Señor los ha bendecido y les ha dado flores en abundancia, para el placer de nuestros sentidos.

Dos de sus afilados dedos levantaron un poco la compresa, por el borde. Y dijo:

—¿Serás tú verdaderamente Esaú, mi hijo mayor? Jacob rió con risa desesperada y respondió:

—¿Y quién va a ser, sino él?

—Entonces, todo está bien —dijo Isaac, y respiró tan profundamente que su menguada nuez subía y bajaba por el cuello, bajo la barba. Luego ordenó a Jacob que le echara agua sobre las manos, y hecho esto, y habiéndoselas secado, el padre dijo —: Así sea.

Y reanimado por la comida y la bebida, con el rostro enrojecido, puso las manos sobre el muchacho que temblaba, para bendecirlo con todas sus fuerzas. Como su alma estaba vigorizada por el yantar, sus palabras encerraron toda la fuerza y riqueza de la tierra: le concedió la fecundidad del suelo productivo, su feminidad lujuriosa, el

rocío y el agua viril del cielo, la abundancia de los campos, árboles y viñedos; le atribuyó la prolífica reproducción de sus ganados, de dobles carnadas cada año. Le transmitió la Alianza, le dio la Promesa que había de llevar en sí y le confió, en herencia, la obra edificada, para que a su vez él la legara a las edades venideras. Sus palabras rodaban con el rumor de un torrente. Le confirió la soberanía en la lucha que pone frente a frente a las dos mitades del mundo, la clara y la obscura: la victoria sobre el dragón del desierto; le dio en legado la luna radiosa; lo nombró conductor de los solsticios, de la renovación y de la gran alegría. Hacía uso de la fórmula consagrada que había murmurado Rebeca; llegada desde lo hondo de las edades, enigmática en aquel punto, no se aplicaba con mucha exactitud al caso actual, puesto que no se trataba sino de dos hermanos; pero Isaac la pronunció solemnemente, inclinado sobre él: los hijos de su madre debían servir al Bendito y todos sus hermanos se prosternarían a sus pies, porque él había sido ungido. Después, invocando por tres veces el nombre de Dios, dijo: «Así sea», y le dejó ir.

Corrió Jacob en busca de su madre. Pero Esaú volvía en aquel momento del campo con la pieza que había cobrado. Y la historia entró en una fase tragicómica.

De lo que siguió, Jacob no vio nada, ni quiso verlo por sus ojos; se mantuvo oculto. Pero los acontecimientos le habían sido contados muy exactamente y él los recordaba como si hubiera asistido a ellos.

Esaú, a su regreso, estaba aún revestido de su dignidad. No sospechaba nada de lo que había sucedido en el intervalo, y para él los incidentes que preceden no habían tenido lugar todavía. Lleno de contenta ilusión, retornaba con un cabrito a las espaldas, su mano velluda apretando el arco, pavoneándose; andaba a grandes zancadas, volvía la cabeza a derecha e izquierda, con un aspecto de feroz animación, para comprobar si le veían en su gloria y preeminencia; y ya desde lejos, volvió a empezar con sus fanfarronadas y habladerías; aquello era bufo y lastimoso. Los que habían visto a Jacob, bajo su disfraz de pieles, entrar y salir de la tienda de Isaac, y también los que no le habían visto, se agruparon en seguida. Pero las mujeres de Esaú no se incorporaron a ellos, aunque él las llamaba para que fueran testigos de su grandeza y su fasto.

La gente corría, riendo de ver sus saltos, y pronto se formó un círculo estrecho en torno a él, para verle y oírle.

Con modos de charlatán, haciendo grandes ademanes, comenzó a despojar su pieza y a vaciarla y partirla en pedazos, públicamente. Hizo un fuego, suspendió la marmita sobre él y gritó sus órdenes a los que reían, diciéndoles que trajeran lo que necesitaba para preparar su plato de honor.

—¡Ja, ja! ¡Eh, aquí, mirones que me contempláis devotamente! —gritó con voz terminante—. Pronto, el gran tenedor. Traedme leche agriada, leche de oveja, que es la que él prefiere. ¡Traedme sal de las salinas, vagos! ¡Y cilantro, y ajo, y menta, y

mostaza, para estimular el paladar! ¡Quiero darle a comer algo que haga estallar su fuerza por todos sus poros! Id a buscarme también pan hecho con harina de Sholet para que se acompañe, aceite de olivas y vino añejo, montón de papanatas; para que no quede levadura al fondo del jarro, que si no, ¡os pesará! ¡Corred y traédmelo! ¡Que ésta es la fiesta de la comilona y la bendición, que el amo me ha mandado a cazar para él, y que ahora mismo me va a bendecir en el interior de su tienda!

Con ademanes y voces siguió armando bulla, gritando ¡jajás! y ¡jojós!; bravatas enfáticas y sonoras; hablaba del cariño que su padre le tenía, del gran día del Peludillo Rojo, hasta el punto que la gente se retorció de risa, hasta desternillarse. Cuando se fue con los manjares, llevándolos como si llevara el tabernáculo, dando pasos cómicamente largos y fanfarroneando hasta llegar ante la tienda de su padre, los circunstantes gritaron de júbilo, aplaudieron y de pronto se quedaron callados. Pues Esaú, alzando la cortina, decía:

—Soy yo, padre mío, que te traigo lo que me has pedido para recibir tu bendición. ¿Puedo pasar? Se oyó la voz de Isaac:

—¿Quién está ahí, que dice «yo» y quiere comparecer ante el ciego?

—Esaú, tu peludo —respondió éste—, que ha ido a la caza y te ha preparado una comida para darte fuerza, como tú lo has mandado.

—Insensato bandolero —dijo la voz—. ¿Qué mentira me dices? Hace tiempo ya que Esaú, mi primogénito, ha venido, me ha alimentado y ha saciado mi sed y se ha llevado mi bendición.

Esaú estuvo a punto, del espanto que sintió, de dejar caer su carga. Temblaba tan fuertemente, que la salsa de crema se volcó del pote y lo salpicó todo. Los asistentes hipaban de risa. Sacudían la cabeza. Verdaderamente, aquello era demasiado divertido. Con los puños enjugaban el agua que les caía de los ojos y la sacudían por tierra. Esaú se precipitó al interior de la tienda sin ser invitado a pasar; hubo un gran silencio, mientras la multitud apretaba sus labios, se tapaba la boca con las manos y se daba codazos. Pero estalló un rugido extraordinario y Esaú se lanzó afuera, con el rostro no rojo, sino violáceo, alzando el brazo: «¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito!», gritó con todas sus fuerzas, igual que lo hacemos nosotros a la ligera, por mínimas contrariedades. Pero en aquella época y en labios del velludo Esaú, el grito era nuevo e inusitado, lleno de un sentido primitivo; pues, en lugar de ser bendecido, había sido maldito y magníficamente engañado, un objeto de burla sin igual. «¡Maldito —gritaba—, engañado, engañado y pisoteado!».

Sentado en el suelo, rugiendo, con la lengua afuera, lloraba lágrimas gruesas como avellanas, mientras las gentes formaban círculo a su derredor y contenían su hilaridad; tantas ganas tenían de reírse de la gran farsa que había frustrado a Esaú, el Rojo, la bendición paternal.

## Jacob se ve obligado a partir

**A** esto había seguido la huida de Jacob, puesta en práctica y decidida por Rebeca, la madre resuelta y animada de nobles sentimientos que se expuso al riesgo de no volver a ver a su preferido, con tal de que poseyera la bendición y la pudiera transmitir a sus descendientes. Era ella demasiado inteligente, demasiado previsora, para no darse cuenta de las consecuencias de la solemne mixtificación; pero, conociéndolas, asumía su peso, tal como lo había expuesto a su hijo, e inmolvaba su corazón.

Su sacrificio se hizo en silencio; durante una conversación preparatoria y necesaria con Isaac evitó abordar el candente asunto. Nada se le escapaba. Era evidente, y podía decirse que estaba escrito desde todos los tiempos que Esaú alimentaría en su alma revuelta sentimientos de venganza y que se dedicaría a hacer cuanto pudiera para destruir lo que estaba hecho, empleando todos los recursos de su imaginación. No tardó Rebeca en saber de qué manera creería él representar el papel de Caín. Supo que había trabado relaciones, con propósitos de rebelión, con Ismael, el hombre del desierto, el bello sombrío, el expulsado. Era natural: el hermano de Yitzchak y el hermano de Jacob pertenecían ambos a la misma raza de fracasados; ambos caminaban sobre las mismas huellas, desagradables, excluidos; debían reunirse fatalmente. La situación era peor y el peligro más cercano de lo que preveía Rebeca, pues los deseos asesinos de Esaú no tenían por único objeto a Jacob, sino a Isaac también. Supo que había propuesto a Ismael que asesinara al ciego: después, él, Esaú, arreglaría sus cuentas con Piel-lisa. El acto de Caín le repugnaba y temía que, cometiéndolo, se cambiaría más y más en él mismo; así, prefería que el tío le precediera en el camino, para darse ánimos. Rebeca tuvo tiempo para tomar sus medidas, pues Ismael presentaba sus dificultades. Estos planes no le agradaban. Dejó ver que el recuerdo de los tiernos sentimientos que antaño había tenido para con su frágil hermano, y que habían servido de pretexto a su expulsión de la comunidad, le volvían tumultuosamente y le impedían alzar el brazo contra él. ¿Por qué no obraría Esaú por sí solo? El mismo Ismael se comprometía a colocar una flecha en la nuca de Jacob, tan diestramente, que le saldría por la laringe y que, habiendo recibido esta caricia, caería tan largo como era sobre el suelo.

Esta proposición era digna del salvaje Ismael. Tenía ideas nuevas, mientras que Esaú estaba obsesionado por la tradición, por el fratricidio. No comprendía del todo las intenciones de Ismael y creía que éste divagaba. ¿Parricidio? No veía esta posibilidad. Eso no se había hecho nunca hasta entonces, no existía; el proyecto no tenía ni pies ni cabeza, era absurdo. Podían, en rigor, mutilar a su padre con una hoz, mutilación inferida a Noé; ¡pero, de ahí a matarle, había mucho trecho! Ismael reía de la inocente incomprensión de su sobrino. Sabía, por el contrario, que su plan era

realizable, que aquellas cosas existían, que tal vez habían sido el origen de todo. Según él, cuando Esaú verificaba un retorno hacia el pasado, no remontaba lo bastante arriba, y tomaba su punto de partida en épocas ya tardías, cuando afirmaba que nada semejante se había visto. Se lo hizo ver, añadiendo otros argumentos. Le dijo tales cosas que Esaú, la primera vez que las oyó, salió corriendo, con los pelos de punta: Ismael le recomendaba que, después de haber matado a su padre, se hartara de la carne de aquél, con abundancia, para asimilar su prudencia, su poder, la bendición de Abraham, de lo que era depositario, y con este fin no debía cocer el cuerpo de Isaac, sino comérselo crudo, sangre y huesos; esto había provocado la carrera desbocada de Esaú.

Volvió, sin embargo; pero el entendimiento entre tío y sobrino respecto al reparto de papeles se elaboró con lentitud. Rebeca, la madre, ganó así el tiempo suficiente para detener el golpe. Dijo a Isaac los proyectos aún vagos que sus parientes tramaban contra él. Entre ambos esposos no se habló sino de Jacob; y sin la menor alusión a la posibilidad de un mal para él mismo, Isaac se preocupó de que su hijo se salvara. Evitaron hablar de la bendición obtenida por engaño, y el furor de Esaú pasó completamente en silencio. Sólo se trató de la necesidad de un viaje de Jacob a Mesopotamia, para devolver visita a la parentela aramea. Pues si se quedaba en el hogar paterno, había temor de que realizara —¡él también!— un casamiento desagradable. Los esposos quedaron de acuerdo en este asunto. «Si Jacob —decía Rebeca, con toda sinceridad— toma esposa entre las hijas del país y escoge alguna hitita que traiga sus espantosos ídolos, como las esposas de Esaú, ¿de qué me servirá la vida?». Isaac movía la cabeza y le daba la razón. Era menester que Jacob se alejara por un tiempo. Por un tiempo. Lo dijo ella a Jacob, lo pensaba seriamente y esperaba convencerse a sí misma. Ella conocía a Esaú, espíritu confuso, ligero. Él olvidaría. Por el momento no soñaba sino en derramar sangre; pero era fácil apartarle de sus designios. Sabía que durante sus excursiones al desierto se había enamorado locamente de la hija de Ismael, Mahelet, y pensaba en casar con ella. ¿No predominaría en su cerebro este plan sobre sus deseos de venganza? Cuando pareciera que Esaú se había calmado y renunciado a sus proyectos, ella llamaría a Jacob y le invitaría a volver. Por el momento, su hermano Labán, hijo de Batuel, que habitaba a diecisiete días de ellos, en el país de Aram-Naharaím, lo recibiría con los brazos abiertos, por amor de ella. Y así se organizó la huida y Jacob fue secretamente equipado para su viaje a Aram. Rebeca no lloró, pero le abrazó largamente aquella mañana, acarició sus mejillas, le cubrió de amuletos, así como a sus camellos, lo estrechó una vez más contra ella y llegó a pensar en su corazón que no le vería más, tal vez, si su Dios u otro cualquiera lo hubiera decidido así. Pero Rebeca no lamentó nada, ni ese día, ni más tarde.

## Donde Jacob se ve obligado a llorar

**S**abemos ya lo que aconteció al viajero el primer día de su viaje, conocemos la humillación que sufrió y su elevación. La elevación había sido interior, una gran visión del alma; la humillación, por el contrario, fue real y tangible, así como el viaje que bajo su signo se prosiguió, en el aislamiento y mendigando.

El camino por recorrer era largo, y él no era Eliecer, bajo cuyos pasos «la tierra se había levantado para ir a su encuentro». Pensaba mucho en este anciano, jefe de los servidores de Abraham y mensajero suyo, cuyos rasgos recordaban los del antepasado, como se solía decir, y que, recorriendo este mismo camino en gran embajada, había ido a buscar a Rebeca para Isaac, ¡pero en cuán diferentes condiciones! Eliecer había venido rodeado de la pompa que correspondía a su rango, seguido de diez camellos, provisto de lo necesario y lo superfluo, como Jacob antes de su maldito encuentro con Elifas. ¿Por qué lo había el Dios soberano ordenado de este modo? ¿Por qué lo castigaba con tanta pena y miseria? Pues sin duda se trataba de un castigo, de una expiación y de una compensación respecto de Esaú. Y todo el tiempo de su viaje trabajoso y lamentable, Jacob pensaba en la esencia de su Dios, el cual, seguramente, había querido lo que había pasado, lo había exigido; y he aquí que ahora le hacía pagar a él las lágrimas amargas de Esaú, aunque su severidad fuera de pura forma y no excluyera cierta benevolencia; pues, al fin y al cabo, la prueba que Jacob sufría, por penosa que fuese, estaba proporcionada a la ventaja que había obtenido sobre un hermano frustrado para la eternidad. Ante esta meditación, Jacob sonreía entre las barbas que se había dejado crecer y que ya invadían su rostro bronceado y flaco, reluciente de sudor, rodeado por un sucio pañuelo.

Era en lo más crudo del verano, en el mes de Ab. El calor y la sequía eran desesperantes. Un polvo espeso cubría árboles y malezas. Jacob iba tumbado sobre la joroba de su camello, poco y mal alimentado, cuyos grandes ojos inteligentes, asediados por las moscas, tomaban una expresión cada vez más triste y cansada. Él se ocultaba el rostro cada vez que se acercaban viajeros; de vez en cuando conducía a su bestia por la brida, para descansarla, y la hacía marchar por uno de los surcos paralelos que había en el camino, andando él por el otro surco, descalzo sobre el polvo y los guijarros. Pasaba las noches a la intemperie, al pie de un árbol en un olivar, apoyado en el muro de un villorrio, a merced del azar; o, apretado contra su bestia, se calentaba con el suave calor de su cuerpo. Las noches eran con frecuencia heladas, por el viento del desierto, y Jacob, delicado y crecido bajo buen techo, se enfriaba mientras dormía. En las horas tórridas tosía como un tísico. Esto le molestaba para lograr su cotidiana pitanza, pues para sacar su comida necesitaba hablar, contar, divertir a la gente con el relato de la desagradable aventura que había arrojado en la miseria a un hijo de familia como él. La narraba a los pueblerinos, en

las plazas de los mercados o ante los pozos donde se le permitía abrevar a su camello y hacer sus abluciones. Muchachos, hombres y mujeres que llevaban ánforas le rodeaban y seguían con atención sus pláticas ágiles y expresivas, cortadas por golpes de tos. Se nombraba hacía gala de su origen, describía con numerosos detalles la vida de señor que en su casa había llevado, se extendía, complacido, al hablar de las comidas abundantes en grasa y especies que le habían servido; hablaba del amor y de los cuidados magníficos y minuciosos que habían precedido su partida; él era el «mayor» y se dirigía a Carán, en el país de Aram, en dirección del levante y el norte, al otro lado del río Frate, a casa de parientes con muy justo título considerados, pues poseían miríadas de ganado menor. Hacia ellos iba enviado, y su misión tenía que ver en parte con asuntos comerciales y en parte con motivos religiosos y diplomáticos de una gran importancia. Enumeraba todos los presentes y objetos de cambio que había llevado, los ornamentos de sus bestias, las armas de su principal escolta, las apetitosas provisiones de boca y todo lo demás. Sus oyentes, ávidos de relatos sensacionales, sin dudar de que había que poner aparte la exageración, se guardaban, por común acuerdo, de establecer una diferencia entre la verdad y la hipérbole bien presentada. Escuchaban boquiabiertos y con las cejas en arco. Contaba él que, apenas partido de su casa, había tenido la desgracia de atravesar territorios infestados de bandidos, jóvenes bandidos de una increíble audacia. Su caravana se había dirigido por un barranco y los bandoleros habían acudido en gran número y cerrado todas las salidas; un combate había tenido lugar, que sobrepasaba en violencia a todo lo que recordaba la memoria de los hombres. Jacob lo describía minuciosamente, enumerando cada golpe, cada herida. El barranco había sido colmado por los cadáveres de los animales y la gente; él mismo había matado a siete veces siete jóvenes bandidos, y su gente había hecho casi otro tanto. Pero ¡ay!, la superioridad numérica de los enemigos había dado al traste con la defensa. Cayeron los suyos, unos tras otros, y él quedó como único sobreviviente, pues le había sido forzoso implorar misericordia después de largas horas de lucha.

Una mujer preguntó por qué no le habían matado a él también.

Los bandidos tenían intención de matarle. Su jefe, el más joven y más insolente de todos, blandía su espada para darle muerte, cuando él, Jacob, desde el fondo de su aflicción, había invocado a su Dios y el nombre del Dios de sus padres. Esta invocación había tenido por resultado que la espada del joven se partiera en setenta veces siete pedazos. El execrable bribón, horrorizado, había huido con sus compañeros, llevándose, claro estaba, todos los bienes de Jacob, a quien dejaron en cueros. Desnudo y fiel, había continuado su viaje, al fin del cual estaba seguro de hallar bálsamos, leche, miel, vestiduras de púrpura y lino precioso. Pero hasta entonces, ¡ay!, no sabía dónde posar su cabeza, no tenía con qué acallar el grito de sus entrañas, ni siquiera una porción de hierba.

Se golpeaba el pecho, y sus oyentes del mercado, de los abrevaderos o las tiendas, hacían otro tanto, acalorados e impresionados por sus relatos; gritaban que era escandaloso que tales cosas pudieran suceder todavía y que los caminos no estuvieran más seguros. En esta tierra nuestra, decían ellos, una ronda de noche recorre las calles cada dos horas. Daban de comer al infortunado: pan, pepinos, ajos, dátiles, a veces un pichón o un pato, y también el camello recibía su avena y hasta trigo, para recuperar sus fuerzas hasta la próxima etapa.

De este modo se dirigió hacia el Jordán, en la Celesiria, hasta el gran barranco del Orontes, al pie de la montaña Blanca. Caminaba lentamente, pues su medio de ganarse el pan le quitaba tiempo. En las ciudades visitaba los templos, hablaba de la divinidad con los sacerdotes y se los conquistaba por su cultura y las sagaces observaciones, de suerte que se le permitía, para reconfortarse, que tomara de los depósitos de provisiones reservados al dios. Vio, durante su viaje, muchas cosas bellas y sagradas, especialmente, al extremo norte, el Monte del Señor, que fulguraba como si fuera de piedras preciosas, y al que adoró; territorios magníficamente regados por las nieves de las montañas, donde se balanceaban los altos penachos de los datileros, semejantes a colas de dragones; obscuras selvas de cedros y sicómoros y árboles que le tendían cantidades de frutos dulces y harinosos. Pasó por ciudades hirvientes en multitudes. Damasco, en medio de sus vergeles y sus jardines encantadores, donde le llamó la atención la vista de un cuadrante solar; desde allí contempló con temor y repulsión el desierto, rojo, que en un vapor de sombra purpurina se extendía hacia el oriente, mar de impureza, guarida de malos espíritus, mundo infernal.

Esto era la suerte que le caía: Dios lo enviaba al desierto porque Esaú, lleno de amargura, había gritado en muy alta voz, conforme a la voluntad divina. Su camino, que en la cima de Beth-el le había llevado a consoladoras alturas, llegaba ahora a la revuelta occidental desde donde se descendía al mundo infernal. ¡Y quién sabe qué dragón feroz lo esperaba! Lloró un poco, entrando en el desierto, al balanceo de su camello. Un chacal de sucio color amarillo corría ante él, las orejas puntiagudas, la cola tendida, animal de un dios triste, larva infame. Iba delante de él, parándose a ratos y dejando al camellero que se le acercara hasta que éste podía percibir su acre aliento; tendía hacia Jacob su cabeza de perro, lo miraba con sus ojillos malignos y continuaba trotando, con una breve carcajada. La ciencia de Jacob era lo bastante profunda para no dejar de reconocer en este animal al Introdutor a los caminos eternos, al Guía del reino de los muertos. Se hubiera sorprendido mucho de no verle ante él; vertió nuevas lágrimas mientras seguía en el vacío desesperante de las extensiones donde el territorio sirio se une a la región de Naharina a través de pedregales y de rocas malditas, de llanos de arena y arcilla, de estepas calcinadas y de espesuras de tamarindos secos. Estaba muy bien informado acerca de las

particularidades de su camino, aquel camino que antaño había recorrido en sentido inverso su antepasado, el hijo de Tare, cuando, venido desde el lugar adonde Jacob se dirigía, se fue hacia el este, así como Jacob iba hacia el oeste. El recuerdo de Abraham le consolaba un poco en aquella soledad donde se insinuaba, aquí o allá, algún signo de la previsión de los hombres, cuidadosos de asegurar las comunicaciones. Alguna que otra torre de arcilla se alzaba, a la que se podía subir para orientarse y también, en caso de necesidad, para ponerse a salvo de los animales salvajes que amenazaban al viajero. De trecho en trecho, una cisterna. Pero lo que más abundaba eran hitos o jalones, piedras clavadas, cubiertas de inscripciones, que servían de guías, incluso en la noche, cuando la luna era clara, y que, sin duda, habían facilitado el viaje de Abraham. Jacob alababa al Señor por los beneficios de la civilización, y se dejaba guiar dócilmente por los mojones que Nemrod había colocado. Lo conducían hasta el río Frate, hacia el punto a que se proponía llegar y que estaba en la buena dirección. Allí era donde el Muy-Largo, vertiéndose desde el norte, desembocaba desde las gargantas de las montañas para venir a calmarse en la llanura. ¡Oh gran hora, aquella en que Jacob, por fin, había podido dejar a su pobre bestia, entre el fango y las cañas, beber de la onda amarilla! Un puente de barcas unía las dos orillas, y al otro lado había una ciudad que no era la morada del dios lunar, la ciudad de la ruta, la ciudad de Nacor. Ésta quedaba todavía lejos, allá, al oriente, más allá de la estepa, que era menester atravesar, con la ayuda de las piedras indicadoras, en lo abrasador del mes de Ab. ¿Diecisiete días? ¡Ah, cómo se habían multiplicado éstos para Jacob, por haber tenido que recomenzar indefinidamente el mismo relato de bandidos y de sangre! Había perdido la cuenta y dejado de calcular y no sabía nada, fuera de que en ninguna parte la tierra se había levantado para venir a su encuentro; por el contrario, el término parecía alejarse siempre. Pero jamás olvidó, y lo había de recordar hasta en su lecho de muerte, cómo este final se halló impensadamente logrado, o casi alcanzado, cuando él lo creía lejos todavía y en el instante en que se juzgaba menos próximo a llegar; cómo se había acercado a él, dándole lo mejor y más caro que tenía para ofrecerle, lo cual Jacob, más tarde, después de una estancia cuya duración sobrepasó sus previsiones, había de llevarse consigo.

## Jacob llega ante Labán

C aía la tarde; el sol declinaba entre vapores pálidos, alargando la alta silueta que el camellero y su cabalgadura proyectaban en la estepa; era una tarde quieta, como inmóvil en el calor tórrido, sin la menor brisa, bajo un cielo de estaño; parecía que el aire, a punto de abrasarse, se arrastraba sobre la hierba seca. Jacob no había bebido desde la víspera y la lengua se le consumía contra el paladar. Entonces, en una depresión del suelo, entre dos colinas de chata cumbre, formando una comba que se deslizaba en un paisaje ondulado, vio a lo lejos un punto que se movía. Su mirada, penetrante a pesar de la debilidad, reconoció un rebaño de carneros, con perros y pastores, reunidos en torno a un pozo. Saltando de alegría, suspiró de gratitud hacia Ja, el Supremo. Pero no pensaba más que en el agua, y con su seca garganta, chasqueando la lengua, exclamó: «¡Agua!», diciéndoselo a su camello, que sintiendo el milagro cercano, con el cuello tenso y las narices dilatadas, se apresuraba, en una carrera de contento impulso.

Pronto estuvo Jacob tan cerca, que pudo distinguir las marcas de color de los propietarios, pintadas sobre los lomos de los carneros, los rostros de los pastores, bajo los gorros que los preservaban del sol, sus pechos velludos y las anillas de sus brazos. Los perros gruñeron y ladraron impidiendo a los ganados dispersarse; pero los pastores los llamaron con despreocupación, no temiendo nada de aquel camellero solitario, que, desde lejos, les dirigía saludos pacíficos y corteses. Eran cuatro o cinco, según recordaba Jacob, y alrededor de doscientos carneros de una raza cuya cola es particularmente gorda y desarrollada, tal como él lo juzgó, en plan de hombre competente. Los pastores, echados en tierra o de pie, ociosos, estaban reunidos en derredor del pozo, aun recubierto por su piedra redonda. Todos llevaban hondas, y uno de ellos, un laúd. Jacob se dirigió a ellos, llamándolos «hermanos» y, con la mano en la frente, les gritó, al azar de lo que fuera, que el Dios de ellos era grande, aunque en realidad no supiera quién era el objeto de su culto. Como añadiera unas cuantas palabras más, se miraron entre ellos, moviendo la cabeza o balanceándola de un hombro a otro, e hicieron chasquear las lenguas con aire de fastidio; Jacob no se sorprendió, pues, naturalmente, ellos no lo comprendían.

Pero uno de los pastores, que tenía una moneda de plata colgando sobre el pecho, dijo su nombre: Jerubbaal, del país de Amurru. El lenguaje que usaba, aunque diferente del de Jacob, se le asemejaba bastante, de tal suerte que pudieron explicarse, sirviendo el pastor Jerubbaal de intérprete y traduciendo a los suyos, en su dialecto ummu-ummu, lo que el extranjero decía. Agradecieron el homenaje rendido al poder de su dios, invitaron al viajero a tomar sitio entre ellos y se fueron presentando: Bulutú, Chamach-Lamassi, Perro de Ea, y así sucesivamente. No tuvieron necesidad de preguntarle por su nombre y origen, puesto que él se apresuró a comunicárselos,

añadiendo en seguida una fugitiva y amarga alusión a la aventura que le había sumido en la miseria, y rogando, antes de otra cosa, que le dieran agua para humedecer sus fauces. Se la ofrecieron en una alcarraza y, aunque estaba tibia, la bebió con gran placer. Su camello se vio obligado a esperar, con los borregos, pues la piedra cubría el orificio del pozo y, por una razón inexplicable, nadie la quitaba de allí.

Jacob preguntó a sus «hermanos» de dónde eran.

—De Carán, Carán —respondieron ellos—. Bel Carán, que manda en los caminos. Grande, grande, el más grande.

—En todo caso —dijo Jacob con reserva—, uno de los más grandes. ¡Y, precisamente, yo voy a Carán! ¿Está muy lejos de aquí?

Ni mucho menos. La ciudad se hallaba detrás de la curva de la colina ondulada, y ajustándose al paso de los carneros se llegaba en una hora.

—¡Milagro de Dios! —gritó Jacob—. Entonces, ¿ya he llegado? ¡Después de diecisiete días de viaje! ¡Apenas lo creo!

Y les preguntó, puesto que eran de Carán, si conocían a Labán, hijo de Batuel, hijo de Nacor.

Le conocían muy bien. No vivía en la ciudad, sino a media hora de allí. Estaban esperando sus rebaños.

—¿Goza de buena salud?

—Excelente. ¿Por qué?

—Porque he oído hablar de él —dijo Jacob—. ¿Arrancáis la lana de vuestros borregos, o los esquiláis con tijeras?

Respondieron con aire desdeñoso que los esquilaban, por supuesto. ¿Acaso en su tierra se usaba arrancarles la lana?

—No, no —respondió él—. En Beer-Sheba también, y en sus alrededores, se ha avanzado en la vía del progreso lo bastante para usar tijeras.

Volvieron ellos a hablar de Labán, y dijeron que esperaban a su hija Raquel.

—Justamente iba a preguntaros sobre esto —exclamó—. ¡A propósito de vuestra espera! Hace tiempo que estoy extrañado. Estáis sentados en torno a un pozo cerrado con piedra, como vigilantes, en lugar de retirarla para dar de beber al ganado. ¿Por qué? Es evidente que aún es pronto para regresar, pero desde el momento que estáis aquí, reunidos junto al pozo, podríais arrastrar la piedra y saciar la sed de los borregos de vuestro amo, en lugar de perder el tiempo, aunque esa muchacha que acabáis de nombrar, la hija de Labán, no sé cómo se llama, se haga esperar todavía.

Daba lecciones a los servidores, como hombre que está por encima de ellos aunque les llamara «hermanos». Pues el agua le había reanimado en el cuerpo y en el alma y tenía conciencia de su superioridad. Hablaron ellos en ummu-ummu, y le explicaron, por medio de Jerubbaal, que si esperaban, era asunto establecido y cuestión de conveniencia: no podían quitar la piedra ni dar agua a los ganados y

llevarlos al redil sin que Raquel volviera con los carneros de su padre, los que guardaba. Era necesario que todos los rebaños estuvieran reunidos para el retorno, y cuando Raquel llegaba la primera al pozo, esperaba, igualmente, a que ellos vinieran a quitar la piedra.

—Ya comprendo —dijo riendo Jacob—. Ella espera porque no puede hacer resbalar ella sola la piedra. Hacen falta brazos de hombre.

Respondieron que poco importaba el motivo al cual ella obedecía; pero que, puesto que ella esperaba, ellos no podían dejar de imitarla.

—Bueno —gruñó él—. Me parece que tenéis razón y que esto es lo más conveniente. Lo único que me molesta es que mi animal tenga que esperar sufriendo tan larga sed. ¿Cómo decís que se llama esa mujer? ¿Raquel?... —repitió—. Diles, tú Jerubbaal, lo que significa esa palabra en nuestra lengua. ¿Ha parido ya esa oveja que estamos esperando?

—¡Oh, no! —dijeron ellos—. Es pura como el lirio de los campos en primavera, intacta como el pétalo de rosa bajo el rocío matinal e ignora el impulso del mal. No tiene más que doce años.

Fácil era ver que les inspiraba respeto y Jacob, involuntariamente, comenzó a compartir este sentimiento. Suspiró, sonriendo; la espera de la hija de su tío llenaba su corazón de alegre curiosidad. Por medio de Jerubbaal, charló un poco más con los pastores, sobre el precio de los borregos del territorio, sobre lo que se podía sacar por cinco minas de lana, cuántas silas de cereales les daba el amor por mes; pero, de pronto, uno gritó: «¡Ahí viene ella!». Jacob, que para matar el tiempo había iniciado su relato de bandidos sanguinarios, se detuvo y miró hacia donde señalaba el brazo del pastor, y por primera vez vio a la que iba a ser el destino de su corazón, la esposa de su alma, aquella por quien él habría de ser sometido a servidumbre durante catorce años, la madre de su cordero.

Raquel caminaba en medio de su rebaño, que se apretaba en torno de ella, mientras un perro, con la lengua afuera, trotaba para que no se diseminara la masa lanuda. Sostenía ella por la mitad su cayado en curva, el arma del pastor cuya contera estaba hecha de una hoz o almocafre de metal.

Saludando alzó el brazo hacia los que la miraban, inclinó a un lado la cabeza y sonrió. Y Jacob vio de lejos, por vez primera, sus dientes blancos y separados. Al llegar, avanzó por la parte de rebaño que la precedía, abriéndose paso entre los carneros con su bastón. «Aquí estoy», dijo entornando los ojos a la manera de los miopes, y luego enarcando las cejas, con aspecto a la vez divertido y de sorpresa: «¡Anda, un extranjero!».

A menos que su miopía no fuera verdaderamente excesiva, la presencia del insólito animal y el rostro desconocido de Jacob debían de haberla impresionado antes; pero no demostró nada hasta entonces.

Los pastores retrocedieron un poco para dejar aparte a los hijos de los amos. El mismo Jerubbaal pensó que se entenderían sin su ayuda y se puso a mascar semillas, distraídamente. El perro de Raquel ladró. Jacob saludó alzando las manos. Ella respondió con unas cuantas palabras rápidas y se quedaron ambos de pie, en la luz oblicua y coloreada del crepúsculo, rodeados por los carneros, bañados en el olor agradable del rebaño, bajo el vasto cielo palideciente, uno frente a otro, con gesto grave.

La hija de Labán era graciosa; se notaba a pesar de la forma vaga de su chamarreta, suelta, de color amarillo, bordada con una banda roja adornada de lunas negras que, partiendo del cuello, llegaba hasta el dobladillo de la vestidura, que cubría sus pies desnudos. Su túnica de corte desigual no tenía ni aun insinuación de talle; caía al desgaire, en pliegues ingenuos, que abrazaban estrechamente los hombros denunciando su atrayente finura y delicadeza; las mangas, igualmente estrechas, no descendían sino hasta la mitad del antebrazo. Los cabellos negros de la muchacha eran más bien revueltos que erizados; los llevaba cortos, en todo caso más cortos que las mujeres del país de Jacob; sólo dos largas trenzas habían sido perdonadas; anilladas en las puntas caían sobre sus orejas, seguían el contorno de las mejillas y caían sobre los hombros. Raquel, jugando con una de sus trenzas, miraba a Jacob. Figura encantadora, ¿quién sabría describir su magia? ¿Quién sabría analizar la reunión de elementos felices y suaves que la vida toma, aquí o allá, a la herencia o al pasado, para crear la gracia de un rostro humano? Esta seducción reside en tan poca cosa —en un cabello—, que el menor rasgo, el más pequeño músculo, no podrían ser cambiados, no solamente sin disminuir el sortilegio que domina los corazones, sino sin abolirlo. Raquel era agradable y bella, de una manera a la vez suave y despierta, y esta belleza era un reflejo de su alma; tanta expresión y clarividente ardor de vivir se descubrían en ella. Se veía —y Jacob también lo vio, puesto que ella le miraba de frente— que aquella gentileza estaba hecha de gracia y voluntad, de prudencia y valor feminizados. Ella fijaba sus ojos en él con aspecto de esperar, una de sus manos jugando con la trenza, otra sosteniendo el cayado que la sobrepasaba. Examinaba al joven adelgazado por el viaje, con sus vestiduras polvorientas, descoloridas, haraposas, su sombrío rostro cubierto de sudor, que no era el rostro de un criado. Su nariz palpitaba de un modo curioso; el labio superior, que sobresalía un poco sobre el otro, formaba con éste, en las comisuras, sin ninguna contracción de los músculos, algo delicioso, una tranquila sonrisa. Pero lo más bello de todo en ella era su mirada, a la que la miopía daba una singular dulzura radiante, la mirada de aquellos ojos negros imperceptiblemente refrenados, donde, podemos decirlo sin exageración, la naturaleza había acumulado todo el encanto que puede prestar a las pupilas humanas una noche profunda y brillante, expresiva, suave, acogedora, cargada de gravedad y de malicia como Jacob no había visto hasta aquel

día, o al menos lo creía así.

—Silencio, «Marduka» —gritó ella, inclinada sobre el perro que ladraba, para regañarle. Después preguntó, y Jacob adivinó la pregunta, sin comprenderla:

—¿De dónde viene, mi señor?

Con ademán, por encima del hombro, él señaló al poniente y respondió:

—Amurru.

Volviéndose hacia Jerubbaal, la muchacha le hizo una seña con el mentón.

—¡De tan lejos! —dijo con el gesto y los labios, tras lo cual le pidió claramente precisiones sobre su origen y describió el país del oeste como muy vasto y nombró dos o tres de sus ciudades.

—Beer-Sheba —respondió Jacob.

Ella pareció sorprendida, y repitió su pregunta; y su boca que él comenzaba a querer, pronunció el nombre de Isaac.

El rostro de Jacob se conmovió de súbito, sus ojos se llenaron de lágrimas. Él no conocía a la gente de Labán, ni se había apresurado para comunicarse con ellos. A él, la paz le había sido denegada; arrebatado a los infiernos, venido acá sin haberlo querido, no tenía motivos para experimentar emociones alegres. Pero sus nervios cedieron, rotos por los esfuerzos del viaje. Llegaba al término: esta muchacha de pupilas llenas de dulces tinieblas, que nombraba por su nombre a su lejano padre era la hija del hermano de su madre.

—Raquel —dijo sollozando y tendiéndole los brazos—, ¿puedo besarte?

—¿Con qué derecho? —preguntó ella; y retrocedió, riendo. Aparentaba no sospechar nada, igual que un poco antes había hecho como que no se daba cuenta de la presencia del extranjero.

Éste, se señaló con un gesto, mientras mantenía su brazo tendido hacia ella.

—¡Jacob! ¡Jacob! —exclamó—. ¡Yo! Hijo de Yitzchak, hijo de Rebeca; Labán, tú, yo, hijo de la madre, hijo del hermano...

Ella lanzó un breve grito. Y mientras que con una mano puesta en el pecho de Jacob le mantenía a distancia, riendo ambos, con lágrimas en los ojos, se pusieron a calcular los grados de parentesco, aprobando con movimientos de cabeza, gritando los nombres, pintando uno a otro, por signos, los cuadros de su común origen, juntando sus índices, cruzándolos, o poniendo el izquierdo, horizontalmente, sobre la punta del derecho.

—¡Labán! ¡Rebeca! —exclamaba ella—. ¡Batuel, hijo de Nacor y de Melca! ¡Abuelo! ¡El tuyo, es mío!

—¡Tare! —gritó él—. ¡Abraham, Isaac! ¡Nacor, Batuel! ¡Abraham! ¡Antepasado! ¡Tuyo! ¡Mío!

—¡Labán, Adina! —respondió la muchacha—. ¡Lía y Raquel! ¡Hermanas! ¡Primas! ¡Tuyas!

Aprobaban con gestos sin detenerse, riendo en medio de sus lágrimas, de acuerdo ya sobre los lazos de sangre que unían a Raquel con los padres de Jacob, por su padre Labán. Ella se dejó besar seriamente en las mejillas. Tres perros saltaban en derredor de ellos, y ladraban, presas de la excitación que esos animales sienten cuando los seres humanos llevan sus manos, unos sobre otros, sea con buenas o con malas intenciones.

Los pastores aplaudían cadenciosamente y demostraban su alegría con voces guturales. ¡Lu, lu, lu! Él la besó, primero en una mejilla, luego en la otra, prohibiéndose otra sensación que la que le producía aquel delicado contacto; la besó con piedad, ceremoniosamente. ¡Qué feliz motivo el de poder besarla así, en seguida, cuando había sido fascinado por la dulce noche de sus ojos! Otro hubiera debido esperar largo tiempo, servir, para obtener apenas este favor que Jacob lograba por el hecho de ser el primo llegado de lejos.

Cuando él se retiró, ella frotó con sus manos, riendo, el lugar donde la había arañado la barba del viajero, y exclamó:

—¡Pronto! ¡Jerubbaal! ¡Chamach! ¡Bulutu!, ¡quitad, en seguida, la piedra del pozo, para que beban los carneros, todos los vuestros y los míos, y el camello de mi primo Jacob, y mostraos cuidadosos y prestos, vosotros, los hombres, mientras yo corro en busca de Labán, mi padre, para anunciarle la llegada de Jacob, el hijo de su hermana! No debe estar muy lejos de aquí, en el campo, y vendrá a toda prisa, feliz, para abrazarlo. Daos prisa y seguidme, que me voy corriendo.

Jacob adivinaba los gestos y entonaciones, y hasta entendía algunas palabras. Comenzó ya a aprender el idioma local, por amor de aquellos ojos. Y mientras que ella corría, él, dirigiéndose a los pastores a grandes voces, para que ella le oyera, dijo:

—Alto, hermanos. No toquéis la piedra, que eso le corresponde a Jacob. Vosotros la habéis guardado como buenos guardianes, pero a mí me toca hacerla rodar hasta lejos del pozo, ¡por Raquel, mi prima, yo solo! ¡El viaje no ha agotado por completo la fuerza de mi brazo viril, y justo es que la use al servicio de la hija de Labán, y que yo haga rodar esta piedra, para que la luna deje de ser oscura y que, quitado el disco que la cubre, el agua refleje su belleza!

Le dejaron hacer y apartó la pesada piedra con grandes esfuerzos; la labor sobrepasaba las fuerzas de un hombre solo, y el vigor de Jacob no era muy grande. Los animales se precipitaron con mugidos y balidos de mil tonalidades diversas, chivos, ovejas y corderos, y el camello de Jacob se acercó gruñendo. Los hombres sacaron el agua y la derramaron en arriates. Con ayuda de Jacob vigilaron el abrevadero, apartaron los animales saciados, dejaron saciarse a los sedientos, y cuando todos estuvieron repuestos, volvieron a su lugar la piedra, cubriéndola de yerba y tierra para disimularla a la vista de los extranjeros; luego reunieron todos los ganados, los de Labán y los de sus amos, y volvieron a sus casas y rediles,

acompañados por Jacob, que, desde su alta montura, dominaba la confusión.

## El bloque de tierra

Poco después se vio correr a un hombre, cubierto por un gorro con cogotera, que se detuvo de pronto. Era Labán, hijo de Batuel. Corría siempre en circunstancias parecidas. Unas decenas de años antes —desde los cuales había pasado una generación, rápidamente— había corrido de igual manera al encuentro de Eliecer, escoltado por sus hombres y sus diez bestias, que había venido a pedir la mano de Rebeca para su dueño. Le había dicho: «Entra, bendito del Eterno». Ahora, con la barba gris, corría de nuevo, habiéndole anunciado Raquel que Jacob de Beer-Sheba estaba allá, no un servidor, como antaño, sino el propio nieto de Abram, el hijo de su hermana. Pero se detuvo y dejó venir al hombre hacia él, pues no había visto a Raquel con una cinta dorada en la frente ni con brazaletes en las muñecas, como llegó Rebeca otrora. Viendo que el extranjero no había llegado con un gran equipaje, sino sólo sobre un animal polvoriento y magro, no quiso ponerse en situación de tributarle una acogida extraordinaria a su pretendido sobrino. Lleno de desconfianza, esperó a que Jacob se acercara. Jacob humillado y avergonzado, dándose cuenta de su lamentable estado de miseria y dependencia, comprendía aquel titubeo. Ah, no llegaba él como mensajero opulento que no tiene más que aparecer para seducir a todo el mundo con regalos costosos, sacados de sus serones, y que se hace rogar para permanecer entre los huéspedes un día o dos. Un fugitivo sin abrigo, eso era él, con las manos vacías, indeseable en el hogar de su padre, y forzado a mendigar albergue. Había razón para que se mostrara humilde y tímido. Pero ante aquel hombre de faz sombría, de pie frente a él, se percató de con quién tenía que tratar, y comprendió que sería imprudente presentarse en un sentido de suma indigencia. Así, no se apresuró a descabalgarse: se acercó, con la dignidad de su raza, y saludando a Labán según las normas de buena crianza, dijo:

—¡Padre y hermano mío! Rebeca, tu hermana, es la que me envía, para demostrarte una atención. Me ordena ella que pase un momento bajo tu techo y que te salude en su nombre, y en nombre de Isaac, su señor y el mío, así como en nombre de nuestros padres comunes, y te pido la protección del Dios de Abram para tu salud, la de tu esposa y tus hijos.

—Lo mismo te digo —respondió Labán, que comprendía en redondo—. ¿De modo que tú eres realmente el hijo de Rebeca?

—Realmente —respondió Jacob—. Soy el primogénito de Isaac, como tú dices. No desconfíes porque me veas solo, con unas vestiduras que el sol ha reducido a jirones. Mi boca te dará inmediatas explicaciones. Tú verás que, si no poseo nada, exceptuando la cosa esencial, ésta la tengo y tú caerás llamándome «Bendito del Eterno».

—En ese caso, déjame estrecharte contra mi corazón —murmuró Labán, sombrío,

después que Jerubbaal le hubo traducido estas palabras al ummu-ummu, y pasando su brazo sobre el hombro de Jacob, se inclinó una vez a la derecha, otra a la izquierda y dio un beso al aire. Los sentimientos que Jacob experimentaba ante su tío eran muy desiguales. Dos arrugas de mal agüero se abrían entre sus cejas; aunque un guiño tenía a medio cerrar uno de sus párpados, parecía ver mejor con este ojo que con el otro, completamente abierto. Al mismo lado de la cara, una mueca netamente infernal marcaba la comisura de la boca; ésta pendía paralizada sobre la grisienta barba, dibujando una sonrisa agria que a Jacob le pareció sospechosa. Por otra parte, Labán no carecía de vigor. Una abundante cabellera gris se desbordaba bajo su cogotera, su traje le llegaba hasta las rodillas y llevaba un látigo y un cuchillo en el cinturón; las mangas cortas descubrían los antebrazos nerviosos y de venas muy señaladas, cubiertos como las piernas musculosas, de un vello gris y negro, y terminados en unas manos largas y cálidas, igualmente velludas, manos de un propietario codicioso, cuyas ideas no iban más allá del círculo tenebroso y restringido de los bienes materiales; un verdadero bloque de tierra, pensó Jacob.

Tal vez el tío pudo haber sido bello de rostro, con sus cejas aún muy negras, espesas, su nariz carnosa que continuaba la línea de la frente y sus gruesos labios rodeados por las barbas. Raquel tenía, claramente, sus ojos; Jacob lo comprobó con esa mezcla de sentimientos —reconocimiento, emoción, hasta celos— que se nota en uno cuando profundiza en el origen atávico y en la historia de las formas vivientes que nos son queridas: observaciones agradables en cuanto nos permiten entrar en su intimidad, descubrir en ellas los secretos de la naturaleza; pero, por otra parte, un poco penosas, ya que nuestra actitud hacia los que llevan esos signos precursores es, a la vez, de respeto y antipatía.

Labán dijo:

—Bien venido seas, y sígueme, extranjero, que te titulas sobrino mío, con fundamento, quiero creerlo. Antaño encontramos sitio para alojar a Eliecer, y paja y forraje para sus diez camellos; también lo encontraremos para ti y para este que parece ser el único que posees. ¿No te cargó tu madre, pues, de regalos, oro, vestimentas, especias y otras cosas por el estilo?

—Lo hizo y abundantemente, puedes estar seguro —respondió Jacob—. Ya sabrás por qué no traigo nada cuando me haya lavado los pies y comido algo.

Se mostraba exigente adrede, para darse importancia ante el «bloque de tierra», que se sorprendió al ver tanta seguridad unida a tanta miseria. No hablaron hasta que llegaron a la propiedad de Labán; allí, los pastores extraños se separaron de ellos para continuar su camino a la ciudad, mientras Jacob ayudaba a su tío a hacer entrar a los carneros entre unas vallas de tierra, que habían sido sobrealzadas con una pared de cañas, para protegerlos contra los animales de presa.

Desde el tejado de la casa, tres mujeres le miraban. Una era Raquel; la segunda, la

esposa de Labán, y la tercera, Lía, la hija mayor, que bizqueaba. La habitación, como el establecimiento entero, compuesto de unas cuantas cabañas de junco y de granjas en forma de colmena que rodeaban el cuerpo principal de la construcción, hicieron gran impresión en Jacob, que había vivido bajo tiendas de campaña; pero en el curso de su viaje había visto, en las ciudades, moradas mucho más hermosas, y se guardó de testimoniar admiración. Hasta creyó conveniente criticar la casa; halló que la escala de madera que conducía a los tejados era insuficiente y opinó que sería preferible sustituirla por una escalera de ladrillos, enlucir la habitación entera y poner barrotes de madera en las ventanas de la planta baja.

—Ya existe una escalera que lleva hasta el patio —dijo Labán—. Y tal como está, mi casa me es bastante.

—No digas eso —comentó Jacob—. Si el hombre se contentara con poca cosa, el Eterno haría lo mismo respecto de él y le quitaría la bendición. ¿Cuántos carneros posee mi tío?

—Ochenta —respondió Labán.

—¿Y cabras?

—Unas treinta.

—¿Y no tienes bueyes, ni vacas?

Con un movimiento de su barba, Labán señaló un cercado de arcilla y cañas, que presentaba un aspecto de establo, pero no expresó número alguno.

—Hay que aumentar el número —dijo Jacob—; el número de todas las especies.

Labán le echó una mirada sombría, que desde el fondo de su negrura lo examinaba curiosamente. Luego se dirigieron hacia la casa.

## La comida

**G**randes álamos dominaban en altura la casa; la corteza de uno de ellos había sido rajada de arriba abajo por el rayo. La construcción de ladrillos, grosera y de mediocres proporciones, un poco maltrecha ya, prestaba a la levedad de la parte superior del edificio cierto encanto arquitectónico. El techo, recubierto de tierra y provisto de pequeñas construcciones de caña, no reposaba sino parcialmente, en la mitad y las esquinas, sobre albañilería. Pilares de madera lo sostenían por intervalos; mejor sería que habláramos de varios techos, pues el centro de la casa, descubierto, formaba un paralelogramo de cuatro alas rodeando un patio. Unos cuantos escalones en tierra apelmazada conducían a la puerta de la casa, hecha en madera de palmera. Dos o tres esclavos, artesanos manuales, un alfarero, un panadero que apretaba la masa de trigo contra la pared de su hornillo, trabajaban entre diversos pabellones, en el patio que atravesaron tío y sobrino. Una criada, con un paño ciñéndole la cintura y desnuda de medio cuerpo arriba, traía agua del vecino canal de riego, llamado de Bel, que irrigaba los campos de centeno y de trigo de Labán y que desembocaba en el canal de Elli. Perteneecía a un mercader de la ciudad que lo había mandado labrar. Para tener derecho a usar de sus aguas, Labán pagaba un pesado canon en aceite, trigo y lana. Al otro lado del campo, la estepa descubierta se ondulaba hacia el horizonte lejano, que dominaba la torre escalonada del templo de la Luna en Carán.

Las mujeres, habiendo descendido del tejado, esperaban al dueño y su huésped en el vestíbulo, al que se entraba llanamente por la puerta de la casa. Sobre el suelo de arcilla se veía un gran mortero para majar trigo. Adina, la mujer de Labán, era una matrona insignificante. Su cuello ostentaba un collar de piedras de color; un gorro recubierto de largo velo disimulaba sus cabellos, y su aspecto sin alegría recordaba el de su marido, si bien la expresión de su boca no era agria, sino amarga. No tenía hijo, lo cual explicaba hasta cierto punto la faz sombría de Labán. Jacob supo después que les había nacido un chico, al principio de su matrimonio; lo habían sacrificado cuando se construía la casa, metiéndolo vivo en una jarra de arcilla y enterrándolo en los cimientos, junto con una serie de lámparas y alimentos, para traer la bendición del cielo y la prosperidad sobre la nueva instalación. Pero el sacrificio quedó sin producir ningún beneficio y, por añadidura, Adina se mostró, desde entonces, incapaz de procrear varones.

Lía estaba tan bien proporcionada como Raquel; mayor y más imponente, era un ejemplo perfecto del poco atractivo que presenta un cuerpo impecable junto a una cara fea. Un gorrillo cubría la parte alta de su cabellera, rubia encenizada y muy abundante, enrollada sobre la nuca en un espeso moño. Sus ojos verdegrises bizqueaba tristemente en dirección a su larga y roja nariz. Sus párpados enfermos y

sus manos eran también de color rojo. Trataba de disimularlas, así como la bizquera, velando sus ojos constantemente con las pestañas, con algo de púdica dignidad.

«He aquí la luna obscurecida y la luna radiante», se dijo Jacob examinando a las dos hermanas. Empero, dirigió la palabra a Lía, y no Raquel, mientras atravesaba un patinillo, en el centro del cual se alzaba un ara para las ofrendas; pero ella se limitó a chasquear la lengua, con gesto de no entender, como los pastores en el campo; Jacob tuvo la impresión de que le prometía, para consolarle, la ayuda de un intérprete, cuyo nombre cananeo repitió ella varias veces, Abdcheba, el mismo que estaba haciendo pan en el otro patio. Cuando subieron los escalones de ladrillo que llevaban al tejado y llegaron a la pieza superior donde se iba a servir la comida, este hombre trajo a Jacob agua para lavar sus pies y sus manos. Le explicó que era originario de un pueblecillo perteneciente a los señores de Urusalim, y que la miseria había obligado a sus padres a venderle como esclavo. Había pasado de mano en mano, siempre al igual precio de veinte siclos, lo que le daba un sentimiento moderado de su dignidad. Pequeño, algo canoso, con el pecho hundido, pero de ágil lengua, traducía inmediatamente al idioma local cada frase que Jacob pronunciaba y le transmitía las respuestas con la misma prontitud.

La pieza era larga y estrecha, muy agradable y aireada; entre los pilares que sostenían el techo, se veía, por un lado, la estepa que se obscurecía, y por otro, el tranquilo cuadrado del patio interior, cubierto de paños de color, con su pavimento de sílice y su galería de madera. Caía la tarde. La sirvienta semidesnuda que había traído el agua fue hasta el ara en busca de fuego y encendió tres lámparas de arcilla puestas sobre trípodes. Luego, con Abdcheba, se fue a buscar la comida: una cazuela de gachas con aceite de sésamo, que Raquel acogió con muestras de infantil alegría, gritando: «¡Pappasu, pappasu!». Aplaudía y sacaba la lengua como señal de apetito. Luego llegaron unos calientes panecillos, rábanos, pepinos, coles y, como bebida, leche de cabra y agua del canal, de la que había una cantidad en una ánfora grande, de arcilla, colgada de uno de los postes. Dos cajones, también de arcilla, estaban adosados a la pared exterior del cuarto, llenos de toda clase de utensilios: vasos de cobre, vasijas para leche, un molinillo y varias tazas. La familia se colocó en torno de un poyete cubierto de cuero. Labán y su esposa, reclinados uno junto al otro en un diván y sus hijas, con las piernas cruzadas sobre unos escabeles de mimbre cubiertos con cojines. Jacob ocupaba un asiento de arcilla policroma, sin respaldo, y con los pies sobre un taburete de la misma materia. Para comer el pappasu se usaron dos cucharas de asta de buey; cada uno se servía cuando le tocaba turno y, metiéndola de nuevo en el plato, la pasaba llena a su vecino. Jacob, sentado junto a Raquel, llenaba hasta los bordes las cucharas que le iba pasando, y esto la hacía reír. Lía se dio cuenta y sus ojos oscuros bizquearon más.

Poco se conversó durante la comida, y fue acerca de los alimentos. Adina decía a

Labán:

—Come, esposo mío; todo te pertenece. O vuelta hacia Jacob:

—¡Sírrete, extranjero, y reconforta tu alma cansada! O bien uno de los padres se dirigía a una de las muchachas:

—Veo que lo acaparas todo y que no dejas nada a los demás. Si no moderas tu glotonería, la bruja Labartu te retorcerá las entrañas hasta hacerte vomitar.

Abdcheba no dejaba de traducir estas frasecillas a Jacob, y éste ya tomaba parte en la conversación, en el idioma local. Decía a Labán:

—¡Come, padre y hermano, que todo es tuyo! O a Raquel:

—¡Sírrete, hermana mía, y alegra tu alma!

Abdcheba y la mujer del paño comían al mismo tiempo que los otros, aunque asegurando el servicio con interrupciones; de vez en cuando se inclinaban para comerse un rábano o echarse a la boca un buche de leche de cabra. Iltani, la sirvienta, sacudía con sus dos manos, con la punta de los dedos, las migajas que se quedaban sobre sus pechos caídos.

Acabada la colación, Labán pidió licores para él y su convidado. Abdcheba trajo una jarra de cerveza hecha con semilla fermentada, y llenó dos tazas, cada una de las cuales tenía una paja para sorber, pues los granos flotaban en el líquido. Las mujeres se retiraron después que Labán les puso la mano ligeramente sobre la cabeza.

Dieron también las buenas noches a Jacob, y cuando le tocó a Raquel despedirse, él miró una vez más la suave noche de sus ojos y sus dientes blancos, un poco separados, mientras ella le decía sonriendo:

—Mucho pappasu en la cuchara... ¡Muy llena!

—Abram, el antepasado, tuyo, mío —respondió él a manera de explicación, y, cruzando sus índices, se hicieron una señal con la cabeza, como habían hecho antes en el campo, Mientras que la madre sonreía con amargura y la mirada bizca de Lía chocaba con su nariz, y el rostro del padre se fijaba en una expresión de inmovilidad, guiñando los ojos. Cuando tío y sobrino quedaron solos en la aireada pieza, Abdcheba se sentó a sus pies, un poco cansado por haber servido de intérprete, con la mirada fija, alternativamente, en los labios de los dos hombres.

## Jacob y Labán llegan a un acuerdo

—Y ahora, habla, huésped, y cuéntame tu historia —dijo el amo de la casa después de beber.

Entonces Jacob le contó fielmente y al detalle lo que había pasado. Apenas si añadió algunos adornos al encuentro con Elifas; su pobreza, además, decía demasiado para que no respetara la verdad en grandes líneas. De tiempo en tiempo, cuando la narración se prolongaba —no lo suficiente, empero, para que no pudiera resumirla—, se interrumpía haciendo una señal a Abdcheba, que traducía. Labán trasegaba numerosos vasos de cerveza; escuchaba, guiñando siniestramente, y a veces aprobada con gestos. Jacob hablaba objetivamente. Se guardaba de calificar en bien o en mal lo que había sucedido entre él, Esaú y sus padres. Se expresó con toda franqueza y con temor de Dios, pues un hecho decisivo y considerable superaba a todos; sólo este hecho conservaba su importancia, de cualquier modo que hubiese sido provocado; un hecho que prevalecía sobre su actual desnudez y miserable estado; Jacob, y no otro, detentaba la bendición de Isaac.

Labán estaba atento, y sus guiños se acentuaban. Había absorbido ya tanta bebida fermentada usando su paja, que su rostro se parecía a la luna en el ocaso, cuando entra en hora tardía, entre las nubes de un rojo siniestro. Con la panza hinchada de comida, tuvo que desceñirse el cinturón, dejar caer la vestidura que le cubría los hombros y se quedó en mangas de camisa, cruzando sus bíceps sobre el pecho medio desnudo, donde crecía un vello grisiento. Pesadamente inclinado hacia delante, las espaldas curvadas, empezó, como hombre de negocios, una serie de preguntas sobre el privilegio de que se enorgullecía su interlocutor, guardándose muy bien de mostrar una admiración excesiva. Adrede ponía en duda este privilegio, que se le antojaba debía llevar consigo una pesada obligación. Jacob, seguramente, lo había subrayado bastante: Esaú era el maldito y la bendición recaía sobre el menor. Pero en cuanto a la forma en que aquélla había sido lograda, se unía a ella un elemento de maldición, llamado a manifestarse fatalmente de una manera u otra.

Se sabía cómo eran los dioses. Se parecían todos, ya fuesen los de aquí —con los que Labán, como había menester, mantenía cordiales relaciones—, o el dios vagamente llamado dios de la tribu de Isaac, del cual había oído hablar y al que rendía, con ciertas reservas, su homenaje. Los dioses ordenan y dejan hacer, haciendo a los hombres responsables de sus faltas. Este precioso bien de que Jacob hacía gala, ¿le pertenecía, o solamente estaba hipotecado y podía preguntarse quién lo libraría de la carga? Jacob afirmó que estaba libre de toda servidumbre. Su acción había sido mínima, se había limitado a dejar cumplir lo que debía cumplirse, y esto no lo había hecho sin sentir una viva repugnancia. En rigor, la falta podía ser imputada a la enérgica Rebeca, que había organizado todo aquello. «Que la maldición caiga sobre

mi cabeza», había dicho ella, previendo el caso de que el padre se diera cuenta de la superchería; y esa frase dejaba bien clara la parte que ella había tomado y establecía que consideraba maternalmente a su hijo como libre de toda deuda.

—Sí, muy maternal —gruñó Labán. Con la boca abierta, respiraba trabajosamente por culpa de la cerveza, y la parte superior de su cuerpo se inclinaba hacia un costado y hacia delante. Se levantó, pero osciló como un saco y cayó del otro lado—: Muy maternal. Así son las madres y los padres... Y así son los dioses.

Padres y dioses dispensarían su bendición a sus favoritos, de la misma ambigua manera. Su bendición era una fuerza, una emanación de fuerza, pues también el amor —y en particular— no era sino fuerza, y por amor los dioses y los padres acordaban a sus preferidos la gracia de una vida fuerte, rica en felicidad y desgracia. La bendición no es otra cosa. ¡Que la maldición caiga sobre mi cabeza!" Vanas palabras y pamplinas de una madre que ignora que amor, bendición y vida tienen la misma fuerza, sencillamente. Rebeca no era más que una mujer ordinaria, y sobre Jacob, sobre el Bendito, pesarían las consecuencias de su amaño.

—Tú las vas a pagar —dijo Labán, con la lengua pastosa, alzando dificultosamente un brazo y señalando a su sobrino—. Tú has engañado, y serás engañado. ¡Abdcheba, mueve tu lengua y traduce, miserable! He pagado veinte sidos por ti, y si te duermes en vez de hacer de intérprete, te entierro, hasta el labio inferior durante una semana, ¡imbécil!

—¡Calla! ¡Que la vergüenza caiga sobre ti! —gritó Jacob, escupiendo al suelo—. ¿Acaso mi padre y hermano me desprecia? ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Soy carne de tu carne, o no?

—Lo eres —respondió Labán—. Es cierto. Me has hablado con exactitud de Rebeca, de Isaac y de Esaú, el Rojo. Es cierto que tú eres Jacob, el hijo de mi hermana. Déjame estrecharte contra mi corazón; pero oídas tus declaraciones, conviene examinar la situación y sacar consecuencias, para ti y para mí, conforme a las leyes de la vida económica. Estoy convencido de la veracidad de tu relato, pero no hay que alabar tu sinceridad, pues para explicarme tu posición no te quedaba otro remedio que ser sincero. Tú me has dicho, al llegar, que Rebeca te mandaba para hacerme presente su simpatía; pero esto no es gran cosa. No te era posible quedarte en tu casa desde el momento en que Esaú ponía en peligro tu vida, en vista de las artimañas de tu madre y los tuyos. No digo que vuestros manejos no hayan resultado, pero es indudable que, por el momento, te han reducido a la mendicidad. Tú no has venido aquí espontáneamente, sino porque buscabas dónde guarecerte. Tú no cuentas sino conmigo, y a mí me toca decidir tu situación. Tú no eres un huésped, sino un criado en mi casa.

—Mi tío habla con justicia, pero su justicia no está sazonada con la sal de la ternura —dijo Jacob.

—¡Frases! —respondió Labán—. Éstas son rudezas inherentes a la vida económica y yo acostumbro a tenerlas en cuenta. Los banqueros de Carán, dos hermanos, los hijos de Ichullanu, me exigen lo que quieren, porque tengo necesidad urgente de su agua, y sabiéndolo, reclaman de mí lo que se 'es antoja. Y si yo tratara de esquivarlos, me venderían con mis bienes y se guardarían el precio de venta. ¡Necesitaría estar yo loco! Tú has venido a mí poder y me aprovecho. No soy lo bastante rico ni lo bastante bendito para sentirme bondadoso y abrir las puertas de mi casa al primer vagabundo. Los solos brazos de que dispongo para el trabajo son los de este sapo anémico que ves ahí y los de Itani, la criada, que es más tonta que un ganso. El alfarero está de paso, y no ha sido contratado sino para diez días. Y cuando llega el momento de la recolección o la siega, no sé a quién dirigirme, pues no tengo los medios para pagar. Desde hace tiempo no es conveniente que mi hija menor, Raquel, guarde los carneros, pues hace mucho calor de día y sopla viento helado por la noche. Tú la substituirás desde ahora, a cambio de albergue y de legumbres, y se acabó, que tú no sabes adonde vas y no tienes por qué ponerme condiciones. Ésta es la situación.

—Deseo cuidar los corderos de Raquel, tu hija —dijo Jacob—, y servirte para que la vida de ella sea más dulce. Yo he nacido pastor y entiendo de guardar ganados. No he tenido ni por un momento la intención de quedarme en tu casa sin hacer nada y como una boca inútil; pero, puesto que se trata de Raquel, tu hija, y que puedo emplear por ella la fuerza de mi brazo viril, estoy dispuesto a servirte.

—¿De verdad? —preguntó Labán, guiñando furiosamente y tirándose de los labios—. Entendido —dijo—. De buena o mala gana, tú estás forzado por las necesidades de la vida económica. Pero si consientes de grado, tanto mejor para ti y para mí. Mañana redactaremos un acuerdo por escrito.

—¿Tú ves? —dijo Jacob—. Esas cosas existen; quiero hablar de ventajas para las dos partes, que suavicen la rudeza natural. Tú no lo creías. Tú no querías sazonar tu justicia con unos granillos de sal, y yo lo hago, espontáneamente, desnudo y despojado como me veo.

—¡Más frases! —cortó Labán—. Redactaremos un contrato, escrito y sellado en buena forma y como se debe y de cuya validez nadie podrá dudar sin insultar a la ley. ¡Y ahora, vete! Tengo sueño y estoy entorpecido por la cerveza. —Y dirigiéndose a Abdcheba—: ¡Apaga las lámparas, sapo!

Se tendió en su lecho, se envolvió en su vestidura y se durmió, con la boca torcida, medio abierta. Jacob no tenía más que acostarse donde quisiera. Subió al tejado, se tendió sobre un cobertor, bajo un techadillo de cañas que allí había, y pensó en los ojos de Raquel hasta que el sueño vino a besarle en la frente.

## Capítulo quinto

---

Al servicio de Labán

## Cuánto tiempo permaneció Jacob con Labán

Tales fueron los comienzos de Jacob en casa de Labán, en el país de Aram Naharaím, que en su fuero interno llamaba él país de Kurungia: en primer lugar, porque para él significaba, de una manera general y por adelantado, el país infernal al que había emigrado, fugitivo, y, después, porque los años le demostraron que aquel territorio rodeado de ríos le retenía cautivo a un hombre que no le dejaba escapar. Verdaderamente, era el país del que no se vuelve. ¿Qué significa «Nunca más», sino tanto tiempo como el «yo» conserva —más o menos— su estado, su forma y su integridad? Un retorno verificado después de veinticinco años de ausencia, no se relaciona más con el «yo» que, cuando partió, esperaba volver al cabo de seis meses, tres años a lo más, y reanudar, tras ese intermedio, la trama de la vida en el hogar paterno, en el punto en que fue interrumpida; para aquel «yo», volver en tales circunstancias equivale a una ausencia eterna. Veinticinco años no son un intermedio; son la vida misma y forman, si se los coloca en la edad del pleno florecimiento viril, el nudo de la vida, su base. Jacob, es cierto, vivió largo tiempo después de su retorno y conoció aún más pesadas y augustas pruebas; contaba, según nuestros cálculos exactos, ciento seis años cuando, vuelto al país de abajo, rindió su alma solemnemente. Pero se puede decir que fue en casa de Labán, en el país de Aram, donde vivió el ensueño de su vida; allí amó, allí se casó, allí sus cuatro mujeres echaron al mundo todos sus hijos, excepto el último; allí se hizo rico en bienes materiales y venerable por una numerosa progenitura. No fue el joven el que volvió —éste no volvió jamás—, sino un hombre envejecido, de cincuenta años, un jeque nómada del este, a la cabeza de numerosos rebaños, que penetró en occidente como en una tierra extranjera, y se dirigió hacia Shekem.

La estancia de Jacob en casa de Labán duró veinticinco años, como es posible demostrarlo. Cantos y tradición dan la prueba de una inexactitud que, por nuestra parte, sería menos excusable. Según éstos, Jacob habría vivido veinte años en casa de Labán; catorce más seis. Se apoyan en el hecho de que unos cuantos años antes que se evadiera rompiendo sus mohosos cerrojos, había pedido a Labán que le dejara partir, y no habiéndolo logrado, había firmado una nueva convención prolongando su estancia. Para datar este episodio se echa mano de la frase siguiente: «cuando Raquel dio a luz a José». Pero ¿cuándo aconteció esto? Si solamente habían corrido catorce años desde la llegada de Jacob, hubiera sido necesario que en el curso de estos catorce años, o mejor dicho, de los siete últimos, hubieran nacido sus doce hijos, incluyendo a Dina y José, y exceptuando sólo a Benjamín. No era esto imposible en sí, dado que cuatro mujeres andaban a la obra, pero las cosas no sucedieron así en el orden cronológico de los nacimientos, tal como el Eterno lo estableció. Al referirse a eso se ve que Aser, el glotón, mayor en cinco años que José, había ya nacido

«después» que expiraron dos veces siete años, es decir, durante el octavo año de matrimonio y, tal como se demostrará con detalles, no pudo menos de haber un intervalo de dos años, a lo menos, entre el nacimiento de Zabulón, el enamorado del mar, y el de José. Este último vio la luz, por tanto, trece años después del matrimonio de Jacob, en el vigésimo año de su vida en Carán. ¿Cómo pudo haber sido de otro modo? Jacob había tenido a este hijo ya tarde, andaba por los cincuenta años cuando vino al mundo su preferido y, por consiguiente, había vivido ya veinte años en casa de Labán. Pero como en este período sólo dos veces siete, es decir, catorce, fueron pasados verdaderamente en servidumbre, el lapso que se extiende entre ellos y el momento en que quiso liberarse y concluyó un nuevo pacto comprende otros seis años; representan éstos un período sin contrato, una tácita continuación de la vida en casa de Labán. Si los consideramos teniendo en cuenta su enriquecimiento al final, debemos sumar a los cinco años últimos de su vida junto a Labán aquellos otros años, pues si ellos nos explican en parte que el hombre pudiera hacerse tan rico, no bastarían para hacernos comprender cómo pudo adquirir la fortuna prodigiosa que los cantos de la Escritura han celebrado en los más pomposos términos. Dejemos aparte la exageración y aún tendremos por excesiva la aserción según la cual Jacob poseyó doscientos mil carneros; pero no hay duda de que tenía miles, sin hablar de otras bestias de toda especie, del metal amonedado, ni de los esclavos. Y las palabras de Labán, cuando encontrando a su yerno fugitivo le conminó a que le devolviera «lo que le había robado de día y lo que le había robado de noche», estarían desprovistas de sentido y aún de apariencia de fundamento, si Jacob no hubiera edificado su fortuna sino bajo el nuevo contrato, si no hubiera ya, de antemano, en el intervalo, administrado el dominio, velando por sus propios intereses y echando las bases de su futura fortuna.

Estos veinticinco años se deslizaron para Jacob como un sueño, como se desliza la vida de los vivientes, en ambiciones y logros, en esperanzas, decepciones, realizaciones, en días que no cuentan y cada uno de los cuales aporta su contribución, en esperas y esfuerzos, en paciencias e impaciencias, todos ellos despedazados, pero acabando por formar gruesos bloques que constituyen los meses, los años, los grupos de años, que a la postre aparecen como un solo día. Se puede discutir a propósito de cómo el tiempo se pasa lo más de prisa y lo mejor, si está en la uniformidad o en el cambio, pero se llega siempre a la fuga del tiempo. Todo lo que vive se esfuerza hacia el porvenir, trata de avanzar en el tiempo, se apresura, en suma, hacia la muerte, creyéndose ir hacia cambios o finalidades de la vida. Y aun cuando para el hombre el tiempo está fraccionado y dividido en épocas, empero es uniforme, porque en su tiempo de él, incluso en las conjeturas de su yo, de suerte que mientras se deslizan el tiempo y la vida dos fuerzas están manos a la obra, simultáneamente: uniformidad y fraccionamiento.

La división arbitraria del tiempo no es, sensiblemente, otra cosa que hacer rayas en el agua: se las trace en el sentido que se quiera, mientras se están trazando todo se vuelve a cerrar en una vasta unidad. Ya hemos visto por separado las cinco veces cinco años que Jacob pasó en Carán, y veinte más cinco, o catorce más seis, más cinco. Tal vez los ordenaría de otro modo: siete años hasta su matrimonio, trece años durante los que nacieron sus hijos y, para terminar, los cinco años culminantes, semejantes a los cinco días intercalares del año solar que se añadían al total de doce veces treinta. ¿Calculaba de este modo o de otro? De cualquier manera, era un total de veinticinco años, no solamente uniformes de hecho, puesto que eran los años de Jacob, sino también porque, considerando las circunstancias anteriores, se parecen hasta el punto de producir una impresión de monotonía; los diferentes aspectos desde los cuales podían ser examinados no añaden ninguna modificación a esta uniformidad que se iba deslizando.

## Jacob y Labán confirman su acuerdo

U n período, una especie de época se dibujaba ya para Jacob, desde que concertado un contrato con Labán al día siguiente de su llegada, fue anulado al cabo de un mes y reemplazado por un nuevo pacto que le imponía más duras obligaciones. La mañana que siguió a su llegada, Labán había dispuesto arreglar legalmente las futuras relaciones entre su sobrino y su casa, según las decisiones que tomó, mientras se emborrachaba con cerveza, con un espíritu positivo y materialista. A la hora del alba, la pequeña caravana partió en burro, para llegar a la ciudad de Carán. La formaban Labán, Jacob y el esclavo Abdcheba, que debía servir de testigo en presencia del escriba y del representante de la autoridad civil. Este magistrado oficiaba en un patio donde se reunía una muchedumbre densa, pues se trataba de registrar o exigir la ejecución de contratos de compraventa, de alquileres, trueques, matrimonios, divorcios, documentos de mano. El juez, así como dos escribas o alguaciles sentados a su vera, estaba sobrecargado de trabajo; era menester dar largas a las exigencias del público, tanto rural como ciudadano, y la pequeña tropa debió esperar largo tiempo hasta que llegara su turno, para un negocio, por otra parte, insignificante y fácil de arreglar. Labán, poco antes, había tenido que presentar como segundo testigo, indemnizándole con un poco de aceite y trigo, a un hombre que siempre estaba allí, para los casos en que hubiera que llenar ese oficio. Con Abdcheba, se manifestó como garantizador del contrato y ambos pusieron sus pulgares sobre la arcilla de una tableta que, por detrás, era convexa, sellándola.

Labán poseía un sello cilíndrico, y Jacob, que había perdido el suyo, selló con el dobladillo de su vestidura. Así fue legalizado aquel texto tan sencillito y grabado con buril por lino de los alguaciles bajo el dictado maquinal del juez.

Labán, criador de carneros, arrendaba como esclavo, hasta nuevo aviso, a un tal del país de Amurru, sin albergue, hijo de tal, el cual se obligaba a emplear todas las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu al servicio de Labán y de su casa, sin recibir otro salario que el estrictamente necesario a su manutención. El acto no podía ser invalidado ni ser objeto de proceso o de querrela. Quienquiera que se alzara contra este contrato, atacándolo con desprecio de las leyes, vería su proceso anulado y se vería obligado a pagar una multa de cinco minas de plata. Punto. Eso era todo. Labán tuvo que pagar los gastos de registro; echó, gruñendo, unas cuantas plaquillas de cobre en la balanza. Para sí, pensaba que el compromiso contraído por Jacob bien valía el gasto de unos cuartos. Concedía a la bendición de Isaac más importancia de la que pareció haberle atribuido durante su conversación con el sobrino; y sería desconocer su sentido de los negocios suponer que desde un principio no había tenido la idea de sacar buen bocado cuando asegurara la presencia de Jacob en su casa. Era un hombre oscuro, nada agradable a los dioses, poco confiado en su suerte; y por

eso no había tenido éxito en sus empresas hasta ese día. No se le ocultó ni por un momento cuán útil le iba a ser la colaboración del Bendito.

Hecho el contrato, se mostró de bastante buen humor; compró en la calle unas cuantas telas, cosas de comer y algunos utensilios e invitó a su compañero a expresar la extrañeza que debía inspirarle la ciudad, con su tráfico bullicioso, el espesor de sus murallas y bastiones, el encanto de sus jardines abundantemente regados, donde las guirnaldas de vid colgaban entre las palmeras de dátiles; el esplendor sagrado de El-Chulchul, templo cercado de murallas, sus patios, sus puertas guarnecidas de plata, guardadas por toros de bronce, la majestad de la torre de múltiples rampas, que, erigida sobre un inmenso terraplén, escalaba el cielo, monstruo de azulejos de siete colores, de un azul de cielo en su cumbre. Allí estaba el santuario al que descendía el dios, con un lecho nupcial preparado para el caso. Parecía de la misma consistencia brillante que el azul que se extendía sobre él. Pero Jacob no comentaba estas maravillas más que por monosílabos, con «hum» y «jem». No le gustaban las ciudades, ni los gritos, ni el tumulto, ni la arrogancia de las construcciones exageradas que parecían desafiar a la eternidad. Bastante trabajo habían tenido para consolidar aquellas montañas de ladrillo, por medio del betún y de esteras de junco, y secarlas cuidadosamente, que no por ello estaban menos destinadas a precipitarse después de un ínfimo lapso, por lo menos ante el Señor. Tenía nostalgia de las praderas de Beer-Sheba. La ciudad orgullosa pesaba en su alma de pastor y llegaba a considerar la posesión de Labán como una especie de patria suya; cierto era que había dejado allí un par de ojos negros cargados de una benevolencia particular para con él y respecto a los cuales le parecía que tenía grandes disposiciones que tomar. Mirando distraídamente los edificios pretenciosos y frágiles, pensaba en ellos y en el Dios que le había prometido velar sobre sus pasos en el extranjero para hacerle regresar cargado de bienes, el Dios de Abraham. Estaba celoso de ver la residencia de Bel de Carán, ciudadela del culto idólatra, vigilada por toros salvajes y grifos con colas de serpiente. En una celda secreta entre todas, hecha de madera dorada de cedro y escintilante de piedras preciosas, la estatua barbuda del falso dios se alzaba sobre un pedestal de plata; el incienso y las alabanzas subían hacia él según un rito real, mientras que el Dios de Jacob, que él consideraba como el más grande hasta ser el único, no poseía morada sobre la tierra y era adorado ingenuamente en las cumbres y bajo los árboles. Sin duda que no deseaba que fuese de otro modo, y Jacob estaba orgulloso de que reprobara las pompas ciudadanas y terrestres, ninguna de las cuales era digna de Él. Pero a su satisfacción se mezcló una sospecha que provocó sus celos. Tal vez, en el fondo, Dios también gustaría de ser adorado en una casa de esmalte, de cedro dorado y de carbunclos que, naturalmente, sobrepasara siete veces en belleza la habitación del ídolo lunar; quizás no la reprochaba sino por no poder poseerla todavía, porque los suyos no eran aún lo bastante numerosos y fuertes para edificarla.

«Esperad un poco —pensaba Jacob—, y ¡gloriaos, por ahora, del esplendor de vuestro augusto Bel! En Beth-el, mi Dios me ha prometido enriquecerme y es dueño de dispensar sus riquezas a los que creen en Él. Cuando las hayamos adquirido, le construiremos una morada; estará hecha de zafiros, de jaspe y cristal de roca, tanto por dentro como por fuera, y las mansiones de vuestros dioses y diosas palidecerán ante ella. Terrible es el pasado; poderoso es el presente, pues se impone a nuestra vista; pero el porvenir es, sin contradicción, lo más grande que hay, lo más sagrado, y aquel a quien Él le prometió tiene el corazón reconfortado».

## La expectativa de Jacob

**A**unque tío y sobrino volvieron muy tarde de la ciudad, eso no obstó para que Labán bajara aquella misma noche a depositar las tablillas del contrato en la bodega de la casa, donde se acumulaban numerosos documentos por el estilo. Jacob le acompañó con una lámpara alzada en la mano. La pieza estaba situada bajo el suelo de la planta baja del ala izquierda, frente a donde la víspera habían cenado los familiares. Servía a la vez como archivo, capilla y sepultura, pues los huesos de Batuel reposaban allí en un cofre de tierra colocado en el centro y rodeado de copas, panes de sacrificio y trípodes cargados de cazoletas. Por allí debía encontrarse, aunque más hundido en el suelo o en los muros laterales, el vaso de arcilla que contenía los restos del hijo de Labán, ofrecido en sacrificio propiciatorio. Al fondo de la bodega había un nicho, con un altar que tenía la forma de un tajo de ladrillo; a cada lado, había una banqueta estrecha y baja. La de la derecha sostenía diversas tabletas grabadas, adquisiciones, cuentas y contratos puestos allí a buen recaudo. En la de la izquierda se alineaban diez o doce idolillos de singular aspecto. Unos tenían altos gorros y rostros pueriles y barbudos; otros eran calvos y mondos, vestidos de escamas. Otros, con el busto desnudo, juntaban apaciblemente las manos debajo de la barba. En fin, otros llevaban vestidos a pliegues, groseramente modelados, y sus mal formados tobillos asomaban bajo la orla. Eran los dioses lares de Labán, sus terafim; muy apegado a ellos, el tenebroso hombre no dejaba de consultarles en las circunstancias importantes. Explicó a Jacob que le protegían su casa, predecían el tiempo con bastante exactitud, le aconsejaban acerca de sus compras y ventas e indicaban, de vez en cuando, la dirección que había tomado un cordero extraviado.

Jacob no se sentía a gusto entre las osamentas y los ídolos, y se alegró cuando, subiendo la escala que le había conducido a aquel mundo subterráneo, pudo salir por la trampa y volver al mundo de arriba, para irse a dormir. Labán había cumplido sus devociones ante los restos de Batuel, llevado agua fría para apagar la sed del difunto, cumplido la «ofrenda del agua», e inclinándose ante los terafim. Poco faltó para que no adorara también los documentos referentes a sus negocios. Jacob, que no aprobaba más el culto de los muertos que el de las imágenes, se entristeció por la confusión e incertidumbre religiosa que reinaba en aquella morada. Se hubiera esperado encontrar en Labán, sobrino-nieto de Abraham y hermano de Rebeca, un sentimiento más esclarecido de lo divino. Ciertamente era que Labán había sido instruido en la creencia hereditaria de sus padres occidentales; pero tantas supersticiones locales se mezclaban a este conocimiento, que más bien eran ellas las que constituían el fondo de su fe, donde las tradiciones de Abraham apenas formaban un elemento casi extraño. Aunque se encontraba en los mismos lugares y en un punto de partida de la

historia espiritual, o quizás por ese mismo motivo, había adoptado el culto oficial de Babel. Hablando a Jacob de Ja-Elohím, le llamaba simplemente «el dios de tu padre» y llegaba a confundirlo absurdamente con Marduk, el dios supremo de Sinear. Jacob estaba decepcionado. Creía, como creían sus padres, que las ideas de aquella gente estaban más desarrolladas, y se preocupó, sobre todo, de Raquel; los pensamientos alojados en su bella y adorable cabeza no debían valer mucho más que los de aquellos que le rodeaban. Y así, desde el primer día, no perdió ocasión de orientarla hacia el verdadero Dios, el justo. Desde el instante que la vio, la consideraba como su novia; y no es temerario adelantar que Raquel, que no había podido contener un gritillo cuando Jacob se había dado a conocer como primo suyo, había presentido en él a su futuro esposo.

En general, y por buenas razones, los matrimonios entre gente de la misma raza, entre parientes, estaban muy en boga. Eran considerados como los solos respetables, los únicos cuerdos y que ofrecían seguridad, y ya sabemos cuánto daño le hicieron al pobre Esaú sus excéntricas uniones. No había sido por puro capricho que Abraham había insistido en que Isaac, el hijo auténtico, se casara con una mujer perteneciente a la raza y familia paternas, escogida en la mansión de Nacor de Carán, para que se supiera con quién se trataba. Jacob, a su vez, penetraba en esta casa donde había dos muchachas solteras; seguía las huellas de Isaac, o más justamente, de Eliecer, el intermediario de otrora. La idea de futuros esponsales se unía indudablemente a su visita, para él como para Isaac y Rebeca; y lo mismo hubiera sido apreciable para Labán, si este hombre endurecido por los negocios hubiese visto, desde el principio, en aquel fugitivo, en aquel mendigo, un yerno aceptable.

Como todo padre, Labán juzgaba desagradable y peligroso dejar ir a sus hijas a una tribu desconocida, sin lazos de parentesco con él, «venderlas al extranjero». Más seguridad y dignidad habría en guardarlas, una vez casadas, en el seno de su familia y, desde el momento en que Jacob, primo consanguíneo, se encontraba allí, representaba para ellos el esposo natural y predestinado. Y no solamente para una de ellas, sino para las dos. Tal era la opinión general y tácita que prevaleció en la morada de Labán a la llegada de Jacob. El dueño de la casa la compartía en el fondo, y Raquel más todavía. Ella había sido, verdad es, la primera en encontrar al extranjero y conocía bastante bien el papel que le tocaba desempeñar, por saberse bella y agradable, mientras que Lía tenía los ojos débiles y legañosos; pero, al posar sobre Jacob, junto al pozo, aquella mirada escrutadora e interesada, tan conmovedora para él, ella no había pensado solamente en sí misma. Desde el momento en que su primo había llegado, la vida le había puesto en femenina rivalidad con su hermana, su compañera de juegos. No importaba saber cuál de las dos sería la escogida por él, aunque en este caso correspondía quizás a Raquel usar la mayor seducción en el interés común. No, esta rivalidad no se manifestaría sino más tarde, cuando se tratara

de determinar cuál era la esposa más perfecta, la más apta, la más fecunda y la mejor amada del primo-esposo. ¿Ganaría Raquel en esta lucha? La cuestión no podía resolverse por la mayor o menor atracción que en este momento ejerciera; he aquí cómo se miraba la situación en casa de Labán. Solamente Jacob —y esto fue causa de numerosos malentendidos— la miraba desde otro punto de vista. No ignoraba él que era lícito tener concubinas, fuera de la esposa legítima, y que también lo era compartir el lecho con esclavas que echaban al mundo hijos medio bastardos. Pero él no sabía, y lo aprendió mucho después, que en la región, y particularmente en Carán y sus alrededores, era frecuente el casamiento con dos esposas legítimas, que tenían iguales derechos, y que esta clase de matrimonios era consagrada por el uso cuando se trataba de gente acomodada. Además, su corazón y su espíritu estaban mucho más Leños de la encantadora imagen de Raquel para que pudiera pensar por un momento en la hermana mayor, más impresionante, pero fea. No pensaba en Lía ni aun cuando, por finura, le dirigía la palabra. Ella lo notaba, bajaba los párpados sobre sus ojos bizcos, cuidadosa y digna, con un gesto amargo en los labios. Labán también lo notaba y sentía desilusión por su hija mayor, aunque en los términos del contrato había reducido al primo-pretendiente a que se condujera como esclavo, de lo que se alegraba por su Lía desdeñada.

## Jacob hace un descubrimiento

**J**acob hablaba con Raquel cuanto podía; pero esto no era frecuente, pues sus ocupaciones los separaban durante el día. Jacob, en particular, se hallaba en la situación del hombre que, poseído por un gran amor, arde en deseos de consagrarse a él completamente; pero que, por causa de este mismo amor, se somete a un trabajo que lo aparta de él, puesto que lo absorbe por completo. Para un hombre tierno como Jacob, la prueba es dura; quisiera abandonarse a su inclinación y vivir para ella; no puede. Para hacer honor a ese sentimiento, tiene que obligar su persona; ¿de qué otro modo pudo haberlo hecho? Su amor por Raquel y su trabajo en casa de Labán eran una misma cosa. ¿Qué sucedería con el primero si el segundo faltara? Era menester que Labán se diera cuenta de la calidad del trabajo desempeñado por su sobrino y lo afirmara en su cometido, dejándole junto a él. Era menester, en una palabra, que el portador de la bendición de Isaac se mostrara digno de ella. Tal es el deber del hombre: obrar no solamente para guardar intacto el mensaje que le ha sido legado, sino para que goce en algo del sentimiento que colma su corazón.

Al comenzar la estancia de Jacob, el pastizal no estaba a menos de una hora de casa de Labán. Iba hacia él muy temprano, llevando algunas provisiones en el zurrón, una honda en la cintura y un largo garrote que le servía de arma. Con la ayuda del perro «Marduka», vigilaba durante todo el día el ganado menor de Labán. La proximidad del sitio ofrecía la ventaja de no tener que pasar la noche afuera; entraba al caer el sol y trataba de brillar por todos los medios. Y se tomaba la ocasión propicia para demostrar a su tío que con él, con el fugitivo vagabundo, había entrado en su casa una bendición del cielo. Por la tarde, a la hora en que entraban los corderos y mientras, en presencia de Labán, el ganado desfilaba bajo su cayado, mientras Jacob los nombraba, ni un cordero faltaba a su llamada. Gracias a él, la carnada de estío se halló pronto en disposición para pastar, lo que hizo que Labán ganara leche y crema en abundancia. Con sus cuidados expertos y afectuosos, curó de la viruela a dos borregos, reproductores de valor. Labán aceptaba todo esto como servicios sin importancia, rendidos por un pastor capaz, y se abstenía de dar las gracias. Cuando Jacob, desde que tomó posesión de su empleo, puso en las ventanas de la planta baja barrotes de madera, se limitó a dejarle hacer. Por avaricia, rehusó cargar con los gastos de un blanqueo a la cal sobre los muros exteriores de ladrillo, y Jacob tuvo que renunciar a este embellecimiento cuya necesidad había hecho notar apenas llegó. Se preguntaba, perplejo, cómo afirmar su bendición. El estado de turbación interior en que le tenía aquella ansiedad apasionada y aquella inquietud, quizás le preparaba para recibir una revelación y para hacer un descubrimiento de grandes consecuencias, del cual habría de acordarse con alegría durante toda su vida.

Encontró agua, agua que manaba, cerca del campo de trigo de Labán. Un

manantial subterráneo. Lo descubría, bien lo sabía él, con la ayuda del Señor, su Dios, aunque las apariciones que acompañaron a su hallazgo fueran de aspecto más bien poco agradable al Señor; concesión hecha, sin duda, por el espíritu divino a los usos familiares de la región. Jacob acababa de hablar frente a frente con su querida Raquel y se había mostrado tan galante como franco; le había dicho que era tan bella como Hator, de Egipto, como Isis, hermosa como una joven cierva. Ella irradiaba una luz de feminidad, le había dicho poéticamente; era la madre que con calor alimenta la buena semilla, y él no tenía más ferviente deseo que de hacerla su esposa y tener hijos de ella. Raquel había acogido estas palabras con gracia, pudor y lealtad. Su primo y esposo había llegado, sus ojos lo habían sondeado y ella lo amaba con todo su juvenil ardor vital. Cuando, tomándole la cabeza entre sus manos, él le había preguntado si también se regocijaba con la idea de darle hijos, ella había accedido con el gesto, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Jacob había besado aquel llanto y aquellos párpados y aún conservaba los labios húmedos, Al crepúsculo, a la hora en que la luz de la luna lucha con la del día, cuando él se dirigía al campo, su pie tropezó de repente. Tuvo la impresión de que alguien le retenía. Un temblor singular y candente le recorrió desde la nuca a los talones, como si un rayo le hubiera herido. Engurruñando los ojos, vio ante él una extraña aparición. Tenía un cuerpo de pez, que brillaba, plateado y resbaladizo, a la doble luz del día y de la luna, y una cabeza de pez, parecida a un gorro, recubría un rostro humano de anilladas barbas. Esta criatura tenía dos bracillos y cortos pies de hombre, que le salían de la cola. Curvada, parecía sacar del suelo, con una vasija, algo que rociaba en seguida, fuerte y extenso, sin detenerse. Luego dio dos o tres pasos de lado, con sus menudos pies, y se hundió en tierra o, al menos, desapareció.

Jacob adivinó inmediatamente que se trataba de Ea-Oannes, dios de las profundidades acuáticas, señor de la tierra honda y del océano que está inmediatamente encima de las más bajas regiones. La gente del país decía deberle, desde el comienzo, la mayor parte de sus conocimientos y lo consideraban muy grande, tan grande como Ellil, Sin, Shamash o Nabu. Jacob, por su parte, sabía que no era nada extraordinario comparado con el Altísimo que Abraham había entrevisto, aunque no fuese más que por poseer aquella forma terrestre, hartamente grotesca. No ignoraba que, al aparecérselo, Ea obedecía a los designios de Ja, el único, el Dios de Isaac, que estaba con él. Sospechó lo que la actitud del dios menor revelaba. No solamente le impresionó, sino que pronto comprendió las consecuencias de su descubrimiento. Corrió a la casa a buscar útiles de trabajo y advertir a Abdcheba, el hombre de veinte sidos, para que viniera a ayudarlo. Durante media noche, perforó, durmió después una hora y recommenzó su trabajo antes del día, hasta el momento en que le fue necesario, con gran pena suya, abandonar su labor para conducir sus carneros a pastar; durante todo el día no pudo hacer otra cosa que guardar los ganados

de Labán.

La estación de las lluvias de invierno estaba aún lejana y no se podía pensar en próximos cultivos. Todo estaba calcinado, y Labán, ocupado en su granja, se desentendía del campo y no iba nunca al lugar donde Jacob abría la tierra. No advirtió, por tanto, nada y no adivinó el trabajo a que se dedicaba su sobrino. Jacob lo prosiguió a la lumbre de la luna vagabunda, hasta la hora en que Ishtar aparecía. Hizo sus rebuscas en varios puntos diferentes, siguiendo un pequeño círculo y tuvo que profundizar mucho a través de la arcilla y la piedra, mientras su frente chorreaba sudor. Pero a la hora en que el cielo se teñía por oriente, antes que el disco solar asomara por el horizonte, brotó el agua, un manantial de chorro impetuoso surgió por tres bocas del foso, llenó la informe excavación apresuradamente practicada y regó las tierras inmediatas: y aquella agua tenía el gusto de los tesoros del mundo infernal. Entonces Jacob dio gracias a Dios, corriendo en busca de Labán. Cuando lo vio a lo lejos, disminuyó su carrera, se acercó a él con un saludo y, esforzándose por ordenar su respiración, dijo:

—He hallado agua.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Labán con la boca contraída.

—Un manantial, allí abajo, entre el campo y la granja. Brota hasta un ana de altura.

—Tú estás poseído por el demonio.

—No. El Señor, mi Dios, me ha permitido descubrirlo, gracias a la bendición de mi padre. Venga mi tío a convencerse.

Labán corría como había corrido antaño en busca de Eliecer, el opulento mensajero. Mucho antes que Jacob, que le seguía sin prisa, llegó junto a la fuente, se detuvo y miró:

—Esta agua es la vida —dijo, al fin, impresionado.

—Tú lo has dicho —confirmó Jacob.

—¿Qué has hecho para encontrarla?

—Creí y abrí la tierra.

—Esta agua —dijo Labán, sin apartar los ojos del foso— podré llevarla por arriates hasta mis campos, y regarlos.

—Bien estará eso —respondió Jacob.

—Podré —continuó Labán— denunciar mi contrato con los hijos de Ichullanu, de Carán; ya no necesito su canal.

—He pensado también en eso —dijo Jacob—. Y, si quieres, podrás construir un depósito de mampostería y plantar un jardín con palmeras de dátiles y diversas variedades de árboles frutales: higueras, granados, morales. Y si se te antoja, también, podrías plantar alfónsigos, perales y almendras, así como algunas plantas de fresa. Los dátiles te darán su pulpa, su jugo y su hueso. El palmito es bueno para sazonar;

las hojas pueden trenzarse y servir para muchos usos caseros; con la corteza se fabrican cuerdas y tejidos, y la madera se emplea para la construcción.

Labán se callaba. Ni abrazó al bendito ni se prosternó ante él. Se mantuvo de pie silencioso y luego se fue. Jacob se apresuró también a partir; encontró a Raquel en el establo, ocupada en ordeñar una vaca. Se lo contó todo y le dio a entender que ahora podían estar seguros de procrear hijos entre ellos. Dándose las manos, se pusieron a bailar, cantando: «¡Aleluya!».

## Jacob pide a Raquel como esposa

**C**uando Jacob moró un mes en casa de Labán, se presentó de nuevo ante él y le dijo que la cólera de Esaú debía estar ya disipada, o, al menos, haber tomado un carácter mucho menos peligroso y que él, Jacob, deseaba hablar con su pariente.

—Antes de hablar, escúchame, pues por mi parte me disponía a hacerte una proposición. La luna ha llenado una vez su ciclo desde que estás en mi casa; hemos ofrecido sacrificios sobre el techado, a la luz del cuarto creciente, del segundo cuarto, de la luna llena y el día en que desapareció. He alquilado en este tiempo tres esclavos, además de ti, y los pago como es justo. Después del descubrimiento del agua, al cual no dejaste tú de contribuir, hemos comenzado a rodear el lugar de la fuente y a trazar los canales que llevarán el agua. Hemos empezado, asimismo, a construir el depósito, y si decido hacer los jardines, habrá mucho que trabajar. Necesito brazos, tanto los tuyos como los de ellos; yo alimento y visto a esos nuevos servidores y les doy todos los días ocho silas de cereales como salario. Tú me has servido hasta hoy sin sacar emolumentos, por afecto familiar, siguiendo nuestras convenciones. Pero vamos a hacer un nuevo contrato, pues no es equitativo, ni ante los dioses, ni ante los hombres, que criados extranjeros reciban una retribución y mi sobrino no la reciba. Habla y di lo que pides. Te daré lo mismo que a los otros y un poco más, si te comprometes a quedarte en mi casa tantos años como días tiene la semana y, como se calcula comúnmente, hasta que la tierra sea dejada en baldío y el hombre ni siembre ni recoja. Me servirás durante siete años en cambio de la recompensa que exijas.

Así habló Labán y así pensó, proposiciones justas y pensamientos equitativos. El hombre aferrado a los bienes terrestres tiende, no solamente en sus palabras, sino también en el pensamiento, a disfrazar sus ambiciones y el cuidado de sus intereses, a darles bella apariencia, a presentar con visible equidad, a medida que se va desarrollando, su pensamiento, de suerte que miente aún antes de haber hablado, y sus palabras suenan a franqueza, pues no miente al pronunciarlas, sino que mintió de antemano al formularlas para él mismo. Labán tenía miedo de que Jacob se le fuera. Desde que la fuente brotaba, sabía que su sobrino era, verdaderamente, el portador de una bendición, un hombre de manos benditas. Hacía todo lo posible para que no se le fuera, para que sus negocios se beneficiaran con las gracias que el otro iba dispensando por doquiera que fuese. El hallazgo del agua era un bien considerable, de infinitas consecuencias; una de ellas y no la principal, por cierto, fue librar a Labán de la renta pesada que había de pagar a los hijos de Ichullanu. Éstos habían tratado de pleitear, arguyendo que sin su canal, Labán no habría podido sembrar su campo; estaba obligado, según ellos, a proveerles por siempre del aceite, lana y trigo, aunque no necesitara de su agua en el porvenir. Pero el juez temió la cólera de Dios y dio la

razón a Labán, que también en este veredicto se inclinó a ver la intervención del Dios de Jacob. Ahora, una serie de proyectos, cuyo resultado y cumplimiento interesaban, hacía indispensable la presencia bendita de Jacob. Por un cambio de papeles, la situación se había modificado en provecho del sobrino; Labán creía tener necesidad de Jacob, y Jacob lo sospechaba; amenazándole con irse, usaba un medio de intimidación que el espíritu positivo de Labán se aprestaba a tener en cuenta. Y así, tomando la delantera antes que Jacob recurriera a una presión, se había apresurado a juzgar en su alma si las condiciones de trabajo en que estaba el hijo de Rebeca eran dignas de él; y proponiéndole mejorarlas, le cortaba la palabra. Jacob, en realidad, no pensaba en volver a casa de su padre, sabiendo mejor que nadie que las circunstancias todavía no se prestaban a ello; se alegró de ver que su tío se ilusionaba con la situación y se mostró muy sensible a sus promesas, sin dudar de que no estaban inspiradas por el espíritu de justicia ni el afecto, sino por el interés personal. En el fondo, estaba agradecido a Labán por los sentimientos interesados que lo unían al bendito del Eterno. El hombre está hecho de manera que la buena voluntad, aunque oculte en el fondo un interés, suscita en él, por una reacción involuntaria, una verdadera efusión de comunicativa ternura. Además, Jacob amaba a Labán por lo que esperaba y pensaba pedirle: un bien más precioso que muchas silas de sidos. Dijo:

—Padre y hermano mío, si quieres que me quede y que no vuelva hacia Esaú, quien a esta hora ya me ha perdonado; si quieres que permanezca a tu servicio, dame a tu hija Raquel por esposa y que ella sea mi recompensa. Su belleza es semejante a la de una joven ternera y, por su parte, me mira con amistad, nos hemos confesado que nos gustaría procrear, juntos, hijos a nuestra semejanza. Dámela y te pertenezco.

Labán no se sorprendió. La idea de un matrimonio, ya lo hemos dicho, estaba, desde el principio, estrechamente asociada con la llegada del primo y sobrino. Labán no la había apartado de sí sino considerando la desagradable situación de Jacob. Ahora que las relaciones se habían modificado en favor de éste, natural era que abordara la cuestión. Labán, el «bloque de tierra», se dio cuenta en seguida del partido que podía sacar de aquello. Jacob se desasiría de sus ventajas y confesando su amor por Raquel se pondría a disposición de Labán, como éste estaba a la suya, y la amenaza de partida perdería su fuerza. Empero, el padre se irritó, pues Jacob hablaba de Raquel solamente, pasando en silencio a Lía. Respondió:

—¿Es Raquel la que me pides?

—Sí, ella misma. Ella lo desea también.

—¿No se trata de Lía, mi hija mayor?

—No. Ella no me es tan querida.

—Ella es la de más edad y la primera que ha de casarse.

—En efecto, es un poco mayor; es, además, imponente y de buen aspecto, a pesar de algunas ligeras imperfecciones físicas o quizá a causa de ellas, y sería sin duda

capaz de poner en el mundo hijos tales como yo los deseo.

Pero sucede que he dado mi corazón a Raquel, tu hija más joven, pues, para mí, ella es semejante a Hator y a Isis, irradia toda la luz femenina, como Ishtar, y sus dulces ojos me siguen por doquier. Hace apenas una hora que mis labios estaban húmedos de sus lágrimas, las que lloró por mí. Cédemela y seré tu esclavo.

—Evidente es que más vale dártela a ti que a un extranjero —dijo Labán—. Pero ¿será necesario que Lía, mi hija mayor, siga a un extranjero o que se vaya secando sin esposo? Toma primero a Lía, tómalas a las dos.

—Tu bondad es grande —dijo Jacob—, pero por muy inverosímil que esto parezca, Lía no despierta mi deseo, sino, al contrario, y tu servidor no se preocupa más que por Raquel.

—Como quieras. Bueno, entonces, oblígate por contrato a permanecer siete años en mi casa y a servirme para obtenerla.

—Siete veces siete —gritó Jacob—. ¡Un año jubilar del Señor!... ¿Y cuándo se celebrarán las bodas?

—Al cabo de los siete años —respondió Labán.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Será necesario que yo sirva siete años por Raquel, para que me la des?

—¿Podría ser de otro modo? —respondió Labán, simulando la más viva sorpresa—. ¿Cometería yo la locura de cedértela inmediatamente para que te largaras de aquí cuando te diera la gana y yo me quedara con los gastos de mi cargo? Dime, ¿dónde está la dote, dónde está el precio de compra y los regalos que me piensas dar para que los cuelgue al cinturón de tu novia, y que según las ordenanzas del Legislador quedarán en mi posesión si tú rompes el noviazgo? ¿Tienes las minas de plata contigo, o lo que sea? Si no, ¿dónde están? Eres pobre como un ratón y quizá más. Vamos, pues, a registrar y sellar ante el juez un compromiso que estipule que te vendo a mi hija en cambio de siete años de servicios y que recibirás la recompensa al término de este período. Y la tablilla será depositada en el santuario subterráneo, bajo la custodia de los terafim.

—Dios me ha dado un tío de corazón duro —dijo Jacob.

—¡Ganas de hacer frases! —respondió Labán—; yo soy duro cuando mi situación lo exige; pero cuando llega la hora, soy tierno. ¿Quieres a esa muchacha por esposa? ¡Parte sin ella o comienza a servir!

—Serviré —dijo Jacob.

## La larga espera

**A** sí se dibujó el primer período, breve y transitorio, de la estancia de Jacob en casa de Labán, el gran prólogo que no comprendía más que un mes y que llevaba a un nuevo acuerdo de larga duración. Era a la vez un contrato de matrimonio y de arrendamiento de servicios, una mezcla de los dos; el magistrado de Machkim, llamado de otro modo el Juez, que no había visto muchos semejantes, pero que en el curso de su carrera había registrado uno o dos parecidos, reconoció el pacto como válido, y desde el momento en que las partes estuvieron de acuerdo, le dio fe. El documento fue redactado en dos ejemplares, en forma de diálogo, con el fin de exponer el caso con mayor claridad. Las frases cambiadas entre Jacob y Labán fueron registradas directamente, de manera que no diesen lugar a ningún equívoco. Un tal había dicho a tal otro: «Dame a tu hija por esposa». El otro le había respondido: «¿Qué me das en cambio?». Como el primero no poseyera nada, el susodicho había continuado en estos términos: «Puesto que no tienes dote ni los medios de comprar los regalos de esponsales que yo pueda colgar a la cintura de la desposada, quedarás a mi servicio, para obtenerla, tantos años como días tiene la semana. Éste será el precio de compra que me pagarás y la novia compartirá tu lecho al final de este plazo; recibirás además una mina de plata y una sirvienta que daré en dote a mi hija. El valor de la sirvienta representará, según los cálculos, los dos tercios de la mina de plata y el otro tercio será pagado en piezas sonantes o en productos de la tierra». El otro había contestado: «En nombre del rey, así sea». Cada uno de ellos se llevó un ejemplar del contrato. ¡Enhoramala quien intentara violarlo!

El acuerdo era razonable y el juez lo aprobó. Jacob, desde el punto de vista material, no tenía por qué quejarse. Ya que su tío le prometía una mina de plata, que representaba sesenta siclos, siete años de trabajo no bastarían para quedar en paz con él; siendo el salario medio de un esclavo de seis siclos por año, la suma que se le atribuía por siete años sobrepasaba lo debido. Empero, Jacob sentía en el fondo cuán engañosas eran las apariencias y que, sobre una balanza de equidad, una balanza divina, el platillo cargado con los siete años de vida pesaría más que el de la mina de plata; pero, después de todo, serían años que pasaría al lado de Raquel, y su sacrificio se impregnaría de amor y de gozo. Además, Raquel se tornaba por esto su novia legal y ningún otro tendría derecho a acercársele sin hacerse tan culpable como si sedujera a una mujer casada. ¡Ah! Debían esperarse siete años los hijos del hermano y de la hermana. Habrían llegado a otro estadio de sus edades antes de poder procrear hijos; amarga existencia de Labán que denotaba su crueldad o su carencia de imaginación y que una vez más demostraba su falta de corazón y de simpatía. Otro motivo de irritación: su avaricia extraordinaria y su inclinación a aprovecharse del prójimo se demostraban a las claras en la cláusula del contrato relativa a la dote; esta dote de la

desposada, pagadera por el padre en siete años, representaba para el desdichado Jacob un negocio desastroso, estando escandalosamente estimado el precio de una sirvienta desconocida en el doble de lo que valía, aquí o en occidente, un esclavo, por término medio. Pero era imposible cambiar nada en estos procedimientos desvergonzados. Jacob tenía la impresión de que más tarde le llegaría su hora de prosperidad y se sentía, en su alma, llamado a hacer excelentes negocios; una fuerza secreta animaba y sobrepasaba a la que se alojaba en el corazón de su suegro, Labán el arameo, el demonio infernal cuyos ojos se volvían a encontrar, embellecidos, en Raquel, su hija. En cuanto a los siete años, no había más que ponerse a vivirlos; hubiera sido más fácil pasarlos durmiendo, pero Jacob quitó de sí esta ocurrencia, porque prefería, a pesar de todo, pasarlos en actividad.

Tomó, pues, este último partido: el narrador debiera imitarle y no figurarse que le está permitido saltar por encima de un período, dejarlo dormitar y salir del paso con la consabida frase: «Corrieron siete años». Los narradores la emplean muy a gusto y a la ligera. Empero, esa fórmula mágica, en el momento en que se la pronuncia, no debía salir de los labios sino con titubeos, cargadas de significación y respeto ante la vida, de manera que el auditor, impresionado y pensativo, se pregunte por qué prodigio siete años inconmensurables, de los cuales, al principio, no veía el fin sino con ayuda del razonamiento y sin que su alma pudiera valorar la duración, hayan corrido como siete sencillos días. La tradición nos enseña, en efecto, que para Jacob, los siete años, cuya perspectiva le había inspirado un temor que limitaba con el desánimo, huyeron *como días*, y esta tradición se basa en el propio testimonio de Jacob. Es auténtica y perfectamente explícita. No se trata aquí de un vago sueño de siete años y no es cuestión de otro sortilegio, sino del tiempo mismo, cuyas grandes divisiones pasan como las pequeñas —ni de prisa, ni despacio—; pasan sencillamente. Un día se compone de veinticuatro horas y, aunque una hora constituye un lapso o bloque de tiempo considerable que engloba una gran suma de vidas y de pulsaciones, corren muchas, sin embargo, de una mañana a otra, ya se esté despierto o durmiendo, no se sabe cómo, así como tampoco se sabe de qué manera se deslizan siete días de la vida, es decir, una semana, una de esas divisiones del tiempo que, cada cuatro, bastan para permitir a la luna presentar todas sus fases. Jacob no dijo que los siete años se fueran tan aprisa «como días» y no quiso, por tal comparación, aminorar el valor de un día, pues el día no pasa de prisa, sino que pasa cortado en períodos distintos: mañana, tarde y noche, un día tras otro, y lo mismo acontece con el año, que pasa con sus estaciones, de resurrección en resurrección, de la misma inexplicable manera, un año entre otros muchos. He aquí por qué Jacob comunicó a la posteridad que los años habían pasado «como días».

Es ocioso decir que un año no se compone únicamente de estaciones: ciclo de primavera con sus praderas verdes y la esquila de los corderos, recolección del

abrasado estío, primeras lluvias y nuevas siembras, nieve y hielo nocturno, hasta el momento en que reflorecen los tamarindos rosados. No, un año es más que eso: inmensa filigrana de vida, rica en sucesos, un océano que se da a beber. El día también, y hasta la hora, representan en reducción una filigrana análoga, de pensamientos, sentimientos y acciones; pero las diferencias de dimensión entre las unidades del tiempo no son fijas, su duración determina nuestros sentimientos y facultades de orientación y adaptación, de suerte que siete días o siete horas, en ciertas circunstancias, son más difíciles de vivir y representan una incursión en el tiempo que demanda más audacia que siete años. ¿Y qué significa «audacia» en este caso? Ya se hunda uno en esa ola con alegría o temor, nada vive que no esté forzado a abandonarse, y, para vivir, ese abandono es lo necesario. La corriente nos lleva, impetuosamente, sin que advirtamos su violencia, en contra de nuestra atención desvelada; miremos para atrás; nuestro punto de partida ya está lejos, se remonta siete años, por ejemplo, que se han deslizado como se deslizan los días. No se puede definir ni distinguir cuáles son las disposiciones en que el hombre se abandona al tiempo: si es con alegría o con temor; la necesidad de someterse nivela estas diferencias y las anula. Nadie pretende que Jacob abordara los siete años con alegría de corazón, puesto que no le estaba permitido procrear hijos con Raquel sino al final de ese período. Pero esta preocupación de su pensamiento estaba debilitada y en parte aniquilada por reacciones puramente vitales, que condicionaban sus relaciones con el tiempo, y las del tiempo con él. En efecto, Jacob estaba destinado a llegar a la edad de ciento seis años, y si su espíritu lo ignoraba, su ser físico y su carne consciente lo presentían, de modo que para él siete años —sin representar un período tan breve como a los ojos del Eterno— no tenían el mismo carácter de duración que para uno que no llegará sino a los cincuenta o sesenta años; su alma podría resignarse con más serenidad. En fin, añadamos, para tranquilizar a todo el mundo, que la prueba que iba a sufrir no era una pura espera, que era demasiado larga para eso. La espera es un suplicio, y nadie soportaría estar sentado o agitarse durante siete años, ni aun siete días, como puede verse obligado a hacerlo durante una hora. Cuando se trata de expectativa sobre una más vasta —o muy vasta— escala, sucede de otro modo: se prolonga y estira de tal manera, tan estrechamente incorporada a la vida, que implica una facultad de alivio cuando se extiende por muy largos períodos; dicho de otro modo, el sentimiento de espera se contrae al fondo del alma y el ser pierde la conciencia de ese sentimiento. Ésta es la razón por la que, media hora de espera, pura y desnuda, puede ser más atroz y poner nuestra paciencia a prueba más dura que una obligación de espera contenida en un fragmento de vida de siete años. A breve plazo y en razón de su mismo término cercano, provoca una excitación mucho más aguda y directa sobre nosotros que si el plazo fuese lejano; se traduce por la impaciencia que contrae nuestros músculos y nervios, nos transforma en enfermos que han perdido,

literalmente, el control de sus miembros, mientras que, si se prolongara, nos dejaría calmados y nos permitiría ejercitar no solamente nuestras facultades de acción, sino que hasta nos obligaría a ello, ya que nos es necesario vivir. Se puede llegar, pues, a una conclusión extraña: que el hombre, cualquiera que sea la intensidad de su espera, se siente aliviado en lugar de abrumado a medida que la realización de su anhelo está lejana.

La exactitud de estas consoladoras consideraciones, que demuestran que la naturaleza y el alma colaboran estrechamente, se afirmó en el caso de Jacob. Servía a Labán principalmente en calidad de pastor, y ya se sabe que un pastor tiene muchas ocasiones de holgar. Durante horas, y aun por la mitad de una jornada, no tiene otra ocupación que permanecer ocioso, en contemplación, y si espera, no puede hallar un paliativo en la acción. Y aquí es donde se revela la dulzura de una expectativa de término lejano. Jacob no se preguntaba si debía estarse sentado, de pie o tendido; no corría; sosteniéndose la cabeza con las manos, sentábase, muy calmoso, un poco triste; y en la orquestación de su vida, la espera formaba no la melodía, sino el acompañamiento. Naturalmente, cuando estaba lejos, con el perro «Marduka», acodado y la mano contra la mejilla, o los dedos cruzados tras la nuca y las piernas cruzadas, a la sombra de una roca o de un bosque; o en la vasta llanura, apoyado en su báculo, dejando pacer a los carneros en su derredor, pensaba en Raquel y en los hijos que juntos tendrían. No pensaba solamente en ella, sino también en el Señor y en todas las historias, antiguas y recientes, en su fuga y peregrinaciones, en Elifas, en el glorioso sueño de Beth-el, en la alegría popular cuando la maldición de Esaú, en Yitzchak el ciego, en Abram, en la Torre, en el Diluvio, en Adapa o Adama del Edén... Pensaba también en el jardín que había ayudado a plantar a aquel demonio de Labán, y que tan gran aumento de prosperidad representaba para el dominio.

No es superfluo saber que Jacob no guardó los carneros —o que los guardó apenas— durante el primer año del contrato. Abandonando este menester en Abdcheba, el hombre de veinte siclos, o en las hijas de Labán, tomó parte, según los deseos y órdenes de su tío, en los trabajos que siguieron a su maravilloso hallazgo: el establecimiento de los conductos de agua y del depósito, para los que se sacó utilidad de una hondonada natural del terreno que se igualó por medio de azadas, tras lo cual se tapiaron los lados y el fondo fue herméticamente cimentado con mezcla y almáciga. También estaba el jardín. Labán se empeñó en que esta nueva plantación se debiera a las benditas manos de su sobrino: convencido ahora de la eficacia de una bendición lograda por trampa, se felicitaba de haberla captado, gracias a su sagacidad, y de haberla puesto al servicio de sus intereses, y por largo tiempo. ¿No era evidente que el hijo de Rebeca traía la buena suerte, quizá hasta contra su propia voluntad? Su sola presencia era un estimulante. Cosas que parecían destinadas al estancamiento en el pasado o en el porvenir, recibían a su impulso un empuje

inesperado. ¡Qué labor, qué actividad rica en promesas, de pronto en la granja y los campos de Labán! Todo era allí excavación, martillazos, laboreos y plantaciones. Labán había pedido dinero para dar más amplitud a su explotación y encarar los gastos necesarios. Los hijos de Ichullanu, de Carán, se lo habían prestado, aunque hubieran perdido su pleito contra él. Para aquella gente fría, de espíritu a ras de tierra, completamente insensible, el fracaso en una discusión jurídica no era motivo suficiente para dejar de hacer un buen negocio con el antiguo adversario; la indiscutible ventaja que le había permitido ganarles lo transformaba, a los ojos de aquéllos, en un deudor solvente. Así pasa siempre en la vida económica, y Labán no se sorprendió. Tenía necesidad de dinero de los banqueros, aunque no fuese más que para pagar y alimentar a los nuevos servidores, los tres esclavos contratados, que pertenecían a un arrendador de la ciudad. Jacob dirigía sus trabajos, vigilaba la actividad de sus músculos, echaba mano en la obra, inspeccionaba y presidía. Dicho está que su situación en la casa, sin haber sido objeto de un acuerdo anterior, no podía compararse en nada a la de aquellos siervos rapados y señalados, que llevaban el nombre de su propietario tatuado en color indeleble sobre la palma de la mano derecha. Hubiera sido mucho exigir que el contrato, que escrito en una tablilla se conservaba en el subterráneo custodiado por los terafim, le obligara a realizar las mismas labores que aquellos otros hombres. Él era el sobrino de la casa, el novio y, además, el que mandaba en el manantial, el arquitecto de los trabajos de acueducto y el jardinero jefe. Labán le había atribuido esos títulos con conocimiento de causa. Sabía también por qué encargaba a Jacobo la compra de utensilios, materiales, semillas y nuevos brotes, requeridos por las recientes innovaciones y a los que se dedicaba el dinero obtenido en préstamo. Tenía fe en la mano dichosa de su sobrino, y con razón: sacaba más de las transacciones emprendidas y llevadas a cabo por el «bendito», que de aquellas que realizaba él, el tenebroso, el no bendito. Jacob también sacaba ventaja, y comenzó, desde entonces, a echar los cimientos, aún frágiles, de su futura prosperidad. Se dedicaba a mantener relaciones comerciales con sus clientes, ciudadanos o llegados desde las campiñas lejanas; se cuidaba de no mostrarse siempre duro u obstinado como un simple delegado o intermediario de Labán. Hacía el papel de corredor, de comerciantes independiente, de un comerciante tan bueno, hábil, acomodaticio, de dorada palabra, que las compras pagadas al contado o las permutas, bastante frecuentes, le valían constantemente un provecho, grande o chico, por su cuenta personal, de modo que pudo adquirir un hatillo privado, de cabras y carneros, antes de haber comenzado a guardar el rebaño de Labán. ¿No había dicho el Señor Dios, al son de las arpas, que Jacob volvería rico al hogar de Yitzchak? Era a la vez una promesa y una orden; una orden en el sentido de que las promesas no pueden cumplirse sin que el hombre ponga algo de su parte. ¿Haría él mentir al Soberano Dueño, sólo por negligencia sacrílega, por escrúpulos exagerados

respecto a un tío que aprobaba con ferocidad todas las durezas inherentes a la explotación de un dominio del que por sí mismo no había sido capaz de sacar partido? Jacob no estaba tentado de cometer semejante falta. Sin embargo, guardémonos de pensar que engañaba a Labán y se enriquecía a su costa. En general, Labán no ignoraba nada de sus manejos y, en casos particulares, cuando le pillaba en el hecho, cerraba el ojo (en su exacto sentido) con una contracción de los labios. Veía que ganaba casi siempre más que si hubiese intervenido inhábilmente. Por otra parte, tenía buenas razones para temer a Jacob y para evitarle suspicacias: el muchacho era susceptible y había que manejarlo con delicadeza, por consideración a las gracias de que tenía llenas las manos. Él se abrió francamente a Labán y le dijo de una vez por todas:

—Si crees que me vas a reñir y marearme por el menor beneficio que me toque en el curso de mis negociaciones a tu servicio, y si me miras de reojo cuando no eres tú sólo el que sacas provecho de la habilidad de tu servidor, contrariarás mi corazón y la bendición que en mí llevo y serás la causa, mi amo, de que tus negocios no prosperen. Ese Belanú a quien he comprado los granos de trigo que necesitas para agrandar tu campo, ha oído en sueños al Señor, mi Dios, que le dijo así: «Ése con quien tratas es Jacob, el bendito. Yo velo sobre su cabeza y sus pasos. Así que anda con tiento y negocia bien con él; los cinco kurs de cereales que quiere comprarte por cinco siclos, calcúlalos a razón de doscientas cincuenta silas por kur, y no a doscientas cuarenta o doscientas treinta, como harías con Labán; si no, teme mi cólera. Jacob te dará nueve silas de aceite contra un siclo, y cinco minas de lana en lugar de otro siclo y además un buen carnero que valdrá siclo y medio, y por lo que quede, un cordero de su hato. Te dará todo esto en pago de tus cinco kurs de semilla en vez de cinco siclos y, por añadidura, te prodigará miradas de amistad y alegres discursos, de suerte que te placera frecuentar a tu cliente. Si te propones hacerle precios más elevados, guárdate: pues azotaré tus animales con todas las pestilencias, a tu mujer con la esterilidad y a los hijos que has puesto en el mundo con ceguera e imbecilidad y tú aprenderás a conocerme». Entonces Belanú temió al Señor, mi Dios, e hizo como él le había ordenado. Así he obtenido la cebada a mejor cuenta que cualquier otro, incluyendo a mi propio tío. Que mi tío se pregunte si hubiera podido hacer aceptar nueve silas de aceite contra un siclo y cinco minas de lana de carnero por un segundo siclo, cuando en el mercado se reciben doce silas de aceite y más, por ese precio, y seis minas de aceite, sin hablar de la manera como se calcula el kur. Y por el siclo y medio que te quedaba por pagar, ¿no hubieras dado, sin dudarlo, tres corderos, un cerdo y un carnero? Así, tomé dos corderos en tu ganado y les puse mi marca de posesión y ahora son míos. ¿Pero qué importancia tiene esto entre tú y yo? ¿No soy el novio de tu hija, y, por ella, lo que me pertenece es igualmente tuyo? Si quieres que mi bendición te aproveche y que yo te sirva con placer y habilidad, es necesario que me

vea estimulado por el cebo de una recompensa; si no, mi alma se quedará flaca y paralizada y mi bendición no obrará con eficacia en tu servicio.

—¡Guárdate los corderos! —dijo Labán.

Y esta escena se repitió muchas veces entre ellos, hasta el día en que Labán prefirió callarse y hacer la vista gorda, no queriendo que su alma se sintiera flaca y paralizada y viendo que era necesario darle cuidados. Pero se alegró cuando los acueductos estuvieron terminados, el depósito lleno, el jardín listo, el campo agrandado, y pudo enviar a Jacob guardar los carneros, lejos de su casa, en la estepa, primero a una distancia relativamente pequeña, después mayor. Durante semanas y meses no volvía a guarecerse bajo el techo de Labán. Allá, en la llanura, junto a una cisterna, para preservarse del sol y la lluvia se había construido un ligero sombrero, así como unos zarzos de tierra y cañas y una frágil torrecilla a guisa de abrigo y puesto de vigía. Escasamente alimentado, con su corvo cayado y su honda, vigilaba los rebaños diseminados en los pastizales y se abandonaba al tiempo. Hablaba a su perro «Marduka», que tenía el aspecto de comprender realmente hasta cierto punto. Abrevaba a sus animales y los encerraba de noche, sufriendo del calor y de la helada, y no dormía mucho. Los lobos aullaban por la noche, al acecho de los corderos, y cuando un león se acercaba furtivamente, Jacob se veía obligado a armar mucho ruido, como si doce guardianes estuvieran allí, para alejar a grandes gritos a los bandoleros.

## Prosperidad de Labán

Cuando volvía, después de un día o dos de camino, para dar cuenta a su amo del número de los rebaños, y de los aumentos, y hacía desfilar ante él a los corderos, bajo su cayado, veía a Raquel que también esperaba en el tiempo. Juntos, dándose las manos, se iban a un lugar donde nadie podía verlos, hablando tiernamente de su destino, de los años que habrían de pasar antes que les fuera permitido procrear hijos, y cada uno consolaba al otro, por turno. Generalmente era Raquel la que tenía necesidad de consolación; el tiempo le parecía más largo y probaba rudamente a su alma. Destinada a vivir, no ciento seis años, sino solamente cuarenta y uno, siete años representaban para ella una fracción de vida dos veces más importante que para Jacob. Así las lágrimas brotaban de lo más profundo de su ser cuando estaba sentada a ocultas con su novio. Los dulces ojos negros lloraban abundantemente, mientras ella se lamentaba:

—¡Ah, Jacob, primo mío, venido de lejos, prometido mío, cuánto mal le hace la impaciencia al corazón de tu pobre Raquel! Ya ves, las lunas cambian, el tiempo pasa y es a la vez un bien y una tristeza, pues entro ya en mis catorce años y habré de contar diecinueve antes que resuenen en honor nuestro los símbolos y las arpas, y entremos en nuestra cámara nupcial y yo me tenga ante ti como la inmaculada ante el dios del templo supremo. Y tú dirás: fecundaré a esta mujer como el fruto de un jardín. Aún falta mucho tiempo. Así lo ha decidido mi padre que me vendió a ti. De aquí a entonces, ya no seré la misma de hoy; quién sabe si no seré desflorada por algún demonio, si no me azotará con un mal que me llegue hasta las raíces de la lengua, hasta el punto de que todo socorro humano sea impotente. Quizá también pueda ser que yo sane de aquel contacto, pero que pierda mis cabellos; y si mi piel se echa a perder, ¿mi amigo, me reconocerá? Tengo un miedo indecible y no puedo dormir; por la noche, echo abajo mi cobertor, ando errante por la casa y el patio, mientras mis padres dormitan, y me siento desolada pensando en el tiempo, que pasa y no pasa. Tengo la seguridad de que me harás fecunda; hasta mis diecinueve años, hubiéramos podido tener seis hijos o quizás ocho —pues es probable que hubiera dado alguna vez mellizos—, ¡y lloro pensando que nos será necesario esperar tan largo tiempo!

Entonces Jacob tomaba la cabeza de Raquel en sus manos y la besaba en los ojos, los ojos de Labán que revivían en ella, embellecidos. Enjugaba su llanto con un beso que le dejaba húmedos los labios y decía:

—Ah, mi buena y pequeña ovejita impaciente: mira cómo me llevo tus lágrimas conmigo a la soledad de los campos, en prenda y testimonio de que eres mía, que tienes confianza en mí y que me esperas con paciencia e impaciencia, tal como yo te espero; pues te amo y la noche de tus ojos me es más querida que todo, y el calor de

tu cabeza, cuando la apoyas contra la mía, me conmueve hasta lo más profundo de mi ser. Tu cabellera es oscura y sedosa como la piel de los rebaños de cabras en las pendientes de Galaad; tus dientes son blancos como la luz, y tus mejillas me recuerdan lo aterciopelado de los melocotones. Tu boca es semejante a los higos recientes que rojean en el árbol. Cuando la cierro con un beso, el respirar de tus narices tiene el aroma de la manzana. Eres extraordinariamente graciosa y bella, pero lo serás más a los diecinueve años, créeme, y tus pechos se parecerán a los frutos del datilero y a las uvas de la viña. Eres de una raza pura, amada mía, ninguna enfermedad caerá sobre ti, ningún demonio te desflorará. El Señor, mi Dios, te preservará, ya que me ha conducido hacia ti y para mí te ha guardado. Mi amor y mi cariño son una llama que no apagarán los años de espera. Pienso en ti, tendido a la sombra de una peña o de un bosque, y cuando estoy apoyado en mi báculo o camino errante en busca de un carnero extraviado, o cuando cuido a un animal enfermo o cuando llevo a un cordero fatigado, cuando afronto al león o saco agua para el rebaño. Mientras hago todas estas obligaciones, pienso en ti y mato el tiempo. Éste pasa incansablemente, sean cuales fueren mis trabajos, y Dios no le permite detenerse ni por un instante, ya duerma yo, ya esté despierto. Tú y yo no nos esperamos en el vacío de la soledad, conocemos nuestra hora, nuestra hora nos conoce y viene hacia nosotros. Y en cierto aspecto, no es malo que haya todavía un margen entre ella y nosotros; pues cuando haya sonado, partiremos hacia el país a donde se dirigió nuestro antepasado, y de aquí a entonces mi fortuna habrá crecido un poco, por medio de fructuosos negocios, para que se realice la promesa de mi Dios, que me ha dicho que me conducirá rico a la morada de Yitzchak. Tus ojos son para mí como los de Ishtar, la diosa de los lazos de unión, que habló así en Gilgamesh: «Tus cabras parirán el doble y tus ovejas darán mellizos». Además, si aún no nos está permitido enlazarnos y tener hijos, nuestras ovejas, que no están sometidas a ninguna interdicción, dan bellos corderos para servir a nuestro amor, para que yo progrese en mis negocios por cuenta de Labán y por mi propia cuenta, y que yo esté cargado de riquezas ante el Señor, antes de nuestra partida.

Así la consolaba, distinguiendo sutilmente la fecundidad de los rebaños que substituía a la de ellos. Realmente parecía que la diosa local de la unión, apartada del lado humano por la dureza de Labán, se desquitaba, volviéndose hacia las más humildes criaturas, especialmente, las que cuidaba Jacob, el ganado menor de Labán, más floreciente que ningún otro. La bendición de Yitzchak se manifestaba mejor que nunca, y Labán se complacía en haberse asegurado los preciosos servicios de su sobrino. Cuando, montado en un buey, emprendía una caminata de un día o dos para ver cómo iba la cría y cuidado de los animales, se sorprendía de verificar el estado de prosperidad en que seguían. Pero se guardaba bien de decir nada, ni en bueno ni en malo; la más elemental cordura le aconsejaba indulgencia para con el cuidador de tan

notable buena suerte, aunque velara también por su interés personal y sacara algunos beneficios, que, por cierto, proclamaba abiertamente. Por poca moderación que hubiera demostrado Jacob, hubiera sido imprudente discutirle sus derechos. Había que andarse con tiento para no contrariar la eficacia de la bendición.

Ciertamente, Jacob estaba más en su centro como ganadero que como director de trabajos de conducción de aguas y jardinería. Era pastor nato y de carácter, un hombre nacido bajo la línea de la luna, no un hombre del sol y los campos. La vida de pastor, a pesar de las miserias y peligros que llevaba anejos, respondía a las aspiraciones de su naturaleza, digna y contemplativa: le dejaba tiempo para pensar en el Señor y en Raquel; en cuanto a los animales, los amaba con todo su corazón y toda su sensualidad, su dulce y tierna sensualidad que lo inclinaba hacia ellos: amaba el calor que despedían, cómo se diseminaban y volvían a reunirse, el coro idílico de sus balidos graduados, bajo la inmensidad de los cielos. Amaba su expresión resignada y taciturna; sus orejas de tiesos pabellones, horizontales; sus ojos apartados y espejeantes, entre los que caían los tufos lanudos de sus frentes, hasta los rasos hocicos; la cabeza potente, sagrada, del borrego; la más finamente modelada de la oveja; la expresión inocente y pueril del cordero. Amaba la mercadería encrespada y preciosa que paseaba pacíficamente, a la ventura; aquella lana que recrecía constantemente y que, por primavera y otoño, con ayuda de Labán y de los siervos, lavaba sobre sus lomos para esquilarla después. A fuerza de simpatía, llegaba a una especie de genial intuición, cuando bajo su fiel vigilancia se arreglaban los fecundos acoplamientos, que él procuraba dirigir con atenta solicitud, como perfecto conocedor de las especies y los individuos, de las cualidades de la lana y de las propiedades corporales, sin que podamos afirmar que se le debían solamente los resultados maravillosos a que llegaba, pues mejoraba la raza y obtenía notables productos en lo referente a carne y lana. Entre sus manos, el crecimiento y la capacidad de reproducción del rebaño sobrepasaban toda medida y confinaban con el prodigio. En su hato, no había oveja que no estuviese llena: parían dos o tres corderos, fecundas al cabo de ocho años todavía, en celo durante dos meses, cuatro solamente en gestación, y sus corderos maduros para la concepción desde que cumplían un año. Los pastores extranjeros aseguraban que en el rebaño de Jacob, el emigrado del este, los corderos entraban en calor a plena luna. Bromas y supersticiones, pero que demostraban el carácter extraordinario del éxito de Jacob. Sobrepasaba claramente la capacidad de un hombre del oficio. ¿Habría que honrar a la diosa local del enlazamiento por tan envidiable fenómeno? Nos inclinamos a creer que el mérito provenía del jefe del establo. Enamorado condenado a esperar, no le estaba permitido procrear sus hijos con Raquel; y así como tales arrestos contenidos y semejantes dominaciones del deseo y del vigor hallan a veces una desembocadura en la realización de grandes obras de orden espiritual, así los sentimientos de Jacob hallaron una expresión, un

recurso, en el brotar de las criaturas sometidas a la dependencia de su simpatía, de su sufrimiento.

La tradición, basada en el sabio comentario de un texto muy antiguo, que representa la tardía redacción de los cantos alternos y de las «bellas conversaciones» de los pastores, nos ha enseñado cuán felices eran las operaciones comerciales de Jacob en lo que se refería a los carneros. Si a veces dicha tradición cede al deseo de embellecer la verdad, librémonos de contrariarla, en un afán de poner las cosas en su punto. La hipérbole no se manifiesta únicamente en los acontecimientos y sus orígenes, sino también en los hombres. Ya sabemos la tendencia que éstos tienen a valorar y sobreestimar en todo tiempo las cosas que apetecen y deciden admirar. Así sucedió con los productos de los rebaños de Jacob. Con los años, la fama de su incomparable perfección se extendió a las cercanías de Carán y aún más lejos, tanto entre sus semejantes como entre los de Labán; no profundicemos hasta qué punto entraba en juego cierta ceguera, debida al prestigio de la bendición. Lo cierto era que la gente se encarnizaba en poseer carneros del rebaño de Jacob, aunque fuese solamente uno; hacían de ello cuestión de honor. Venían de lejos, como peregrinos, para tratar con él, y cuando llegaban, usaban de la exageración del renombre, y aunque se tratara de carneros ordinarios y naturales, por más que excelentes, se llegaban a esforzar en ver en ellos animales milagrosos, para no desdecir la fama. Y aún se dejaban inducir a error por Jacob cuando éste les decía que un borrego que había perdido sus incisivos (lo que sucede después de los seis años) era todavía un buen reproductor, y pagaban sin discusión el precio exigido. Se dice que a veces sucedió que recibiera un asno, un camello o un esclavo, a cambio de un carnero de su rebaño. Puras exageraciones si se quiere generalizar y figurarse que tales negocios eran abundantes; pero es indudable que permutas de este género se llevaron a cabo, y que hay algo de verdad incluso en lo concerniente a los esclavos, pues Jacob, a la larga, tuvo necesidad de ayudantes; alquilaba, a sus clientes, zagales cuyo precio estaba incluido en el precio de la mercancía vendida: lana, leche, pieles, tendones o bestias vivas. Sucedió también que, al pasar los años, pastores que estaban a sus órdenes obtuvieron independencia completa en la vigilancia de sus pastizales y en el cuidado y guarda de los ganados. Jacob concluyó con ellos un arreglo fijo: setenta u ochenta corderos por año, contra cien ovejas; una silla de leche cuajada contra el mismo número de animales y una mina y media de leche cuajada por cabeza de ganado. Por supuesto que estos beneficios aprovechaban a Labán, pero pasaban por las manos de Jacob y en ellas se quedaba algo entre los dedos, aunque no fuera más que por su acuerdo de hacer valer sus ganancias.

¿Era ésta toda la prosperidad que valió a Labán, el «bloque de tierra», la gestión de Jacob? No, si se establece una conexión entre la presencia del sobrino y el aumento feliz e inesperado de su familia; hecho indudable, que se quiere atribuir a

una causa misteriosa y no a un fenómeno natural.

Si fuéramos confabuladores de historias, consideraríamos, por una tácita concordancia con nuestros lectores, que era deber nuestro ponerles a la vista, para divertirles un momento, ciertos cuentos mentirosos, sin color de verdad. Lo que enunciamos parecería exageradas ganas de hablar. No nos exponremos al reproche de tener entre labios nada más que fábulas y exageraciones con el solo fin de aplicarnos un triunfo y de embozar a los crédulos, pasando de los límites permitidos. Felicitémonos de que ése no sea nuestro cometido, y basémonos, más bien, en los fundamentos dados por la tradición; por no ser universalmente conocidas esas bases y por tener —algunas, por lo menos— un aspecto de novedad, no son menos irrefutables. Estamos en situación de enunciar nuestros asertos con tono despreocupado quizá, aunque insistente y seguro, y refutamos por adelantado las objeciones que se les pudieran presentar.

En resumen: Labán, hijo de Batuel, fue padre, en el curso de los siete primeros años que Jacob le sirvió: y padre de varios hijos. En plena prosperidad, recibía así una compensación al sacrificio de otrora, que no había sido grato; aquel del niño en la jarra de arcilla. La compensación fue triple, pues por tres veces, durante el tercero, cuarto y quinto año del servicio de Jacob, Adina, la desmedrada esposa de Labán, concibió y llevó a madurez, con dolores de los que se enorgullecía, la semilla que había recibido. Para simbolizar su estado, llevaba colgada del cuello una piedra hueca, en la que sonaba otra más pequeña. Dio a luz entre los gritos y las oraciones, en la morada de Labán y ante éste, arrodillada sobre dos ladrillos para que el niño hallara un lugar conveniente al salir del vientre maternal. Los brazos de una comadrona la retenían por detrás, mientras otra, en cuclillas junto a ella, vigilaba la salida del recién nacido. Los partos fueron felices, y a pesar de la edad avanzada de Adina, no se siguieron complicaciones. Más de una vez habían sido ofrecidos alimentos a Nergal el Rojo: cerveza, panes de espelta y corderos en sacrificio, para que impidiera manifestarse a sus cuarenta servidores, portadores de enfermedades. Gracias a esta prevención, en ninguna de las tres circunstancias se revolvieron los órganos interiores de la mujer, y la bruja Labartu no atrancó el orificio de su cuerpo. Adina echó al mundo tres robustos hombrecitos, cuya turbulencia transformó la casa de Labán, por largo tiempo silenciosa y triste, en una viviente colmena. Al primero se le llamó Beor, al segundo Alub y al tercero Muras. Y Adina no solamente no decayó con sus repetidos embarazos y partos, sino que rebrotó en cierta juventud y perdió su insignificancia. Se cubría la cabeza de ornamentos, se adornaba con cinturones y collares que Labán compraba para ella en Carán.

La exaltación hinchaba el sombrío corazón de Labán. Andaba radiante y hasta el pliegue paralizado de la comisura de sus labios perdió su acritud y se tornó sonrisa de satisfacción y fatuidad. La hinchazón de vanidad que lucía era hartamente comprensible: su

propiedad prosperaba, sus negocios iban a maravilla, la fecundidad le habitaba y la maldición que por largo tiempo había ensombrecido su casa, consecuencia del error de antaño, se encontraba misericordiosamente levantada. No dudaba que la felicidad actual y el nacimiento de sus hijos estaban en estrecha relación con la presencia de Jacob en su casa y con la bendición de Yitzchak. Hubiera sido infundado no creerlo: quién sabe si el éxito de los negocios emprendidos por su sobrino no había sido un estimulante para los dos esposos, sobre todo para Labán, que, sintiendo reanimada su actividad conyugal, había vuelto a abrir las esclusas de la fecundidad. En todo caso, habían de agradecerle a Jacob. Pero Labán no dejaba de sentir una gran satisfacción personal. ¿No había sido él quien, por su hábil sagacidad, había sabido apegar a su casa al portador de la bendición, aquel fugitivo, aquel mendigo, que emanaba un poder de crecimiento por doquiera que fuese, lo quisiera o no? A juzgar por las demostraciones moderadas de alegría y admiración que Jacob había hecho cuando nacieron Beor, Alub y Muras, Labán deducía que quizá él había deseado particularmente la felicidad paternal de su tío.

—Dime, sobrino y yerno mío —le decía, cuando montado en un buey iba a los campos a visitar los rebaños, o cuando Jacob venía a la granja a rendirle cuentas—, dime si no merezco alabanza y si los dioses no me sonríen dándome, en mis viejos días, hijos que mi mujer Adina da a luz con ánimos, ella, que un tiempo tenía tan poca apariencia.

—Alégrate, si quieres —respondía Jacob—, pero en ello no hay nada de extraordinario para nuestro Dios. Abram tenía cien años cuando engendró a Yitzchak, y se sabe que Sara ya no tenía eso que las mujeres suelen tener cuando el Señor le sonrió.

—Tienes una manera bien seca —dijo Labán— de disminuir los grandes sucesos y de apagar la alegría en el corazón del hombre.

—No nos conviene —dijo fríamente Jacob— ensalzar los acontecimientos felices de los cuales no podemos atribuirnos el mérito nada más que en parte.

## Capítulo sexto

---

### Las hermanas

## El malo

Los siete años tocaban a su fin y se acercaba el tiempo en que Jacob iba a conocer a Raquel; apenas lo creía, y su gozo no tenía límites; su corazón latía con grandes golpes cuando pensaba en esa hora. Raquel tenía diecinueve años ya. Había esperado, preservada por la pureza de su sangre de los malos contactos y de las enfermedades que hubieran podido dejarla maltrecha a los ojos de su amado. Por el contrario, su desarrollo y su gracia confirmaban las tiernas predicciones de Jacob. Era encantadora, entre todas las hijas del país, con su proporcionada estatura, sus trenzas suaves, su deliciosa naricilla, la mirada miope de sus ojos oblicuos, de una noche cargada de dulzor, su labio superior, que desbordaba un poco el inferior, haciendo en los rincones de su boca una sonrisa de seducción exquisita. Sí, era bella entre todas; pero si dijéramos que lo era particularmente cuando se la veía junto a su hermana Lía, como pensaba Jacob para sí, no hay que deducir que la mayor era fea entre todas. Solamente, constituía el punto de comparación más próximo. El paralelo no era desfavorable para Lía sino en lo que a gracia se refería, y quien no las hubiera considerado desde el mismo punto de vista que Jacob hubiera dado la preferencia a su cabellera opulenta, rubia, anudada en un pesado moño, y la majestad de su cuerpo, apto para las maternidades, sin detenerse en la inflamación de sus ojos, en los que velaba el estrabismo bajando los párpados, orgullosa y seria. Hay que repetir, en alabanza de la pequeña Raquel, que no trataba de lucir sus encantos en desmedro de su hermana, haciendo gala de su aspecto seductor y del hecho de ser ella la hija de la luna radiante y su símbolo, al paso que Lía lo era de la luna obscurecida. Raquel era lo bastante lista para rendir al astro, incluso en su declinar, el homenaje que se le debía. En el fondo de su alma, aunque no pudiendo evitar una leve satisfacción femenina, desaprobaba el poco caso que hacía Jacob a su hermana, para consagrarle todos sus sentimientos con una parcialidad excesiva.

Se había decidido que la fiesta nupcial se celebrara durante la luna llena del solsticio de verano. Raquel también se sentía feliz con el pensamiento de aquel gran día. Ciertamente también se mostraba triste en las semanas que lo precedieron; apoyada en el hombro de Jacob, mejilla contra mejilla, derramaba silenciosas lágrimas, sin responder a las amables preguntas más que con una sonrisa simulada, moviendo la cabeza tan vivamente que las lágrimas desbordaban de sus ojos. ¿Qué tenía en el corazón? Jacob no lo comprendía, aunque él mismo se sintiera a veces melancólico. ¿Lloraba acaso su virginidad, pues su florecer tocaba a término, y ya se tornaría en un árbol cargado de frutos? Esta tristeza ante la vida no es incompatible con la dicha, y Jacob la sentía también en esa época. El instante nupcial de la vida es también un instante de muerte, como la fiesta del solsticio: la luna, después de haber

llegado a su plenitud y apogeo, vuelve de nuevo la cara hacia el sol, donde ha de perderse. Jacob iba a conocer a la que amaba y comenzaría a morir. La vida no estaría, en adelante, concentrada en un solo ser y él no seguiría siendo el único señor y amo del mundo; se disolvería en sus hijos por venir y sería señalado por la muerte; empero, los querría, a esos seres cargados de su vida distribuida y diversificada, porque la vida de ellos sería la suya, derramada en el seno de Raquel.

Por aquel entonces tuvo un sueño del que se acordó largo tiempo a causa de su tristeza singularmente aquietadora y reconfortante. Una cálida noche de Tammuz, que pasaba él en el campo junto a los carneros, le visitó un sueño, cuando por el cielo bogaba la estrecha nave de la luna, aquella que al redondearse en disco radioso iluminaría la noche de embriaguez. Se volvía a ver huyendo de casa de su padre —o huyendo de nuevo—, obligado una vez más a galopar en su camello por el fiero desierto. Ante él trotaba una criatura de puntiagudas orejas, cabeza de perro, cola tiesa y horizontal, que se volvía para mirarle, riendo. Era el pasado que a la vez se renovaba y seguía, una situación que ayer no se había desarrollado lo bastante y que ahora se repetía para cumplirse.

La cabalgadura de Jacob avanzaba por en medio de las rocas, y la vegetación no era sino un conjunto de secas malezas. La carrera sinuosa del Malo se proseguía con un crujir de piedras y breñales. Desaparecía tras ellos, tornaba a surgir, miraba en derredor. Por un momento Jacob lo perdió de vista y cerró los ojos. Pero apenas había pestañeado, la bestia se halló ante él, sentada en una piedra. Era un animal por la cabeza, una cabeza maligna de perro, orejas puntiagudas y tiesas, hocico afilado como un pico, hendido hasta las orejas, pero el cuerpo era de hombre hasta los tobillos polvorientos. Aquel cuerpo fino y ligero era agradable a la vista como el de un adolescente. Se había posado sobre un peñasco en actitud descuidada, un poco inclinado hacia adelante, uno de los brazos apoyado en su pierna, que se doblaba de modo que formaba un pliegue a la altura del ombligo. La otra pierna, extendida, tocaba el suelo con el talón; así extendida, con la delgada rodilla y la parte inferior del muslo largo y nervioso ligeramente balanceado, era lo más agradable de ver. Pero los hombros estrechos, lo alto del torso y del cuello que desaparecía en los pelos que formaban el amarillento pelaje de la cabeza canina de hocicos abiertos, los pérfidos ojillos, le sentaban como puede sentar una cabeza estúpida en un cuerpo elegante: tan triste y envileciente, que todo lo demás, piernas, busto, que podía haber sido considerado como delicioso, no lo era. Jacob, al acercarse, percibió el agudo hedor a chacal que despedía el adolescente-perro. Sombrío prodigio que abrió su ancha boca y con voz gutural profirió penosamente: «Ap-uat, Ap-uat».

—No te fatigues, hijo de Osiris —dijo Jacob—. Tú eres Anubis, el guía, el que abre los caminos, lo sé. Me hubiera sorprendido no encontrarte aquí.

—Fue un error —dijo el dios.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jacob.

—Que procedieron equivocadamente —siguió el otro con dificultad— el señor de Occidente y Nefitis, mi madre.

—Lo lamento —respondió Jacob—. ¿Y cómo pasó tal cosa?

—Ella no estaba destinada a ser mi madre —dijo el joven, cuya pronunciación se hacía más clara—. Ella no era lo que se requería. La noche fue la sola responsable del error, la noche, que es una vaca a la que todo le es indiferente. Lleva el disco lunar entre sus cuernos como señal de que el sol la penetra y engendra en ella el día naciente; pero el nacimiento de tanto hijo de la claridad no ha disminuido su apatía ni su insensibilidad.

—Quiero pensar que eso no deja de tener sus peligros —dijo Jacob.

—Mucho peligro —murmuró el otro, inclinando la cabeza—. Ciega y con su cálida bondad bovina, acepta cuanto en ella se produce. Deja que todo se vaya realizando con una indiferencia letárgica, desde el punto en que está oscuro.

—Molesto —dijo Jacob—. Pero, entonces, ¿quién si no Nefitis te había de concebir?

—¿Lo ignoras? —preguntó el adolescente-perro.

—No llego a distinguir exactamente lo que sé por experiencia de lo que tú me revelas —respondió Jacob.

—Si lo ignoras, yo sabré decírtelo —continuó el otro—. En el origen de los tiempos, no en el principio exactamente, pero muy cerca del principio, existieron Gueb y Nut, el dios de la tierra y la diosa del cielo. Tuvieron cuatro hijos: Osiris, Set, Isis y Nefitis. Isis fue la hermana-esposa de Osiris y Nefitis la de Set el Rojo.

—Eso está bien claro —dijo Jacob—. ¿Y aquellos cuatro no tuvieron en cuenta, rigurosamente, el orden establecido?

—Dos de ellos fallaron —replicó Anubis—. Desgraciadamente. ¿Qué quieres? Somos seres distraídos, de una raza soñadora y despreocupada. La prudencia y la previsión son cualidades abyectas y terrestres. Por otra parte, ¡cuántos males ha causado la despreocupación!

—En efecto —afirmó Jacob—. Hay que tener Cuidado. Y hablando claramente, el hecho proviene de que vosotros no sois más que dioses falsos. El Señor Dios, Él, sabe siempre lo que se ha de hacer. Promete y cumple. Si hace una alianza, sigue fiel a ella, eternamente.

—¿Qué señor dios? —preguntó Anubis. Jacob le respondió:

—No finjas ignorancia. La unión de la tierra y el cielo puede dar, seguramente, origen a héroes y grandes reyes, pero no a un dios y mucho menos a cuatro. Tú reconoces que Gueb y Nut no fueron el origen de todo; entonces, ¿de quién salían?

—De Tefnet, la Gran Madre —respondió el otro con rapidez, desde su piedra.

—Bueno, lo dices porque yo lo sé —continuó Jacob en sueños—. Pero ¿es Tefnet

el origen de todo? ¿De dónde venía Tefnet?

—Fue llamada por el Increado, ese que está oculto, cuyo nombre es Nun —replicó Anubis.

—No te he preguntado su nombre —dijo Jacob—. Pero ahora empiezas a hablar razonablemente, niño-perro. No tengo intención de discutir contigo. Tú no eres sino un dios falso. Pero ¿qué decías a propósito del error de tus padres?

—Que fue culpa de la noche —repitió el Maloliente—. Y el que lleva la vara del pastor se mostró desatento y distraído. Su Divina Majestad, en busca de Isis, su hermana-esposa, encontró, en la noche ciega, a Nefitis, la hermana-esposa del Rojo. Y tomándola por su compañera, el gran dios se enlazó con ella y la noche de amor los envolvió con su perfecta impasibilidad.

—¿Es posible tal cosa? —exclamó Jacob—. ¿Y qué sucedió después?

—Muy posible, puede producirse fácilmente. La insensible noche sabe la verdad, y para ella los prejuicios del día, sostenidos en estado de vigilia, no existen. Un cuerpo de mujer vale por otro, bueno para el amor y la procreación. Sólo el rostro se diferencia, y así nos figuramos desear ésta más que aquélla. El rostro pertenece al día, que tiene despiertas las ilusiones; pero no existe para la noche, que sabe la verdad.

—Tu lenguaje es rudo y desprovisto de sensibilidad —dijo Jacob, turbado—. Naturalmente que siempre hay ocasión de expresarse así, con una cabeza como la tuya y un rostro que necesitamos tapar con la mano para darnos cuenta de que tu pierna es graciosa, así extendida ante ti mismo.

Anubis bajó la vista, juntó los pies y deslizó sus manos entre sus rodillas.

—No se trata de mí —dijo por fin—. Yo acabaré por desembarazarme de mi cabeza. ¿Quieres saber lo que sigue?

—¿Qué? —preguntó Jacob.

—Osiris, el amo —continuó el adolescente—, fue para Nefitis, durante la noche, igual que Set, su rojo esposo; él la tomó por Isis, la soberana. Estaban hechos, él para engendrar y ella para concebir, y lo demás le importaba poco a la noche. Ambos conocieron un mutuo rapto de placer en el acto de la copulación, y creyendo amar, no hicieron sino procrear. Y así se quedó encinta de mí, aquella diosa, en lugar de Isis, la legítima.

—Triste historia —dijo Jacob.

—Al amanecer se separaron —continuó el adolescente-animal—; y todo hubiera ido bien si Su Majestad Divina no hubiera olvidado su corona de loto junto a Nefitis. Set, el Rojo, la encontró y enrojeció de furia. Desde este momento apeteció quitarle la vida a Osiris.

—Me cuentas sucesos que conozco —dijo Jacob, recordando—. Después viene el episodio del cofre donde el Rojo encerró a su hermano, ¿no es eso? Así le hizo morir, y Osiris, el señor difunto, bogó por la corriente, en el féretro soldado, hasta el mar.

—Y Set subió al trono de Gueb, rey del país —añadió Anubis—. Pero no me detendré sobre estos puntos que importan poco a tu sueño. El Rojo no reinó mucho tiempo y cayó bajo los golpes del niño Horo, nacido de Isis. Ella corría por el mundo en busca del esposo asesinado, perdido para ella, lamentándose y gritando sin término: «¡Vuelve a tu morada, vuelve a tu morada, amado mío, oh hermoso niño, vuelve a tu morada!». Entonces Nefitis, la esposa del asesino, aquella a quien el dios inmolado había enlazado por equivocación, se fue junto a ella y, unidas estrechamente en el dolor, mezclaron sus lamentos: «¡Oh, tú, cuyo corazón no late más, quiero verte, oh mi bello rey, quiero verte!».

—Pacífico y triste desenlace —dijo Jacob.

—Así es —dijo el otro, siempre sentado en su piedra—. Y tal es el significado de tu sueño. ¿Quién fue, pues, el que estuvo a la vera de Isis y la ayudó en su errante busca, entonces y más tarde, cuando Set, descubriendo el cadáver hallado y escondido, lo descuartizó en catorce pedazos que Isis tuvo que reunir para reconstruir a su señor con sus miembros completos? Fui yo, Anubis, el hijo del Ilegítimo, el fruto de la víctima, que, mientras Isis buscaba, me mantenía siempre junto a ella. Mientras andaba, ella ponía su brazo sobre mi cuello para sentirse mejor sostenida y juntos gemíamos: «¿Dónde estás, brazo izquierdo de mi hermoso dios? ¿Dónde estás, su omóplato y su pie derecho? ¿Dónde estás, noble cabeza suya; dónde estás, su sexo sagrado, que parece irremediablemente perdido y que sustituiremos por una copia en madera de sicómoro?».

—Usas palabras obscenas, como verdadero dios de la muerte de las dos regiones —dijo Jacob. Pero Anubis siguió diciendo:

—En tu posición, debías interesarte por estas cosas, pues estás de novio, destinado a procrear y morir. La muerte está incluida en el sexo y el sexo incluido en la muerte, y éste es el secreto de la cámara funeral. El sexo desgarrar los vendajes de la muerte y se alza contra ella, que así sucedió con mi señor Osiris, sobre el que planeó Isis, pequeña esposa-buitre; ella hizo derramar la semilla de la muerte y, lamentándose, se unió a él.

«Mejor será que me despierte», pensó Jacob. Creía ver al dios lanzarse desde su piedra y eclipsarse —tan pronto alzado como desaparecido— cuando se halló bajo la noche estrellada y cerca de sus corderos.

El sueño de Anubis, el chacal, se borró rápidamente de su memoria, llevado, con sus particularidades, a ser un simple episodio del viaje antaño vivido en realidad, que fue el que subsistió en su recuerdo. Un instante guardó Jacob de su sueño una impresión de dulce tristeza, porque Nefitis, la diosa abrazada por error, había buscado y llorado con Isis que, frustrada, aceptó, sin embargo, los consuelos y la protección del hijo concebido a causa de una equivocación.

## Las bodas de Jacob

**P**or esta época, Jacob conversaba frecuentemente con Labán sobre el acontecimiento inminente de la fiesta nupcial; se enteraba minuciosamente de los proyectos de su suegro y supo que éste pensaba hacer grandes preparativos y celebrar un casamiento magnífico, sin pararse en gastos.

—Mi bolsillo sufrirá —decía Labán—, pues tengo más bocas que alimentar ahora y se trata de llenarlas. Empero, no andaré con lamentaciones, pues ya ves tú que mis negocios no andan demasiado mal y hasta son pasablemente buenos, gracias a las circunstancias, entre las cuales debemos tener en cuenta la bendición de Isaac que te acompaña. He podido aumentar el número de mis siervos y comprar dos sirvientas, además de esa porcachona de Iltani: Celfa y Bala, comedidas doncellas. Las cederé a mis hijas el día de sus bodas: Celfa a Lía, la mayor, y Bala a Raquel, la menor. Y puesto que te casas, la sierva te pertenecerá igualmente, formará parte de la dote que recibas y, conforme a nuestras estipulaciones, su precio contará por los dos tercios de la mina de plata que te he prometido.

—Te doy las gracias —dijo Jacob, encogiéndose de hombros.

—Es lo de menos —continuó Labán—. Pues cargo a mi sola cuenta los gastos de la fiesta que se celebrará. Invitaré gente de todas partes para la algazara y traeré músicos que tocarán y bailarán; quiero matar dos bueyes y cuatro corderos y abreviar copiosamente a mis invitados con embriagadoras bebidas, hasta que vean doble. Mi bolsillo padecerá, pero me importa poco, ya que se trata de las bodas de mi hija. Además, me propongo regalar a la desposada un presente que contribuirá a su adorno y le gustará muchísimo. Lo compré una vez a un nómada, y desde entonces lo he conservado en mi arca, pues es un objeto de valor: un velo en el cual se envolverá la desposada para consagrarse a Ishtar y santificarse, y tú alzarás este velo. Dicen que perteneció antaño a la hija de un rey y que fue la vestidura virginal de un hijo de un príncipe; todos los símbolos de Ishtar y de Tammuz están bordados y rebordados en él con gran arte; pero ella, la inmaculada, envolverá en él su cabeza. Pues ella es inmaculada y parecerá una Enitu, la novia del cielo que todos los años ofrecen los sacerdotes al dios durante la fiesta de Ishtar en Babel. La llevan delante del pueblo entero, subiendo los escalones de la torre y franqueando las siete puertas; y a cada puerta, le quitan una prenda de su vestimenta; al fin, quitado el último velo, conducen a la muchacha, en su santa desnudez, a la cámara nupcial que corona la torre de Etemenanki. Allí recibe al dios en su lecho, en una noche profunda, y grande es el misterio.

—Hem —dijo Jacob, pues Labán, arrugando los ojos, alzaba sus manos abiertas encima de su cabeza, a cada lado, con una unción que su sobrino no hubiera creído jamás posible en aquel «bloque de tierra». Labán continuó:

—Todo esto es encantador cuando el novio tiene una casa o propiedades, o sí, tenido en alta estima en la morada de sus padres, llega con gran aparato para conducir pomposamente la esposa a su hogar, por vía terrestre o acuática. Pero tú, ya bien lo sabes, no eres más que un fugitivo, un vagabundo, peleado con los tuyos; te instalas en mi casa como yerno, y me alegro. No habrá cortejo de todas por tierra ni por agua y quedarás cerca de mí después del banquete y el festín. Pero cuando yo haya pasado entre vosotros dos y rozado vuestras frentes, nos atenderemos a los usos del país en tales circunstancias y te haremos dar la vuelta al patio, entre cánticos, para acompañarte a la cámara nupcial. Te sentarás en el lecho, con una flor en la mano, y esperarás a la desposada. A ella también, a la inmaculada, la haremos dar la vuelta al patio, entre antorchas y canciones; llegados ante la puerta de la cámara, apagaremos las luces, te entregaré la niña consagrada y os dejaré solos, en la obscuridad.

—¿Es ésa la costumbre? —preguntó Jacob.

—En todas partes, y tú lo has dicho —contestó Labán.

—En ese caso, consiento y a gusto —dijo Jacob—. Supongo que una antorcha quedará encendida, o la mecha de una lámpara, para que yo pueda ver a mi esposa cuando le ofrezca la flor, y después también.

—¡Cállate! —gritó Labán—. ¿Cómo te atreves a expresarte con tanto impudor ante un padre ulcerado y apenado por haber conducido a su hija ante el hombre que hará caer sus velos y se acostará a su lado? Al menos, contén ante mí tus lúbricos propósitos y refrena tu concupiscencia. ¿No tienes manos para ver y necesitas todavía devorar a la inmaculada con tus ojos, para agudizar tu placer ante el espectáculo de su confusión y de su virginal estremecimiento? ¡Respetar el misterio de la más alta celda de la Torre!

—Dispensa —dijo Jacob—, ¡y perdóname! Mis pensamientos no eran tan impúdicos como aparentan, expresados por tu boca. Me hubiera gustado, sencillamente, ver con mis ojos a la esposa; pero, ya que la costumbre lo exige, me conformaré con tus prescripciones y las suscribo por adelantado.

Vino el día del esplendor deslumbrante y de la fiesta nupcial. En casa de Labán, el dichoso ganadero, hubo grandes matanzas y las cocinas trabajaron a más y mejor, y en el patio se asaron reses; todo era humareda y crepitar; y los ojos lloraban, irritados por las acres bocanadas de los fuegos que ardían bajo las marmitas y en los hornos, pues Labán economizaba el carbón de leña y no usaba como combustible casi nada más que haces de espinos y boñigas. Amos y servidores, entre ellos Jacob se afanaban en preparar las comidas destinadas a los numerosos convidados y organizar un prolongado festín. La boda debía durar siete días y, so pena de ser objetos de burla y escándalo, era necesario aprovisionar la mesa copiosamente, inagotablemente, de galletas, panes de pescado, sopas, mermeladas y lacticinios, de cerveza, jarabe de frutas y fuertes licores, sin hablar de los asados de carnero y los jigotes de buey. Cada

cual en su trabajo entonaba cantos en honor de Uduntamku, el Obeso, que preside los banquetes, el dios del Vientre. Cantaban y trabajaban. Labán y Adina, Jacob y Lía, la cochina Iltani; Bala y Celfa, las sirvientas de las hijas: Abdcheba, el hombre de veinte siglos, y los lacayos recién comprados. En medio de la agitación general, los chicos de Labán, en sus camisillas, corrían y saltaban, se resbalaban en la sangre de los animales sacrificados; entonces su padre intervenía y les tiraba de las orejas, lo que les hacía aullar como chacales. Solamente Raquel, silenciosa e inactiva, estaba sentada, aparte, en la casa. Ya no tenían permiso para verse los novios. Ella contemplaba el precioso velo ofrecido por su padre, que debía llevar puesto a la fiesta: una verdadera obra maestra en el arte del tejido y del bordado. Tan bella cosa no había podido llegar a la casa y al cofre de Labán sino por una suerte inmerecida; el hombre que lo había vendido, a no muy alto precio, estaba, sin duda, necesitado de dinero.

Era un velo amplio y grande, a la vez vestido y mantón, con mangas anchas que se pasaban como se quería, cortado de tal manera que una parte podía hacerse caer ante el rostro y disimularlo en torno a la cabeza y de los hombros, o dejarlo caer a la espalda. Costaba trabajo sopesar aquel virginal vestido. Era a la vez ligero y pesado, de un peso que variaba de hasta el extremo, tan finamente tejido, que se hubiera dicho un suspiro, una niebla, una nada, fácil de ocultar en el cuenco de la mano; y por otra parte de una ponderación diseminada a causa de las figuras, bordadas en matices multicolores, escintilantes, que lo cubrían, en apretada labor, de espléndida ejecución, donde se confundían los hilos de oro, de bronce, de plata y todos los colores imaginables: blanco, púrpura, rosa, oliva, un entrecruzarse de blanco y negro casado con tonos vivos, como una pintura esmaltada; y las figuras y alegorías más significativas. La imagen de Ishtar-Mami aparecía con frecuencia, diversamente representada, pequeña y desnuda, apretándose los costados para hacer salir la leche, con la luna y el sol a cada lado. Por todas partes se encontraba la estrella de cinco rayos, en diversos matices, que significaba: «Dios». La paloma de plata, el pájaro de la diosa del amor y de la maternidad, brillante en la trama del tejido. ¡Gilgamesh, el héroe, dios en las dos terceras partes y hombre en el resto, que estrangulaba un león entre sus brazos! Fácilmente se reconocía la pareja de hombres-escorpiones que guarda, en los confines del universo, la puerta por la que el sol desciende al mundo infernal. Había también diferentes animales, antiguos amantes de Ishtar, que ella había metamorfoseado en lobos; un murciélago, que antaño había sido Ichullanu, el jardinero. Bajo la apariencia de un ave de vivos colores, se veía al pastor Tammuz, su primer compañero de voluptuosidad, por quien ella había decretado que lloraría todos los años; también estaba el toro celeste que sopla fuego por las narices, el que Anu mandó contra Gilgamesh, para poner remedio a los deseos frustrados de Ishtar y sus apasionadas quejas. Raquel haciendo pasar el vestido entre sus dedos vio un hombre

y una mujer sentados a ambos lados de un árbol, que tendían las manos hacia los frutos: tras la espalda de la mujer aparecía una serpiente. En otra parte había bordado un árbol sagrado, que dos ángeles barbudos, uno frente a otro, rozaban con la punta recortada de la flor de la virilidad para hacerlo fructificar. Encima del árbol de vida estaba el símbolo de la feminidad, rodeado por el sol, la luna y las estrellas. Sentencias en caracteres anchos y puntiagudos, horizontales, verticales y oblicuos, se entrecruzaban en diversos lugares. Y Raquel descifró: «Heme quitado la túnica, ¿debo ponérmela otra vez?».

Jugaba ella con el velo, se envolvía en él, se lo enrollaba, se lo ponía en ingeniosas caídas, aquel escintilar transparente de múltiples alegorías. No tenía otra distracción en la soledad de aquellos días, mientras se preparaba la fiesta. A veces recibía la visita de su hermana Lía, quien se probaba el velo. Luego quedaban sentadas una junto a otra, con el fino tejido extendido sobre sus rodillas y lloraban, cambiándose caricias. ¿Por qué lloraban? Éste era su secreto. Digamos que cada una tenía sus motivos particulares.

Más tarde, cuando Jacob, los ojos cuajados de lágrimas, evocaba a ratos el pasado, todas las historias inscritas en su rostro, y que habían cargado y ennoblecido su vida salían a flote en él, tornándose presentes, como en el instante en que, ayudado por su gemelo rojo, había enterrado a su padre. Pero el recuerdo que con mayor fuerza surgía era el de aquel día en que sus sentimientos habían sufrido una herida, una humillación tan espantosa y perturbadora que su alma, por mucho tiempo incapaz de reponerse, no pudo recobrar su fe en ella misma sino gracias a un nuevo sentimiento, reflorcer del otro antaño desgarrado y denostado: recuerdo, presente entre todos, del día y la historia de sus bodas.

Las gentes de Labán se habían lavado de pies a cabeza en el agua bendita del depósito, frotándose con ungüentos perfumados como convenía; habían vestido sus trajes de fiesta y quemado grandes cantidades de aromáticos aceites para acoger a los invitados con suaves olores. Habían llegado aquéllos, cuál a pie, cuál montado en un burro o en carros arrastrados por bueyes y muleros, hombres solos o acompañados por sus mujeres, así como los niños que no habían podido dejar en la casa; campesinos y ganaderos de las cercanías, todos igualmente frotados con ungüentos, perfumados y vestidos de ceremonia, gentes parecidas a Labán, como él de costumbres austeras y que tenían semejantes ideas de los negocios. Saludaban llevando la mano a su frente, preguntaban por la salud e instalados en la habitación y en el patio, en derredor de las mesas alineadas o de las ollas, esperaban que les derramaran agua sobre las manos; tras lo cual comenzaban el largo banquete, haciendo chasquear las lenguas, invocando a Shamash y haciendo alabanzas de Labán, el padre de la desposada. El festín tenía lugar tanto en el patio exterior —entre las pilas de trigo— como en el patio interior pavimentado en torno a la mesa del

sacrificio, como en el techado de la casa o en la galería circular de madera. Junto al altar estaban los músicos contratados en Carán, arpistas, timbaleros, cimbaleros, que también sabían bailar. El viento sopló todo el día, y más al anochecer. Las nubes resbalaban sobre la luna, velándola completamente por instantes, lo que pareció de mal agüero a numerosos asistentes, que se guardaron de expresar en voz alta su impresión; eran gentes sencillas que no distinguían un obscurecimiento pasajero del astro, de un eclipse propiamente dicho. El viento tempestuoso erraba suspirando por la casa, se hundía silbando por los tubos de los graneros, hacía gemir y crujir los álamos, se mezclaba a los olores de la fiesta, a los perfumes y ungüentos de los invitados, al humo de los manjares, y los confundía, llevándoselos en bocanadas; y parecía dispuesto a arrancar las llamas que ardían en los trípodes, donde se quemaba nardo y goma de Budulu. Cada vez que, más tarde, Jacob rememoraba estos sucesos, creía sentir en sus narices el acre olor de las especias, los condimentos y el sudor esparcidos por el aire.

Estaba él sentado en la sala alta, rodeado de familiares de Labán, entre otros invitados, en aquel mismo sitio donde siete años antes había partido por vez primera el pan ante sus parientes extranjeros. Sentado a la mesa, cerca del dueño de la casa, su fecunda esposa y sus hijos, ante una profusión de chucherías suculentas al paladar, apiladas sobre el mantel, panes dulces, dátiles, ajos y pepinos, bebía con los convidados que alzaban sus copas, llenas de embriagadoras bebidas, a la salud de su huésped. Su novia, que muy pronto le iba a ser cedida, estaba sentada junto a él, y a ratos Jacob besaba la orla del velo que la envolvía con sus pliegues llenos de figuras alegóricas. Ni una sola vez lo alzó ella para beber o comer; sin duda, la virgen consagrada había sido servida aparte, antes del banquete. Silenciosa, inclinaba la cabeza con humildad cuando Jacob besaba la orla de su vestido. El también estaba callado, aturdido por la fiesta, con una flor en la mano, un ramillo de mirto blanco sacado del jardín de Labán. La cerveza y el vino de dátiles le turbaban el espíritu. Su alma, incapaz de disolverse en pensamientos, de ascender a un estado de gratitud contemplativa, pesaba mucho en su cuerpo frotado de aceites aromáticos, y en aquel instante su cuerpo le hacía veces de alma. Hubiera deseado profundizar y reflexionar sobre qué camino había elegido el Señor para preparar los acontecimientos, como otrora había conducido al fugitivo hasta la bienamada, la criatura que le había bastado ver para saberla elegida de su corazón y a la que amaría en el presente y en el porvenir, sobre ella misma, en los hijos que ella ofrecería a su cariño. Se concentraba en gozarse de su victoria sobre el tiempo, duro período de espera que le había sido impuesto, creía él, en expiación del despojo de Esaú y de sus amargas lágrimas. Trataba de poner a los pies del Señor su victoria y su triunfo, pues eran suyos. Por él, por su paciencia que no había permanecido inactiva, Dios había ganado al tiempo, el monstruo de siete cabezas, como en otra ocasión al Gusano del Caos. Lo que había

sido deseo y ardiente espera, se hacía realidad, y Raquel estaba sentada a su lado, envuelta en su velo que pronto él habría de levantar. Trataba de saborear esta felicidad en su alma; pero la felicidad es como la espera, que, a medida que se prolonga su duración, pierde su carácter de espera pura, absorbida como es por la necesidad de vivir y el cuidado cotidiano de los negocios. Cuando llega, por fin, la felicidad efectiva, ya no está teñida de una trama divina, como cuando aparecía en el futuro; se ha hecho presente, concreta y, como todo lo que vive, tiene la pesadez de la carne. La vida carnal no es nunca dicha sin mezcla de otra cosa; no es buena sino a medias, desagradable hasta cierto punto, y cuando la dicha se hace realidad física, el alma que la esperaba ansiosamente, sufre la misma suerte y se reduce a no ser más que un cuerpo con los poros llenos de aceite que sólo espera hoy día la inefable y lejana felicidad de ayer.

Jacob estaba sentado, las piernas encogidas, el pensamiento concentrado sobre su sexo, con el que se identificaba en lo presente aquella felicidad que pronto habría de ser afirmada en las tinieblas sagradas de la cámara nupcial. Esa beatitud que otrora había sido cosa de Dios y reposado en su mano, no era ya sino la alegría de las bodas, la fiesta de Ishtar, celebrada en la borrachera y el jolgorio, rodeada de vapores aromáticos. Jacob, que había sufrido cuando para distraerse de la espera se había visto forzado a la agitación cotidiana de la existencia, se afligía ahora, pensando que Dios, el dueño de la vida y del porvenir deseado, abandonaba a los dioses particulares y mendaces de la carne la realidad de esta hora puesta bajo su signo. Por eso besaba la imagen de Ishtar desnuda, cuando alzaba el paño del velo de Raquel, sentada a su lado, pura víctima de la procreación.

Frente a él, Labán, inclinado hacia adelante, los codos en la mesa, le miraba con insistencia:

—Alégrate, hijo mío, sobrino mío, pues tu hora ha llegado igual que el día de la recompensa, y, según la equidad, de nuestros convenios, recibirás el salario de siete años de trabajo que has pasado al servicio de mi casa, administrándola de manera pasablemente satisfactoria para su dueño. Tu corazón no ha codiciado mercaderías ni dinero, sino una chiquilla delicada, mi hija. La tendrás entre tus brazos sumisa a tus deseos, obediente. ¡Cómo ha de palpitar tu corazón! ¡La hora es solemne para ti, igual a las más importantes de la vida, grande como aquella en que, bajo la tienda de tu padre, lograste, según me has contado, obtener su bendición, hijo astuto de astuta mujer!

Jacob no escuchaba.

Labán seguía chanceándose de él ante los invitados.

—Di, yerno, je, ¿cómo te sientes? ¿La dicha de solazar a tu esposa no te asusta, y no tienes miedo como aquella vez que, para que te bendijera, entraste a la tienda de tu padre con las piernas temblando? ¿No has dicho que el temor te hacía chorrear sudor

por las piernas y que hasta la voz te faltó cuando ganaste la bendición a costa del maldito Esaú? ¡El tipo con suerte! ¡Con tal de que la alegría no te juegue una mala pasada y te deje impotente! ¡La desposada podría ponerse seria!

La risa sonora de los circunstantes estalló en la sala, y Jacob besó de nuevo, sonriendo, la imagen de Ishtar, a quien el Señor había reservado esta hora. Labán, levantándose con paso indeciso y pesado, dijo:

—Vamos, que ya es medianoche; ¡adelante, que voy a uniros!

Todos se agruparon para ver al novio y la novia, arrodillados ante el padre, y oír si la respuesta de Jacob era conforme a la costumbre. Labán preguntó si esa mujer debía ser su esposa y si él su esposo, y si él le ofrecería la flor. Respondió afirmativamente. Labán continuó sus preguntas: ¿Era él de buena familia y haría rica a su mujer y fecundaría su seno? Jacob dijo que era el hijo de un grande de la tierra; que acumularía en las faldas de su mujer oro y plata y que la fecundaría como el fruto de un jardín. Entonces Labán, rozando sus dos frentes, se colocó entre ellos, puso su mano encima y les ordenó que se pusieran de pie y que se besaran cuando estuvieran casados. Labán llevó a la consagrada en busca de su madre, tomó a su yerno de la mano, y seguido de los invitados, que se apretujaban y empezaban a cantar, lo llevó por la escalera de ladrillos al patio pavimentado, donde los músicos se pusieron a la cabeza del cortejo. Tras ellos venían los servidores con antorchas precediendo a los niños, que agitaban unas cazoletas colgadas de cadenillas. Jacob, conducido por Labán, iba entre un macizo de perfumes y apretaba en su diestra la rama de mirto estrellada de flores blancas. No se unía a los cantos tradicionales que en torno de él se entonaban, y hasta que Labán le dio un codazo no comenzó a tararear un poco. Labán cantaba con voz de bajo profundo; se sabía de memoria todas las canciones tiernas y amorosas. Tenían éstas por tema general el de la pareja que se apresta a acostarse y languidece de impaciencia. Se hablaba de la procesión de que formaban parte. Ella había venido de la estepa, envuelta en aromas de mirra que subían al cielo, una corona ciñendo las sienes del novio que su madre había hecho con sus manos venerables para el día de la boda. Estas palabras no eran aplicables a Jacob, no convenían a su caso particular: los invitados cantaban que él conducía a su amada hacia la morada maternal, en la alcoba de aquellos que le habían dado la existencia. Labán entonaba con energía las coplas que celebraban el casamiento típico, como para señalar más la mediocre realidad y hacer ver a Jacob la inferioridad de su condición. Luego el esposo de la canción habló, la esposa le respondió con ardor y ambos cambiaron frases de maravilla, alabanzas y deseos. En fin, suplicaron implorando, cada cual en el nombre del otro, que no se les despertara muy temprano, cuando se durmieran en la voluptuosidad: que dejaran reposar a la esposa y dormir al esposo hasta que se levantaran por su gusto. Conjuraban a la asistencia con ciervos y corzas de madera, y el coro de los invitados respondía con efusión de simpatía, y los

niños que llevaban incensarios tomaban la melodía a toda voz, sin comprender exactamente. Así dio la procesión dos vueltas en torno a la propiedad de Labán, en la noche ventosa, bajo la luna obscurecida; llegada ante la casa, franqueó, entre empujones, la puerta de madera, precedida por los músicos, y se detuvo ante la cámara nupcial de la planta baja, también provista de una puerta. Labán hizo pasar a Jacob, a quien llevaba de la mano. Ordenó que se iluminara con antorchas para que Jacob pudiera conocer el lugar de la cama y de la mesa y, llamando a la bendición celeste para su vigor viril, se volvió a los invitados que se apelotonaban en la puerta. Y se retiraron cantando, dejando sólo a Jacob.

Después de muchos años, en su avanzada vejez y, hasta en su lecho de muerte, donde habló de esto con solemnidad, ningún recuerdo permaneció en él con tal vivacidad. Estaba de pie en la obscuridad de la cámara nupcial, donde soplaban corrientes de aire; el viento nocturno entraba impetuosamente por las ventanillas junto al techo y salía por las que daban al patio interior, removiendo los tapices y colgaduras con que habían adornado los muros —Jacob los había visto a la luz de las antorchas—, haciendo mucho ruido y azotando con ellos las paredes. Bajo este cuarto estaba el subterráneo con los archivos y las sepulturas, los terafim y los contratos. A través de la delgada alfombra que habían tendido para las bodas, Jacob sintió en el pie el anillo que servía para abrir la trampa por donde se bajaba. Había visto el lecho y llegó a tientas hasta él. Era uno de los mejores de la casa; en él se habían sentado Labán y Adina durante aquella primera comida, cuando él llegó: un sofá con patas revestidas de metal y cuyo borde redondeado era también de bronce pulido. Jacob se dio cuenta, tanteando, de que sobre la armazón de madera habían puesto cobertores, y debajo, una sábana de tela; varios cojines se apoyaban en el respaldo. La cama era estrecha. Al alcance de la mano, sobre una mesa, estaban preparados una colación y un jarro de cerveza. Había en el cuarto dos escabeles cubiertos de telas y, a la cabecera del lecho, lámparas de pie que no tenían aceite.

Jacob examinó todo esto en la obscuridad atravesada de viento, mientras los invitados llenaban la casa con sus clamores y pasos, para ir en busca de la desposada. Ahora el cortejo salía de la casa, precedido por las arpas y címbalos, con la graciosa Raquel, la elegida de su corazón, que iba envuelta en su velo. Labán, quizá Adina también, la conducía de la mano, como a él un poco antes. De nuevo resonó el coro de los cantos nupciales, tan pronto cercano, tan pronto a lo lejos, y cuando los invitados estuvieron más cerca, cantaron:

«Mi amigo es mío; enteramente mío. Yo soy un jardín cerrado, lleno de frutos deliciosos y de los más suaves aromas; ven, amado, a tu jardín, recoge apresurado estos frutos deliciosos y saborea el frescor de sus jugos».

Ya se oían los cantos en el umbral. La puerta se entreabrió, dejando entrar un instante, por bocanadas, la música y el ruido, y la novia velada fue introducida por

Labán, que cerró prestamente tras ella. Quedaron solos, en las tinieblas.

—¿Eres tú, Raquel? —preguntó Jacob al cabo de un breve instante, después de esperar a que los otros se alejaran... Preguntaba como se pregunta: «¿Has vuelto de tu viaje?», cuando el interpelado está enfrente de uno y no puede dejar de estar de regreso, de suerte que la pregunta es absurda; se formula sólo por no quedar callado, y la única respuesta es reír. Pero Jacob entendió que ella inclinaba la cabeza en señal de aquiescencia. Lo sintió en el ligero rumor del velo que la revestía, a la vez pesado y ligero—. Mi querida, mi pequeña, mi paloma, pupila de mis ojos, corazón de mi pecho —dijo él ardientemente—. Está tan oscuro y el viento sopla... Estoy sentado en el lecho; tú quizá no lo hayas visto, al fondo del cuarto, a la derecha. Ven, no tropieces con la mesa, que te saldría una mancha negra en la piel delicada, y derramarías la cerveza. No tengo sed, no; tengo sed sólo de ti, mi granada. Qué alegría que te hayan traído hasta mí, y que ya no espere yo solo en este viento. ¿Vienes? Quisiera ir a ti, pero no puedo, pues la costumbre exige que te entregue la flor sentado, y aunque nadie nos ve, nos conformaremos a lo prescrito para ser verdaderamente casados, como no hemos dejado de desearlo durante tantos años de espera.

La emoción le dominaba. Su voz se quebró. La evocación del tiempo soportado con paciencia e impaciencia por amor de esta hora, trastornaba su ser con una profunda ternura; la idea de que ella había esperado también este soñado término hacía saltar su corazón. El amor es así, cuando es total: a la vez emoción y deleite, ternura y deseo. Mientras que una inquietud intensa hacía brotar lágrimas de los ojos de Jacob, sintió que toda su virilidad se estiraba.

—Estás ahí —decía él—, me has encontrado en las tinieblas, como yo te encontré después de un viaje de diecisiete días cuando tú venías entre los carneros, diciendo: «¡Anda! ¡Un extranjero!». Nos elegimos entonces entre todos los seres; he servido siete años para obtenerte y el tiempo yace a nuestros pies. Ven aquí, corza mía, paloma mía. ¡Aquí tienes la flor! No puedes ni verla ni encontrarla; pero yo guiaré tu mano hasta la ramilla de mirto, para que la tomes; ya no somos más que uno, pero quiero tener tu mano en la mía, tu mano que tanto quiero; amo el huesecillo de tu muñeca; lo conozco tan bien, que lo reconozco, con mi gozo en las tinieblas, y tu mano es para mí como tú misma y como tu cuerpo entero, parecido a una gavilla de trigo coronada de rosas. Amada mía, hermana mía, tiéndete a mi lado, que me aparto un poco para que haya sitio para los dos, lejos de todos, tú junto a mí. No te quiero más que a ti, por tu rostro que no veo, pero que he visto mil veces y besado amorosamente, pues su encantadora gracia corona tu cuerpo como una guirnalda de rosas; y cuando pienso que tú eres Raquel con la que tantas veces me encontré, pero nunca como hoy, que te esperé y me esperaste, que aún me esperas en este momento a mí y mi ternura, un rapto más fuerte que el velo que cubre tu pureza y la obscuridad

venda nuestros ojos, de suerte que no vean más allá de ellos mismos, y están ciegos. Pero lo son cuando ninguno de nuestros otros sentidos es ciego, Dios sea loado, puesto que oímos nuestras palabras y las tinieblas no nos separan ya más. Dime, alma mía, ¿no te arrastra como a mí la grandeza de esta hora?

—Soy tuya en el éxtasis, querido señor —murmuró ella en voz muy baja.

—Has dicho esto como Lía, tu hermana mayor —dijo él—. Hablo de la entonación, por supuesto, no del sentido de tus palabras. Es natural que las voces de las hermanas se parezcan y que las palabras salgan de sus bocas con entonaciones gemelas. Pues el mismo padre las ha engendrado en la misma madre, y aunque difieran un poco en el tiempo y sigan rutas separadas en el mundo, no forman sino una en el origen. Mira, casi tengo miedo de las frases ciegas que te digo; dije hace poco que las tinieblas no influían en nuestros pensamientos, y siento, empero, que la obscuridad penetra mis palabras y las impregna, y estoy un poco asustado. Apreciemos juntos el discernimiento y alegrémonos de que tú seas Raquel y yo Jacob, y no, por ejemplo, Esaú mi hermano, el Rojo. Muchas veces mis padres y yo nos hemos preguntado, junto a los rediles de los carneros, acerca de la esencia de Dios, y nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos continuarán pensando después de nosotros. Pero yo te lo digo a esta hora, y mis palabras irradian una claridad que hace retroceder a las tinieblas: Dios es discernimiento. He aquí por qué alzo ahora tu velo, amada mía, para verte con mis manos videntes y lo pongo con recogimiento en el asiento que está ahí; está enriquecido de preciosas imágenes y nuestros descendientes se lo legarán a través de las generaciones e innumerables amadas lo llevarán. Ésta es tu cabellera, negra pero deliciosa, la conozco tan bien, conozco su olor único, la llevo a mis labios y ¿qué puede contra mí la obscuridad? He aquí tus ojos, noche sonriente en la noche, y sus órbitas delicadas: reconozco bajo ellos las suaves ojeras donde tantas veces enjuagué con un beso tus lágrimas de impaciencia, de las que mis labios quedaban humedecidos. Éstas son tus mejillas, tiernas como un plumón de pájaro y como las más preciosas lanas de las cabras extranjeras. He aquí tus hombros, que parecen a mis manos más llamativos de lo que parecían a mi mirada en pleno día; he aquí tus brazos y he aquí...

Se calló. Mientras que sus manos que veían dejaban el rostro y encontraban el cuerpo y la epidermis del cuerpo, Ishtar los conmovió a los dos hasta la médula de los huesos, el toro celeste sopló, y su aliento fue el doble aliento de ellos, que se confundió. Durante aquella noche de tempestad, la hija de Labán fue una compañera maravillosa para Jacob, grande en el deleite y vigorosa en el acto de la procreación; lo recibió varias veces y aunque ellos no contaron sus enlazamientos, los pastores se contaban más tarde que habían sido en número de nueve.

Él durmió en el suelo, pues la cama era estrecha y quiso dejarle todo el lugar a ella, para que durmiera cómodamente. Durmió apoyado en la cabecera del lecho, la

mejilla contra su mano posada en un reborde. Un alborear silencioso, de un rojo sombrío, comenzó a asomarse a las lumbreras, llenando lentamente de claridad la cámara nupcial. Jacob se despertó primero, por la luz del día que le daba en los ojos y también por el silencio, pues los ruidos y risas del festín continuo se habían prolongado mucho en la noche y no se habían acallado sino al amanecer, cuando los recién casados ya dormían. Además, su incómoda postura, aunque la hubiera escogido con alegría, hacía más ligero su sueño. Se movió, palpó la mano de la mujer, se acordó de lo que había pasado y tendió los labios hacia los dedos, para besarlos. Alzando la cabeza para contemplar a la amada dormida, la miró con sus ojos pesados aún, llenos de sueño y que no acertaban a encontrar la mirada todavía. Y ella era Lía.

Él bajó los párpados, sacudiendo la cabeza y sonriendo.

«¡Vaya! —pensó, cuando ya el terror le mordía en el corazón y las entrañas—. ¡Vaya, vaya! Ilusión irónica del amanecer, espejismo bufo, ¡y qué mal ven mis ojos después de quitado el vendaje de la obscuridad! ¿Hay entre las hermanas una semejanza secreta que no es aparente en sus rasgos y no se revela sino cuando duermen? ¡Miremos con más atención!».

Pero evitaba mirar. Tenía miedo, y lo que decía no era más que un vano parloteo que le inspiraba el terror. Había visto que ella era rubia, que tenía la nariz un poco roja. Se frotó los ojos y se esforzó en mirar: era Lía la que dormía.

Tumultuosas ideas se apretaban bajo su cráneo. ¿Cómo estaba allí Lía? ¿Dónde estaba Raquel, a la cual le habían llevado y a quien él había conducido aquella noche? Se alejó del lecho, tropezando, y se quedó de pie, al centro de la pieza, en camisa, los puños cerrados en las mejillas.

—¡Lía! —gritó con voz ahogada.

Sentóse ella en la cama, parpadeando, sonrió, bajó luego sus párpados, tal como lo hizo antes tantas veces frente a él. Un hombro y un pecho aparecían desnudos; eran blancos y bellos.

—Jacob, mi esposo —dijo Lía—, que así sea según la voluntad de mi padre. Así lo ha querido y ordenado y ojalá los dioses me concedan que tú le rindas gracias. Y a ellos también.

Jacob, tartamudeando, llevándose la mano a la garganta, a la frente, al corazón, preguntó:

—Lía, ¿desde cuándo eres tú?

—Todo el tiempo he sido yo —respondió ella—, y te he pertenecido esta noche desde el momento que entré, envuelta en mi velo. Siempre he tenido una tierna inclinación hacia ti, tanta como Raquel, desde que te vi la primera vez (yo estaba en el techo de la casa) y creo habértelo probado esta noche. Di tú mismo si no te he servido tanto como puede hacerlo una mujer, y si no me las he arreglado para darte

placer. Tengo la certidumbre de que me has fecundado y de que daré a luz un hijo robusto y bueno, que se llamará Rubén.

Entonces Jacob reflexionó y pensó cómo durante toda la noche la había podido tomar por Raquel; apoyando su brazo contra la pared, y sobre el brazo la frente, lloró con amargura.

Así pasó un largo rato, con el corazón desgarrado; y cada vez que recordaba cómo había creído y reconocido, cómo su dicha no había sido más que ilusión y cómo había sido profanada esta hora del cumplimiento, por la cual había servido y triunfado del tiempo, le parecía que su cerebro y sus entrañas zozobraban y que desesperaba su alma. Lía, no sabiendo qué decir, se limitaba a llorar por momentos, como había llorado junto a su hermana. Comprendía cuán poco había sido ella la que tantas veces enlazó él durante la noche, y sólo la idea de que había recibido de él la semilla de un hijo vigoroso, que se llamaría Rubén, la consolaba.

Jacob la dejó, lanzándose fuera del cuarto. Estuvo a punto de caer contra los que dormían por doquiera, en el patio y la casa, sobre cobertores y tapetes, en el desorden del festín de la víspera, sobre la misma tierra, sumidos en los vapores del alcohol. «¡Labán!», gritaba saltando por encima de los cuerpos, que gruñían, se estiraban y volvían a roncar. Repitió en voz más baja: «¡Labán!», pues el tormento, la amargura y una sed impetuosa de justicia no evitaban en él un cuidado para no despertar a los que dormían tras una orgiástica noche. «Labán, ¿dónde estás?». Llegado ante el cuarto donde el dueño de la casa reposaba junto a Adina, su esposa, golpeó la puerta y gritó:

—¡Labán, sal afuera!

—¿Eh? ¿Eh? —respondió Labán, desde adentro—. ¿Quién es que me llama al amanecer, después que yo he bebido?

—¡Soy yo; es necesario que salgas! —contestó Jacob.

—Caramba, caramba —gruñó Labán—. Es mi yerno. Cierto que dice «yo» como un niño, como si esto bastara para identificarlo, pero reconozco su voz y saldré, para oír lo que viene a anunciarme cuando alborea, y cuando, ocioso es decirlo, estaba gozando precisamente del más agradable de los sueños.

Apareció, en camisa, hirsuto, guiñando:

—Dormía —repitió—, dormía un sueño excelente y benéfico. ¿Por qué no has hecho tú otro tanto, o es que no te dedicas a las ocupaciones propias de tu estado?

—Es Lía —dijo Jacob, con voz temblorosa.

—¡Vaya una novedad! —respondió Labán—. ¿Y me arrancas al sueño del amanecer, al cual tengo derecho después de las libaciones copiosas, para decirme lo que yo sé tan bien como tú?

—¡Dragón, tigre, demonio! —gritó Jacob, fuera de sí—. ¡No lo digo para hacértelo saber, sino para mostrarte que yo también lo sé ahora y para pedirte las razones, desde el fondo de mi tormento!

—En primer lugar, ten cuidado y baja la voz —dijo Labán—. Me veo obligado a ordenártelo de este modo, puesto que tú no tienes en cuenta lo que exigen las circunstancias. No solamente soy tu tío y tu suegro, y, por encima de todo, patrón al que no conviene que apostrofes a gritos, sino que olvidas que la casa está llena de invitados que duermen, como puedes ver; dentro de pocas horas me acompañarán a la caza, que he organizado en su honor, en el desierto y los cañaverales; y tendremos redes para atrapar perdices y avutardas; a menos que no hagamos caer un jabalí que regaremos con bebidas embriagantes. Para eso se preparan mis invitados con un sueño que es sagrado para mí, y esta tarde comenzarán las libaciones de nuevo. Cuando tú abandones la cámara nupcial, al quinto día, tomarás parte también en nuestra alegre cacería.

—Me importa poco la alegre cacería —contestó Jacob—. Me has humillado y has inquietado los espíritus, y mi queja clama al cielo. Me has engañado sobre todo límite conocido, engañado sin vergüenza, cruelmente; has llevado en secreto a Lía, tu hija mayor, en vez de Raquel, por la que serví. ¿Qué nos sucederá ahora, a ti y a mí?

—Escucha —replicó Labán—. Tu lengua hará mejor en no pronunciar ciertas palabras, y debías sentir vergüenza al decirlas en voz alta. Hay en el país de Amurru, yo bien lo sé, un hombre rudo que llora, se tira de los pelos y desea tu muerte; éste sí que podría hablar de engañifa. Es desagradable ruborizarse por cuenta de otro que no se conmueve; pero éste es el caso presente, a causa de las palabras que estás pronunciando. ¿Que yo te he engañado? ¿En qué? ¿No te he llevado una esposa inmaculada, digna de subir los siete escalones para compartir el lecho del dios? ¿Acaso está mal formada, no se ha portado bien su cuerpo, se ha quejado del daño que ha sentido y no ha sido dócil al placer? ¿Te he engañado en todo esto?

—No —dijo Jacob—, en eso no. Lía está hecha para la concepción. Pero me has engañado privándome de luz, de suerte que, no pudiendo ver, he tomado, durante toda la noche, a Lía por Raquel y he dado mi alma y lo mejor de mí a la que yo no he escogido, y no puedo expresarte el pesar que me desgarras. ¡Esto es lo que me has hecho, lobo con rostro humano!

—¿Esto es lo que tú llamas impostura? ¿Me comparas, atrevido, a los animales del desierto y los espíritus malignos, porque, hombre recto, respetuoso de los usos, no he osado oponerme a una costumbre sagrada? Ignoro cómo pasan las cosas en el país de Amurru o en el del rey Gog; pero, en el nuestro, no se casa la menor antes que la mayor, y esto sería una bofetada a los usos recibidos, y yo soy un hombre cuidadoso con las leyes y el bienestar. Me he portado como debía y he contrariado tus irrazonables designios, como padre que sabe lo que debe a sus hijas. Pues me has herido indignamente en mi cariño hacia mi hija mayor, diciéndome: «Lía no despierta mi deseo». ¿No merecía eso una corrección? ¡Ahora, ya has visto si despierta o no tus deseos!

—No he visto nada —gritó Jacob—. ¡Era Raquel a la que yo estrechaba!

—Sí, sí, te has dado cuenta esta mañana —siguió Labán, irónico—. Por eso no tendrá motivos para quejarse Raquel, mi hija menor. La realidad pertenece a Lía, pero tus intenciones iban hacia Raquel. Como yo te he hecho saber lo que debes pensar de Lía, cualquiera de ellas sea la que estreches en tus brazos en el futuro, la poseerás a la vez en realidad y en intención.

—¿Quiere esto decir que me concedes a Raquel? —preguntó Jacob.

—¡Claro está! —dijo Labán—. Si la quieres y me pagas su precio según la costumbre, te la daré. Jacob exclamó:

—¡Pero yo te he servido siete años por Raquel!

—Tú me has servido —replicó Labán con firme dignidad— por una de mis hijas. Si quieres también la segunda, y yo consiento de buena gana, ¡hay que pagar otra vez!

Jacob se callaba.

—Voy a procurarme el precio de compra y a tratar de reunir la plata de la dote —dijo al cabo de unos momentos—. Conseguiré prestada una mina de plata a gente que conozco de los negocios y te daré algún regalo que ella pueda colgarse de la cintura de desposada, pues mi haber ha crecido de manera inesperada durante estos años, y ya no soy, ni mucho menos, aquel mendigo de la época en que te la pedí en matrimonio.

—De nuevo te expresas sin la menor delicadeza —dijo Labán, moviendo la cabeza con dignidad—. Hablas impudicamente de cosas que debías guardar secretas en el fondo de ti mismo, alegrándote de que nadie te pida cuentas ni haga alusión a ellas, en lugar de discurrir ligeramente en voz alta y exponerlas a la luz del día, para que uno se vea obligado a ruborizarse en lugar del que no se ruboriza. No quiero saber nada de los bienes que de tan inesperada manera te han llegado; no quiero tu plata a guisa de dote, ni mercancías cuyo origen ignoro, como regalo de esponsales; pero me servirás, por mi segunda hija, tanto tiempo como por la primera.

—¡Lobo de faz humana! —gritó Jacob, que se dominaba a duras penas—. ¿Entonces no quieres darme a Raquel sino al cabo de siete años?

—¿Quién ha dicho eso? —contestó Labán—. ¿Quién ha insinuado tal cosa? Sólo tú dices cosas inconsideradas y me comparas con un ogro. Soy padre y no quiero que mi niña languidezca junto al hombre que ama, hasta que éste haya llegado a una avanzada edad. Vuelve a tu puesto y pasa honorablemente la semana. En seguida, la menor te será llevada sin ruido y, una vez que seas su esposo, me servirás otros siete años por ella.

Jacob en silencio bajó la cabeza.

—Guardas silencio —añadió Labán—, y no te decides a caer a mis pies. Me inspira curiosidad saber si llegaré a producir en ti, alguna vez, un sentimiento de

gratitud. No te basta, aparentemente, que yo esté aquí, en camisa, al amanecer, arrancado de un sueño reparador, para arreglar negocios. No he añadido aún que, junto con mi segunda hija, recibirás la segunda sierva que le compré a ella. Doy a Celfa en dote a Lía, y Bala a Raquel; en el segundo caso, como en el primero, esas mujeres representarán los dos tercios de la mina de plata que quiero concederos... Tendrás, por lo tanto, cuatro mujeres para la noche, un gineceo, como el rey de Babel, como el rey de Elam, cuando ayer no más vegetabas en la pradera, solitario y seco.

Jacob seguía callado.

—Hombre inflexible —dijo, al fin, con un suspiro—. Tú no sabes lo que me has hecho, no quieres reflexionar sobre ello. Es menester que yo llegue a convencerme, ¡y tú no lo puedes imaginar, con esa cabeza de bronce que tienes! Esta noche, he malgastado mi alma y lo mejor de mí mismo junto a la que no era la verdadera, y aún tengo el corazón constreñido a causa de la verdadera, a quien yo lo había dedicado; pero es necesario que me ocupe durante una semana todavía ¡de Lía! Y cuando mi carne esté cansada y ahíta, que al fin y al cabo no soy más que un hombre, cuando mi alma esté en un estado de difícil exaltación, ¡entonces recibiré a la Verdadera, a Raquel, mi joya! Tú, tú crees que así anda todo bien. Pero jamás podrás reparar el mal que me has hecho, a mí y a Raquel, tu hija, y a la misma Lía, que llora, sentada en su lecho, porque no era ella en quien yo pensaba.

—¿Es decir —preguntó Labán— que después de la semana consagrada a Lía no tendrás bastante vigor para fecundar también a la segunda?

—¡Eso no, Dios no lo quiera!

—¡Pues todo lo demás son pamplinas y complicaciones rebuscadas! —concluyó Labán—. ¿Estás contento con nuestro nuevo pacto? ¿Será o no será válido entre tú y yo?

—Sí, será válido —dijo Jacob; y se fue junto a Lía.

## De los celos divinos

Tales son las historias de Jacob, inscritas en sus rasgos de anciano, como se desarrollaron a sus ojos ensimismados, cuyas miradas se prendían a las pestañas cuando caía en solemnes meditaciones, ya solo, ya en público. Las gentes, a quienes su expresión inspiraba un terror sagrado, se daban codazos murmurando: «¡Silencio, Jacob está recordando sus historias!». Acabamos de relatar unas cuantas y de rectificarlas definitivamente incluso aquellas que se remontan a muy lejana época, aun el regreso de Jacob a occidente y el tiempo que estuvo allí. Pero queda por llenar un período de diecisiete años, rico en historias y en variados sucesos, en los cuales el doble matrimonio de Jacob con Lía y Raquel y el nacimiento de su hijo Rubén fueron el punto culminante.

Rubén era hijo de Lía, no de Raquel. Lía dio a luz el primogénito de Jacob, que más tarde perdió su derecho de primogenitura a causa de sus ligerezas, pues era como un torrente de agua viva. No fue Raquel quien le concibió y llevó en su seno; Jacob no le recibió de la esposa de su corazón; y, según la voluntad de Dios, tampoco fue ella la que dio el día a Simeón, Leví, Dan y Judá, ni a ninguno de los diez hijos hasta Zabulón.

Pasada la semana de fiestas, al quinto día Jacob dejó a Lía y, habiéndose refrescado un poco con las cacerías de aves a las que acompañó a los invitados, le fue llevada Raquel; y no volveremos a esto, pues ya hemos contado cómo Jacob acogió a Raquel. Como consecuencia de la maquinación del demonio de Labán, había poseído una primera vez, en la persona de Lía, a Raquel, pues fue realmente un doble matrimonio el que aquella noche se consumó, compartiendo el lecho de las dos hermanas, ambas presentes, la una en realidad, la otra en pensamiento. ¿Y qué significa la palabra realidad? Considerado desde este punto de vista, Rubén era el hijo de Raquel, concebido por ella. Empero, ella seguía estéril, a pesar de su celo y diligencia; mientras que Lía, cada día más fuerte, cruzaba con aire satisfecho sus manos sobre sus formas redondeadas, la cabeza inclinada a un lado con humildad, los ojos bajos para velar su bizquera.

En cuclillas sobre ladrillos, parió con la mayor facilidad: fue cuestión de pocas horas, un verdadero placer. Rubén salió como un torrente. Cuando Jacob, avisado a toda prisa, volvió del campo donde dirigía la recolección del sésamo, el recién nacido estaba ya bañado, frotado en sal y vendado. Posó Jacob su mano sobre él y dijo ante todos los de la casa: «Mi hijo».

Labán le felicitó, exhortándole a estar tan alerta para aquello como él lo había estado, haciéndose un nombre en tres años consecutivos; y la parturienta, feliz, gritaba en su lecho que deseaba ser fecundada doce años seguidos, sin interrupción. Raquel la oyó.

No se apartaba de la cuna, un mecedor suspendido por cuerdas al techo; desde su cama, Lía no tenía más que alargar la mano para ponerla en movimiento. Raquel, sentada al otro lado, contemplaba al niño. Cuando éste lloraba, ella lo levantaba y se lo pasaba a su hermana, hacia su inflado pecho, estriado de azules venas. No dejaba de ver a Lía nutriendo al recién nacido que se ponía más rojo y mofletudo a medida que se saciaba. Y mientras le miraba, apretaba con sus manos su propio seno frágil.

—Pobrecita —decía Lía—, no te atormentes, tu vez te llegará. Tus posibilidades son mucho mayores que las mías; sobre ti se posan los ojos de nuestro señor; y por una noche que viene hacia mí, pasa junto a ti cuatro o seis. ¿Cómo habrá de faltarte el resultado?

Las ocasiones estaban del lado de Raquel; pero Lía no quedaba en menos, según la voluntad de Dios. Apenas restablecida de su primer parto, se halló, de nuevo, encinta; y mientras portaba a Rubén a su espalda llevaba en su seno a Simeón. Apenas sufría cuando su embarazo comenzaba a desarrollarse y no profería la menor queja. Valiente y de buen humor hasta el fin, trabajaba en el vergel de Labán hasta la hora en que, con los rasgos un poco alterados, ordenaba ella misma que le prepararan los ladrillos. Simeón hizo su aparición con facilidad, estornudando. Todo el mundo lo admiraba, Raquel más que los otros, pero su admiración le hacía daño. No era como para con el primer niño: esta vez Jacob lo había procreado a sabiendas, con conocimiento de causa, y con Lía, que podía reivindicarlo sin equívoco posible.

¿Y Raquel? ¿Qué le pasaba a esta muchacha? ¿Con qué mirada cargada de seriedad y alegría había acogido a su primo lleno de valor gracioso y de ardor de vivir! ¿Con qué confianza había deseado y presentido que le daría hijos a su imagen y a veces hasta mellizos! Y he aquí que seguía estéril, cuando Lía acunaba su segundo hijo. ¿Cómo era eso posible?

Para explicar este triste fenómeno, no podemos más que atenernos a la tradición: porque Lía no tenía ningún valor a los ojos de Jacob fue por lo que el Señor la hizo fecunda e hirió a Raquel de esterilidad. Exactamente. Este ensayo de glosa vale por otro. Tiene un carácter hipotético más que afirmativo; no poseemos testimonio directo y decisivo de El-Shaddai sobre el motivo de la determinación, y, con toda verosimilitud, no existía; ignoramos si el castigo recaía sobre Jacob o sobre algún otro; estaríamos, sin embargo, dispuestos a no considerar esta interpretación si conociéramos alguna mejor; pero como éste no es el caso, sino al contrario, la creemos exacta en substancia.

La substancia es que la sanción divina no iba dirigida contra Raquel, o al menos en modo principal; y que no se proponía favorecer a Lía; el castigo infligido a Jacob para hacerle ver que la tierna y parcial glorificación de su amor, el orgullo que ponía en hacer gala de ella y afirmarla, no tenían la aprobación de Elohim. Empero, esta tendencia a elegir un ser entre todos y a señalarlo con preferencia exaltada, ese

sentimiento que se substraía a todo juicio extraño exigiendo que el mundo lo admitiera con fervor, no eran sino la imitación de un modelo en el plano terrestre. ¿Fue castigado Jacob porque ese sentimiento soberano era una imitación? Precisamente. Aquí conviene ser circunspecto. Pero aún después de un escrupuloso examen de lo que antecede, no subsistiría una duda sobre el motivo supremo que dictó la sanción. Elohím se sintió celoso de un privilegio que él quería caracterizar como suyo propio, humillando el amor orgulloso de Jacob. Quizá nuestra interpretación sea objeto de una crítica; escapará difícilmente al reproche de invocar un motivo mezquino dictado por la pasión, tal como los celos, para explicar la decisión divina. Pero las susceptibilidades enfurecidas serán capaces, sin embargo, de considerar estos celos que las ofuscan como un elemento que todavía no había sufrido la depuración del espíritu, un residuo de épocas primitivas cuando el principio divino aún estaba en formación, un estado muy antiguo, que asciende hasta el principio total —sobre el que se ha arrojado alguna luz, empero—, cuando Jahú, el señor de la guerra y las intemperies, reinaba sobre una tropa bronceada de hijos del desierto que se titulaban guerreros, cuando se presentaba bajo temibles rasgos, más que bajo el aspecto de la santidad.

La alianza del principio divino con el espíritu humano encarnado en Abraham, el emigrante, se proponía su santificación recíproca. Era una alianza en la cual las mutuas necesidades de lo humano y de lo divino dependían tan estrechamente unas de otras, que no se sabría decir de qué parte vino la iniciativa de la Colaboración. Salió de ello, en todo caso, la santificación de la esencia divina y la depuración de la humana, que formaron un doble proceso íntimamente ligado. Si no, ¿para qué hubiera existido el pacto?

## La inquietud de Raquel

**R**aquel no comprendía nada de esto. Colgada al cuello de Jacob, sollozaba:  
—Dame hijos; si no, moriré. Y él respondía:  
—Querida paloma, ¿qué puedo decir? Tu impaciencia impacienta un poco a tu esposo y yo no hubiera creído que tal sentimiento pudiera albergarse en mi corazón respecto a ti. No eres razonable en colgarte de mí con ruegos y lágrimas. Yo no soy Dios, que rehúsa fructificar tu seno...

Y echando la culpa al cielo, insinuaba que él no tenía nada que reprocharse, puesto que fecundaba a Lía.

El consejo que daba a la menor de dirigirse a Dios, decía en el fondo que la culpa era de ella; con esto y con el temblor de su voz se traicionaba su impaciencia; se irritaba; Raquel era absurda en implorarle para obtener lo que él mismo deseaba apasionadamente, sin haberle hecho, no obstante, ningún reproche por haber decepcionado su esperanza.

Había que ser, sin embargo, indulgente para con la pobre muchacha, pues de los dos era ella la que más sufría por su esterilidad. Ella era la gentileza personificada; pero hubiera estado por encima de las fuerzas femeninas el que no envidiara a su hermana.

Y la envidia está hecha no solamente de admiración, sino también, desgraciadamente, de una mezcla de sentimientos cuyas reacciones pueden ser desagradables. Fatalmente debía de alterar las relaciones entre las dos hermanas, y ya comenzaba a manifestarse a los ojos del mundo. Lía, promovida a la maternidad, se la ganaba a la esposa estéril que conservaba su aspecto de muchacha soltera. Hubiera sido necesario que Lía fuese hipócrita para que su actitud no denunciara la conciencia de su superioridad. Según una ingenua expresión popular, la mujer a quien el cielo concedía hijos era la «bienamada», y la estéril la «detestada», epíteto que sonaba terriblemente en los oídos de Raquel, porque nada lo justificaba en su caso. Era muy humano que no quisiera ocultar la verdad y que sintiera la necesidad de hacerla lucir. Y no dejó de hacerlo. Pálida, con los ojos brillantes, se engrería de la preferencia que Jacob no cesaba de demostrarle y de la frecuencia de sus visitas nocturnas. Era éste el punto sensible de Lía, y cuando su hermana lo rozaba, no tenía más que una brusca respuesta: «¿Qué saca de esto Raquel?». Y aquí fue cuestión de su buena amistad.

Cogido entre las dos, Jacob sentía su corazón oprimido.

Labán también estaba triste. Satisfecho de que la hija desdeñada por Jacob estuviera en honor ahora, sentía pena pensando en Raquel; además, empezaba a tener miedo por su bolsillo. El Legislador le había decretado que cuando una mujer permanecía estéril, el suegro se veía obligado a restituir el precio de compra, pues la unión había fracasado. Labán se complacía en que Jacob ignorara esta disposición de

la ley, pero sabía que podían hacérsela saber de un momento a otro. Y el día en que toda esperanza fuera perdida para Raquel, Labán o sus hijos se hallarían en la obligación de indemnizar a Jacob en dinero contante y sonante por sus siete años de servicios. Y esto le pesaba.

Así, cuando Lía, al tercer año de su matrimonio, quedó de nuevo embarazada — se anunciaba el niño Leví—, mientras que nada se preparaba por parte de Raquel, Labán, dándose cuenta el primero de que había que remediar la situación, exigió que se tomaran las medidas necesarias; metió en la conversación el nombre de Bala y pidió que Jacob la visitara, para que diera a luz en las rodillas de Raquel. Sería error pensar que esta iniciativa vino de Raquel o que ella la animó. La acogió con sentimientos tan contradictorios, que, a lo más, puede decirse que la toleró. Ciertamente es que andaba en muy cordiales relaciones con su sirvienta Bala, una muchacha atrayente que después suplantó totalmente a Lía, pero su deseo de maternidad era tan grande, que soportó su repulsión natural a recomenzar el acto llevado a cabo por su padre, de duro corazón, y a conducir ella misma, a su primo-esposo, una substituí para la noche.

La situación era inversa. Ella tomó a Jacob de la mano y le condujo hacia Bala, después de haber besado fraternalmente a la muchacha, que en su alegre inquietud había perdido la cabeza y se había perfumado con exceso. Raquel le había dicho: «Ya que es necesario, corazoncito mío, tú eres la que más me complaces. ¡Ojalá tengas millares de hijos!». Esta frase exagerada, simple fórmula de congratulación, expresaba el deseo de que Bala fuera fecundada en lugar de su dueña, a lo cual la muchacha se prestó con la mejor voluntad del mundo; anunció el resultado a la madre putativa para que Raquel se lo dijera al padre y sus parientes. Durante los meses que siguieron, sus formas redondeadas igualaron casi los gloriosos contornos de Lía. Raquel, durante este período, la rodeó de tiernos cuidados; le acariciaba el vientre, ponía sobre éste su oreja y podía leer en todos los ojos el respeto que inspiraba su sacrificio.

¡Pobre Raquel! ¿Era verdaderamente feliz? La observancia de una costumbre, que en tales casos se imponía, atenuó en cierta medida el rigor de lo alto que sobre ella pesaba, pero la nueva dignidad echaba raíces en el vientre de una extraña, y esto producía una molesta turbación para su corazón desprendido y nostálgico. Era una dignidad a medias, una mitad de dicha, una manera de hacerse ilusión sobre sí misma consagrada por el uso de la necesidad, pero que no debía nada a la carne ni a la sangre de Raquel. Los niños que Bala les daría a ella y al hombre amado sin fruto no serían legítimos sino a medias. Raquel había tenido el placer y otra soportaría el dolor. Procedimiento cómodo, pero vano y fastidioso, una muda abominación que reprobaba no su espíritu conformista, sino su corazón valeroso y leal. Sonreía con delirio.

Hizo con alegría y fervor cuanto le estaba permitido. Dejó a Bala dar a luz en su regazo, según las exigencias del ceremonial, la sostuvo con sus brazos y la asistió, durante horas en su trabajo, sus gemidos y sus gritos, a la vez comadrona y parturienta. La pequeña Bala sufrió cruelmente; al fin de su liberación, que duró veinticuatro horas, el agotamiento de Raquel era casi igual al de la madre según la carne, pero su alma se hallaba reconfortada. Así nació el retoño de Jacob que fue llamado Dan, unas semanas después que Leví, hijo de Lía, en el tercer año de matrimonio. Pero al cuarto año, como Lía diera a luz al que se llamó Judá o Alabanza-del-Señor, Bala y Raquel, con sus esfuerzos conjurados, dieron a Jacob su segundo hijo. He aquí cómo Raquel tuvo dos hijos, por la gracia de Dios. Después de esto, durante un tiempo, no hubo más nacimientos.

## Los dudaim

Jacob había pasado los primeros años de su matrimonio casi exclusivamente en la granja de Labán, dejando las dehesas a los zagales y caseros. De tiempo en tiempo iba a inspeccionar las labores y a recibir los pagos en animales y géneros, de lo que una débil parte solamente llegaba hasta Labán; pues muchas cosas que se encontraban en los campos, y aun en la granja donde Jacob había hecho construir numerosas cabañas para depositar sus propias mercancías, eran ahora de su propiedad. Tenía dos explotaciones asociadas y florecientes, intereses, una contabilidad en que se relacionaban estrechamente y que Jacob administraba y vigilaba por sí solo; desde hacía tiempo, las riendas escapaban de las manos entorpecidas de Labán, sin que éste se preocupara mucho de confesarlo. Un poco para no demostrar su lucidez en decadencia y otro poco por su antiguo temor a contrariar los beneficiosos efectos de la bendición, metiéndose demasiado en las operaciones de su apoderado, criticándolas. Sacaba personalmente demasiado provecho para no hacer la vista gorda. Casi no se atrevía a decir palabra en tanto la filiación divina de su yerno se mostraba con esplendor.

Jacob había dado la vida a seis hijos por quienes más tarde se harían las libaciones rituales. Era el doble de la cifra a que había llegado Labán viviendo en la vecindad del «bendito». Así, su suegro sentía una secreta consideración, casi ilimitada, que la esterilidad de Raquel apenas mitigaba. Había que dejar a un hombre como aquél obrar como quisiera, ¡y qué suerte que no pensara en irse ni en emigrar a otra parte!

En realidad, Jacob no había dejado de pensar en su regreso al hogar nativo, en su resurrección de la fosa, del mundo infernal que representaba la casa de Labán. Al cabo de doce años no había renunciado a volver, y menos al cabo de veinte o veinticinco años. Pero no se apresuraba: consciente en su carne de que el tiempo le pertenecía (debía vivir ciento seis años), no estaba acostumbrado a establecer relación entre la fecha de su viaje y la supuesta calma en la cólera de Esaú. Además, había echado raíces en aquel país de Naharina, donde tantos episodios importantes de su vida se habían desarrollado; pues los acontecimientos que nos suceden en un lugar son como raíces que nos aferran al territorio. Pero, sobre todo, Jacob estimaba que aun no había sacado todo el provecho deseado de su estada en el mundo de Labán, ni adquirido bienes considerables; aquel mundo infernal criaba cieno y oro; él había aprendido a conocer el cieno, bajo la forma de una espera cruel y de un engaño más cruel todavía, cuando el diabólico Labán le había destrozado el corazón, la noche de sus bodas. Las riquezas también habían llegado, aunque no en cantidad suficiente, no con bastante profusión. Quería reunir todos los bienes que pudiera llevarse y era necesario que Labán, el demonio, dejara aún más oro en el negocio. No estaban en

paz, convenía sonsacarle más todavía, no porque Jacob alimentara deseos de venganza, sino porque era menester que el demonio, el impostor, fuera a su vez burlado y engañado a fondo; pero Jacob no hallaba todavía el medio decisivo de realizar la predicción.

Esta idea le retenía y el cuidado de sus negocios le embargaba. Había comenzado otra vez a salir mucho, por los campos y las estepas, entre pastores y rebaños, dedicado a la cría y al tráfico por cuenta de Labán y suya propia.

Quizá por esto la ola bendita de nacimientos disminuyó bajo su techo. Sin embargo, sus mujeres iban frecuentemente a reunirse con él, junto a los rediles, con sus hijos y los hijos de Labán, que comenzaban a ser grandes; quedaban junto a él, bajo tiendas o cabañas. Raquel, que, bien que mal, había logrado su objeto al presente, no disimulaba ahora los celos que Bala le inspiraba, cuyo concurso tan bueno le fue en la hora de la necesidad; prohibió las relaciones entre el amo y la sirvienta, quien, por cierto, a partir del sexto año, parecía fatalmente destinada a la esterilidad. Lía, con gran fastidio por su parte, estaba en barbecho, pero esto no fue sino un descanso de uno o dos años. Acabó por decir a Jacob:

—¡Ignoro lo que me pasa y por qué sufro la injuria de estar inculta e inútil! Si tú no me tuvieras más que a mí, otra cosa sería. No me quedaría dos años sin que el cielo me bendijera. Pero mi hermana es la única que cuenta para nuestro señor; ella me roba a mi esposo y a duras penas me contengo para no maldecirla, pues, a pesar de todo, la amo. Quizá este conflicto de sentimientos me revuelve la sangre, me impide ser fecunda y, a lo mejor, tu Dios no se acuerda más de mí. Pero consiento en emplear el medio a que recurrió Raquel. Toma a Celfa, mi sirvienta, y visítala, para que ella dé a luz sobre mi regazo y yo tenga hijos por ella. Ya que no soy digna de ti, quiero tener hijos de cualquier modo, y esto me será un bálsamo a las heridas que tu frialdad me causa.

Jacob escuchaba sus quejas sin contradecirla. Diciéndole que ella también le era querida, no usaba sino una fórmula de urbanidad. Hay que vituperarle esto. ¿No podía hacerse un poco de violencia y mostrarse bueno para con una mujer por medio de la cual, cierto es, se le había infligido una cruel decepción? ¿Era justo que la menor palabra afectuosa le pareciera un robo hecho a sus más tiernos sentimientos? Día llegaría en que habría de expiar amargamente su orgullosa parcialidad; pero ese día estaba aún lejano, y antes de ese día Jacob habría de ver el alborear de otro, que marcaría el supremo triunfo de este sentimiento.

Lo más verosímil es que Lía no hubiese propuesto a Celfa sino por pura fórmula y por expresar indirectamente su deseo de que Jacob la visitara a ella. Pero el hombre de corazón sensible no sintió nada, echó en saco roto la alusión y se manifestó presto a reiniciar con Celfa la serie suspensa de nacimientos. Raquel dio su consentimiento, imposible, por otra parte, de rehusar; esta Celfa de altos senos, que se parecía

bastante a su dueña, no estuvo nunca tampoco en gran favor de Jacob; vino la sirvienta a ofrecer sus excusas a la esposa preferida, prosternándose a sus pies, y acogió al amo con humildad y fervor serviles; quedóse preñada y dio a luz en el regazo de su ama, que la ayudaba a exhalar sus suspiros. Al séptimo año de matrimonio —el decimocuarto de su estancia en casa de Labán—, Jacob tuvo de Celfa a su hijo Gad, que su madre dedicó a la felicidad; nació al año siguiente Aser, el glotón. Así tuvo Jacob ocho hijos.

En la época del nacimiento de Aser se coloca el incidente de los dudaim. Fue Rubén —de ocho años de edad, mozuelo moreno, musculoso, de inflamados párpados— quien tuvo la suerte de descubrirlos. Tomaba ya parte en la cosecha de principios de estío, que tenía en pleno trabajo a todos los servidores y a varios jornaleros contratados para aquello. Labán y Jacob se había unido a ellos después de terminar la esquila de los carneros. Labán, el ganadero, cuya actividad agrícola se limitaba, antes de la llegada de Jacob, a la explotación de un campo de sésamo, cultivaba también, después del hallazgo del agua, cebada y mijo, espelta y, sobre todo, trigo, del que tenía todo un campo más importante que los otros, rodeado de un cerco de greda, cortado en fosos y canales. Medía seis arpentas que se extendían sobre una ondulación de colma; el suelo arable era rico y productivo; cuando lo dejaban en barbecho, de tiempo en tiempo —y Labán no dejaba de hacerlo, siguiendo una previsión juiciosa y sagrada—, daba una cosecha treinta veces más considerable.

Era un buen año. El cielo había compensado los piadosos trabajos de laboreo, arado, de la mano que siembra, la azada, el rastrillo y el riego. Antes de que brotaran las espigas, los ganados de Labán habían sido regalados con pastos verdes y deliciosos, la gacela y el cuervo se habían apartado de los productos del campo, la langosta no había caído sobre la región y la inundación la había perdonado. En el mes de Ijar la recolección fue abundante, aunque Jacob, bien lo sabemos, no era agricultor; pero en este aspecto mostraba también la eficacia de la bendición celeste. Había hecho sembrar más apretado que de costumbre, y de aquí, reducción del número de granos de cada espiga, pero aumento de la cosecha total. Fue bastante para que Labán —al menos Jacob lo demostró en sus cálculos— sacara un beneficio apreciable, aunque una parte de los provechos fuese para el yerno.

Todo el mundo estaba fuera, incluso Celia, que en los intervalos daba el pecho a Gad y Aser; solamente las hijas de la casa, Lía y Raquel, no habían salido, para quedarse al cuidado de la comida de la noche. Los segadores, cubiertos con bonetes de caña que les preservaban del sol, un paño ceñido a los costados, el cuerpo reluciente de sudor, segaban entonando cánticos. Otros cortaban el rastrojo, liaban las gavillas, las cargaban sobre asnos o en carretas arrastradas por bueyes; el trigo bendito era llevado a la era, golpeado con el trillo que movían unos bueyes, aventado, cernido y apilado. En esta fiesta del trabajo, el niño Rubén había realizado la labor de

un hombre, así como los hijos de Labán. Con los brazos fatigados, al mediodía luminoso, caminaba vagando por el campo, cuando, de pronto, contra el muro de tierra, vio una mandrágora.

Para reconocerla hacía falta una vista penetrante y experimentada. La planta salvaje de hojas ovaladas se alzaba apenas sobre el suelo y escapaba a las miradas de los inadvertidos. Pero, con sus bayas, con sus oscuros dudaim, grandes como avellanas, avisó a Rubén del tesoro que bajo tierra se escondía. Rió y dio gracias al cielo y trazando un círculo en la tierra se puso a excavar, hasta que la raíz principal no se mantuvo sino por sus más delgados ligamentos. Luego, pronunciando dos palabras de conjuro, con una rápida sacudida, arrancó la naba del suelo. Esperaba que lanzara gritos, pero no hubo tal cosa. Sostenía Rubén, por el copete, a un homúnculo mágico, bien construido, de un blanco de carne, provisto de dos piernas, grande como una mano de niño, barbudo, cubierto de fibras y velludo por todo el cuerpo, un gnomo que provocaba a maravillarse y reírse. Rubén no ignoraba sus numerosas y útiles propiedades y sabía que eran particularmente saludables para las mujeres. Pensó, en seguida, en llevar su hallazgo a Lía, su madre, y corrió hacia la casa para ofrecérselo.

Lía se alegró en extremo, prodigó alabanzas a su hijo, le dio un puñado de dátiles y le recomendó que no ensalzara su descubrimiento ante su padre ni ante su abuelo. «Callarse no es mentir», dijo, añadiéndole que era inútil que todo el mundo fuera inmediatamente informado de que en la casa había un talismán; bastaba con que todos sintieran más tarde sus benéficos efectos. «Gracias, Rubén, hijo mío. Yo tendré cuidado de esto y sabré arrancarle sus secretos. Gracias por haberte acordado de la hija mayor, cuando otros no se acuerdan de ella. Y, sin embargo, es de ellos de quienes te viene la buena suerte. ¡Vete a divertirte!».

Así lo despachó, pensando guardar para ella su tesoro. Pero su hermana Raquel, que la espiaba, había sorprendido la escena. ¿Quién fue quien espío más tarde y estuvo a punto de pagar con su vida sus habladurías? Esta curiosidad que había en ella, unida a tanta gracia, la transmitiría después a su carne y a su sangre.

Preguntó a Lía:

—¿Qué te ha traído nuestro hijo?

—Mi hijo —respondió Lía— no me ha traído nada, o casi nada. ¿Andabas tú por aquí? El chiquillo ha cogido un abejorro y un guijarro de color.

—Te ha traído un hombrecillo sacado del suelo, con sus hojas y sus frutos —dijo Raquel.

—En efecto, eso también —respondió Lía—. Aquí lo tienes, mira qué gordillo y raro es. Mi hijo lo ha encontrado para mí.

—¡Ah, sí! Tienes razón, es gordillo y raro —exclamó Raquel—. ¡Y cuántos dudaim tiene cargados de semillas!

Juntó sus manos sobre su precioso rostro, apoyando en ellas la mejilla. Poco faltó para que no las tendiera a Lía, en ademán de mendiga. Preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—Le pondré una camisilla, después de haberlo frotado con ungüentos, y lo encerraré en un cofre; lo cuidaré fielmente, para que proteja nuestra casa. Pondrá en fuga los malos espíritus del aire y les impedirá entrar en el cuerpo de un nombre o de una bestia del establo. Nos anunciará el tiempo y predecirá las cosas que están ocultas o hundidas en el futuro. Hará a los hombres invulnerables, si lo pongo escondido en sus vestiduras, les traerá beneficios en los negocios y les valdrá sentencias favorables del juez, aunque no tengan razón.

—¿Por qué me dices eso? —dijo Raquel—. Sé cómo has de servirte de él para todo eso. ¿Pero qué otros usos tiene?

—Con sus hojas y sus dudaim —siguió Lía— prepararé un brebaje, y el que lo respire se sumirá en sueño magnético, y si lo respira mucho tiempo, su lengua será paralizada. Es una infusión muy enérgica, hija mía; cualquiera, hombre o mujer, que la absorba en fuerte dosis, morirá, pero una pequeña cantidad es eficaz contra las mordeduras de las serpientes; o si alguno sufre una cortadura en su carne, tiene la impresión de que es en la carne de otro.

—Todo esto no tiene importancia y tú no me dices tu pensamiento más secreto. ¡Ah, Lía, hermanita mía! —y se puso a hacerle mimos como un niño chico—, venilla de mis ojos, tú, atrayente entre todas, dame una parte de los dudaim de tu hijo para que yo sea fecunda; la desilusión de no ser madre me mina y me consume, ¡tanta vergüenza tengo de mi inferioridad! Mira, tú bien lo sabes, mi corza, rubia entre las morenas, tú conoces las virtudes de esa infusión y sus efectos en los hombres; es como un rocío celeste cayendo sobre la esterilidad de las mujeres, que las hace concebir en el éxtasis y dar a luz con facilidad. Tú tienes seis hijos y yo dos, que ni siquiera son míos, ¿qué necesidad tienes tú de dudaim? Dámelos, mi asnila salvaje, si no todos, por lo menos unos cuantos y te bendeciré y me prosternaré a tus pies, pues los deseo fervientemente.

Pero Lía apretó la mandrágora contra su seno y miró a su hermana con ojos amenazantes que bizqueaban.

—¡Esto es demasiado! ¡Que la favorita me espíe y venga a pedirme mis dudaim! ¿No es bastante que me quites a mi esposo todos los días y a toda hora, para que me reclames ahora los dudaim de mi hijo? ¡Qué descaró!

—No hace falta que me hables tan villanamente —dijo Raquel—. ¡Y debes usar otro lenguaje, conteniéndote! No me saques de mí, deformando la verdad, cuando yo quiero demostrarte mi cariño en recuerdo de nuestra infancia. ¿Yo te he quitado a Jacob, nuestro esposo? ¡Tú eres la que me lo has quitado, durante la noche en que compartiste su lecho en secreto, en mi lugar, y él, cegado, te dio a Rubén, que debió

haber sido mío! Si las cosas hubieran pasado según la justicia, Rubén sería ahora mi hijo, y a mí me hubiera traído la planta y la raíz, y si tú me las hubieras pedido, las habría compartido contigo.

—¿Eh? ¿Qué dices? —preguntó Lía. ¿Hubieras tú realmente concebido a mi hijo? ¿Por qué no lo has concebido después y quieres ahora, en tu miseria, recurrir a la magia? Tú no me hubieras dado nada, lo sé perfectamente. ¿Le has dicho alguna vez a Jacob, cuando te acariciaba y te quería para él: Amado mío, piensa también en mi hermana? ¡No, pero te ponías lánguida, le dejabas jugar con tus pechos, y no te preocupabas más que de tu placer! Y ahora mendigas y dices: «Hubiera compartido contigo».

—¡Ah, qué malas eres! —siguió Raquel—. ¡Qué palabras odiosas te obliga a pronunciar tu naturaleza! ¡Yo sufro, pero tú también me causas pena, pues es una maldición deformarlo todo desde que se abre la boca! Si yo no te he enviado a Jacob cuando él deseaba compartir el lecho conmigo, no ha sido porque quisiera frustrar tus deseos, ¡su dios y los dioses de mis padres son testigos! Pero yo soy estéril después de nueve años de unión, para mi desesperanza, y cada noche que él me escoge, yo llamo ardientemente a la bendición del cielo, y no tengo derecho a descuidar nada. Mientras que tú, que tan fácilmente puedes pasar la ocasión, ¿qué te propones? Para que fuese para ti sola, quisieras embrujarle con los dudaim, y te niegas a darme a mí, para que él me olvide. Así, tú lo tendrás todo y yo nada. Hasta ahora yo tenía su amor y tú llevabas sus frutos, había una especie de equitativa compensación. ¡Pero tú quieres las dos cosas: el amor y el fruto, y que yo me vea reducida, yo, a comer el polvo! ¡Así piensas en tu hermana!

Raquel se sentó en el suelo y lloró a grandes sollozos.

—Me llevo al hombrecillo de mi hijo, y me voy —dijo Lía, fríamente.

Entonces Raquel saltó, olvidando sus lágrimas, y a media voz, con una vehemencia apasionada, exclamó:

—¡En nombre de Dios, no hagas nada! Espera y escúchame; él debe pasar esta noche conmigo, me lo dijo esta mañana al dejarme: «¡Oh la más dulce, gracias por esta vez! Hoy cortaremos el trigo, pero después de una calurosa jornada volveré, mi amada, a refrescarme en tu suavidad lunar». ¡Ah, qué bien habla nuestro esposo! Sus frases son imaginativas y solemnes. ¿No le amamos las dos? Pues bien, te lo cedo por esta noche, a cambio de los dudaim. Lo declaro expresamente: te lo cedo si me das unos cuantos. Yo me esconderé y tú le dirás: «Raquel no quiere. Está harta de besuqueos. Ha dicho que pases la noche conmigo». Lía enrojeció y palideció.

—¿Es cierto —dijo con titubeos— que quieres vendérmelo a cambio de los dudaim de mi hijo, y que pueda yo decirle: hoy me perteneces?

Raquel respondió:

—Perfectamente.

Entonces Lía le dio la mandrágora, hojas y raíces, precipitadamente, y con voz temblorosa le dijo:

—Toma; vete y no te dejes ver.

Ella misma, cuando llegó la hora del descanso nocturno y los hombres volvieron del campo, se presentó a Jacob y le dijo así:

—Junto a mí pasarás la noche: mi hijo ha encontrado una tortuga y Raquel la ha mendigado y obtenido de mí a este precio.

Jacob respondió:

—¡Hum! ¿No valgo yo más que una tortuga y el cofrecillo jaspeado que con su concha se fabrica? Yo no recuerdo haber estado tan firmemente decidido a pasar la noche con Raquel. Ha cambiado ella una presunción por una certeza, y la alabo; puesto que estáis de acuerdo, que sea de ese modo. El hombre no debe oponerse a los consejos de las mujeres, ni tampoco a sus decisiones.

## Capítulo séptimo

---

Raquel

## El oráculo del aceite

**E**sta vez fue Dina, la chiquilla, la que fue concebida; una niña desgraciada; por ella reflorecía el seno de Lía; después de una detención de cuatro años, volvía a la obra, robusta. El décimo año de su vida conyugal fue marcado por Isacar, el asno huesudo. El undécimo por Zabulón, que se negaba a ser pastor. ¡Pobre Raquel! Tenía ella los dudaim y era Lía la que daba hijos. Así lo quería Dios y lo quiso hasta el día en que su voluntad cambió o entró en una nueva fase. Otra parte del plan en que los destinos se inscribían apareció, y Jacob, el hombre de la bendición, recibió en suerte una felicidad, generadora de vida y de sufrimiento, tal como su espíritu de hombre circunscrito en el tiempo no podía imaginarla. Aquel «bloque terroso» de Labán había tenido razón cuando, entre dos tragos de cerveza, le había dicho que la bendición y la vida son fuerzas y nada más. Pues es un prejuicio creer que la existencia de los seres benditos está hecha únicamente de dicha e insípido bienestar. La bendición forma la trama de su existencia y, como un hilo de oro, brilla a través de tormentos y pruebas innumerables.

El duodécimo año de matrimonio, decimonono de su estancia en el dominio de Labán, no nació ningún niño; pero al decimotercio y vigésimo año Raquel se encontró encinta.

¡Qué cambio y qué alba nueva! Daos cuenta de su alegría inquieta e incrédula y de la exaltación arrodillada de Jacob. Ella tenía ya treinta y un años, y nadie creía que Dios le reservaba esta sonrisa. A los ojos de Jacob, ella fue Sara, que, según la predicción de los tres divinos mensajeros, hubo de tener un hijo contra toda verosimilitud. Prosternado a sus pies, le daba el nombre de la madre ancestral, alzando los ojos inundados en lágrimas hacia su rostro pálido y alterado, que le parecía más encantador que nunca. En cuanto al fruto de sus entrañas, aquel fruto largo tiempo rehusado y por fin concebido, aquel niño en quien una sentencia incomprensible había frustrado por tanto tiempo la confiada esperanza, lo llamó, cuando ella aún lo llevaba en su seno, con un nombre arcaico, muy viejo, de una divinidad joven cuyo culto oficial había caído en desuso, pero que gozaba empero del favor popular: Dumuzi, el hijo auténtico. Lía lo oyó. Ella le había dado seis hijos auténticos y una hija no menos auténtica.

Sabiendo la suerte que le esperaba, se abrió sin rodeos a sus cuatro hijos mayores, que contaban de diez a trece años, casi adultos, muchachos vigorosos y perillanes, de un carácter macho y por añadidura bastante feos y predispuestos a inflamaciones en los párpados.

—Hijos de Jacob y de Lía —les dijo—. Hemos terminado si ella le da otro hijo. Le deseo prosperidad y que los dioses preserven mi corazón de malos sentimientos; pero nuestro señor no se dignará mirarnos más, ni a vosotros ni a los pequeños, como

tampoco a los hijos de las sirvientas ni a mí, aunque siempre seré diez veces la Primera. Pues lo soy, y por siete veces su dios y los dioses de mis padres me han concedido las alegrías de la maternidad. Pero como ella es la preferida, ella es la primera y legítima, y él se enorgullece tanto de ella. Y al hijo de ella, que ni ha visto la luz todavía, lo llama Dumuzi, ¡fijaos bien, Dumuzi! Es una cuchillada en mi corazón, una bofetada en mi mejilla y una cicatriz en vuestros rostros, que, sin embargo, estamos obligados a soportar. Hijos míos, ésta es la situación. Tenemos que dominarnos, vosotros y yo, y sostener con nuestras dos manos nuestros corazones para impedirles que se subleven contra la injusticia. Debemos amar y honrar a nuestro señor, aun si en el porvenir somos objeto de rechazo por su parte y si sus miradas nos atraviesan como si no fuéramos más que aire. Y al otro también, comprimiré mi corazón, para evitar maldecirlo. Si está lleno de ternura hacia mi hermana menor y recuerda enternecido nuestra niñez, se alza contra la favorita, en desquite, y siente ganas de maldecir a la que traerá al mundo a Dumuzi. Ella me inspira sentimientos tan contradictorios que me ponen enferma y no me conozco.

Rubén, Simeón, Leví y Judá la acariciaban desmañadamente. Con los ojos enrojecidos, reflexionaban, mordisqueándose el labio inferior. Entonces comenzó el asunto, y en el alma de Rubén se preparó la cólera inconsiderada que un día le haría vengar a Lía y que tuvo por consecuencia la pérdida de su derecho de primogenitura. Entonces nació en el alma de los hermanos el germen de odio contra una existencia aún embrionaria; aquel odio cuyos efectos debían ser para Jacob, el bendito, una causa de indecible sufrimiento. ¿No hubiera sido posible que reinara una paz serena y que las cosas hubieran seguido un curso apacible y uniforme en un amplio espíritu de conciliación?

¡Ay, no, si lo que sucedía debía suceder, y puesto que el cumplimiento de las cosas demuestra que estaban fatalmente dispuestas a realizarse!

¡Qué sensación causó el estado de Raquel! No se necesitaba más para sublevar e irritar a Lía; ¿quién se había preocupado nunca de sus robustos embarazos? ¡Raquel, puesto que estaba encinta, se encontraba en estado de santidad, así lo había decretado Jacob, y que nadie se atreviera a pensar lo contrario, desde Labán hasta el último siervo de la mansión! Se andaba de puntillas en torno de ella; cuando se le hablaba, la voz tomaba tonos dulzones y afectuosos; se inclinaba la cabeza y se hacían ademanes como acariciando el aire que la rodeaba; por poco no se tendieron bajo sus pasos ramas de palmeras y tapices para que su pie no tropezara con un guijarro. Ella se dejaba mimar con una plácida sonrisa, menos por egoísmo que por ternura hacia el hijo de Jacob, que, por fin, le concedía el cielo, para hacer honor a Dumuzi, el auténtico. ¿Pero quién sabría establecer la distinción entre la humildad y el orgullo en los seres benditos?

Cubierta de amuletos, le estaba prohibido tomar parte en el menor trabajo de la

casa, del jardín o de los campos. Jacob lo había prohibido; él lloraba cuando Raquel no quería comer o cuando su estómago devolvía los alimentos; durante varias semanas anduvo doliente y se temía la influencia de los espíritus malignos. Adina, su madre, le aplicaba constantemente unguentos confeccionados según viejas recetas y cuyas virtudes tenían dos fines: mágicamente, tenían el poder de espantar a los enemigos invisibles, y, naturalmente, tenían un efecto lenitivo. Mezclaba lenguas de perro, berros del jardín, con la raíz de la planta dedicada a Nantar, el dueño de las sesenta enfermedades, combinando esta mezcla con aceite sobre el que había pronunciado una fórmula de conjuración, y untándolo en la región umbilical de Raquel, de abajo arriba, murmuraba, confusamente, encantamientos casi desprovistos de sentido:

—Apártense el malo Utukku, el malo Alu; malos espíritus de las muertas, Labartu, Labachu, mal de corazón, males de cabeza, males de muelas, Assakku, poderoso Namtaru, salid de la casa, os conjuramos por el cielo y la tierra.

Al quinto mes, Labán exigió que Raquel fuera conducida ante un sacerdote y vidente del templo de Sin, el El-Chulchul, de Carán, para que predijera el porvenir de ella y del hijo. Jacob quiso afirmar sus principios, alzándose contra esto y rehusando asociarse a la idea; pero, en el fondo, ardía, igual que sus parientes, en deseos de saber el veredicto, deseando también, más que los otros, que ninguna precaución fuera descuidada. El viejo Rimanni-Bel, es decir, «Bel-ten-piedad-de-mí», de quien se trataba, era hijo y nieto de videntes, un adivino particularmente popular y experimentado, hábil para leer presagios en el aceite. Según todo el mundo, hacía predicciones magistrales. Una gran multitud se apretaba en derredor de su casa; y si, como se concibe, Jacob se negó a ir a consultarle y a sacrificarle a la luna, tenía demasiada curiosidad en todo lo que tocaba a Raquel y su porvenir para impedir a Labán y su mujer que hicieran lo que gustaran.

Ellos fueron, Labán y Adina, los que por el camino de Carán llevaron las bridas del asno que montaba su hija; la llevaban con precaución, temiendo que un mal paso sacudiera y quebrantara a la pálida Raquel. Llevaban con ellos el carnero que pensaban ofrecer en sacrificio. Jacob les había hecho señas con la mano; se había quedado en la casa para no ver la irritante y monstruosa pompa de El-Chulchul, las cortesanas y efebos de la morada inmediata al templo, que, mediante fuertes sumas, se abandonaban a los extranjeros en honor de su ídolo. Al abrigo de toda tacha personal, esperaba la sentencia profética leída en una copa por el hijo de los adivinos, que los otros trajeron, pensativos. Escuchó en silencio el relato de su visita al templo y a Rimanni-Bel, que del aceite sacaba presagios, o mejor, Rimut, que así se hacía llamar en abreviatura. «Llamadme Rimut, sencillamente —había dicho el Benévolo—. Cierto es que me llamo Rimanni-Bel, para que Sin tenga misericordia de mí, pero yo mismo me siento conmovido ante los que hacen un sacrificio para salir de su

turbación y sus dudas: dirigios a mí diciendo sencillamente: “Piedad”, diminutivo que me conviene a maravilla». Rimanni preguntó si habían llevado todo lo necesario, examinó las ofrendas para ver si estaban justas y recomendó que se procurasen en las tiendas del patio principal unas especias para que humeasen en los altares.

Un hombre agradable aquel Rimanni-Bel, o mejor, Rimut, con sus vestiduras de lino blanco y su gorro cónico, también de lino, viejo ya, pero de cuerpo ágil, no deformado por la grasa; tenía la barba blanca, la nariz bulbosa, roja, y unos ojillos maliciosos, cuya mirada daba seguridad.

—Estoy bien construido —dijo—, mis miembros y mis entrañas son irreprochables como las de un animal de sacrificio que ha sido agradable a los dioses, o un cordero del que no hay nada que decir. Soy de estatura y proporciones justas; mi pierna no está más arqueada hacia dentro que hacia afuera; tengo todos mis dientes; mis ojos no bizquean y mis testículos están sanos; sólo mi nariz está un poco roja, como veis; y esto viene de mi humor jovial y no de otra causa, que soy sobrio como el agua clara. Podría comparecer desnudo ante el dios, según lo exigía antes la costumbre, como dicen los relatos y las escrituras. Ahora nos presentamos ante él vestidos de lino blanco y de ello me alegro, pues la pureza y sencillez del lino sientan bien a mi alma. No tengo envidia de mis cofrades, los sacerdotes conjuradores, que actúan en túnica y manto rojos, rodeados de un aparato temible y brillante, y que producen la inquietud entre los demonios, espías y malos espíritus. Ellos también son útiles y necesarios y merecen el dinero que se les da; empero, Rimanni-Bel (ése es mi nombre) no hubiera querido ser uno de ellos, ni tampoco uno de esos sacerdotes que aplican los unguentos, ni un poseído, ni un sacerdote que tiene por función lamentarse y gritar; ni uno de esos a los que Ishtar les ha feminizado la virilidad, por sagrado que eso parezca. Ninguno de ellos despierta en mí una sombra de malevolencia; tan contento estoy en mi pellejo. Y no quisiera haberme dado a otras predicciones que las que se obtienen del aceite, que son las más sensatas, las más claras y las mejores. Dicho sea entre nosotros: el oráculo de la flecha y el examen del hígado son harto arbitrarios. La interpretación de los sueños y las convulsiones se prestan a error, y me divierto a veces con ellas, para mí solo. Vosotros, padre, madre e hija encinta, habéis llamado a buena puerta. Mi abuelo era Enmeduranki, rey de Sipar antes del Diluvio, el Prudente y el Guardián, a quien los grandes dioses iniciaron en el arte de leer en el aceite, según éste se conduzca. En línea directa ascendente me relaciono con él, y, su tradición ha llegado a mí sin interrupción, pues en cada generación los padres han hecho prestar juramento a su hijo preferido, sobre la tablilla y el buril, ante Shamash y Adad, y le han enseñado la obra titulada «Cuando los hijos de los videntes»; la cadena se ha mantenido, pues, hasta Rimut, el Irreprochable, el Alegre (soy yo). Es costumbre darme la parte posterior del borrego, su lana y un puchero de caldo, os lo advierto; además, los tendones y la mitad de las

entrañas, conforme a las Tablas y prescripciones. Los riñones, los muslos y un buen pedazo de lomo pertenecen al dios y el resto nos lo comeremos en nuestro yantar en común, en el templo; ¿estamos de acuerdo?

Así habló Rimut, hijo de videntes. Habían hecho el sacrificio sobre el techo rociado de agua consagrada y dispuesto sobre la mesa del Dueño cuatro jarras de vino y doce panes; y además, una mezcla de leche cuajada y de miel y de sal echada a puñados. Habían quemado aromas en los candelabros de1 incienso y matado el carnero; mientras el sacrificante lo tenía, el sacerdote lo mataba, y la obligación ritual estaba cumplida. ¡Qué gracia había desplegado el viejo Rimut bailando ante el altar la danza final, con saltos medidos! Labán y las mujeres agotaron todas las alabanzas al hablar de él, mientras Jacob les escuchaba en silencio, refrenando su impaciencia por conocer el veredicto.

Concebida en términos oscuros, a la vez consoladora y amenazante, esta sentencia leída en el aceite era ambigua: nada nuevo añadía. Pero, sin duda, el porvenir, cuando se expresaba, lo hacía en ese son. Quizá era aquello un débil eco que llegaba, apenas un murmullo de palabras susurradas sin separar los labios. Rimanni-Bel, con el báculo de cedro en una mano, la copa en la otra, había rezado, cantado, echado el aceite en el agua y el agua en el aceite, y con la cabeza al sesgo, mirando los dibujos que el aceite formaba en el agua, explicó: dos redondos, uno grande y otro pequeño, indicaban que, según todas las probabilidades, Raquel, la hija del ganadero, daría a luz un hijo. Uno de los redondos tomó la dirección del oriente y se detuvo, presagiando la curación de la parturienta: una pompa se formó en el aceite que habían agitado; su dios tutelar le asistiría, pues, en el sufrimiento, pero habría momentos dolorosos que atravesar. La mujer triunfaría de su mal, pues el aceite había subido a la superficie, después de haberse hundido cuando le echaron agua; se había dividido y vuelto a formar un todo, señal de retorno a la salud tras los sufrimientos; pero, como el aceite, cuando se le añadió el agua, se había sumergido antes de subir y llegar al borde de la copa, la criatura enferma curaría, pero la buena estaría destinada a la muerte. «¿No será el niño?», gritó Jacob, sin poder evitarlo... No. Para el niño era más bien todo lo contrario, según las indicaciones del aceite, que, además, en este punto, escapaba en parte a la comprensión humana. El niño descendería a la fosa sin dejar de vivir; sería como el trigo que no es productivo sino a condición de perecer. Rimut afirmaba que esta interpretación no se prestaba a ningún equívoco, a juzgar por la manera cómo el aceite se había separado en dos cuando había echado agua en aquél, y en seguida vuelto a unirse en un todo, cuyo cerco reflejaba singularmente los rayos del sol, signo de resurrección de entre los muertos. El vidente había añadido que esto no estaba muy claro y que él mismo no estaba satisfecho de la interpretación, pues no quería dárseles de más sabio de lo que era; pero se podía tener confianza en el presagio. En lo que a la mujer se refería, saldría triunfante de la

prueba y de la contraprueba; no vería la estrella de su hijo en el apogeo, a no ser que se guardara de la cifra 2, maléfica, en general, y particularmente para la hija del criador de carneros. El aceite instaba expresamente a Raquel a no emprender viaje bajo el signo 2, pues, si no, sería ella como un ejército que no logra el objeto para que se ha puesto en campaña.

Esta sentencia, este murmullo, lo escuchó Jacob moviendo la cabeza, con un alzarse de hombros. ¿Qué conclusión sacar? Era importante, puesto que se trataba de Raquel y de su hijo; y además no había que dedicarse al porvenir para darle un significado. El porvenir y el destino no estaban, por otra parte, muy comprometidos. Muchas cosas podían suceder o no suceder, que habría posibilidad de relacionar con la predicción: cada cual querría encontrar en ellas una realización del pronóstico. Jacob meditó largas horas sobre la naturaleza del oráculo en general y habló de ello a Labán, que se hizo el sordo. ¿Era la revelación de un porvenir al que no se podía cambiar en nada, o una exhortación a la prudencia, para prevenir una desgracia anunciada? Esto parecía presuponer que el destino y sus planes no eran ineluctables y que el hombre podía ejercer una influencia sobre ellos. Y entonces, si el porvenir no estaba fuera del hombre, sino incluido en él, ¿cómo descifrarlo? Además, a veces había sucedido que las medidas preventivas habían provocado justamente la desgracia anunciada, que sin ellas no se habría producido. De modo que la advertencia, tanto como el destino, no eran sino ironías infernales. Según los presagios sacados del aceite, Raquel recobraría su salud, aunque difícilmente, después de haber dado a luz un hijo; pero si se la descuidaba, si no se pronunciaban las fórmulas de conjuro, si no se le ponían los ungüentos necesarios, ¿cómo se las arreglaría el destino para conservarse fiel a sí mismo y a su sentencia favorable? Sería atraer criminalmente el mal, contrariando la suerte. Pero, por otra parte, ¿no se pecaba dedicándose a dar un rumbo feliz a los sucesos, en el caso de que la fatalidad hubiera decidido otra cosa?

Labán desaprobaba estas argucias. Este razonamiento se le antojaba no solamente injusto, sino hasta falso, demasiado sutil y rebuscado. El porvenir era el porvenir, no estaba aún determinado, pero un día lo iba a estar en este u otro sentido; ya existía virtualmente hasta cierto punto en la medida de su calidad de porvenir, y eso era todo lo que podía decirse. Toda sentencia que se relacionara con él aclaraba algo y el corazón sacaba de ella una enseñanza; los sacerdotes adivinos estaban indicados y pagados para anunciar presagios, después de largos años de iniciación, bajo la protección del rey de las cuatro partes del mundo, favorito de Shamash y bien amado de Marduk, el rey de Sumeria y de Acad, que reinaba en Babel-Sipar, sobre las dos orillas del río, en su palacio de cimientos profundos y numerosas toesas, en una sala del trono de esplendor sin nombre. ¡Inútil era andarse en argucias!

Jacob se callaba. El Nemrod de Babel le inspiraba un sentimiento de ironía

profunda, heredada del emigrante de Ur. La sentencia no le parecía más sagrada porque Labán invocara al muy poderoso monarca en su apoyo, y porque no removiera el meñique sin consultar a los videntes. Labán había pagado la predicción con un carnero y toda clase de alimentos para el ídolo lunar, y ésta era razón suficiente para que diera importancia al resultado obtenido. Jacob, que, por su parte, no había pagado nada, conservaba su libertad de criterio. Se alegraba, sin embargo, de haber podido, sin soltar un cuarto, percibir algunos ecos del oráculo; en cuanto al porvenir, pensaba que la cuestión de saber si el hijo de Raquel sería niño o niña, era un asunto ya solucionado en el seno de Raquel; pero la respuesta aún permanecía oculta. Existía, pues, un porvenir determinado y era reconfortante saber que el aceite de Rimanni-Bel predecía un chiquillo. Jacob también estaba agradecido al vidente por ciertos consejos prácticos que había prodigado; como buen sacerdote, era también perito en el arte de curar, y, aunque existiera una antinomia entre estas cualidades (¿qué podía la medicina con el porvenir?), no había dejado de dar, para el momento del parto, ciertos consejos llenos de experiencia, donde las recetas médicas se unían a las conjuraciones rituales, para el mayor bien de la enferma.

La pequeña Raquel atravesó muy penosos momentos. Mucho tiempo antes de la hora, que estuvo a punto de ser la última para ella, comenzaron las prácticas; le hicieron tragar desagradables mixturas, gran cantidad de aceite que contenía piedras de preñez; sufrió numerosas cataplasmas de unguentos hechos de betún, de grasa de cerdo, de pescado y de hierbas; sujetaban sus miembros con corderillos, partes enteras de animales impuros. A la cabecera de la cama, mientras dormía, tenía siempre un cabritillo para que sirviera de víctima expiatoria a los espíritus ávidos. Una muñeca de arcilla que representaba a Labartu salida de los pantanos, estaba noche y día colocada junto a su lecho; en la boca de la estatuilla, un corazón de gorrino estaba destinado a atraer a la horrible bruja lejos del cuerpo de la mujer encinta, donde ella había elegido domicilio, para reintegrarlo a su efigie, que era necesario destruir cada tres días a espadazos y enterrarla en un rincón cerca del muro, operación durante la cual no se podía mirar para atrás. Se hundía la espada en un brasero ardiente, que dejaban igualmente día y noche a la vera de Raquel, aunque el tiempo ya era caluroso y entraba pronto el mes de Tammuz. Una murallita de harina hervida rodeaba el lecho de Raquel y tres montones de cereales se alzaban en su pieza, según las instrucciones de Rimanni-Bel. Cuando se anunciaron los primeros dolores, se apresuraron a impregnar las paredes con sangre de gorrino y pintar la puerta de la casa con yeso y asfalto.

## El nacimiento

**E**ra el verano; los primeros días del mes del señor de los pastores, del Despedazado, habían corrido ya. Desde que se acercaba el instante solemne en que la Derecha, la Preferida, iba a dar a luz su hijo, Jacob no se separaba del lecho; la cuidaba con sus propias manos, renovaba las cataplasmas de unguento, y una vez llegó hasta destruir y enterrar él mismo la efigie de Labartu; estos usos y medidas no estaban instituidos, es verdad, por los dioses de sus padres, pero ¿quién sabe si, por encima del ídolo y del adivino, no emergían de él? Y no había otra cosa que hacer en este caso. Pálida, adelgazada. Raquel no tenía fuerte más que el centro de su cuerpo, donde el fruto inconsciente succionaba todo su vigor y su savia para nutrirse. A veces, con una sonrisa, ella posaba la mano de Jacob en el sitio donde podía percibir, palpando, los sordos golpes del niño; a través de la envoltura de carne, había podido saludar a Dumuzi, al hijo auténtico, le había exhortado a tener valor y a salir pronto, teniendo cuidado de deslizarse suavemente fuera de la cavidad maternal para ahorrar dolores a la que lo abrigaba. Cuando el pobre rostro de Raquel, contraído, anunció que su liberación estaba cercana, Jacob, muy agitado, llamó a los parientes y criadas y ordenó que se prepararan los ladrillos. Corría para todas partes, se movía sin descanso y su corazón estaba lleno de imploraciones.

No habría alabanza suficiente para la buena voluntad y el valor de Raquel, que animosa y contenta, resuelta a mostrarse brava y resignada como convenía, se abandonó al trabajo de la naturaleza. No era por interés de llamar la atención por lo que desplegaba actividad, ni porque iba a dejar de ser la mujer estéril, execrada a los ojos del mundo, sino por más profundas razones, que tocaban al honor de su carne; pues no son las agrupaciones humanas las únicas capaces de experimentar el sentimiento del honor; la carne también tiene conciencia de él y en un grado superior. Raquel había hecho la experiencia en el momento en que, sin dolores y por salvar las apariencias, había sido madre en el cuerpo de Bala. Su sonrisa, ahora que se trataba de ella misma, no era la sonrisa confusa de entonces, que traicionaba la tristeza de su carne. Sus bellos ojos, extasiados por la felicidad y la miopía, se posaban en los de Jacob, en cuyo honor iba a tener el hijo; era la hora que ella había esperado, en un clarividente ardor de vivir, cuando se le apareció por primera vez, tiempo atrás, el extranjero, el primo venido desde lejos.

¡Pobre Raquel, tan valerosa y alegre, llena de buena voluntad para cumplir la obra de la naturaleza, que se mostró tan poco clemente y la hizo sufrir tanto en su valentía! Raquel, tan impaciente por ser madre, convencida de estar dotada para la maternidad, ¿estaba realmente —es decir, su carne— lo bastante apta para esa función? En todo caso, mucho menos que Lía, la no-amada. La espada de la muerte se alzó sobre su cabeza cuando daba a luz, y la segunda vez cayó sobre ella para aniquilarla. ¿Puede

estar así la naturaleza en conflicto con ella misma y tomar en irrisión las aspiraciones y el alegre fervor que ella ha suscitado? Seguramente. La alegría de Raquel no fue aceptada y su fe recibió un mentís; tal fue el destino de la que estaba dispuesta a todo. Había esperado siete años, con Jacob, llena de confianza; luego, durante trece años, había fracasado por motivos incomprensibles. Ahora que la naturaleza realizaba en fin su aspiración, ponía en ella un precio exorbitante que ni Lía, ni Bala, ni Celfa habían pagado con sus maternidades reunidas. Durante treinta y seis horas, de medianoche a mediodía y aun durante toda una nueva noche hasta un nuevo mediodía, se prosiguió el espantoso trabajo, y si se hubiera prolongado una hora o media hora más, Raquel habría perecido. Desde el principio, su contrariedad fue un motivo de pena para Jacob: ella pensaba dar a luz con facilidad, rápida, alegre y vigorosamente, y he aquí que ningún progreso se manifestaba. Las primeras señales parecieron haber sido engañosas; pausas de largas horas interrumpían los dolores; intervalos vacíos, silenciosos y estériles durante los cuales Raquel no sufría, pero se aburría, sintiendo vergüenza. A veces decía a Lía: «Para ti, hermana mía, era cosa muy distinta», y aquélla convenía en que sí, rozando la mirada del amo, Jacob. Después, una ráfaga de dolores, cada vez más crueles y más largos, hacían retorcerse a la mujer en su lecho, y cuando disminuían, se hubiera dicho que el trabajo había sido inútil. Iba de los ladrillos al lecho, volvía a los ladrillos. Las horas, las vigiliadas, las diversas etapas de la jornada se sucedían; confusa, ella desesperaba de su incapacidad. Raquel no gritaba cuando el mal la cogía y no quería dejarla; apretando los dientes, cumplía con su cometido, lo mejor que podía y con todas sus fuerzas, con una muda lealtad; no quería atemorizar a su señor, a quien conocía en la ternura de su corazón y que en los intervalos de agotamiento le besaba los pies y las manos, con el alma desgarrada. ¿De qué le servía su lealtad? No estaba agotada. Sin embargo, cuando los dolores llegaron al paroxismo, lanzó gritos terribles y salvajes que no estaban en armonía con su persona y que no convenían a la pequeña Raquel. En aquella hora, cuando ya la mañana se anunciaba por segunda vez, ya no era dueña de sí misma: sus aullidos espantosos probaban que ya no era ella la que gritaba, sino una voz completamente extraña, la de los demonios que el corazón de cochinito puesto en la boca de la muñeca de arcilla no había logrado hacer pasar de su cuerpo al de la estatuilla.

Las convulsiones dolorosas se avanzaban con el trabajo; atenazaban a la mujer sagrada y lastimosa, infligiéndole las afrentas del infierno, tan violentamente que la máscara aullante de su rostro se azulaba y sus dedos se contraían en el aire. Jacob erraba a través del patio y de la casa, se golpeaba en todas partes, por haberse tapado las orejas con sus dos pulgares y puesto los otros ocho dedos ante sus ojos. Invocaba a Dios no para que le fuera concedido un hijo —no le importaba eso ahora—, sino para que Raquel muriera y pudiese reposar libertada de aquel suplicio infernal. Labán

y Adina, agobiados ante la ineficacia de sus brebajes, ungüentos y fricciones, multiplicaban los conjuros y, en medio de los gritos de la torturada, recordaban, en palabras ritmadas, a Sin, el dios de la Luna, que había asistido ya a una vaca que paría; Lía estaba en un rincón de la pieza, rígida, los brazos pegados al cuerpo, las manos alzadas, mirando en silencio, con sus azules ojos bizcos, a la bienamada de Jacob en lucha con la muerte.

Por fin, Raquel lanzó un grito supremo de un furor demoníaco, un grito tal, que no podía haberse proferido dos veces sin perder la vida, ni escucharlo dos veces sin perder la razón; y la esposa de Labán tuvo otra cosa que hacer en vez de recitar la historia de la vaca de Sin, pues el hijo de Jacob —el undécimo y el primero— acababa de surgir del seno oscuro y sangriento de la vida: Dumuzi-Absu, verdadero hijo del abismo. Bala, la madre de Dan y de Neftalí, pálida y risueña, corrió al patio donde Jacob se había refugiado fuera de sí, y con la respiración turbada anunció al amo: un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido concedido y Raquel está viva. Temblaba él en todos sus miembros cuando se arrastró hacia la recién parida y se echó junto a ella, llorando. Cubierta de sudor como transfigurada por la muerte, su corto respirar parecía el canto del agotamiento. Su cuerpo abierto había sido desgarrado, se había hincado los dientes en la lengua y su corazón latía tan débilmente, que parecía pronto a extinguirse. Así habían sido recompensadas sus alegres disposiciones. No tuvo fuerzas para volver la cabeza hacia Jacob ni para sonreír, pero le acarició la frente, mientras estaba arrodillado junto a ella. Luego dirigió una mirada de lado hacia la cuna, en señal de que él debía ocuparse del niño y poner las manos sobre su hijo. El recién nacido, ya bañado, había cesado en sus vagidos; envuelto en sus pañales, dormía. Cabellos negros y lisos recubrían la cabecita que había lacerado a su madre; tenía largas pestañas y manos minúsculas de uñas netamente formadas. No era hermoso. Y además, ¿se puede hablar de belleza respecto a un recién nacido? No obstante, Jacob notó cierta cosa que no había visto en los hijos de Lía ni en los de las siervas y que le llamó la atención al primer golpe de vista; y mientras más miraba, más se desbordaba su corazón de fervor y de éxtasis. Había en torno al recién nacido no se sabía qué de indefinible, como un nimbo de claridad, un resplandor de gentileza, de equilibrio, de simpatía y de encanto divino que Jacob creyó discernir sin comprender exactamente su naturaleza. Impuso la mano al chico y exclamó: «Mi hijo». En el momento en que le tocaba, el recién nacido abrió los ojos; azules en aquella época, reflejaron la luz del sol de su nacimiento que estaba en el cenit; con su manecilla bien formada tomó el dedo de Jacob y lo apretó delicadamente, y siguió durmiendo. También Raquel, la madre, estaba hundida en un profundo sueño. Jacob, inclinado, retenido por aquella presión casi imperceptible, se quedó más de una hora contemplando la claridad que irradiaba su hijo, hasta el momento en que éste reclamó, llorando, el alimento y él lo levantó para pasárselo a

las mujeres.

Llamáronle Josef, y también Yachup, que significaba aumento y crecimiento, como llamaríamos a nuestro hijo Augusto. Junto al nombre de Dios, su nombre entero fue Josef-el o Josif-ja; pero complaciéndose en considerar ya la primera sílaba con una ilusión al Ser Supremo, le nombraron Jehosef.

## Los corderos manchados

**Y**a que Raquel había tenido su hijo, Jacob no era más que ternura y exaltación. Hablaba con voz solemne, vibrante de emoción, y se daba a sus sentimientos con una culpable complacencia. El niño había nacido al mediodía, hora en que había aparecido por el oriente el signo de la Virgen, que se decía corresponder a la estrella de Ishtar, manifestación planetaria de la feminidad celeste. Jacob se obstinaba en ver en Raquel, generatriz, una virginidad celeste y una diosa maternal, una Hator, una Isis llevando a su hijo contra su pecho. Este hijo le parecía un niño milagroso, el ungido del Señor, cuya aparición marcaba el principio de una era de bendición sonriente, y que estaría llamado a prosperar en Jahú. Estamos obligados a tacharle su desarreglo y exageración. Una madre con su hijo ofrece sin duda una imagen sagrada, pero el más elemental deseo de ahorrar ciertas susceptibilidades debió preservar a Jacob de hacer de esta representación una «imagen», en el sentido reprobable de la palabra, y de la pequeña Raquel una sierva astral de Dios. Sabía él, por supuesto, que no era una virgen en el sentido terrestre y ordinario de la palabra. ¿Cómo hubiera sido así? Cuando él hablaba de «virgen», no era sino una manera mítica de expresarse del que está versado en astronomía. Pero él insistía con encanto en su comparación y quería que fuese tomada en su sentido literal. La testarudez le hacía brotar lágrimas de los ojos.

Así también, siendo él pastor, y llamándose Raquel —oveja— la elegida de su corazón, hubiera podido, por un giro aceptable de su pensamiento, incluso gracioso, llamar «cordero» al niño que ella lactaba. Pero el tono que usaba hablando del cordero salido de la virgen no era broma; parecía reivindicar para el niño, en la cuna, el carácter sagrado de primogénito, sin mancha de rebaño. Todas las bestias salvajes, decía Jacob con exaltación, querrían asaltar a su cordero, pero él sabría vencerlas y la alegría general reinaría entre los ángeles y los hombres, y sobre toda la tierra. Llamaba también a su hijo joven retoño y ramilla brotada de la más frágil de las raíces; así su espíritu extraordinariamente poético lo asociaba a la imagen de la primavera terrestre y a la era de prosperidad que acababa de juntar y donde el celeste infante sería llamado a herir a los violentos con la punta acerada de su lengua. ¡Exageración sentimental! Por añadidura, el principio de la «era de prosperidad» tenía para él un sentido muy preciso y significaba el aumento de su riqueza. Jacob veía con certeza en el nacimiento del hijo de la Derecha el presagio de que sus negocios en casa de Labán, por muy fructuosos que ya fueran, iban a conocer una curva ascendente y que, a partir de este momento, el mundo del infierno y del cieno iban a cederle, sin reserva, todos los tesoros que encerraba; otro pensamiento, más elevado y de orden más afectivo, se unía estrechamente a esta perspectiva: el de su regreso, cargado de riquezas, al mundo de arriba y al país de sus padres. La aparición

de José marcaba una nueva fase en el cielo astral de su vida, y aun podía pensarse que ésta coincidía con su partida del reino de Labán. Pero no podía pensar en eso todavía; Raquel no estaba en estado de viajar. Pálida y débil, no se reponía sino muy difícilmente de su terrible trance, y, como criaba al niño, hubiera sido incapaz de soportar el penoso viaje de Eliecer, que duró más de diecisiete días. La ligereza con la que a veces son narrados y comentados estos hechos es sorprendente y casi digna de risa. Se afirma con frecuencia que Jacob ha pasado catorce años en casa de Labán, siete más siete; al cabo de este lapso, al nacer José, habría vuelto a su hogar. Empero, está expresamente dicho que en ocasión del encuentro con Esaú, en Jabbok, Raquel y José habían avanzado también y se habían inclinado ante Edom. ¿Cómo podía haber avanzado y hecho su inclinación un niño de pecho? En aquella época José tenía cinco años y éstos eran los que aún permaneció Jacob en casa de Labán, después de los veinte que precedieron a la conclusión del nuevo contrato. En la imposibilidad de partir, podía simular una intención de partida para ejercer presión sobre Labán, el «bloque de tierra», que no era sensible sino a los medios coercitivos y a las inflexibles durezas que la vida económica lleva anejas.

Jacob se presentó, pues, ante Labán y le dijo:

—Quisiera que mi padre y tío prestara un oído complaciente a mis palabras.

—Antes de hablar —interrumpió Labán—, escúchame, que tengo algo urgente que comunicarte. Las cosas no pueden seguir así; nuestras relaciones no están ya reguladas por la ley y esto es cosa que a la larga se me hace insoportable. Tú me has servido dos veces siete años por las mujeres, conforme al contrato que custodian los terafim. Pero desde hace algunos años, seis, creo yo, el acuerdo y el documento han caducado y no estamos regidos por el derecho, sino por la costumbre y la rutina. Nuestra vida es como una casa construida sin cordel y, hablando claro, parecida a la de los animales. Sé, ya que los dioses me han dado buenos ojos, que tú has sacado tu cuenta desde el momento en que me has servido sin condiciones y sin salario estipulado por contrato; pues te has apoderado de toda clase de bienes y productos de mis dominios y me abstengo de evaluar al presente lo que te pertenece; y si los hijos de Labán, mis hijos Beor, Alub y Muras protestaran por esto, yo les regañaría. Todo trabajo merece una recompensa, que hay, sin embargo, que reglamentar. He aquí por qué vamos a concluir provisionalmente un nuevo contrato que se extenderá durante siete años y estoy dispuesto a hablar contigo sobre las condiciones que quieras ponerme.

—Es imposible —contestó Jacob, moviendo la cabeza—, y mi tío malgasta desgraciadamente sus preciosas palabras, lo cual hubiera podido evitar escuchándome al principio. No he venido a hablar con Labán de un nuevo contrato, sino de que me pienso ir. Te he servido veinte años; en cuanto a saber cómo te he servido, dejo a tu cuenta juzgarlo; no me corresponde hacerlo, dado que no sabría emplear

convenientemente las palabras justas. Pero en tu boca estarían muy bien.

—¿Quién lo duda? —respondió Labán—. Me has servido de una manera bastante pasable, no es cuestión de eso.

—He envejecido y encanecido a tu servicio sin necesidad ninguna —dijo Jacob—, pues el motivo por el cual dejé la casa de Yitzchak y mis hogares, es decir, la cólera de Esaú, no existe desde hace tiempo. El cazador de espíritu pueril no se acuerda de las historias de antaño. Hace tiempo que hubiera podido retornar a mi país, no importa en qué momento, pero me he abstenido. ¿Por qué? Hay palabras que no sabría pronunciar, pues serían demasiado elogiosas para mí. Ahora, Raquel, la sierva del cielo en quien tú revives, embellecido, me ha dado a mi hijo Dumuzi, José, su hijo y el mío. Quiero llevármelo, así como a mis otros hijos, los de Lía y las sirvientas; reuniré cuanto he adquirido a tu servicio, cabalgaré e iré hacia mi país y mi lugar, para velar, en fin, yo también, en los cuidados de mi propia casa, después de haber velado tanto tiempo exclusivamente sobre la tuya.

—Me quedaré completamente desolado y haré todo lo posible para impedirlo —dijo Labán—. Que mi hijo y sobrino exprese, inmediatamente y sin rodeos, los deseos de su corazón y me ponga nuevas condiciones. Juro por Anu y Ellil que consideraré con benevolencia todas sus peticiones, por poco razonables que sean.

—Yo no sé lo que te parece razonable —dijo Jacob—, si te acuerdas del estado de tu fortuna y de tu dominio y cómo han crecido bajo mi dirección, que hasta tu esposa Adina ha quedado comprendida en este aumento, dándote tres hijos, con un vigor inesperado en su vejez. Serás capaz de encontrarme irrazonable y por eso prefiero callar y partir.

—Habla, y te quedarás —dijo Labán.

Entonces Jacob dijo lo que pedía por quedarse unos cuantos años más. Labán se esperaba grandes exigencias, pero su esperanza fue sobrepasada. En el primer momento se sintió como si le hubieran dado un golpe en la cabeza. Se esforzaba en comprender y disminuir las exigencias de Jacob, por una maniobra defensiva.

Era la historia famosa de los carneros salpicados o manchados, mil veces contada junto al fuego o al borde del pozo, mil veces contada y repetida en las «bellas conversaciones», en honor de Jacob y de su magistral ocurrencia, de la genial jugada hecha por el pastor. El episodio que el mismo Jacob en su ancianidad, cuando meditaba sobre su pasado, no podía recordar sin que una fina sonrisa estirara sus labios entre las barbas.

En una palabra, Jacob reclamaba los carneros y las cabras de dos colores, manchados de negro y blanco, no los que ya existían, entendámonos, sino todos los que en el futuro nacieran manchados de los rebaños de Labán; serían su salario, formarían parte de su ganado particular que había adquirido al servicio de su tío. Se deliberó sobre la manera de repartir en lo sucesivo las bestias entre el amo y el criado,

aunque las dos partes no fueran equivalentes; la mayor parte de los carneros eran blancos y los manchados poco numerosos, de suerte que Jacob parecía contentarse con poca cosa. Pero ambos sabían bien que los animales manchados eran más ardientes y fecundos que los blancos, y Labán lo hizo notar con terror y consideración; el arte y el descaro que su sobrino ponía en sus reivindicaciones le aterrorizaba.

—¡Te vienen ideas extraordinarias! —dijo—. Escuchándote, se queda uno pasmado. ¿Entonces quieres ahora las ovejas manchadas, las mejores reproductoras? Es demasiado pedir. No es que te las niegue, compréndeme bien, pues te he dejado libre para fijar tu salario y mantendré mi palabra. Puesto que te obstinas y que, si yo no accediera a tus condiciones, partirías arrancándome a las hijas de mi corazón, Lía y Raquel, tus esposas, que yo, anciano, no vería más, será como tú dices. Pero te lo confieso francamente; me acortas la vida.

Labán se sentó, como herido de parálisis.

—Escucha —dijo Jacob—, veo que te cuesta acceder a mi demanda y que no la encuentra de tu agrado. Como eres el hermano de mi madre y has engendrado para mí a Raquel, la virgen estelar, la Derecha y la Mejor-Amada, voy a ponerte condiciones más moderadas, que te asusten menos. Vamos a pasar entre el ganado, y apartar todos los animales manchados y también los negros, y separarlos de los blancos para que no tengan ninguna relación con ellos. Después de esto, todos los que nazcan de dos colores, serán míos. ¿Estás satisfecho?

Labán le miró, entornando los ojos.

—¡Tres días de camino! —gritó de repente—. Se pondrán los blancos a tres días de camino de los manchados y los negros; y serán criados y cuidados unos aparte de otros; de manera que nada tengan de común. ¡Lo exijo! Y nuestro contrato será sellado en Carán, ante el juez, y depositado en el subterráneo junto a los terafim; ésta es la condición que me toca a mí poner.

—Es dura para mí —dijo Jacob—. Sí, dura, muy dura y aplastante. Pero estoy acostumbrado a ver a mi tío razonar con sequedad y celeridad en los negocios, sin duda por nuestros lazos de parentesco. Acepto la condición.

—Haces bien —respondió Labán—, no hubiera salido de ella. Y dime, ¿qué rebaño piensas apacentar tú? ¿Cuál guiarás con tu cayado, el de las ovejas blancas o el de las manchadas?

—Justo y natural es —dijo Jacob— que cada cual vele por el bien que ha de beneficiarte, y yo cuidaré, por lo tanto, de los animales manchados.

—¡Nada de eso! —gritó Labán—. ¡De ninguna manera! Tú has puesto las condiciones y tú mismo te has mostrado exigente; ahora me toca a mí y defiendo lo que considero el menor de mis derechos y la salvación del honor en la vida económica. Tú te arriendas de nuevo a mi servicio por este contrato. Luego, si eres

mi servidor, la razón económica manda que tú guardes el ganado que me aprovechará a mí, las ovejas blancas, y no las salpicadas, que parirán para ti. Beor, Alub y Muras, los hijos que Adina me ha dado, apacentarán esos animales.

—Hum —dijo Jacob—, también paso por eso, no quiero contrariarte; tú conoces mi carácter conciliador.

El acuerdo fue determinado y Labán no sospechó por un instante del papel que hacía ni que era un demonio burlado. ¡El burdo calculador! Quería explotar en su provecho la bendición de Yitzchak, y se decía que ésta sería más eficaz que las capacidades naturales de los corderos manchados. Sabía que entre las manos de Jacob el rebaño blanco —donde no habría que temer el nacimiento de corderos manchados, desde el momento en que se apartaron las ovejas negras o salpicadas— prosperaría más que el rebaño bicolor confiado a la guarda de sus hijos, concienzudos aunque poco ingeniosos. ¡«Bloque de tierra»! Calculaba prudentemente los efectos de la bendición, pero tenía la vista demasiado corta para calcular el grado de astucia y la inventiva de Jacob y para sospechar, aun en parte, el plan que disimulaba la petición de su yerno y sus concesiones, así como la segunda intención de aquél, basada en serias experiencias.

Para combinar su sutil maniobra y obtener ganado con manchas, aun cuando los animales blancos no copulaban sino entre ellos, Jacob no había esperado la celebración del contrato. Esta idea había germinado en él, al principio, sin designio premeditado, por pura diversión; había experimentado por amor del conocimiento puro, y de su pacto con Labán se proponía sacar una aplicación práctica. Ascendía a una época anterior a su matrimonio, durante su amorosa espera, cuando sus facultades y su conocimiento de ganadero se habían aguzado a causa de su estado permanente de simpatía inspirada y de tierna intuición.

No se sabría, en verdad, admirar lo suficiente la sensibilidad y la adivinación con que arrancó a la naturaleza uno de sus más maravillosos misterios y estableció sobre él leyes experimentales. Descubrió el fenómeno de los antojos maternos. Se había dado cuenta de que la visión de todo lo que era abigarrado influía en las criaturas en celo, que concebían y parían corderos manchados de dos colores. Su curiosidad, repitámoslo, tenía un carácter puramente especulativo, y comprobó con una satisfacción de orden completamente espiritual, a lo largo de sus ensayos, los numerosos casos de buen resultado. Un instinto secreto le aconsejó callar a todo el mundo, incluso a Labán, que había descubierto este milagro de simpatía. Pero la idea de sacar de su saber oculto una abundante fuente de riquezas personales no se le ocurrió sino ante la inminencia de concluir un nuevo contrato con su suegro. No obstante, los pastores, en sus «bellas conversaciones», daban importancia única a la ejecución del plan, que para ellos representaba el colmo de la astucia y de la explotación ingeniosa. Contaban la jugada que le había hecho Jacob a Labán,

despojándole sistemáticamente de sus bienes; cómo había tomado troncos de álamo y nogal, y, pelándolos, había practicado rayas blancas en ellos, dejándolos después junto a los abrevaderos donde los animales acostumbraban a llegar en la época del celo. Concebían ante aquellas ramas rayadas y parían corderillos y cabritos manchados, aunque las madres fueran blancas de pelaje. Contaban también cómo Jacob había usado esta estratagema para los rebaños de primavera, mientras que las carnadas tardías de valor inferior quedaban para Labán. Cantaban y se iban narrando estas historias, acompañadas del laúd, y reían hasta desternillarse de la impagable estafa. No siendo piadosos como Jacob, ni versados como él en el conocimiento de los mitos, ignoraban la seriedad con que él había llevado a la ejecución su plan, al principio, para ayudar, desde su deber de hombre, a Dios, el Soberano, en el cumplimiento de la predicción relativa a su prosperidad; y después, porque era menester que Labán fuese engañado. Labán, el demonio que le había engañado con Lía al favor de las tinieblas, con aquella Lía robusta, cierto, pero cuya cabeza parecía la de un perro. Además, convenía obedecer a la prescripción que le instaba a no dejar el mundo inferior sino cargado de los tesoros que profusamente contenía, al lado del cieno.

Esto fue lo que pasó. Tres rebaños pacían: el blanco, bajo la custodia de Jacob; el manchado y negro, bajo la vigilancia de los hijos de Labán, y el ganado personal de Jacob, adquirido durante los años anteriores gracias a su comercio, lo había confiado a criados y zagales a su servicio y le iban añadiendo los nacidos de las ovejas de colores o de las blancas hechizadas. Sus riquezas aumentaron de tal modo, que se hicieron proverbiales en el país entero, y le valieron el respeto general. No se sabía el número de sus carneros, de sus servidores y sirvientes, de sus asnos y sus camellos. Al cabo, era más rico que el mismo Labán, el «bloque terroso», y que todos los grandes propietarios rurales que fueron invitados a su boda.

## El robo

¡Ah, cómo se acordaba Jacob, con qué claridad y hondura! Se daba cuenta la gente viéndole de pie, sumido en solemnes meditaciones, y cada cual en derredor trataba de amortiguar las manifestaciones de su propia vida por deferencia hacia aquella otra, tan cargada con el peso de sus historias. La situación del opulento Jacob en casa de Labán se había tornado bastante molesta. Dios mismo, Él, el Supremo, lo había comprendido; era una situación insostenible a fuerza de prosperidad, y ya le había dado sus advertencias durante una visión. Cuestiones no demasiado claras llegaban hasta el bendito de parte de sus cuñados, los herederos de Labán: Beor, Alub y Muras, envidiosos de su fortuna; cuestiones y frases enrabiadas, amenazante, llevadas por los zagales y los criados hasta Jacob, los cuales las habían sabido por los criados de los primos. Y aunque aquellos propósitos no tenían gran parte de verdad, no dejaban de ser inquietantes. «Jacob, ese individuo, un pariente lejano —habían dicho—, llegó aquí antes de nuestro nacimiento, mendigando y sin abrigo. ¡No tenía más que su pellejo; nuestro padre le dio albergue por pura bondad y lo tomó a su servicio, por amor de los dioses, al vagabundo! ¡Y ved cómo han cambiado las cosas, ahora, delante de nuestras narices! Se ha saciado con nuestra carne y nuestra sangre, se ha apoderado de los bienes de nuestro padre y ha engordado de tal modo y tan rico se ha hecho, que su hedor incomoda a los dioses; pues ha cometido un robo lesionando a los herederos de Labán. Es tiempo de que se haga justicia, de cualquier modo que sea, en nombre de los dioses del país, Anu, Ellil y Marduk, sin omitir a Bel-Carán, al cual estamos unidos por herencia de nuestros antepasados. Por desgracia, nuestras hermanas, esposas del extranjero, adoran hasta cierto punto a su dios, al amo de su tribu, que les ha enseñado el arte de la magia, de manera que los corderos primaverales nacen manchados, y así los bienes de nuestro padre le pertenecerán en virtud de un inmundo pacto. Pero vamos a ver quién se muestra más poderoso, si los dioses indígenas que desde siempre están aquí en su casa, o el dios suyo, que no tiene morada, fuera de Beth-el, una piedra sobre una colina. Un accidente molesto podría sobrevenirle, un león que le devorara en pleno campo; y le vendría bien; y esto no es hablar contra la verdad, pues nosotros somos leones en nuestra irritación. Cierto es que Labán, nuestro padre, por exceso de escrúpulo, teme romper el contrato que reposa en el subterráneo, bajo la custodia de los diosecillos domésticos, pero si se hiciera a un león responsable del accidente, se contentaría con la explicación. El bandido del oeste tiene hijos vigorosos, especialmente Simeón y Leví, que enrojecen hasta hacer temblar; pero también a nosotros, aunque hijos de canoso, los dioses nos han puesto bronce en los brazos, para golpear; y sabremos dar un golpe imprevisto, de noche, mientras duerme, y le echaremos la culpa a un león. Nuestro padre nos creará sin dificultad».

Así hablaban entre ellos los hijos de Labán. Palabras que no estaban destinadas a los oídos de Jacob, pero que los zagales y los criados le llevaban mediante retribución. Jacob las reprobaba objetivamente, moviendo la cabeza, y decía que aquellos mozos no habrían recibido el soplo de la vida sin la bendición de Isaac, al cual Labán debía su prosperidad. ¿No sentían vergüenza de maquinarse contra él, que casi los había engendrado? Alarmado, se esforzó en leer en el rostro de Labán los sentimientos que para con él guardaba. ¿Creería, cuando sus hijos se lo dijeran, que una bestia feroz había despedazado a Jacob? Estudió el rostro del hombre cuando, montado en buey, llegó a inspeccionar los ganados. Luego, hallando necesario un nuevo examen, se dirigió a la granja para discutir la esquila de los carneros y estudiar de nuevo la expresión de Labán. Comprobó que había cambiado desde la víspera y la antevíspera: esquivaba su escrutadora mirada y sus rasgos estaban estirados, sombríos; ni una sola vez le miró de frente ni le clavó los ojos; al contrario, los bajaba y los escondía bajo las pestañas, no cambiando con su yerno más que las palabras indispensables, tan claramente que, al cabo del segundo examen, Jacob dedujo que su suegro no solamente creería lo del león, sino que daría gracias por ello, desde el fondo de su corazón tenebroso.

Jacob estaba enterado. Apenas dormido, oyó la voz de Dios que le decía: «Parte cuanto antes». Y le instaba: «Coge todo lo que posees, hoy mejor que mañana, toma tus mujeres, tus hijos y los bienes que has reunido con mi ayuda en el curso de estos años, y con caminar que el peso de las riquezas haga indeciso, parte para tu patria, en dirección al monte Galaad. Yo estaré contigo».

Esta advertencia definía en grandes líneas el plan de la evasión; pero a Jacob correspondía trazar y ordenar los detalles. Con prudencia y silenciosamente, preparó su fuga del mundo de abajo. Comenzó por hacer venir al campo, donde guardaba sus ganados, a sus esposas, Lía y Raquel, las hijas de la casa, para entenderse con ellas y asegurarse del grado de su apego. En cuanto a Bala y Celia, las concubinas, importando poco su opinión, se les avisaría en momento oportuno.

—Ved cómo están las cosas —dijo a sus mujeres, cuando estaban reunidas ante la tienda, en cuclillas—. Vuestros tardíos hermanos quieren atentar contra mi vida, a causa de mis bienes, que son también los vuestros y la herencia de vuestros hijos. He tratado de comprender en la expresión de vuestro padre si me protegería contra los malvados y me he dado cuenta de que no me mira de la misma manera que ayer y anteayer, ya que aparta su vista de la mía, deja colgar una mitad de su rostro, como si estuviera paralizado, y la otra mitad tampoco quiere conocerme. ¿Por qué? Le serví lo mejor que pude, tres veces siete años, más cuatro años, y él me ha engañado cuanto ha podido, ha cambiado mi salario a su gusto, pretextando las rudas necesidades de la vida económica. Pero el Dios de Beth-el, el Dios de mi padre, no ha permitido que me hiciera daño y ha cambiado las cosas en mi favor; y cuando se estipuló: «El

ganado con manchas será tu salario», los machos han cubierto a las ovejas y éstas han parido animales manchados, de manera que lo que era propiedad de vuestro padre le ha sido retirado para que me corresponda a mí. Por esto, debe morir y luego se dirá: «Un león lo ha despedazado». Pero el Dios de Beth-el, a quien yo alcé un monumento, quiere que yo viva, y me ha dicho en sueños que tome cuanto me pertenezca y parta en silencio, por el otro lado del río, para retornar al país de mis abuelos. He dicho. Hablad vosotras, ahora.

Entonces se vio que las mujeres estaban de acuerdo también con la advertencia de Dios. No hubiera podido ser de otro modo. El pobre Labán hubiera tenido algo de su parte si sus hijas se hubieran visto en una alternativa en qué elegir, pero no era éste el caso. Catorce años de servicio habían pagado el precio de ellas. Según el curso normal de los acontecimientos, su señor y amo debía, desde hacía tiempo, haberlas conducido a la morada paternal y al seno de su familia. Le habían dado ocho de sus hijos; lo que ahora sucedía no era más que lo natural, y Jacob hacía valer derechos adquiridos desde larga fecha. ¿Le dejarían partir con sus hijos y con Dina, por apego a un padre que las había vendido? ¿Habría de irse él solo con las riquezas que su Dios había quitado a Labán para ellas y para sus hijos? ¿O debían causar su pérdida hablando a Labán y a los hijos de éste de los planes de evasión? Cosas a cuál más imposible. Y además, ellas lo amaban, lo amaban desde el día que llegó, y jamás se presentaría instante más favorable para rivalizar cada una en el abandono de sí misma. Se apretaron contra él, cada una de un costado, y dijeron al unísono:

—Soy tuya. Ignoro lo que piensa la otra y no me interesa; pero, por mi parte, te pertenezco, doquiera que estés o vayas. Si huyes, me llevarás contigo, y con todo lo que el dios de Abraham te ha concedido, y ¡ojalá que Nabu, el guía, dios de los ladrones, vaya con nosotros!

—Gracias —respondió Jacob—. Gracias a las dos por igual. Dentro de tres días, Labán debe llegar a esquilar su rebaño junto a mí; después irá con Beor, Alub y Muras, a tres días de camino, para la esquila de los animales manchados. Durante ese tiempo voy a reunir los míos que están a medio camino, los rebaños que Dios me ha concedido y al sexto día a partir de hoy, cuando Labán esté lejos, huiremos con todas nuestras riquezas, en dirección del río Frate, hacia Galaad. Y ahora, id. Os amo casi tanto a la una como a la otra. Pero tú, Raquel, mi mirada, ten cuidado con el cordero de la virgen, con Jehosef, el hijo auténtico, para que el viaje no le sea duro, y cuida de llevar cobertores calientes para él, para las noches frías, porque el retoño es frágil como la raíz de que ha salido entre convulsiones y dolores. Id y medita mis palabras.

Así y con mayor minucia aún, se planeó la evasión de la que Jacob se acordaría en su vejez con una emoción maliciosa. Pero no se recordaba, sin enternecerse —y de ello habló hasta su muerte—, de lo que hizo Raquel, aquella chiquilla, en su encantadora ingenuidad y su astucia. Obró por su propia iniciativa, sin que nadie lo

supiera, ni aun Jacob, a quien se lo confesó más tarde, para que la conciencia de su esposo no anduviera en juego y pudiera, con buena intención, prestar su juramento a Labán. ¿Qué hizo ella? A la hora de la huida clandestina, cuando toda la tierra estaba bajo el signo de Nabu, ella robó también. Habiendo dejado Labán la granja para ir a esquilar sus carneros, ella bajó secretamente, por la trampa, a la pieza de las sepulturas y los contratos; cogió los pequeños dioses domésticos de su padre, los terafim, uno tras otro, por sus menudas cabezas, femeninas y barbudas, y los metió bajo sus brazos y en su talle, guardó otros en las manos y volvió furtivamente al departamento de las mujeres, donde disimuló las figulinas de greda entre utensilios caseros, para llevárselas en el viaje. La confusión reinaba en su cabecita, y por esto Jacob, cuando supo la verdad, se mostró enternecido y afligido. Por amor a él, Raquel se había convertido, en parte, a su Dios, el Supremo y el Único, y había abjurado del culto de las divinidades indígenas: pero en parte se conservaba idólatra, en el secreto de su alma, y se decía que toda precaución no sería bastante. Así robaba a Labán sus consejeros y adivinos, para evitar que revelasen el camino de los fugitivos y para que pudieran protegerlos de toda persecución. Según la creencia local, gozaban de dicho poder. Sabía ella cuánto apreciaba Labán aquellas estatuillas de Ishtar, aquellos hombrecillos, cuánto valor les daba; empero, las robó, por amor de Jacob. ¿Qué tiene de extraño que Jacob la besara, con los ojos húmedos, cuando ella después le confesó su latrocinio? Sin insistir, con suavidad, le hizo ver la confusión de sus ideas religiosas y que ella le había hecho perjurio ante Labán, pues él había prestado juramento, por la vida de todos, de que los dioses no estaban en su poder.

## La persecución

**L**os terafim no manifestaron en este caso sus virtudes protectoras. Quizás porque no querían volverse contra su legítimo propietario. Al tercer día, apenas llegado a donde debían estar los corderos manchados y negros para proceder a la esquila, Labán supo que el hijo de Isaac había huido con sus esposas, sus sirvientas, sus bienes, sus doce retoños y que, naturalmente, había partido hacia el oeste. Sus informadores, guardas de sus rebaños, esperaban, a cambio de un relato verídico, una magnífica retribución, mejor que la que recibieron; poco faltó para que no fueran azotados. Labán, furioso, regresó inmediatamente en persecución de los fugitivos, seguidos por sus hijos y por numerosos servidores armados.

Era la repetición de lo que había sucedido veinticinco años antes, cuando Jacob, yendo hacia la casa de Labán, había sido perseguido por Elifas. Ahora se veía de nuevo perseguido, y tanto más temiblemente, cuanto que las fuerzas que iban a la zaga se desplazaban con una rapidez imposible de ser igualada, por la larga procesión de sus rebaños, de sus bestias de carga y de los carros tirados por bueyes que se arrastraban lentamente entre el polvo. Al miedo que Jacob sintió cuando sus vigías de retaguardia le anunciaron que se acercaban las gentes de Labán, se mezclaba una satisfacción de orden espiritual que le causaba aquella analogía de los acontecimientos, aquella simetría. Labán necesitó, nadie lo ignora, siete días para llegar hasta su yerno, que ya había llevado a cabo el recorrido más penoso del viaje —la travesía del desierto— y llegado a las alturas selváticas de las montañas de Galaad. No había más que bajar para llegar al valle del Jordán, donde el río desembocaba en el mar de Lot, llamado también el Mar Muerto. Pero Jacob había perdido la delantera a sus perseguidores y hubo de decidirse a afrontarlos.

La decoración del derredor, el paisaje inmutable, el río, las montañas imprecisas, fueron testigos y testimonian en silencio las historias con que Jacob salió enriquecido y ennoblecido y que confirieron a sus meditaciones una gravedad imponente. Contamos nosotros estas historias a todo lo largo y con sus menores detalles, tales como se desarrollaron verdaderamente, en constante armonía con el monte y el valle. Esto sucedió así; todo es exacto y todo concuerda: Hemos bajado a las terribles profundidades y desde la ribera derecha del mar de Lot, de sabor execrable, hemos comprobado, con nuestros propios ojos, que nada ha cambiado y que el paisaje está de acuerdo con el relato. Sí, estas colinas al oriente, más allá del mar salado, son Moab y Amón, el país de los hijos reprobados de Lot, que sus hijas concibieron de él, compartiendo su lecho. Muy lejos, atrás, al sur del mar, aparece confusamente el dominio de Edom, Seír, el país del Chivo, de donde partió Esaú, lleno de inquietud, para ir en busca de su hermano, al que encontró en Jabbok. Su emplazamiento concuerda con el de los montes de Galaad donde Labán alcanzó a su yerno, y su

situación respecto a las aguas del Jabbok, donde Jacob llegó, es perfecta en su concordancia. Es probable que se extendiera el nombre de Galaad al país del este del Jordán, y tal vez mucho más hacia el norte, hasta el río Jarmuk, cuyas impetuosas ondas se unen a las del Jordán a poca distancia del lago de Kinnereth o de Genezaret. Pero la montaña de Galaad propiamente dicha está formada por las cimas que se prolongan al este y al oeste de las orillas del Jabbok, de donde se desciende hacia los boscajes y hacia el vado que Jacob escogió para que los suyos pasaran. En cuanto a él, que permaneció toda la noche a retaguardia, sufrió allí la prueba que le hizo cojo para toda su vida. Además del hecho de que pasara el cálido Ghor, la depresión del Jordán, por aquel sitio, se deduce que Jacob no iba directamente hacia su patria, con su escolta de gentes y de rebaños agotados de cansancio, sino que iba derecho en dirección al oeste, hacia el valle de Siquem, al pie del Garizim y del Ebal, donde esperaba tomar un poco de descanso. Un examen retrospectivo demuestra que todo está de acuerdo y que los cantos de los pastores y sus «bellas pláticas» no mintieron.

Se ignorarán siempre los verdaderos sentimientos de Labán, el «bloque terroso», durante la persecución incansable. Su actitud, cuando llegó al fin que se proponía, fue una sorpresa agradable para Jacob. Correspondía dicha actitud (y por lo que sigue nos daremos cuenta) a la conducta inesperada de Esaú cuando se reunieron en el Jabbok. En efecto, Labán se hallaba en el momento de su partida en un estado tan confuso como el Rojo; echando espumarajos de rabia, había llevado armas para castigar al fugitivo, pero en el curso de su conversación, le confesó que un dios, el dios de su hermana, le había visitado en sueños y le había ordenado, amenazándole, que no usara con Jacob sino un lenguaje amistoso. Pudo ser así; bastó a Labán saber la existencia del Dios de Abram y de Nacor para que le reconociera (aunque no se encontraba entre sus adeptos) como una realidad tan evidente como la de Ishtar o Adad. En cuanto a saber si el extraño había oído en sueños a Jeho, el Único, hay que dudar. Exégetas y comentaristas han expresado sus dudas sobre este punto. Es probable que Labán diera enfáticamente el nombre de visión a ciertos sentimientos y temores que le habían asaltado en el camino y a las reflexiones que había hecho en el fondo de su alma. De todas maneras, Jacob no estableció la distinción y se sirvió de los términos empleados por su suegro. Labán había aprendido durante veinticinco años que se trataba de un hombre bendito, y su cólera es comprensible: al irse Jacob se llevaba los efectos milagrosos de una gracia a la que Labán había concedido tanto precio, y es dable pensar que, de camino, Labán sintió temores que le apartaran de sus violentos pensamientos. No tenía, por otra parte, ningún derecho a oponerse a la partida de sus hijas; Jacob las había comprado y le pertenecían en cuerpo y alma. Antaño, Labán no había tenido suficiente desprecio por el mendigo que recogiera en su casa, para negarle a sus hijas en matrimonio. ¿Por qué ahora iba a querer quitárselas? Al lanzarse en su persecución, Labán no pensaba en reatrapar sus

riquezas, sino que un secreto designio le impulsaba a llegar hasta el dichoso ladrón y hacer las paces con él. Le parecía que con esto atenuaba el daño que le producía ver pasar sus bienes a manos de Jacob. Después de esto, se sentiría más cómodo. No mostró su indignación sino contra el robo de los terafim, pidiendo que le fueran devueltos. De todos los motivos vagos que habían producido su persecución, éste era el verdadero y tangible. Quería recuperar sus idolillos domésticos. Todo el que haya podido sentir alguna simpatía por el arameo, a pesar de su grosería y dureza, pensará con un poco de melancolía que no los encontró jamás. El encuentro del fugitivo y el perseguidor tuvo lugar en las más pacíficas condiciones, en las más silenciosas, cuando al pensar en los preparativos de Labán cualquiera hubiese temido un choque. La noche caía sobre Galaad. Jacob acababa de establecer su campamento sobre un prado húmedo, en una colina, de amarrar los camellos y entrar el rebaño a los rediles, para que pudieran los animales calentarse unos contra otros, cuando Labán llegó sin ruido, sombra silenciosa que hizo elevar su tienda junto a las otras, se metió dentro y no salió hasta el alba.

Entonces se dirigió con paso lento hasta el albergue de Jacob, que le esperaba un poco desconcertado. Después de haberse saludado tocándose la frente y el pecho, se sentaron, y Jacob inició el espinoso coloquio.

—Loado sea el cielo —dijo—, que me permite ver una vez más a mi tío y padre. Espero que las fatigas del trayecto no hayan afectado su salud.

—Soy más vigoroso de lo que se suele ser a mi edad —contestó Labán—. Tú estabas, sin duda, seguro de ello cuando me impusiste este viaje.

—¿Cómo es eso? —interrogó Jacob.

—¿Cómo es eso? Hombre, entra en ti mismo y reflexiona. ¡Te escapas a escondidas, me rompes el contrato y te llevas a mis hijas como un botín de guerra! A mi juicio, debías haberte quedado siempre en mi casa, después de este contrato que me ha costado mi sangre, pero que santamente he respetado, siguiendo los usos del país. Empero, ya que no te agradaba y que deseabas volver a tu tierra, ¿por qué no abriste la boca y me hablaste como un hijo a su padre? Hubiéramos reparado tardíamente lo que las circunstancias impidieron determinar a su tiempo y os hubiéramos conducido por tierra y por agua, al son de los címbalos y las arpas, con la pompa conveniente. Pero tú, ¿qué has hecho? ¿Es necesario que robes siempre, de día como de noche? ¿No tienes corazón ni entrañas para privar a un viejo de besar a sus hijas por última vez? Te diré que has obrado como un loco; ésa es la palabra que me viene al espíritu para calificar tus hechos. Y si yo quisiera, si ayer una voz no me hubiera aconsejado que no me metiera contigo, ¿crees tú que mis hijos y mis servidores, con sus brazos de bronce, no te harían expiar tu demencia, ahora que te hemos cogido huyendo como un ladrón?

—Oh, sí —respondió Jacob—, hagamos justicia a la verdad: los hijos de mi amo

son jabalíes y cachorros de león y desde hace tiempo les hubiera gustado tratarme a la manera de los leones y los jabalíes, si no de día, por lo menos en la noche, durante mi sueño. Y tú hubieras creído de buena gana que un animal feroz me había devorado, y sin duda hubieras llorado mucho por mí. ¿Preguntas por qué he partido en secreto y sin grandes discursos? ¿No debía temer tu oposición y que me arrancarás mis esposas, tus hijas, o que al menos me impusieras condiciones nuevas antes de concederme el permiso para viajar? ¿O que me desposeyeras de mis bienes? Porque mi tío es duro y tiene por dios a la inexorable ley económica.

—¿Y por qué me has robado mis dioses? —aulló Labán, de pronto, mientras que la cólera hinchaba las venas de su frente.

Jacob se quedó pasmado y mostró su estupor. En el fondo se alegraba de que, por esta reclamación absurda, Labán se pusiera en su propio error. La situación le era favorable.

—¿Tus dioses? —repitió, extrañado—. ¿Los terafim? ¿Que yo te he robado las estatuillas del subterráneo? ¡Vaya, que lo que me sucede es mejor tomarlo a risa! ¡Reflexiona tú sobre el reproche que me haces! ¿Qué valor tienen para mí tus idolillos de tierra para que yo cometa ese entuerto? A mi juicio, han sido fabricados por un tornero y secados al sol como cualquier otro utensilio. Y si el hijo de una esclava se resfriara, yo no los creería capaces ni de contenerle la mocarrera. Hablo por mí, que para ti puede ser otra cosa. Pero puesto que te quejas de que han desaparecido, sería malo elogiar sus virtudes delante de ti.

Labán respondió:

—Ésta es otra de tus sutiles trampas. Afectas no concederles ninguna importancia, para apartar de mí la idea de que los has robado. Nadie puede conocer el poderío de los terafim para no apetercerlos inmediatamente, es imposible. Y como no están en su lugar habitual, tú eres el ladrón.

Ahora, escúchame —dijo Jacob—. Es una suerte que estés ahí y que me hayas perseguido por tantos días a causa de tal motivo, pues vamos a aclararlo inmediatamente, porque lo exijo yo, el acusado. Mi campamento está abierto. Recórrelo a tu gusto y busca por todo él. Revuélvelo todo como quieras, que te autorizo para ello. Y si encuentras aquí a quien robó tus terafim, sea quien fuere, perecerá aquí mismo, poco me importa que sea por el hierro, por el fuego o enterrado vivo, según escojas tú. Comienza por mí y busca bien. Espero una pesquisa minuciosa.

Se alegraba de circunscribir el debate a este terreno y que no se tratara sino de los terafim, de suerte que al final de la búsqueda podía dárseles de ofendido. No sospechaba que el suelo se movía bajo sus pies y cuán inconsiderablemente se comprometía. La falta era de Raquel, en su inocencia. Pero con una habilidad y una firmeza extraordinarias, hizo frente a las consecuencias de su ligereza.

Labán respondió:

—En verdad, que así sea.

Se levantó, lleno de ardor, y comenzó a registrar el campamento en busca de sus ídolos de greda. Conocemos exactamente el orden en que sus investigaciones procedieron. Primero con minuciosidad y ardor; luego, poco a poco, tras largas horas de vana fatiga, con desilusión y cansancio. Hacía mucho calor, que aumentaba a medida que el sol subía, y aunque se quitó sus vestiduras y no se quedó sino con la camisa puesta, pecho descubierto y mangas arremangadas, el sudor chorreó pronto su gorro. El rostro del viejo se congestionaba hasta temerse un ataque de apoplejía. ¡Todo aquello por culpa de los terafim! ¿Acaso Raquel no tenía corazón para dejarle atormentarse de aquel modo y divertirse a su costa sin pestañear? Hay que tener en cuenta que la fuerza de sugestión que desprendía la eminente personalidad de Jacob y sus concepciones espirituales influían a todo su cortejo y principalmente a los que le amaban. Por su poder y obstinación, había asignado a Raquel un carácter sagrado de virgen estelar, y de madre del hijo celeste portador de bendiciones; ella estaba cada vez más inclinada a ver el resto del mundo —incluso su padre— desde el mismo punto de vista que Jacob y admitir que Labán estaba predestinado a cierto papel que desempeñar: para ella, tanto como para el amado, era necesario que Labán, impostor diabólico, demonio de la luna negra, fuera engañado más magníficamente todavía de lo que él había engañado a los demás. De este modo, Raquel no chistó, pues se trataba de un acto piadoso, sensato, legítimo, donde Labán tenía su parte, más o menos consciente y poniendo en ella más o menos buena voluntad. Le inspiraba tan poca lástima como Esaú a los servidores de Yitzchak el día de la gran mixtificación.

Labán, llegado de noche, se había dirigido, al alba, ante Jacob, para reclamarle, sin duda, las estatuillas que ella guardaba. Una joven sirvienta que ella había mandado a espiar le hizo saber que su padre, poniendo fin a la plática, comenzaba su rebusca. La chiquilla había vuelto a todo correr con el dobladillo de su vestido entre los dientes para correr más de prisa, de suerte que estaba completamente desnuda por delante. «¡Labán busca!», murmuró. Entonces Raquel cogió los terafim, los envolvió en un paño y los llevó ante su tienda oscura, donde estaban amarrados a unos postes el camello de Lía y su propia cabalgadura, bestias escogidas de una grotesca belleza. Sus cabezas de serpientes sagaces remataban los largos cuellos arqueados; sus patas, parecidas a cojines, eran tan largas que no se hundían en la arena. Rumiaban, altivos, sobre una vasija preparada por los servidores expresamente para ellos. Raquel deslizó los terafim en la paja, los hundió completamente ante los camellos que miraban por encima de sus lomos, removiendo las quijadas. En esta actitud esperó a Labán.

Él había empezado por registrar la tienda de Jacob, poniéndolo todo en desorden, aireando el colchón y los edredones, sacudiendo las camisas, los mantos, los cobertores de lana y echando por tierra la cajilla de piedras y la placa que servían a

Jacob para jugar con Raquel al juego del «mal ojo», rompiendo cinco de las figurillas. De allí, con un furioso alzar de hombros, se fue a la tienda de Lía, luego a las de Celfa y Bala. Echándoles abajo todo, no había respetado ni los objetos de uso íntimo de las mujeres, habiéndose pinchado la mano con unas pincillas y llenado la barba con una tintura verde que ellas usaban para alargarse los ojos. Mostraba un ardor torpe, obscuramente consciente de que su papel era hacer el ridículo.

Por fin llegó ante Raquel, que estaba sentada, y dijo:

—Te saludo, hija mía. No pensabas verme.

—Te saludo —respondió Raquel—. ¿Qué busca, mi señor?

—Busco por todas vuestras tiendas y rediles y cabañas algo que me han robado —dijo Labán.

—Sí, sí, es muy desagradable. —Ella inclinó la cabeza, y los dos camellos con una sonrisa de arrogante malicia la miraban de reojo—. ¿Por qué Jacob, nuestro esposo, no te ayuda en su busca?

—Él no encontrará —replicó Labán—. Estoy obligado a buscar yo solo y he de sufrir, en plena montaña, a la hora en que sube el sol de Galaad.

—Sí, sí, es muy fastidioso —dijo ella—. He aquí mi tienda. Entra y mira en ella, si es necesario y lo juzgas conveniente. Pero ten cuidado con mis jarras y escudillas. ¡Tienes la barba pintada de verde!

Labán se curvó para entrar. Pero volvió pronto junto a Raquel y sus animales, suspiró y guardó silencio.

—¿No has encontrado lo que te robaron? —preguntó ella.

—No he visto nada —contestó Labán.

—En ese caso deben estar en otra parte —dijo Raquel—. Mi señor debe estar sorprendido de que no me levante ante él por respeto y conveniencia. Pero la causa es que me siento mal y difícil en mis movimientos.

—¿Te sientes mal? —dijo Labán—. ¿Tienes alternativamente frío y calor?

—Nada de eso. Pero me siento indispuesta —replicó ella.

—¿En qué consiste tu indisposición? ¿Tienes un diente cariado o una úlcera?

—Ah, mi caro señor, es una cosa que tiene que ver con las mujeres; tengo mi regla —respondió ella, y los camellos sonreían con gran orgullo y malicia, mirando siempre de reojo...

—¿Eso es todo? —dijo Labán—. Poca importancia tiene eso. Prefiero saber que tienes tus reglas mejor que un embarazo, pues no estás demasiado hecha para la maternidad. ¡Buena salud! Voy a buscar lo que me han robado.

Partió y, para su vergüenza, buscó hasta bien avanzada la tarde, hasta la hora en que los rayos del sol caen oblicuamente; luego, sucio, alicaído y derrotado, cabizbajo, se volvió hacia Jacob:

—¿Qué hay? ¿Dónde están tus ídolos? —preguntó Jacob.

—Aparentemente en ninguna parte —contestó el otro, alzándolos brazos y dejándolos caer.

—¿Aparentemente? —dijo Jacob, irritado; ahora, triunfante, se alzaba y no quería mascar las verdades—. ¿A mí me dices aparentemente, y no eres capaz de considerar como una prueba de mi inocencia el hecho de no haber encontrado nada después de buscar por diez horas y revolver todo mi campamento, en tu furor de matarme a mí o a uno de los míos? Has registrado todo mi equipaje, con mi permiso, es cierto que te autoricé, pero no has sido más delicado por eso. ¿Has encontrado lo que querías? Proclámalo aquí, acúsame delante de todos, los tuyos y los míos, para que juzguen entre nosotros. ¡Cómo te has acalorado, cómo no has tenido miedo de ensuciarte con tal de destruirme! ¿Y qué te he hecho yo? Yo era un joven cuando vine a ti, y ahora soy de edad respetable, aun cuando el Único, como lo espero, me conceda largos años de vida; todo este tiempo lo he pasado a tu servicio; he sido para ti un servidor como el mundo no había visto otro; esto, que siempre lo callé por modestia, me lo hace decir la cólera en este momento. Yo te encontré agua para liberarte del yugo de los hijos de Ichullanu, y refloreceste como la rosa del valle de Sarón y fructificaste como el datilero de la llanura de Jericó. Tus caballos han tenido dobles rendimientos y tus ovejas han parido gemelos; golpéame si alguna vez he comido un carnero de tus rebaños; me alimenté como las gacelas, con hierbas que arrancaba del suelo, y sacié mi sed en el abrevadero, con el rebaño. Así viví y así te he servido durante catorce años por tus hijas, seis por nada de nada, y cinco por el desecho de tus rebaños. El calor me consumía durante el día, y en la noche tiritaba de frío en la estepa, no osando dormir parí, que mi atención estuviese siempre en vela. Pero si por desgracia algo sucedía y el lobo degollaba una oveja, no me dejabas prestar juramento demostrando mi inocencia; exigías que soportara las consecuencias de tu pérdida y te imaginabas que te robaba día y noche. Y me cambiaste el salario a voluntad, y me sustituiste por Lía a la única que yo quería estrechar; todo esto lo tendré en el corazón mientras viva. Si el Dios de mi padres, Jahu, el todopoderoso, no hubiera estado junto a mí y me hubiera dado algunos bienes, estaría —el cielo me preserve de ello— tan desnudo al dejarte como el día que llegué a tu casa. Pero Él no quiso que así fuera, y que Su bendición se tornara en irrisión. Él, que jamás se mostró al extraño, he aquí que se ha revelado a ti por amor de mí, y te ha exigido que me hables con cordialidad. ¿Ya esto llamas tú cordialidad? Llegas aullando que te he robado los dioses; y como no los encuentras a pesar de tus rebuscas, dices que no soy yo el ladrón, «aparentemente».

Labán se callaba y suspiraba.

—Eres tan falso y ladino —dijo con voz cansada—, que es imposible discutir contigo, y nadie debía de hacerlo, que a todos les quitas la razón. Cuando miro en torno mío, creo soñar. Todo lo que veo me pertenece: hijas, niños, rebaños, carretas,

bestias de carga y servidores son míos; pero no sé cómo han pasado a tus manos y te alejas llevándotelos. Me parece que sueño. Pero he venido en un espíritu de conciliación y quisiera hacer alianza contigo y que nos separemos en paz, para que yo no esté toda mi vida fastidiado por tu culpa.

—Eso es hablar —respondió Jacob—, y eso suena mejor que tus «aparentemente», y otras palabras que hieren. Lo que dices entra en mis ideas, que tú has engendrado para mí a esta virgen, la madre de mi hijo, en la que contemplas tu imagen embellecida, y sería malo que el temor de Labán no habitara mi corazón. He partido en secreto, llevándome lo que era mío, para ahorrarte la tristeza de la separación; pero me sería muy agradable que nos separáramos en buenos términos y que tu recuerdo fuera para mí de toda serenidad. ¿Quieres que eleve un monumento? Consiento a gusto; cuatro de tus servidores y cuatro de los míos formarán una pila de piedras que dejarán testimonio de la solemnidad de nuestro compromiso. Tendremos una comida en presencia de Dios y nos reconciliaremos ante él. ¿Estás contento?

—Creo que sí —dijo Labán—. No me queda otra cosa que hacer.

Entonces Jacob alzó en monumento una hermosa y larga piedra, a fin de que el Señor estuviera presente. Ocho hombres trajeron de la montaña el montón de guijarros del pacto y ellos comieron frente a un cordero cuyo grueso rabo se extendía en medio de la fuente. Pero Jacob no hizo más que probar de la cola y la dejó entera a Labán. Así comieron, los dos solos, bajo la cúpula del cielo, y se reconciliaron con la mirada y la mano, sobre el montón que los separaba. Labán hizo un juramento sobre sus hijas, no sabiendo qué objeto escoger. Jacob juró por el Dios de sus padres y por el temor de Isaac que se comprometía a no maltratar a las mujeres y a no tener otras. Tomó por testigos al montón de piedras y la comida. No era que Labán se preocupara mucho por sus hijas, pero las ponía por delante para tener una razón válida de acabar lo más pronto posible con el Bendito e irse a dormir.

Pasó aquella noche en la montaña, con los suyos, y al amanecer besó a las mujeres, pronunció sobre sus frentes una última fórmula ritual y se volvió a su casa. Jacob lanzó un suspiro de alivio y, en seguida, un segundo suspiro que indicaba una nueva preocupación. Pues dice el adagio que cuando el hombre escapa al león, cae en las manos del oso. Y el Rojo se acercaba.

## Benoni

**H**abía dos mujeres encintas en el convoy que seguía Jacob, cuando, después de las penosas historias de Shekem, descendía hacia Beth-el y, luego, hacia El-Kirjat-Arba y la morada de Isaac; dos mujeres que las circunstancias iluminan de modo especial, pues a las esclavas que estaban encintas no se las distinguía unas de otras y no se sabría pronunciar uno a este respecto. Encinta Dina, la hija infortunada, que fecundó Sichem, el infortunado; una sombría sentencia pesaba sobre su fecundidad y cabalgaba con el rostro velado. Y encinta Raquel.

¡Alegría! Ah, refrenad vuestro gozo, acordaos y callad. Raquel murió. Así lo quiso Dios. La encantadora ladrona, aquella que Jacob había encontrado junto al pozo, destacándose entre los corderos de Labán con su mirada pueril y bravía, dio a luz durante el trayecto. No teniendo las fuerzas para resistir lo que apenas había soportado una primera vez, rindió su último suspiro y murió. La tragedia de Raquel, la Derecha, la Mejor-Amada, es la tragedia del valor que no ha sido aceptado.

¿Cómo asistir, sin desfallecer de emoción, al dolor de Jacob en el instante en que le fue arrebatada la esposa de su corazón, víctima de su duodécimo hijo? ¿Cómo imaginar la turbación de su razón cuando el sentimiento de tierno orgullo que en ella tenía no fue más que un montón de cenizas? «Señor —gritó él cuando la veía morir—, Señor, ¿qué estás haciendo?». Gritó en vano. Pero el peligro que nos inquieta ahora es que la desaparición de Raquel no anuló su preciso amor, su soberana predilección; no la dejó en la tumba apresuradamente cavada en un terraplén del camino. Al contrario, como si quisiera demostrar al Todopoderoso cuán poco había prendido su crueldad en él, recreó sus sentimientos, con una exuberancia obstinada, en el primogénito de Raquel, el encantador José, entonces de nueve años de edad, a quien amó doblemente con una pasión desbordante, ofreciendo así al destino un blanco nuevo y terrible. Quizá los corazones sensibles, al desafiar al destino, desdeñan a sabiendas la libertad y la tranquilidad y no aspiran más que a vivir en la angustia y bajo la amenaza del cuchillo. Es evidente que una voluntad tan temeraria es inherente a la inefable alegría de amar. O, por una contradicción de la naturaleza, sucede que las almas tiernas que emprenden ese camino no están hechas para soportar las consecuencias del peligro que corren, mientras que las que podían soportarlas no piensan en exponer su corazón y permanecen invulnerables.

Raquel contaba treinta y dos años cuando, en sus sagrados sufrimientos, dio la vida a José, y treinta y siete cuando Jacob rompió los cerrojos polvorientos de su prisión y se la llevó consigo. Tenía cuarenta y uno cuando concibió de nuevo y hubo de dejar Shekem para seguir en viaje. Somos nosotros los que calculamos así, pues ellos no tenían la costumbre, en su medio. Ella hubiera necesitado reflexionar largamente para decir su edad aproximada, y esto era asunto de poca importancia,

generalmente, entre ellos. En Oriente, la evaluación exacta del tiempo, tal como se practica en los países de Occidente, era casi desconocida. Con más indiferencia que nosotros, abandonaban a ellos mismos y a las tinieblas el tiempo y la vida, sin someterlos a medidas y cifras, y se estaba tan poco dispuesto a responder una pregunta sobre una cuestión de tiempo, que lo natural era contestar encogiéndose de hombros, aun si la diferencia fuera de décadas, y se podía oír decir: «Cuarenta, o tal vez setenta». Jacob mismo estaba poco enterado de su edad, y no se avergonzaba por eso. Había tenido cuenta exacta de los años pasados en el país de Labán, y nada más. Además, ignoraba la edad que tenía al llegar y no le daba importancia.

En lo referente a Raquel, la continuidad de su presencia, la ternura de la vida en común, no le habían permitido apreciar los cambios naturales que el tiempo —se le mida o no— había llevado fatalmente a su gentileza y su beldad, transformando la seductora chiquilla de ayer en una mujer madura. Para él, como sucede frecuentemente, Raquel era todavía la novia del pozo, la que durante siete años había compartido su espera, aquella en quien besaba el llanto de impaciencia sobre sus párpados; él la veía como próspera, imprecisa, semejante a la imagen que sus pupilas habían bebido, otrora, amorosamente. Su esencia escapaba a las esperas del tiempo. Veía la noche acogedora de sus ojos miopes que ella entornaba de grado, las alas un poco fuertes de sus naricillas, la plácida sonrisa, el dibujo de la comisura de sus labios, uno desbordando al otro, su conformación especial, que ella había transmitido al hijo idolatrado; pero, por encima de todo, lo que su carácter ofrecía de revoltoso, suave y valiente, aquella confianza en la vida que ya en el pozo, a la primera mirada, había hecho saltar el corazón de Jacob y que había reaparecido con tanta fuerza y encanto cuando, en el campamento ante Shekem, ella le había hecho confidencia de su estado.

¡Otro más! «Aumenta el número de ellos, Señor». Éste era el nombre que la mujer agotada casi hasta la muerte había dado al primogénito. Y ahora que iba a nacer otro después de José, ella estaba contenta, sin miedo, dispuesta a resistir todo lo que ya había sufrido, por el aumento de su estirpe y por su orgullo de esposa. En su valerosa alegría intervenía una extraña facultad de olvido orgánico, particular de las mujeres: más de una que, en las angustias del alumbramiento, ha jurado no conocer varón de nuevo para sustraerse a dicho tormento, se encuentra otra vez encinta al cabo de un año; el sexo débil pierde singularmente la memoria de los sufrimientos pasados. Jacob se acordaba del infierno por que había pasado en aquella época, y estaba espantado de pensar que el vientre de Raquel, quedado en barbecho durante nueve años, sería de nuevo cruelmente desgarrado. Sin embargo, estaba contento por el honor que se le concedía, y el pensamiento de que el número de sus hijos igualaría al de los signos del zodiaco daba placer a su espíritu. No obstante, estaba molesto porque su hijo preferido tuviera un sucesor más joven. Siendo el último el llamado a

estar más mimado, Jacob sentía celos por el maravilloso José, que en pequeña cantidad se mezclaban a los goces de esperanza paternal. Desde el principio, cuando Raquel se lo había comunicado, tuvo el presentimiento, bien comprensible, de que el alumbramiento no sería feliz.

Era en la época de las lluvias de invierno, en Kirlei, cuando ella se lo dijo. La aventura de Dina, la muchacha, no había tenido lugar todavía. Rodeaba él a la mujer bendita de cuidados y atenciones; más que nunca, se tomaba la cabeza entre las manos, apenado, cuando ella vomitaba y llamaba a Dios cuando la veía palidecer y adelgazar mientras se acusaba la convexidad de su vientre, pues el egoísmo natural del fruto que ella llevaba, se mostraba en toda su inconsciente crueldad.

El ser que había en la cavidad materna tenía la firme voluntad de hacerse robusto; únicamente preocupado de sí, y sin consideración, sacaba para él toda la savia y la fuerza de la que lo llevaba; la devoraba sin pensar en bien o mal. Si hubiera podido expresar su opinión, de haber tenido una, hubiera dicho que su madre no tenía otra función que mantenerle fresco y dispuesto; que ella no era más que un abrigo protector, la envoltura nutritiva destinada a alimentarle y a ser echada a un lado, como corteza o cápsula inútil, el día que él, sola entidad importante, se hubiera deslizado al exterior. Por el momento, él no podía enunciarlo ni imaginarlo, pero era ésa, con evidencia, su íntima convicción, y Raquel la excusaba sonriendo con indulgencia. Maternidad no es siempre sinónimo de holocausto, y no debiera serlo; pero, para Raquel, la naturaleza le daba esta significación; lo había indicado ya explícitamente en el caso de José, sin haber puesto, empero, tanta rudeza y sin que Jacob hubiese experimentado la misma ansiedad que en el caso presente.

Sus temores por Raquel le llenaban de exasperación contra sus hijos mayores, especialmente Simeón y Leví, los intratables dióscuros, a causa de las atrocidades cometidas en Shekem. Nunca se le hubiera ocurrido emprender viaje con la frágil mujer encinta, que no tenía de vigoroso sino el hijo que llevaba; pero aquellos rabiosos habían tenido que dar el buen golpe para satisfacer su honor y su sed de venganza. ¡Insensatos! ¡Justamente ahora habían exterminado a los hombres por ira y, por perversidad, reducido los toros a la impotencia! ¡Eran hijos de Lía, como Dina, por la que ellos degollaban! ¿Qué les importaba a ellos la fragilidad de la Mejor-Amada, de la Derecha, y las inquietudes que su salud causaba en su padre? ¡Ni una sola de sus feroces ideas se había detenido en esta consideración! No hubo más remedio que partir. Más de ocho lunas habían pasado desde que Raquel le comunicó su estado, lunas de las que él llevaba la cuenta exacta, las lunas de Raquel; mientras que ellas crecían y declinaban, el niño crecía y Raquel declinaba. El ciclo del año había comenzado entre las flores y estaban en el sexto mes, el mes de Ellul, en el corazón del estío, estación poco propicia para viajar, pero Jacob no había podido hacer otra cosa. Y siendo necesario que Raquel cabalgara, le dio un asno prudente

para evitarle, en su situación, el balanceo del camello. Iba sentada en la grupa del animal, donde el movimiento era menos perceptible, y dos servidores conducían al asno, bajo amenaza de ser azotados si tropezaba o si su casco encontraba una piedra. Se iban, pues, llevándose los rebaños; el final del viaje era Hebrón, a donde la mayor parte de la tribu debía trasladarse directamente. Pero para él, sus mujeres y unos cuantos de su séquito, Jacob había pensado en Beth-el, etapa intermedia que, siendo lugar de asilo por su reputación de santidad, le pondría al abrigo de persecuciones y agresiones; quería detenerse, además, en recuerdo de la noche de su elevación, cuando había tenido la visión de la escala. Éste fue su error: dos pasiones se repartían en su corazón: Dios y Raquel. En tal circunstancia, una vino a oponerse a la otra, y mientras que él se abandonaba al amor sagrado, exponía el amor profano a la fatalidad de la suerte. Hubiera podido dirigirse directamente a Kirjath-Arba, a donde era fácil llegar en cuatro o cinco días, no deteniéndose en ninguna parte. Y si Raquel estaba destinada a morir, al menos no moriría lamentablemente y privada de todo auxilio. Pero él permaneció con ella, por varios días, en Luz, cerca de Beth-el, sobre la colina donde había dormido antaño, miserable, y tenido su visión exaltante. También ahora se encontraba en peligro y propicio para recibir un consuelo celeste. El altar estaba intacto, con la piedra negruzca estrellada en el medio. Jacob la mostró a los suyos y les señaló el sitio donde había reposado y tenido la augusta y honrosa visión. La piedra que le había servido de cabecera y que él había ungido no estaba allí, y él se fastidió por esto. Alzó otra piedra que roció de aceite y pasó sus jornadas en piadosos ejercicios, ofrendas de fuego y libaciones que cumplía con exactitud. Resolvió arreglar dignamente y en conformidad con las exigencias del culto aquel lugar donde reconocía un carácter más sagrado aún que el que le era atribuido desde los tiempos en que él había tenido la revelación de la presencia. No se limitó a construir un ara de tierra desde la que ascendería hasta Jahvé el humo del incienso; quiso transformar también la roca saliente que coronaba la colina, en santa mesa dedicada a Dios, con gradas para llegar y una plataforma tallada en la misma piedra, provista en el centro de una excavación en forma de copa para los sacrificios, con un desagüe para que corriera la sangre. El trabajo era rudo, y Jacob, que lo dirigía, no escatimaba tiempo. Los suyos esperaban sus órdenes. Desde la ciudadela de Luz habían llegado muchos curiosos; tendidos o en cuclillas, llenaban el espacio libre ante el altar, observaban al nómada mensajero de Dios con aire meditativo y comentaban a media voz sus movimientos. Nada de absolutamente nuevo les impresionaba en particular; pero se daban cuenta de que el digno extranjero se proponía dar a las cosas usuales un carácter excepcional y aun distinto al que habían tenido hasta aquel momento. Explicó, por ejemplo, que los cuernos a los cuatro lados de la mesa no eran los cuernos de la luna, y menos aún los del toro de Marduk-Bel; eran cuernos de borrego. Ellos discurrieron largamente sobre esto. Y como él invocara al Señor

llamándole Adonai, creyeron que aludía al adolescente despedazado y resurrecto, pero no tardaron en convencerse de que se trataba de otro. El nombre de Él no les fue revelado. Se dieron cuenta del error que cometían llamando Israel al dios desconocido, pues aquélla era más bien la denominación del extranjero; se refería a él, primero, y después a todos los que seguían su creencia; y así corrió el rumor de que era él mismo el dios de los cuernos de borrego o que pretendía serlo, pero pronto fue rectificada esta aserción. No podían representarse ese dios que tenía cuerpo pero no forma, que no era sino fuego y nubes; esto no era del gusto de todos. De todas maneras se deducía que el llamado Jacob tenía una alta idea de lo divino, aunque cierta preocupación, una especie de tristeza, se denotaba a través de su aspecto inteligente y solemne. Era magnífico verle cuando, allí arriba, hería con sus propias manos al cabrito del sacrificio, dejaba correr la sangre y luego impregnaba con ella los cuernos, que no eran los cuernos de la luna. El vino y el aceite fueron rociados abundantemente ante la divinidad, y panes le fueron ofrecidos. Estimaban que el sacrificador debía ser rico, consideración que dispuso a mucha gente en su favor y en favor de su dios. Los mejores trozos de cabritos se fueron en humo al cielo, extendiendo un perfume exquisito, de plantas aromáticas. Con lo demás fue preparada una comida y, ya fuera por participar en ella o porque estuvieran subyugados por la eminente personalidad del viajero, numerosos ciudadanos dijeron que en adelante harían sacrificios al Dios de Israel, aunque accesoriamente, sin perder su culto tradicional. Durante estas ceremonias y este acercamiento todo el mundo había quedado seducido por la belleza increíble del hijo más joven de Jacob, José. Doquiera que se mostrara, la gente se besaba las manos, batía palmas encima de su cabeza y bendecía sus ojos; y era para morir de risa cuando él mismo, con un delicioso descaro, se proclamaba el preferido de sus padres y demostraba que su encanto físico y su inteligencia justificaban esta predilección. Ellos se divertían con su graciosa presunción, experimentando el sentimiento de ausencia de responsabilidad que caracteriza nuestras relaciones con los hijos de los demás.

Jacob pasaba apartado el fin de sus jornadas, en contemplaciones meditativas, en espera de revelaciones que pudieran visitarle en sueños, por la noche. Se produjeron algunas, es cierto, pero desprovistas de la fulgurante evidencia de las que habían frecuentado su juventud. La Voz se expresaba ahora con una vehemencia exaltante y vaga; hablaba de fecundidad, del porvenir, del lazo carnal que lo unía con Abraham e insistía sobre el nombre que el durmiente se había conquistado en el Jabbok, por la violencia y la angustia. Se lo confirmaba perentoriamente, le prohibía usar el antiguo, el original, que Ella abolía, para poner únicamente a plena luz el reciente apelativo. Jacob, atento, tenía una impresión de renuevo que le trastornaba como si se produjera un corte, cayendo el pasado hacia atrás y hallándose el tiempo y el mundo al borde del comienzo. Estos sentimientos se pintaban en su rostro según pasaban los días, y el

temor llenaba los corazones. En sus profundas y laboriosas preocupaciones, parecía haber olvidado la inminencia del alumbramiento de Raquel; nadie se atrevía a recordárselo, y menos que nadie la mujer cargada de esperanza, que, por amor y timidez, evitaba pedir que se apresurase la partida de que dependía su bienestar físico, para no turbar la meditación espiritual del esposo. Por fin, éste dio la orden de ponerse en camino.

Desde el Monte de los Olivos, cerca de Jebús, llamado también Urusalim, y donde un hitita llamado Putichepa era a la vez pastor y alcabalero por cuenta de Amón el egipcio, se podía observar la fila de viajeros, y sin duda se hacía, mientras se desplazaba el minúsculo grupo de personajes. Describía un arco, desde Beth-el, a través de la vasta región de colinas calcinadas por el sol de estío; dejando Jebús a la izquierda, se dirigía hacia el sur, hacia la morada de Lachama o Beth-Lachem. Jacob hubiera entrado por su gusto en Jebús, para discutir con los sacerdotes de la divinidad solar, Chalim, aclimatada en el este del país y a quien la ciudad debía su nuevo nombre, pues una plática sobre los dioses, aunque fueran falsos, estimulaba su espíritu y era provechosa a su trabajo íntimo en torno al concepto del Único y del Verdadero. Pero como podía suceder que las historias de Shekem y el comportamiento de sus hijos respecto a la guarnición y a «Beset», su capitán, hubieran llegado a oídos del hombre de Amón, el pastor Putichepa, el viajero prefirió mostrarse circunspecto. En desquite, podría abordar con los turiferarios de Lachama, en Beth-Lachem, en la casa del pan, el problema de la forma que lograba el Resucitado, el Nutricio, creencia a la que Abraham había mostrado una inclinación de simpatía y que presentaba ciertas afinidades con la suya. Se complacía en ver a la ciudad dándole acogida desde lejos. La tarde iba declinando. Tras un tabique de nubes azulencas y tempestuosas, el velado sol se iba para occidente, dejando filtrar sus rayos en largos haces luminosos sobre el montañoso paisaje; los muros de la pequeña ciudad, asomada en la altura, relumbraban en un espejear blanco. El polvo y las piedras estaban iluminados por aquella luz majestuosa, tamizada y cortada en trozos, que llenaba el corazón de Jacob de orgullo y de piedad respecto a lo divino. A mano derecha, detrás de una muralla de piedras sin mezcla, se extendían viñedos, color de violeta. Pequeños vergeles llenaban el espacio entre los escombros del suelo, a la izquierda de la ruta. Al otro lado, las montañas se descoloraban y se inmaterializaban en un crepúsculo diáfano. Un moral muy viejo, hueco en parte, inclinaba sobre el camino su tronco, cercado por un montoncillo de guijarros. La caravana pasaba ante este moral cuando Raquel cayó de su cabalgadura, desmayada.

Hacía horas que los dolores habían comenzado sordamente, pero, para no inquietar a Jacob y no interrumpir el viaje, los había callado. Ahora el sufrimiento la desgarraba con tal violencia, que la débil mujer, roída por el fruto vigoroso que llevaba, perdió el sentido. El gran dromedario, magníficamente enjaezado, en que

montaba Jacob se arrodilló aun sin haber recibido la orden para que él descabalgara. Jacob llamó a una vieja esclava originaria de Guti, más allá del Tigris, experta en el arte de ayudar al alumbramiento y que había ya prestado sus servicios de comadrona en casa de Labán. Raquel fue puesta a la sombra del moral, sobre cojines. No volvió en sí hasta que le dieron a respirar esencias aromáticas y los dolores recrudecieron. Prometió no dejarse ir en un nuevo síncope.

—Quiero ser consciente y laboriosa —dijo, con la respiración entrecortada— para apresurar el acontecimiento y no detener tu viaje, mi querido señor. ¿Habría de producirse mi alumbramiento tan cerca del término del viaje? Pero ya ves tú, una no escoge su hora.

—Eso no importa, paloma mía —respondió Jacob con tono animador. Y sin querer, pronunció una invocación que en Naharaím dirigían a Ea en los momentos de peligro—: «Vos que nos habéis criado, apartad de nosotros la enfermedad, el paludismo, el temblor de la fiebre y la desgracia».

La mujer de Guti pronunció una fórmula idéntica y dio a Raquel un amuleto de probada eficacia, que le pertenecía y que añadió a todos los que su dueña ya llevaba; y como la desventurada volviera a sufrir, la mujer de Guti comenzó a hablar sin descanso, en su mal babilonio:

—Sé valerosa, oh fecunda, y resiste aunque tu dolor sea atroz. Este hijo se añadirá al que ya tienes y, mi sabiduría me lo dice, tu mirada no se oscurecerá antes que le hayas visto, pues el niño se mueve mucho.

Efectivamente, el pequeño ser se removía en su deseo de dominar a todo lo demás. Juzgando que su hora había llegado, buscaba salir a la luz y dejar la cobertura maternal. Se puso en el mundo, hasta cierto punto, por sí mismo, destrozando con turbulencia los estrechos flancos, casi sin recibir ayuda, en desmedro de la tierna buena voluntad de la que lo había concebido con felicidad y alimentado con su vida, pero que no sabía darle a luz. Poco socorro le prestó la vieja, mientras temblaba, aconsejándola, arreglando sus miembros para facilitar el trabajo, indicándole la manera de respirar, de tener la barbilla y las piernas. Los dolores, por ráfagas, trastornaban las disposiciones tomadas, la suplicada se convulsionaba, entre espasmos, se echaba a derecha e izquierda con sudores helados y crispación de sus labios que azuleaban.

—¡Ay! ¡Ay! —gritaba, llamando indistintamente a los dioses de Babel y al dios del hombre por quien había engendrado. La noche había caído y la nave de plata de la luna subía desde los montes cuando, despertándose de un desmayo, ella dijo—: ¡Raquel va a morir!

Todas lanzaron gritos, todas las que estaban en derredor de ella, Lía, las sirvientas y las otras mujeres que habían dejado acercarse, y extendieron el brazo en señal de imploración. Luego se reinició con más fuerza el monótono murmullo conjuratorio,

parecido al rumor de un enjambre de abejas, que casi sin interrupción acompañaba al alumbramiento. Tras una larga pausa, Jacob, que sostenía la frente de Raquel, preguntó:

—¿Qué dices?

Ella movió la cabeza esbozando una sonrisa. Se había producido un momento de calma, pareciendo que el asaltante, en su cavidad, tenía consejo consigo mismo. Habiendo declarado la comadrona que esta tregua era de buen agüero y que podía durar algún tiempo, Jacob propuso que se aprovechara para traer unas parihuelas cómodas, acostar en ellas a Raquel y atravesar la breve distancia que separaba aquel campo del albergue de Beth-Lachem. Pero Raquel no quiso.

—Aquí ha comenzado esto y aquí debe acabarse —pronunció débilmente—. ¿Y quién sabe si habrá lugar para nosotros en la posada? La comadrona se equivoca. Quiero ponerme a la obra en seguida, vigorosamente, para darte nuestro segundo hijo, Jacob, esposo mío.

¡La infortunada! No era cuestión de vigor. Las palabras que decía no la ilusionaban. Lo que ella sentía y pensaba en el fondo, lo había expresado y dejado entrever una vez en el curso de la noche, entre dos momentos de su duro martirio. Habló del nombre que recibiría su segundo hijo e interrogó a Jacob sobre sus intenciones; él respondió:

—He aquí, éste es el hijo de la única Derecha y se llamará Benjamín.

—No —dijo ella—; no te molestes. Yo sé mejor que tú: Benoni es como deberá llamarse este niño. Así llamaréis al señor que te doy, y este nombre le hará pensar en Mami, que lo hizo bello a su imagen y a la tuya.

Familiarizado con las prolongaciones de ideas vastas y complejas, Jacob comprendió sin esfuerzo que Mami, o la prudente Ma-Ma era uno de los nombres populares de Ishtar, la creadora de los hombres y madre de los dioses, de la que se decía que formaba hermosos machos y bellas hembras, a su semejanza; y Raquel, fuera debilidad o malicia, establecía un equívoco entre la divina modeladora y su propio yo maternal, confusión que se hallaba facilitada en el hecho de que José la llamaba con frecuencia Mami. Pero para el iniciado cuyos pensamientos seguían una curva exacta, el nombre de Benoni significaba «hijo de la muerte». Ella no sospechaba que se había traicionado ya, y quería preparar a Jacob, a tiempo y con rodeos, para que considerara la situación que ella presentía, para prepararle contra un golpe demasiado inesperado, susceptible de quebrantar su razón.

—Benjamín, Benjamín —dijo él, derramando lágrimas—. ¡Nada de Benoni! —Y por vez primera, por encima de ella, en la noche cuajada de mundos plateados, salió de sus labios, como una confesión que él había comprendido, la pregunta—: Señor: ¿qué has hecho?

Tales interrogaciones quedan sin respuesta. Mas la gloria del alma humana es que

este silencio no le hace dudar de Dios, sino que le permite comprender la majestad de lo Incomprensible, y salir engrandecida de este conocimiento. Apartadas, las mujeres y las esclavas de Caldea salmodiaban fórmulas mágicas con las que esperaban que las ciegas potencias oyeran los votos humanos. Pero nunca tanto como en esas horas había comprendido Jacob cuán vanas eran esas prácticas y por qué Abraham había dejado Ur. Hundía en lo Desconocido una mirada de espanto, que, sin embargo, conservaba su lucidez; la idea de lo divino, siempre presente en su espíritu, y que daba a su rostro una expresión preocupada, se hallaba sumisa, durante esta noche terrible, a un trabajo que no dejaba de tener afinidades con los dolores de Raquel. Conforme al amor por ella, su marido sacaba un provecho espiritual de su muerte.

El niño nació hacia la última vigilia, en la claridad tenue que precede a la aurora. La vieja tuvo que arrancarlo por fuerza a los flancos miserables, pues ella se ahogaba. La sangre brotaba de su cuerpo con tanta abundancia, que su pulso no era más que un débil chorrillo de agua que se perdía; pero pudo dar la vida a su hijo, y sonrió. Vivió una hora todavía. Cuando le presentaron a José, ya no le reconoció.

A la hora en que el oriente se teñía de rojo, sus ojos se abrieron por última vez y el alba tiñó su rostro. Alzó la mirada hacia Jacob, inclinado sobre ella, entornó imperceptiblemente los párpados y balbuceó: «¡Anda, un extranjero!... ¿Y con qué derecho me besas tú?... ¿Porque eres el primo llegado de lejos y porque ambos venimos de un mismo abuelo? Bueno, entonces, bésame y que se alegren los pastores junto a la piedra del pozo. ¡Lu, lu, lu!».

Temblando, él la besó por última vez. Ella dijo aún: «Mira, has hecho rodar por mí la piedra del pozo, con una fuerza viril, Jacob, amado mío. Hazla rodar una vez más desde la fosa y acuesta a la hija de Labán, pues voy a dejarte. ¡Cómo me siento aligerada de mis cargas, peso del niño, peso de la vida! La noche se hace. ¡Jacob, esposo mío, perdóname mi esterilidad y no haberte dado más que dos hijos; pero estos dos, Jehosef, el bendito, y el hijo de la muerte, el pequeño!, ¡qué pena me da separarme de ellos! Y de ti también me da pena separarme, Jacob, bienamado, pues formábamos la verdadera pareja. De ahora en adelante, sin Raquel será como trates en tus meditaciones de descubrir la esencia de Dios. ¡Ojalá tengas resultado! ¡Y adiós! Y perdóname también —suspiró ella con un postrer hálito— por haber robado los terafim». Entonces la muerte pasó sobre su rostro y se extinguió.

A una señal de la mano de Jacob, la melopea de los conjurantes se calló. Todos cayeron, rostro a tierra. Pero él, sentado, sostenía todavía la cabeza de Raquel en sus brazos, y sus lágrimas silenciosas e inagotables rodaron por el pecho de la muerta. Al cabo de un instante, le preguntaron si debía prepararse un féretro y transportarla, ya a Beth-Lachem o a Hebrón, para inhumar su cuerpo.

—No —dijo Jacob—; aquí comenzó esto y aquí debe acabarse. Es necesario que ella repose en el lugar donde Él la hirió. Preparad una tumba, abrid la fosa al pie del

muro, allá. Tomad para amortajarla el lino más suave y escoged una piedra que alzaréis sobre su tumba como monumento, en memoria de ella. Después de esto, Israel continuará su camino, sin Raquel, y con el niño.

Mientras los hombres abrían la tierra, las mujeres desliaron sus cabelleras, pusieron sus senos al desnudo, mezclaron cenizas con agua para untárselos en señal de duelo y, al son de la flauta, entonaron una lamentación: «Lloremos a nuestra hermana», golpeándose con una mano la frente, con la otra el pecho. Pero Jacob conservó la cabeza de Raquel entre sus brazos, hasta que vinieron a quitársela.

Cuando la tierra se hubo vuelto a cerrar sobre la bienamada, en el sitio donde Dios la había arrebatado, al borde del camino, Israel tornó a partir, y estableció su campamento en Migdal Eder, junto a una torre que databa de tiempos muy antiguos. Allí pecó Rubén con Bala, la concubina, y fue maldito.

# Notas

[1] Siclo: Peso y moneda de los hebreos que valía media onza ática (6 gramos y algo más que una peseta de plata). Había siclos de plata y cobre. En latín, *siclus*, del hebreo *chequel*. (N. del t). <<

[2] Ana: antigua medida de tres pies, siete pulgadas y diez líneas, equivalente a un metro veinte centímetros. (*N. del t.*) <<

[3] Para nombrar a sus personajes y especialmente al hijo de Abraham, el autor usa tan pronto la forma usual como la hebraica. (*N. del t.*) <<